

*Selecta*

*Nadie me  
gusta más  
que tú*



*María Ferrer Payera*

Nadie me gusta más que tú

*Maria Ferrer Payeras*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*A mi Padrina y a mi Padrineta  
Siempre cuidasteis de nosotros mejor que nadie*

## Nota de la autora

En los años noventa *Friends* era mi serie favorita. A lo mejor en esta novela podéis encontrar algunos nombres, así como algunas frases, de ella que os resulten conocidas. No era mi intención copiar, sino rendir tributo, a una *sitcom* que hizo que me riera en tantas ocasiones y que aún hoy consigue arrancarme más de una carcajada.

En otro ámbito de cosas, la mayor parte de esta novela transcurre en un pequeño pueblo de Mallorca llamado Petra. Tanto los personajes, las situaciones, como muchos de los lugares que los protagonistas visitan son inventados y cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

## Capítulo 1

*Nueva York, finales de febrero de 1992*

La sala de urgencias del New York Presbyterian Hospital se encontraba en calma esa tarde. Joana Brunet, una de los mejores médicos que había pisado nunca el servicio, estaba terminando de hacer unas anotaciones en la historia de uno de sus pacientes antes de irse a descansar un rato.

—Joana, ¿ya te han dicho algo?

Sharon se había acercado a ella mientras estaba entretenida con sus notas.

—No, nada. Pero imagino que ya no tardarán mucho.

—Estoy de los nervios, no sé cómo tú puedes estar tan tranquila.

—No sé si esa falta de confianza en mí debería ofenderme o hacerme reír.

Sharon entrecerró los ojos y miró a Joana sin disimular un reproche.

—¡Eres mema! Claro que confío en ti, pero es que no entiendo tu calma.

—Pues porque sé que me darán la jefatura de Urgencias a mí. No hay otras opciones. Soy la incuestionable sustituta de Patrick. Y tú, que eres mi amiga y dices que me quieres, deberías saberlo tan bien como yo.

Sharon negó con la cabeza. Era una enfermera bajita con muchas curvas y con el pelo rubio y ondulado. Ella y Joana tenían aproximadamente la misma edad y no podían ser más diferentes. Mientras que Joana era calmada, eficaz y muy resolutiva, Sharon era pura energía en movimiento, tan capaz como su amiga, pero que parecía multiplicarse por diez cuando tenían trabajo, o cuando estaba ansiosa, como en esos momentos.

—Anda, que, el día que repartían inseguridad, tú no hiciste cola, ¿verdad? Ven, vamos a tomarnos un café, ahora que esto está tranquilo.

—Vale, pero vamos a la sala de descanso, no quiero ir a la cafetería.

—¿Por qué no?

Joana miró a su amiga con los ojos muy abiertos y negando con la cabeza.

—Sharon, ¿no te cansarás nunca de intentarlo? —ironizó.

—Joana, dentro de nada serás la jefa y no pasarás tantas horas aquí dentro. Tendrás que acostumbrarte a que otros hagan el trabajo «sucio» y a desentenderte un poco de las urgencias que entran por la puerta. Tienes que empezar cuanto antes a asumir el hecho de que tu trabajo, a partir de ahora, será mucho más burocrático.

—Que vaya a ser la responsable del servicio no significa que vaya a estar encerrada en mi despacho todo el día.

—¡Sí, claro! Si cuando seas la jefa le dedicas tantas horas al trabajo asistencial como actualmente, y a eso le añades el trabajo de coordinar y el administrativo, ¿cuándo piensas vivir? Si hoy por hoy ya no sales de aquí más que cada tres o cuatro días, a partir de marzo, ¿qué? ¿Te

montarás un apartamento en el despacho?

—Sabes perfectamente que pienso pasar tantas horas en la planta como ahora, o más. Además, todavía soy adjunta y no quiero alejarme de la sala de urgencias más de lo estrictamente necesario, como no quería ayer, ni antes de ayer. Si quieres café, vamos al *office*. Además, y para tu información, fui a mi piso el viernes. No hace tanto de eso.

—Recuerdas que estamos a martes, ¿no? ¿Cuántas horas has dormido desde que volviste de tu casa?

—Las suficientes, estoy tranquila y despejada. No necesito descansar.

—Esto puedes hacerlo ahora que tienes treinta y dos años, pero dentro de nada no podrás llevar este ritmo. Necesitas frenar un poco, Joana, vivir la vida.

—Mi vida está muy bien tal como está. —Joana archivó la ficha del paciente que aún tenía entre las manos y se dirigió hacia la sala de personal—. No empieces otra vez con lo mismo. ¡No sé cómo lo hacemos para que nuestras conversaciones siempre acaben siendo sobre los mismos temas! Cada uno debe hacer lo que más le guste, y lo que a mí me encanta es estar aquí dentro. Ya he probado lo de la vida social y no es para mí. Te consta.

Sharon se dejó caer pesadamente sobre una de las destartaladas butacas de la sala de descanso.

—Espero que lo primero que hagas como jefa de urgencias sea ampliar este cuchitril. —La enfermera estaba dirigiendo la vista a ningún punto en concreto, pero fijándose, una vez más, en los azulejos de la pared más cercana a ella; de un verde deslucido, y exactamente iguales a las del mortuario, le daban a la habitación un aspecto lúgubre que le ponía los pelos de punta—. Cada día la odio más. —Se metió un trozo de rosquilla en la boca mientras esperaba a que Joana se acercara con las tazas de café.

—Hay algunas cosas que me gustaría cambiar de la unidad, pero esa no es precisamente la primera de ellas. Además, si Patrick no lo ha hecho ya, ha sido porque siempre le han denegado el presupuesto, y no te comas las rosquillas de Jonathan, que después se enfada.

—¿Por qué crees que lo hago? —preguntó con una sonrisa pícar—. Cuéntame otra vez qué te preguntaron los de la junta durante la entrevista.

—¡Venga ya! Te lo he contado un millón de veces, y lo has analizado y diseccionado palabra por palabra. Incluso podría decir que sílaba a sílaba.

—¡Tienes razón, tienes razón! Te lo darán a ti, estoy segura. No hay nadie en el servicio que esté más preparado que tú. Me atrevería a decir que si el jefe te aventaja es solo porque lleva treinta años más en la profesión, por nada más.

Joana se rio.

—Espero que Patrick no te oiga decir eso, no le haría ni pizca de gracia.

—¡Oh, vamos! Si sabes que te adora. Además, prácticamente te ha adoptado desde lo de tus padres.

La cara de Joana se ensombreció de golpe, aunque le gustaría no ser tan transparente, no podía oír mencionar a sus padres sin que un velo de tristeza empañara sus ojos. Intentaba disimular y aguantar el tipo, pero el dolor estaba ahí, todavía muy patente y casi palpable, después de cuatro años.

—Desde que Patrick me anunció que iba a jubilarse no he dejado de pensar en ellos y en todas las cosas que se han perdido. ¿Sabes que pensaban dedicarse a viajar? Pasar temporadas en España, leer un montón de libros que tenían atrasados, cuidar de mis hijos; eso lo decía mi madre. —Una leve sonrisa, que no le alegró la cara, apareció en sus labios.

Sharon observó a su amiga, a pesar de la pena que reflejaba su rostro en esos momentos, era

una mujer guapa. Morena, alta y con unos ojos enormes de un color verde oscuro, hubiera sido una rompecorazones de darse a sí misma la oportunidad de salir a ligar. Pero Joana pasaba mucho de eso, era una mujer independiente y que solo vivía para su trabajo. Ella había intentado presentarle a alguno de sus amigos, siempre sin éxito. Bueno, no siempre; con Bruno, el decorador, había estado saliendo durante al menos cinco o seis meses, pero el chico se cansó de no tenerla nunca en casa. Después de remodelarle el piso de arriba abajo, había decidido seguir con su vida y buscar a otra mujer que estuviese más pendiente de él y menos de su trabajo.

—Siento haberlos mencionado, sé lo mucho que los echas de menos. Soy una bocazas.

—No te preocupes. —Joana estrechó la mano de su amiga—. Ya no duele tanto como antes. Pero no me acostumbro a su ausencia.

En ese momento Jonathan entró en la pequeña sala de estar.

—Joder, Sharon, siempre igual. ¿Quieres hacer el favor de traer comida de tu casa y no zamparte la de los demás? Jefa, dile algo, anda.

—Ya se lo he dicho, pero, total, para el caso que me hace... —Joana elevó los hombros—. Y todavía no soy la jefa.

—No lo eres, pero como si lo fueras. Todo el mundo sabe que te van a dar el mando. ¿Tú lo dudas, acaso?

Joana, que se permitía alardear delante de Sharon de su seguridad, no demostraba su confianza con tanto descaro cuando hablaba con otros compañeros. No era una prepotente. Sabía que el puesto era suyo, todos lo sabían y le hacían comentarios al respecto de forma continua, pero no había por qué jactarse de ello. Eso podía cosecharle muchas antipatías. Pero Jonathan le caía muy bien, así que, por una vez, dio rienda suelta a sus pensamientos ante alguien que no fuera Sharon.

—Estoy segura —le dijo en tono confidencial—. Tanto, que, si no me dan ese puesto, dejo el NYPH.

## Capítulo 2

Joana se dirigía a paso rápido hacia el despacho de su jefe. Su perenne cola de caballo se movía de un lado a otro marcando cada una de sus pisadas. En su cara se leía la agitación que le había causado la llamada de Patrick instándola a acudir a verlo.

Al fin iban a anunciarle que pasaba a estar al frente del servicio de urgencias del NYPH, lo presentía. Si no, ¿a qué venía tanto apremio para que fuera al despacho? Su momento había llegado y estaba dispuesta a demostrar cuánto había acertado la Junta eligiéndola a ella para ese puesto.

Sabía que los «cabezas pensantes» habían tenido que deliberar mucho. Ella tenía el hándicap de ser mujer y, además, muy joven. La Junta solía preferir a un hombre, por norma general algo mayor, para ese puesto; pero estaba decidida a demostrar que podía hacerlo tan bien como cualquier hombre, ¡o incluso mejor!

La noche anterior había caído una nevada importante que había convertido las calles de la ciudad en verdaderas pistas de patinaje, por lo que Joana llevaba más de veinticuatro horas de guardia, ocupándose de los heridos que iban entrando por las puertas de urgencias, uno tras otro, en un goteo interminable. En esos momentos, estaba tan plétórica que nadie hubiese podido adivinar el cansancio que acumulaba a sus espaldas. Al llegar ante la puerta de Patrick respiró hondo, golpeó la madera con los nudillos e inmediatamente atacó el picaporte con decisión.

En cuanto entró en el despacho vio que Patrick parecía muy serio. Se encontraba sentado tras su mesa con la cabeza metida en unos papeles.

—¿Querías verme? —preguntó para forzar que el médico, al que quería como a su segundo padre, la mirara a la cara.

—Sí, ponte un café, tenemos que hablar. —Su jefe siguió con la cabeza baja. Joana no podía verle la boca, pero estaba segura de que el amigo de su padre trataba de disimular una sonrisa orgullosa.

Se dirigió a la cafetera con paso firme; ella también sabía disimular, y no le iba a dar la satisfacción de que la viera temblar de anticipación. Se sirvió una taza de café; con ella entre las manos, como si quisiera calentárselas, se acercó a la ventana para contemplar la ciudad, desconocida bajo el manto blanco de la nieve. Le dio la espalda a Patrick y se dispuso a esperar el tiempo necesario hasta que él le diera la gran noticia.

A su jefe le encantaba retrasar las gratificaciones, Joana lo conocía de toda la vida, y no era la primera vez que la hacía esperar para informarle de alguna novedad.

Se entretuvo en recordar el día que le anunció que había quedado la primera en las pruebas de acceso para realizar la residencia en el NYPH. La había tenido en ascuas durante al menos veinte minutos antes de comunicarle el resultado. Y eso que entonces su padre había estado

apremiándolo para que lo hiciera. Sonrió ante el recuerdo de la excitación de su padre por conocer el resultado y la parsimonia de su amigo para comunicárselo.

—Sabes que te quiero como a una hija. —Joana sonrió; no la había hecho esperar tanto, después de todo—. Tu padre y tu madre eran mis amigos más queridos. Aún sigo sin poder hablar de ellos sin que se me haga un nudo en la garganta, y lo mismo le pasa a Judith...

—¿A qué viene eso ahora, Patrick? Ya sé lo mucho que querías a mis padres, he crecido viéndolo. ¿No me habrás hecho venir con tanta urgencia hablarme de ellos? —Una nota divertida bailaba en su voz. Nunca era grosera con Patrick; lo quería muchísimo como persona y le respetaba mucho más como médico.

—Joana, no me interrumpas, estoy intentando decirte algo muy importante y no me dejas hacerlo.

La chica se volvió para encarar a su mentor y amigo con una sonrisa radiante en el rostro; en el momento mismo en que sus ojos se posaron en su jefe su sonrisa murió. Se lo veía desolado, como si el peso de los años le hubiera caído de golpe sobre los hombros y no pudiera mantenerlos erguidos.

—Se lo han dado a Black. Van a anunciarlo mañana, pero quería ser yo quien te lo dijera a ti, por eso me he adelantado y te he hecho venir.

Joana se quedó tan helada que la taza que sostenía se le escurrió de entre los dedos.

—No podía consentir que lo supieras al mismo tiempo que todos los demás. Lo siento, Joana, he luchado con todas mis fuerzas para que fueras tú quien ocupara mi lugar, no solo por lo mucho que te quiero, sino también porque sé que eres la mejor; pero no me han escuchado. Al menos los que tenían mayor poder de decisión.

—¿A quién has dicho que se lo han dado? —preguntó ella con un hilo de voz, no había escuchado ni una sola de las palabras que Patrick había pronunciado después de que este dijera el nombre del otro médico y no el suyo.

—Al doctor Black.

—¿A ese pusilánime? No pueden, ¡tienen que dármele a mí! Hace doce años que vivo aquí dentro, soy la que tiene mejor preparación y la más capacitada. —El cambio en el ánimo de Joana no sorprendió a Patrick, y si lo hizo, no se reflejó en su semblante. La impotencia la había inundado y le salía por cada uno de sus poros. Nunca había perdido el control de esa manera delante de él.

—Lo sé, cariño. —Se acercó a ella y la abrazó. En esos momentos no la estaba tratando como a una empleada a su cargo, sino como a la hija de sus queridísimos amigos, Joana se dejó hacer—. Vete a casa, te doy el resto del día libre.

—¿Qué voy a hacer en casa sola? ¿Llorar mi desgracia?

—Pues ve a la mía, seguro que Judith estará muy contenta de verte, de poder consolarte y demostrarte cuánto te quiere.

—Te lo agradezco mucho, Patrick, pero creo que estaré mejor aquí, con la cabeza ocupada en otras cosas.

Su tono de voz se había relajado. Sabía que su mentor no tenía la culpa de que no la hubieran designado a ella como su sucesora y, aunque le había gritado como si fuera una niña mimada fuera de sus casillas, él la había abrazado y había intentado reconfortarla. No se merecía sus pataletas, pensó. Todavía se quedó unos segundos más entre sus reconfortantes brazos, añorando más que nunca a sus padres, pero al final se separó de él con lentitud.

—Me voy, hoy hay muchísimo trabajo y creo que me va a venir muy bien sumergirme en él para

que no me estalle la cabeza.

—Estoy seguro de que los de la junta recapacitarán, aunque debas concederles unos meses. Así como yo fui el sucesor lógico de tu padre cuando se fue para dar clases en la universidad, tú eres la mía. Solo dales un poco de tiempo. —Se lo veía abatido de verdad, como si fuera a él mismo a quien le hubieran denegado la jefatura.

Joana asintió sin mucho entusiasmo. Empezaba a notar un escozor en los ojos que no le gustaba nada. Odiaba llorar, y más si alguien podía verla.

—Gracias por avisarme, Patrick, sabes que te lo agradezco de verdad. Pero ahora no puedo hablar de todo esto, tengo que digerir primero el golpe. Voy a ver si encuentro algún caso difícil en el que ocuparme.

Y, sin añadir nada más, se dirigió hacia el pasillo y echó a correr en dirección a la sala de urgencias.

\*\*\*

Horas más tarde, acostada en la litera de la habitación de los médicos de guardia, Joana repasó uno por uno todos los inconvenientes a los que tendría que enfrentarse en caso de seguir siendo adjunta en la sala de urgencias cuando sus aspiraciones se habían visto truncadas de manera tan injusta. La primera era el nuevo jefe, Black. Ese médico era, posiblemente, el que peor le caía de todo el servicio, y la animadversión era mutua; él tampoco la soportaba, y se lo habían demostrado el uno al otro en un montón de ocasiones, alguna vez, incluso a gritos. No creía que pudiera estar bajo sus órdenes, se veía incapaz de aceptar las normas que él pudiera establecer a partir del día siguiente; además, estaba segura de que el servicio se iría a pique de forma estrepitosa en muy poco tiempo. La segunda era que se sentía muy ofendida por la decisión de la Junta. ¿Por qué no habían confiado en ella? En la reunión que habían mantenido semanas atrás casi le habían dado a entender que el puesto era suyo. ¿Por qué habían cambiado de opinión, entonces? Se sentía más infravalorada de lo que se había sentido nunca en su vida. ¿Qué tenía Black que lo hiciera más apto que ella para el puesto?

—Nada, nada de nada —susurró.

Era un médico mediocre que se sentía claramente amenazado por la inteligencia de ella, la superioridad de sus conocimientos y su alta capacitación en la sala de urgencias. Se revolvió en la cama y oyó la queja del ocupante de la litera inferior.

Decidió levantarse y dar una vuelta por la sala de urgencias. En cuanto ingresó a la zona de los boxes se dio cuenta de que aquello era una despedida. Los acontecimientos acaecidos en las últimas veinticuatro horas la situaban más fuera que dentro de aquel espacio que tanto había adorado. Notó de nuevo el pesado escozor en el borde de los ojos, pero aguantó el tipo.

No quería quedarse en el hospital bajo esas circunstancias, no podía aceptar las condiciones a las que se había visto expuesta, de ninguna de las maneras. Se dirigió a uno de los ordenadores de la sala e inició su sesión. Con mano temblorosa y con mucho más pesar en su corazón del que había creído posible, empezó a escribir su renuncia.

## Capítulo 3

Al día siguiente, como ya le había advertido Patrick, el señor Johnson, el presidente de la junta del NYPH, convocó al personal de urgencias en una pequeña sala de reuniones anexa al despacho del jefe. Aunque en esos momentos Joana ya sabía que no la habían elegido, no podía evitar sentir una ligera chispa de esperanza.

Se posicionó estratégicamente cerca de la puerta para poder salir sin tener que interactuar con nadie en cuanto les dieran la noticia. Johnson y Black entraron juntos; el primero apoyaba la mano en el hombro del segundo, y Joana se sintió desfallecer. Muchos la miraron, para ver cómo reaccionaba o para transmitirle su pesar con una mirada amistosa. Sharon la cogió del brazo intentando infundirle ánimo. Se acababa de dar cuenta, como todos los demás allí reunidos, que Joana no se iba a quedar con el puesto que tanto anhelaba.

La gente fue callándose paulatinamente, y Johnson habló:

—Es un placer para mí anunciaros que la Junta ha decidido nombrar al doctor Black nuevo jefe de urgencias. —Un silencio espeso se apoderó de la sala—. Sé que todos ustedes se adaptarán a las iniciativas que, sin duda, se llevarán a cabo en los próximos meses. —Esto último lo dijo mirando a Joana con intensidad.

Joana, por su parte, no dejó traslucir lo más mínimo su abatimiento y, al mismo tiempo, se afianzó en ella la decisión de presentar su renuncia inmediata.

Nada más acabar la reunión, se desasió del brazo de Sharon murmurando una disculpa y salió de la sala sin mirar a nadie, ni siquiera a quienes se le acercaban para intentar infundirle ánimos, y se dirigió a recoger su renuncia. La había imprimido y firmado inmediatamente después de escribirla la noche anterior.

Con todo el coraje que pudo reunir, se dirigió hacia la sala de juntas; se negaba a tener que ver a Black en el despacho al que ella había aspirado con tanto fervor. Tocó a la puerta con insistencia y la voz de Johnson la invitó a pasar.

«Si Johnson todavía está aquí, mataré dos pájaros de un tiro», pensó.

—Buenas tardes —dijo nada más traspasar el umbral.

El médico y el presidente de la junta la miraron sin una pizca de asombro.

«Parece como si me hubieran estado esperando. Mejor, así será todo más rápido y fácil».

—Vengo para presentar mi renuncia inmediata —dijo mientras alargaba la mano en la que sostenía los papeles.

—No me preguntes por qué, pero era algo que esperaba. —El doctor Black pronunció las palabras con lentitud, como si las paladeara—. Si necesitas una carta de recomendación, no dudes en pedírmela.

«Ni muerta te pediría a ti una carta de recomendación», pensó Joana, en cambio dibujó algo

parecido a una sonrisa y dijo:

—No te preocupes, te la pediré si la necesito. Buenas tardes.

Se volvió para marcharse, pero no todo lo deprisa que hubiera deseado, ya que aún tuvo tiempo de ver la sonrisa de triunfo en la cara de Black, y eso la decepcionó mucho más de lo que esperaba. A pesar de que no eran amigos y ni siquiera se llevaban bien, le pareció que esa sonrisa no estaba exenta de cierta satisfacción insana. Eso la llevó a preguntarse si sería el único o si habría otros que la detestaran tanto como él.

Sobre las siete de la tarde llegó a su apartamento, mucho más decaída de lo que quería admitir. Ese hospital había sido toda su vida durante doce años y no podía evitar sentirse desamparada. No dudaba de que había hecho lo correcto; no obstante, se había marchado del NYPH sin despedirse de nadie para evitar que pudieran convencerla de revocar su decisión.

No había tenido ni tiempo de descalzarse para estar más cómoda cuando sonó el teléfono.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Patrick, con sequedad y sin saludar siquiera, apenas ella descolgó el aparato.

—¿Qué? ¿Renunciar? —contestó, en un tono no mucho más amable.

—¡Sí, renunciar! Tenías que haber esperado un poco. No ha sido un movimiento inteligente por tu parte. Un jefe puede ser destituido. Había gente de la junta que estaba a tu favor y en contra de Black. Esperaban que cometiese el más mínimo error para reclamar tu presencia al frente de urgencias. Tu renuncia los obliga a no contar contigo si eso sucediera. —Estaba gritándole como nunca.

Pero Joana no pensaba echarse atrás, además, era su decisión y de nadie más; pensaba que Patrick no tenía por qué ponerse de esa manera.

—Soy una persona adulta, estoy capacitada para tomar mis propias decisiones. —Hablabla bastante más alto de lo que había pretendido en principio, pero el tono de Patrick tampoco había sido calmado.

—¿Adulta, dices?, pues con lo que has hecho has parecido una niña mimada que tiene una rabieta porque no le han dado el papel que ansiaba en la obra de teatro de la escuela.

—No quiero trabajar en un sitio donde no se me valora, donde pesan más las veces que utilizas el despacho del gerente como confesionario, donde no se tiene consideración con el trabajo bien hecho. —En esos momentos estaba enfadada de verdad.

—¡Los demás podrían pensar lo mismo de ti! Todo el mundo sabe que eres mi preferida y también entrabas en mi despacho a confesarte, como tú dices.

—Sabes perfectamente que yo no soy una adúladora como Black. En menos de una semana el servicio de urgencias estará al borde del colapso y no quiero estar ahí para ver cómo eso ocurre.

—Por eso mismo tenías que haber esperado, tú hubieses sido la tabla de salvación a la que agarrarse cuando llegara el caso. Ahora, la gente que antes te defendía, está rabiosa contigo.

—¿Eso es a todo a lo que puedo aspirar, a tabla de salvación?

Estaba a punto de echarse a llorar, odiaba que Patrick se diera cuenta, pero debió de hacerlo porque notó cómo suavizaba el tono de voz.

—Bueno, ahora el mal ya está hecho. Cálmate y coge unos días de vacaciones; hace mucho tiempo que no disfrutas de algo de tiempo libre. Cuando regreses, nos plantearemos qué puede hacerse.

Ella suspiró, agradecida. Entendía que Patrick lo hacía todo porque estaba preocupado de verdad, y que actuaba como habría actuado de haber sido ella su propia hija. Se daba cuenta de por qué habían sido amigos su padre y él; sin duda eran dos de las mejores personas a las que

había conocido.

—Quizás tengas razón. —Tampoco era cuestión de ceder con tanta facilidad—. Me irían muy bien unas vacaciones. De momento, hoy me meteré en la cama, y mañana será otro día.

Después de colgar el teléfono se sintió muy sola. Su apartamento no contribuía a que fuera de otra forma. Era un lugar impersonal, frío. Los muebles, que había escogido para ella su exnovio, el decorador que le había presentado Sharon, eran de líneas muy rectas y sumamente incómodos. Casi todo era blanco, y aunque eso no la había molestado antes, porque de todas formas no pasaba demasiado tiempo en él, en esos momentos se le antojaba como una celda esterilizada.

«Aunque eso sí, muy moderna y cara», se dijo.

En esos momentos una bombilla se encendió en su mente.

—Dios mío, ahora también tendré que soportar la regañina de Sharon —dijo en voz alta—, y no creo que ella ceda tan fácilmente como Patrick.

Sabía que tendría que llamar a Mónica, su mejor amiga desde la universidad y su único contacto con el mundo exterior, para contarle todo lo que había sucedido; como también sabía que intentaría convencerla para que fuera a pasar unos cuantos días a su casa, pero en esos momentos no se veía capaz; el cansancio que no había sentido en los últimos años y la pena por sí misma le cayeron encima de golpe, como un mazazo de realidad que no hubiera deseado recibir.

Joana se tiró sobre la cama y se puso a llorar; su llanto provenía de la rabia, de la autocompasión, de la soledad. No se lamentaba casi nunca, su lema era: «Siempre hacia delante», se lo había enseñado su padre, pero una vez que había empezado, le costaba parar. Sus hipidos no hacían más que acrecentar su propia rabia y la inducían a seguir llorando. Poco a poco el agotamiento se adueñó de ella, entumeciéndola y llevándola de la mano a un sueño profundo y reparador.

## Capítulo 4

El timbre de la puerta, que sonaba de manera insistente, despertó a Joana. Por la luz que se colaba a través de las cortinas de la habitación, se dio cuenta de que había amanecido hacía rato. Estaba en la misma postura en que había caído la noche anterior: sobre la cama sin deshacer y con la ropa puesta.

Se desperezó y se dirigió hacia la puerta; abrió, con cara de malas pulgas, para encontrar ante ella a uno de los porteros del edificio; uno al que no había visto nunca, que traía en la mano lo que parecía una carta.

—Buenos días —tartamudeó el chico, parecía muy joven a la par que avergonzadísimo—. Acaban de dejar este telegrama para usted ahora mismo.

Ella lo cogió y, tras haber agradecido al botones que se hubiera tomado la molestia de llevárselo, cerró la puerta para leerlo con tranquilidad.

Para: Joana Brunet.

De: Gabinete de abogados Herbert & Herbert, Nueva York.

Rogamos contacte con nosotros con urgencia STOP Tema familiar importante STOP

El gabinete de abogados Herbert & Herbert pertenecía a dos hermanos que ella era incapaz de diferenciar. Uno de ellos había sido muy amigo de su padre. Joana creía recordar que Llorenç lo había atendido a él o a su esposa en una situación de vida o muerte; desde aquel momento el abogado había profesado gran admiración por su padre, admiración que al cabo de los años se convirtió en una sólida amistad.

Que ella supiera, siempre se habían encargado de los asuntos legales de sus progenitores y, de hecho, se encargaban de gestionar todo lo que le habían dejado al morir.

Muertos. Sus padres estaban muertos por culpa de un puñetero conductor borracho que había chocado con ellos, pensó con tristeza. Aún era incapaz de hacerse a la idea, por mucho que hubieran pasado cuatro años ya. La pena se iba suavizando con el paso del tiempo, pero la añoranza, no. Cuánto hubiera deseado poder refugiarse en los brazos de su madre o escuchar los consejos, siempre acertados, de su padre acerca de qué camino debía seguir a partir de entonces.

Salió de su ensimismamiento a la fuerza, como hacía siempre que se perdía en el recuerdo de Llorenç y Rachel; releyó el telegrama y se dirigió al teléfono para llamar de inmediato, marcó y la centralita la puso en espera. Mientras oía aquella música horrible que se había puesto de moda para amenizar a los que aguardaban a ser atendidos, acudieron a su mente varias preguntas.

«¿Por qué no me habrán llamado?», pensó. Muchas veces antes la habían contactado por teléfono. Podía ser que en esa ocasión no la hubieran podido localizar; casi no había pasado por el apartamento en los últimos siete días. Se preguntaba qué podía ser tan urgente como para que

necesitaran mandarle un telegrama.

«¿Tema familiar importante?», se dijo. No tenía ni idea de qué podía tratarse. Su padre había sido hijo único y por esa parte no le quedaba nadie cercano, al menos que ella conociera, eso lo tenía bastante claro. Su madre, también hija única, tenía una prima que vivía en San Francisco, la cual tenía un hijo de aproximadamente su edad; Joana solo los había visto una vez, el día del funeral de sus padres. Su tía había sido muy amable con ella. Había llorado de verdad la pérdida de su querida prima, a la que se había sentido muy unida cuando eran pequeñas. Se había dedicado a contarle las correrías que llevaron a cabo ella y su madre cuando eran unas crías; eso alegró y entristeció a Joana a partes iguales, pero le agradeció sobremanera que hubiera acudido para estar a su lado, acompañándola como único familiar vivo que le quedaba.

¿Era de esperar, entonces, que las noticias que iba a recibir llegarían desde San Francisco?, pensó en esos momentos. Sus familiares sabían que ella era médico y a lo mejor necesitaban de su consejo, pero ¿por qué ponerse en contacto con el gabinete de abogados cuando podían haberlo hecho directamente con ella?, pensó muy extrañada.

Por otra parte, el amigo de su padre algunas veces la había llamado en persona si tenía prisa por arreglar algún tema importante que no podía esperar.

«¿Un telegrama?», se repitió, notando cómo le crecía la ansiedad en la boca del estómago.

—Gabinete de abogados Herbert & Herbert, dígame —exclamó la voz de una de las secretarías al otro lado del aparato, sacando a Joana de sus cavilaciones.

—Buenos días, soy Joana Brunet —le contestó—. Acabo de recibir un telegrama suyo pidiéndome que me ponga en contacto con ustedes cuanto antes...

—¡Oh, sí, sí! —contestó la secretaria como si haberla hecho esperar hubiese sido un error en extremo censurable—. El señor Herbert esperaba su llamada. Un momento, le paso de inmediato.

No sonaron más de tres tonos antes de que uno de los Herbert atendiera a la llamada.

—¡Joana, qué alegría oírte! Es imprescindible que nos visite, hoy mismo si le es posible. Tenemos un tema muy importante que tratar y no podemos hacerlo por teléfono.

—Pues hoy precisamente tengo el día libre, ¿a qué hora quiere que vaya?

—Enseguida. No se preocupe, no la haremos esperar —después de decir esto, y dejándola con la palabra en la boca, colgó.

Joana se quedó boquiabierta mirando el auricular del teléfono como si este tuviese las respuestas a las preguntas que ni le habían dejado formular.

«¿Qué es lo que acaba de pasar?», se preguntó incrédula. A punto estuvo de llamar de nuevo al gabinete de abogados, pero lo pensó mejor y se dirigió a la ducha de prisa, para poder salir hacia allí cuanto antes.

Se dio una ducha rápida, tomó un café sin leche, porque la nevera estaba completamente vacía, salió a la calle y cogió un taxi. Estaba muy intrigada y empezaba a encontrarse intranquila. Tanta prisa la tenía desazonada.

\*\*\*

Joana llegó al despacho sobre las diez de la mañana. Como ya le había adelantado por teléfono el amigo de su padre, la hicieron pasar de inmediato a una de las salas de reunión. El bufete de los señores Herbert destilaba elegancia, y la habitación donde la condujeron estaba presidida por un fabuloso tresillo Chesterfield de cuero color caramelo; frente a él había una mesa baja y dos

butacas, también de piel y del mismo color que el sofá. Joana decidió sentarse en una de las butacas más pequeñas; no bien lo hubo hecho, entró un hombre al que no conocía de nada.

—Buenos días, doctora Brunet —dijo alargando la mano hacia ella y presentándose—. Soy Anselmo López; los señores Herbert han pensado que yo era el abogado de la firma más indicado para hacerme cargo de este asunto tan delicado que nos ha convocado hoy aquí.

Joana le dio la mano, algo envarada, al tiempo que le contestaba:

—Todo el mundo habla del «asunto», pero a mí nadie me ha dicho todavía de qué se trata este «asunto familiar».

—No, no lo han hecho porque han pensado que sería mejor explicárselo en persona, ya le digo que es bastante delicado, al tiempo que muy enrevesado. ¿Quiere que lo discutamos en español? —le dijo, mirándola fijamente, mientras se sentaba en el sofá al otro lado de la mesa.

—¿En español? No, yo no hablo español.

Él elevó las cejas y miró los papeles que había traído consigo al entrar, como si se le escapara algún pequeño detalle.

—Veo que tanto su padre como usted son españoles; bueno, él en realidad lo era... —Y parando un momento de hablar, la miró seriamente y dijo—: Siento su pérdida. —Carraspeó, y prosiguió sin darle tiempo a Joana a decir nada—. Pensaba que, siendo ciudadana española, hablaría la lengua de su país.

—Bueno, sí, es verdad que tengo doble nacionalidad y soy española, como también lo era mi padre. Pero resulta que él provenía de una pequeña isla, Mallorca, donde se habla otra lengua, el catalán, y era esa la que utilizábamos para hablar entre nosotros.

El abogado la miró durante unos segundos, pero no dijo nada más.

—Su padre tenía varias propiedades en Mallorca que heredó de su familia —dijo—, todas ellas fueron vendidas antes de su muerte.

—Sí, eso ya lo sabía.

—Lo que no sabe es que tenía un familiar vivo, una tía lejana, que además era la madrina de su padre.

—¿Su madrina? —dijo Joana, muy extrañada.

—Sí, su madrina —contestó el hombre a la vez que giraba las páginas del dossier que tenía frente a él, revisándolas.

Joana se quedó bastante descolocada ante esa noticia. Siempre había pensado que a su padre, en Mallorca, no le quedaba familia; Llorenç no había tenido hermanos. Su abuela había fallecido cuando ella era todavía pequeña, y el abuelo, muchos años antes. Joana conservaba un recuerdo muy vago de haber ido a la isla en una sola ocasión, y de que el camino le había parecido tan largo que pensaba que no llegarían nunca a su destino. Además, estaba segura de que las imágenes que conservaba en su memoria, del tiempo que ella y sus padres pasaron allí, eran las que habían creado estos a fuerza de recordarle los momentos que habían vivido juntos en el pueblo de Llorenç. Pero, si de algo estaba segura, era de que su padre nunca le había mencionado a su madrina.

—La verdad es que mi padre no me habló nunca de ella, no tenía ni idea de que me quedase algún familiar vivo allí —aclaró Joana.

—Por lo visto, la madrina de su padre decidió romper su relación con el doctor Brunet en el mismo momento en que se dio cuenta de que él nunca volvería a residir de forma permanente en la isla.

—Y todo eso, ¿usted de dónde lo ha sacado?

Joana se sumía en un estado de estupor más profundo con cada segundo que pasaba. Su padre le había hablado innumerables veces de su pueblo y de la mayoría de sus vecinos; por lo que le contaba Anselmo López en esos momentos, se había olvidado del pequeño detalle de mencionar a su madrina. Ese comportamiento en su padre le parecía muy extraño, aunque bien podía ser que las desavenencias de las que hablaba el tal señor López fueran la causa de su mutismo acerca de ella, pensó Joana. Decidió dejar que aquel hombre siguiera hablando. Lo más probable era que todo se aclarara si conseguía que le explicara de una vez por qué la habían convocado en el bufete con tanta prisa.

—Ayer el notario de esa señora se puso en contacto con nosotros —continuó diciendo el abogado—, nos explicó la situación, *grosso modo*, y después nos mandó un fax con todos los detalles. Por eso le preguntaba si usted hablaba español, para que pudiese leerlo por sí misma.

Joana lo miró con cara de cabreo e intentando adivinar si aquel tipo se estaba riendo de ella.

—Bueno, y ahora que usted ya sabe que yo no hablo español, ¿me contará qué fue lo que dijo el notario, o acaso tendré que imaginármelo? —Utilizó un tono sarcástico. Los que se pasaban de espabilados no le caían nada bien.

—No tendrá que adivinar nada —contestó él, acusando el golpe—. El fax explica que su tía murió la semana pasada y que le dejó a usted todos sus bienes.

—¿Quiere decir que he heredado una casa en Mallorca, o algo así? —Joana no podía salir de su asombro.

—No solo una casa, también una finca en el campo, animales y una cantidad nada despreciable de dinero en el banco; aunque para que todo esto pase a su poder, tienen que cumplirse una serie de condiciones.

La joven no podía creer lo que acababa de oír. La había hecho heredera, aunque en Mallorca, una tía a la que ni siquiera recordaba y cuya la existencia desconocía hasta hacía unos instantes.

«Espera, ¿ha dicho animales? ¿Qué significa animales?». Sin aguardar un segundo, preguntó en voz alta:

—¿Qué tipo de animales?

—Un burro y unas cien ovejas —dijo el señor López, como si se alegrara de verla alterada, al fin.

—¿Cien ovejas? —chilló Joana.

Y para acabar de rematar, él añadió:

—Las ovejas son la menor de sus preocupaciones.

—¿Cien ovejas le parecen a usted una preocupación menor? —Joana estaba alterada. Ella, que no se asustaba cuando alguien anunciaba que entraban por la puerta de urgencias múltiples víctimas de un accidente de tráfico, o un herido de bala, o incluso alguien con un miembro amputado, en esos momentos estaba frenética por culpa de cien ovejas.

—No es el mayor problema porque, como le digo, la herencia tiene una serie de condiciones que deben tenerse en consideración.

—¿Condiciones? —preguntó Joana, quien fluctuaba desde el sentimiento de estupor al de sobresalto cada pocos segundos.

—Sí, su tía ha dejado escrito en su testamento que, si no reside, al menos, durante cinco meses en la casa, no podrá incorporarla, ni el resto de bienes, a su patrimonio.

—¿Cinco meses? Vaya, ¿y por qué cinco meses? —Debía de parecer tonta con esas preguntas, pero es que todavía no se lo podía creer.

—Es el tiempo de gestación de una oveja.

—¡No será verdad!

—Bueno, yo lo he consultado y en realidad son entre ciento cuarenta y cinco y ciento cincuenta y tres días, que no son exactamente cinco meses. Esta parte se podría impugnar con toda probabilidad...

—¿Esta parte? ¿Quiere decir con eso que todavía hay más condiciones?

—Sí, la segunda condición es que se integre en la vida del pueblo, hecho que será evaluado por una comisión designada por su tía en el legajo.

Joana levantó la cabeza de repente y se puso a mirar a su alrededor como si quisiera encontrar algo.

—Doctora, ¿qué hace? —preguntó el abogado.

—¿Que qué hago? Busco la cámara oculta, porque si esto no es una broma, ya me dirá usted qué es —contestó indignada.

—Le aseguro, doctora, que no estamos aquí para gastar bromas. En lo que sí puedo estar de acuerdo es en que esta mujer era algo excéntrica.

—¿Algo?

—Todavía no le he hablado de la tercera condición.

—¿Otra? —exclamó, ya fuera de sí, Joana.

—La última dice que todo esto debe quedar resuelto antes de que pase una semana desde su muerte. En caso de que algunas de estas cláusulas no se cumplan, la herencia pasaría íntegra a la parroquia del pueblo.

—Desde ahora mismo le digo que no estoy dispuesta a aceptar ninguna de esas condiciones...

—Como intentaba explicarle, si las condiciones no se cumplen, toda la herencia pasará a la parroquia, para que el rector haga con ella lo que crea más conveniente —añadió el abogado—. Todavía le quedan tres días para que se cumpla la semana, quizás querría pensarlo hasta mañana.

—No hace falta pensar nada. Esas condiciones son absurdas, está claro que la tía de mi padre no quería que se cumpliesen. Puede notificar al notario de inmediato que no me trasladaré a la casa, que regalen la herencia a quien quieran.

—Podemos hacer eso si es lo que desea...

En aquel preciso instante entró el amigo de su padre, el señor Herbert.

—Hola, Joana —le dijo mientras se acercaba a ella y se sentaba a su lado—. ¿Ha quedado todo claro? Hemos decidido delegar el tema en el señor López, ya que él entiende el español a la perfección, lo comprende, ¿verdad? Pensamos que sería capaz de aclarar mucho mejor todo este enredo.

—Lo ha hecho, todo ha quedado muy claro. Lo que no lo está tanto es quién está más ido: si la tía de mi padre por haber dictado este testamento o el notario por haberlo consentido.

—Sí, la verdad es que se trata de algo muy inusual en un testamento.

—La doctora Brunet quiere renunciar a la herencia, le parece que las condiciones son muy difíciles de cumplir —intervino López.

—Lo mejor sería que se tomase el resto del día para pensarlo con calma; no hace falta decidir qué quiere hacer de forma precipitada, aunque el tiempo está en nuestra contra —se apresuró a decir el señor Herbert.

—Eso es lo que yo le estaba aconsejando —remarcó López.

—No creo que vaya a cambiar de opinión en menos de veinticuatro horas, pero podemos esperar los tres días que faltan para notificárselo al notario que redactó el testamento, que, por cierto, parece más un chiste malo que las últimas voluntades de una anciana —exclamó Joana, con

un tono de indignación que no pasó desapercibido a ninguno de los dos hombres.

—Así lo haremos —dijo el señor Herbert, al tiempo que se levantaba de la butaca y le ofrecía la mano—. Pero mientras tanto, tú plantéatelo. —Pasó a tutearla de forma cariñosa—. A lo mejor no sería tan descabellado aceptar la propuesta de tu tía.

Joana se levantó a su vez y, cogiendo la mano que le ofrecía el amigo de su padre, la estrechó mientras asentía con la cabeza. Ni por asomo pensaba marcharse a Mallorca precisamente ahora, pero le parecía que tampoco era necesario repetirlo tantas veces.

## Capítulo 5

En cuanto salió del despacho, decidió llamar a Mónica. Hacía mucho tiempo que no hablaba con ella y había acumulado muchas cosas que contarle, aparte de que la añoraba muchísimo.

Mónica era su mejor amiga desde que ambas compartieron habitación al ingresar en Yale, de eso hacía ya quince años. Nada más conocerse congeniaron y se hicieron inseparables; tanto que eligieron las mismas asignaturas, las mismas especialidades e incluso hicieron la residencia juntas. Solo cuando Mónica conoció a Matt, el que sería más adelante su marido, sus caminos empezaron a discurrir un poco menos cercanos, pero solo un poco, y fue porque Joana no quería saber nada de la vida tranquila y familiar que ansiaba su amiga. Al acabar la residencia, Mónica había decidido que no quería ser médico de una unidad de urgencias y decidió montar su propia consulta en un lugar más apacible que Manhattan; así que ella y su marido se instalaron en Port Chester, a una hora de camino de la gran ciudad. Tenían dos hijos (el tercero estaba en camino), además de un perro y una casa enorme con un jardín lleno de juguetes y trastos diversos.

Buscó una cabina y marcó el número de su amiga mientras pensaba la mejor forma de explicarle que había dejado el hospital, que le acababan de anunciar que había recibido una herencia en Mallorca y que no sabía qué sería de su vida a partir del día siguiente.

—No puedo creer que seas tú —dijo Mónica, que la atendió en cuanto su asistente le pasó la llamada—. Esta mañana he pensado en ti, en que hacía mucho que no hablábamos y que te echaba mucho de menos. Te juro que tener hijos es lo mismo que estar abducida por extraterrestres.

Joana se emocionó al escuchar la voz de su amiga, la única persona que la conocía más que ella misma, y a la que se sentía unida a pesar de que sus encuentros eran cada vez más espaciados.

—¿Qué vas a hacer a la hora de comer? ¿Quieres que comamos juntas? —le dijo sin molestarse en saludar. Aunque hacía más de tres semanas que no hablaban le parecía que lo habían hecho esa misma mañana.

—Claro que sí. Podemos ir a un sitio nuevo que han abierto justo aquí, cerca de la consulta. Es un restaurante modesto, pero los dueños son gente agradable y la comida está muy rica.

—De acuerdo, ya sabes que a mí me va bien cualquier lugar que propongas. Si salgo ahora mismo, llegaré a la consulta sobre las dos.

—¡Qué bien, qué bien, qué bien! —canturreó Mónica, y colgó sin despedirse.

Joana siempre había dejado que Mónica llevara la voz cantante en su relación. Por regla general, solían hacer lo que la segunda proponía, a ello ayudaba mucho el hecho de que, casi siempre, sus preferencias solían coincidir; de lo único que Mónica no la había podido convencer era de que se buscara un novio, y a pesar de que le había concertado innumerables citas y la había emparejado con casi todos los amigos de Matt, a ella las relaciones no solían durarle más de quince días, unos meses a lo sumo. Joana no se cansaba de repetirle a su amiga que los hombres

ocupaban un segundo lugar en sus planes. Claro que Mónica rebatía esa afirmación diciendo que era porque no había encontrado al adecuado.

A las dos menos cinco Joana entraba en la sala de espera de la consulta de su amiga, que se encontraba vacía, excepto por el asistente de Mónica, quien se levantó de su silla como si esta tuviera un resorte en cuanto la vio traspasar el umbral. Stuart era una de las citas que le había concertado su amiga y que no habían pasado de una cena con final feliz, y Joana no pudo más que sonreír al recordar algunas de las cosas que habían hecho juntos.

—¡Hola, Stuart! —dijo mirándolo con calidez; que no hubieran superado la primera noche no significaba que se hubieran separado enemistados—. ¿Ha terminado ya Mónica?

—Sí, está atendiendo al último paciente de la mañana —dijo él, sonriéndole a su vez.

No bien hubo terminado de decirlo, su amiga salió de la consulta precedida de una anciana y su hija, a la que daba las últimas indicaciones sobre una medicación que les había recetado.

En cuanto vio a Joana, la cara de la otra médica se llenó de felicidad y, disculpándose con sus pacientes, se acercó a ella para abrazarla efusivamente.

Para Joana ver a Mónica siempre era como llegar a un remanso de paz. Sabía que podía confiar en su amiga, porque ella la dejaba hablar, la escuchaba con atención y solo le daba consejos cuando creía que era lo que Joana buscaba. Todo lo que había sucedido le parecía surrealista, pero, al fin, allí estaba Mónica. Podría compartir sus zozobras con ella y quitarse, en parte, ese peso que llevaba sobre el corazón.

—Estás enorme —le dijo, con una sonrisa en la cara, cuando deshicieron su abrazo.

—Y tú tan impertinente como siempre.

\*\*\*

Casi dos horas más tarde, después de haber hablado de su marcha del hospital y de haber puesto al doctor Black a caldo, se encontraban solas en el restaurante, el cual se había vaciado sin que las dos amigas se dieran ni cuenta. Habían cambiado ya de tema y estaban hablando de la herencia, y Joana preguntó a su amiga:

—¿No crees que estas condiciones parecen sacadas de un contrato de los hermanos Marx?

—Sí, un poco enrevesadas sí que son, pero no sé por qué no les das la vuelta para que actúen en tu favor —contestó Mónica mientras el camarero ponía dos succulentos trozos de tarta de chocolate ante ellas.

—¿Dar la vuelta a las condiciones? Y ¿cómo quieres que haga eso, si puede saberse?

—Tú has dicho que querías irte de vacaciones, ¿no? —Mónica miró a Joana mientras partía un trozo de su tarta, después continuó—: Piénsalo, si te vas a Mallorca, tendrías toda una casa para ti, no solo una habitación de hotel, ¡y gratis!

—Pero la condición es que permanezca cinco meses en la casa, ¿acaso no me has escuchado cuando te lo he dicho la primera vez?

—Te he escuchado, pero eso es una nimiedad, no tiene la mayor importancia.

—¿No? Ya me dirás qué la tiene, entonces —dijo Joana algo picada.

—Quiero decir que tú no tienes por qué decirle a nadie el tiempo que te quedarás en la casa. Tú llegas allí, te instalas, y como no tienes que regresar a Nueva York en una fecha concreta, te quedas el tiempo que te apetezca. ¡Qué sé yo!, quince días, un mes... Todo dependerá de cómo te sientas y de las ganas de regresar que tengas.

—Podría irme con un billete de avión abierto... —Tal vez no fuera tan mala idea, después de todo.

—¡Pues claro que podrías, y es lo que tienes que hacer! Me lo debes. ¿O acaso no te acuerdas de los planes que hacíamos de visitar Mallorca durante esas guardias interminables en el hospital? ¿Has olvidado que soñábamos con las playas de la isla, con pasar todo el día al sol sin hacer nada? ¿No ves que allí ya debe de hacer calor? —Mónica se había acelerado sola, Joana se dio cuenta de que ya se imaginaba a sí misma en un clima mucho más benigno y practicando el *dolce far niente*—. Es más, yo iría contigo si no tuviese esta barriga a punto de explotar. Dejaría a Matt y a los niños y te acompañaría sin pensarlo.

—Todos esos planes no eran más que eso, planes; y, de todas formas, ¿qué pretendes que haga allí sola?

—Leer, dormir, hacer crucigramas, descansar, ligar... Ostras, con que uno de cada diez hombres de esa isla uno sea tan atractivo y enrollado como lo era tu padre, olvida todo lo demás y céntrate en ligar —dijo haciendo grandes aspavientos.

—¡Cualquiera diría que ya estás cansada de lo que tienes en casa! —se rio Joana.

—No, no estoy cansada, pero por soñar no me van a cobrar. Además, ese no es tu caso, tú eres libre como el viento. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que te liaste con un tío? ¿Cómo se llamaba, Kevin, Austin?

—Se llamaba Charles, y no hace tanto tiempo.

—¿Que no hace tanto tiempo? Nosotras no nos veíamos desde Navidades. No es un reproche — se apresuró a añadir cuando vio la cara que ponía Joana—, entiendo que estás enamorada de la sala de urgencias, hasta que te esfuerzases por encima de lo humanamente posible para conseguir la jefatura del servicio; pero, Joana, no todo puede ser trabajar, también tenemos que vivir un poco.

—¡Y yo vivo, Mónica! Lo hemos hablado miles de veces, solo que tú tienes pasión por muchas cosas y yo solo por una, ¿y qué si esa pasión es mi trabajo?

—No podrás descubrir si tienes otras pasiones hasta que no salgas un poco del hospital. ¿Cómo puedes saber si te gusta hacer algo que no has probado nunca?

—Vale, de acuerdo —concedió; no quería hablar de nuevo de ese tema con su amiga, ya lo tenían demasiado manido—. Aun así, olvidas que tendría que estar allí antes de tres días, no tengo tiempo...

—Ahora mismo nos vamos a la agencia de viajes y verás que, si quieres, sí que tienes tiempo. —No había acabado de decir esas palabras cuando levantó la mano pidiendo la cuenta al camarero.

—¡Yo todavía no he dicho que sí! —se quejó Joana.

—¡Pues ya lo decido yo por ti! ¡Te vas a ir sí o sí! —dijo mientras se levantaba decidida a salir del restaurante en dirección a la agencia de viajes.

—¿Te has vuelto loca? —preguntó Joana, que se empezaba a agobiar.

—No, pero cuanto más lo pienso, ¡más claro veo que yo tengo razón y tú no! Venga, deprisa, que no nos sobra el tiempo.

Joana estaba completamente alucinada, ella no estaba convencida en absoluto, no obstante, empezaba a contagiarse del acelerón de su amiga.

En menos de cinco minutos llegaron a la agencia de viajes, propiedad de una paciente de Mónica, quien en cuanto la vio entrar se levantó de la silla y salió de detrás de su mesa para darle la bienvenida.

—Doctora Perry, al fin se ha decidido a hacer un viaje... —dijo, al tiempo que le cogía ambas

manos—, aunque no sé si con un embarazo tan avanzado será el momento más adecuado.

—¡Ojalá fuese yo quien va a viajar! —Mónica interrumpió su discurso—. Me apetece muchísimo, pero no creo que pueda hacerlo por el momento. No, la que necesita un billete de avión con urgencia es mi amiga Joana —añadió, mientras la hacía pasar para presentarla.

—¿Urgente? Nosotros somos especialistas en urgencias. ¿A dónde quiere ir?

—A Mallorca, España, pero tiene que estar allí antes de cuarenta y ocho horas; un problema familiar...

—¿Tiene que salir antes de cuarenta y ocho horas? —preguntó la mujer algo asustada.

—No, tiene que *estar* allí antes de cuarenta y ocho horas.

—¡Dios mío! Eso quiere decir que tiene que salir antes de... —lo pensó durante unos segundos mientras tecleaba veloz en su ordenador— de mañana a estas horas, ¡Dios mío! —Se la veía bastante estresada—. Tendré que hacer varias llamadas, pero yo creo que quizás podamos solucionarlo, déjeme ver...

—No pasa nada si tenemos que esperar un rato —sentenció Mónica.

—Si me deja sus datos, Señora...

—Brunet. —atajó, de nuevo, Mónica—. B-R-U-N-E-T.

—¿Tiene el pasaporte en regla? Esto es muy importante.

—Sí, sí —contestó Joana, esta vez.

Mientras Abigail, la paciente de Mónica, se afanaba en su búsqueda, esta última le dijo a Joana:

—Tendrías que llamar al abogado para decirle que has cambiado de idea y que sí saldrás hacia Mallorca, pero tampoco le diría el tiempo que piensas estar allí, si quieres entender lo que quiero decir...

—Perdone —las interrumpió Abigail, tenía el auricular del teléfono tapado con la mano—, la vuelta, ¿para cuándo la quiere?

—De momento, déjala abierta —habló, otra vez, Mónica por ella.

—¡Mónica! —la reprendió Joana—. ¡Lo estás decidiendo todo por mí!

—Pero si has sido precisamente tú quien ha dicho eso cuando estábamos en el restaurante.

—¡Yo he dicho que podría dejarlo abierto! ¡Sentido figurado!

—Pero sabes tan bien como yo que es lo mejor, así que no se hable más.

—¡De verdad que no sé cómo te soportan Matt y los niños! Si hace quince años ya eras mandona, ahora tu vicio se ha incrementado exponencialmente —dijo Joana, bastante enfadada.

—Es que, si no tomamos algunas decisiones precipitadas, no llegaremos a tiempo, ¡mujer!

Joana asintió, como siempre hacía cuando su amiga se salía con la suya sin que nadie pudiera pararle los pies.

—Perfecto —exclamó, de pronto, la eficiente Abigail—. ¡Ya está! La he podido meter, con calzador, eso sí, en un vuelo que sale mañana a las ocho de la mañana del aeropuerto John F. Kennedy. Tiene que estar ahí noventa minutos antes...

—¿A las seis y media de la mañana? —preguntó, alterada, Joana.

—Lo siento. Es que, si no, ya no puedo conseguirle nada hasta pasado mañana.

—Mañana a las ocho es una opción estupenda —zanjó Mónica—. No te preocupes, Abigail, muchísimas gracias, si no hubiese sido por tí, no hubiese podido partir.

Joana no había tenido ocasión de replantearse toda esa historia que, dicho sea de paso, iba tomando un cariz más descabellado a cada instante. Se resignó a hacer un largo viaje, aunque si lo pensaba con detenimiento no había nada que le apeteciera hacer en Nueva York, y un cambio de

aires no le iría mal a su maltrecho orgullo.

## Capítulo 6

Guillem salió de la ducha y empezó a secarse, en menos de dos horas tenía que estar en el aeropuerto y primero debía hacer unas cuantas cosas. Todavía no iba apurado de tiempo, pero tampoco podía entretenerse. Quitó como pudo el vaho del cristal y se miró, mientras se pasaba la mano por el mentón y decidía si debía afeitarse o no.

«Si acaso mañana», pensó.

Se enrolló la toalla alrededor de la cintura y salió descalzo al pasillo. El pelo rizado y aún húmedo le llegaba casi a los hombros, al estilo Christopher Lambert en la película Greystoke.

Oyó voces en la sala y se dio cuenta de que su abuelo tenía visitas, maldijo en voz baja por no haberse acordado de coger el albornoz, no le quedaba más remedio que pasar por esa sala para llegar a su dormitorio, así que se revistió de coraje para afrontar las burlas que, con toda seguridad, le dedicarían los amigos de su abuelo.

—Pero, chico, ¿dónde vas con esas pintas? —preguntó burlón el médico, don Cosme, que fue el primero que se metió con él.

—Acabo de ducharme y estoy en mi casa —replicó él con una sonrisa, sabía que la mejor manera de vencer al enemigo era uniéndose a él y se dispuso a reírse de sí mismo—. La pregunta debería ser ¿qué hacen los poderes fácticos del pueblo reunidos tan pronto por la mañana? —Su voz denotaba cierto retintín, ya que también estaban en su casa el cura y el notario—. Solo falta el cabo de la guardia civil —añadió jocoso.

—Esta, que yo sepa, sigue siendo mi casa —dijo su abuelo, don Miquel, pero se lo decía sonriendo—. Si quieres saber lo que se cuece, ve y ponte algo encima.

—Nuestra casa —puntualizó Guillem con sorna.

—Tú solo te has mudado porque en casa de tus padres hay demasiadas mujeres, o eso es lo que quieres hacerme creer.

Guillem los miró con los ojos entrecerrados, la media de edad de los hombres superaba los setenta y cinco con creces; todos gozaban de una vitalidad encomiable, y aunque su abuelo tenía la movilidad muy reducida, los demás nunca lo dejaban atrás. Era habitual ver a los amigos de su abuelo en su casa, solían ir casi todos los días para jugar su partida de *truc*[1], pero nunca antes de las tres de la tarde. Decidió que no valía la pena discutir con su abuelo, aunque fuera de forma amistosa, y se dirigió a su habitación.

La maleta estaba hecha sobre la cama, y la ropa que iba a ponerse, sobre una silla. Él nunca había sido una víctima de la moda, para eso tenía a su hermana gemela, que era la que se ocupaba de comprarle hasta los calzoncillos.

Se metió la camisa blanca por dentro de los vaqueros y cogió su cazadora de cuero marrón, una imitación de las que llevaban los aviadores de la Segunda Guerra Mundial, para dirigirse hacia la

sala donde lo esperaban el abuelo y sus amigos.

Cuando entró, los encontró sentados alrededor de la mesa camilla, calentándose las piernas y hablando a gritos, lo cual tampoco era raro ya que estaban todos algo sordos.

—Parecéis una pandilla de verduleras —les dijo al entrar.

—Y tú estás hecho todo un dandi —aseguró el doctor, don Cosme— ¿Te vas a Madrid solo?

—¿Con quién quieres que vaya? En este pueblo al único que podría interesarle un congreso de veterinaria sería al abuelo —dijo al tiempo que lo señalaba—, y él ya no está para ir a bailar.

—¿Cómo a bailar? ¿No ibas a un congreso? —dijo el cura, don Gabriel.

—¡Ay, Gabriel! —atajó el abuelo del chico— ¿No ves que el congreso es la excusa? Se va a Madrid para pasar unas cuantas noches fuera del pueblo, para poder desahogarse a sus anchas, que aquí no puede echar uno una cana al aire sin que lo sepas hasta tú.

El cura abrió los ojos de forma desmesurada y Guillem se echó a reír.

—No tema, don Gabriel, mi alma está a salvo. Es verdad que voy a un congreso y, abuelo, lo normal es que, por la noche, después de pasarse el día escuchando las ponencias, salgamos a tomar algo y bailar —dijo, moviendo ligeramente las caderas.

—¡Ah, bailar, seguro! En mi tiempo llamábamos a las cosas por su nombre, ¿verdad, Cosme? —contestó, cáustico, el abuelo.

El cura se puso las manos en la cabeza, y el médico y el abuelo se echaron a reír a carcajadas.

—¡Venga, Gabriel! ¡Cómo si tú no te hubieras divertido ni nada antes de entrar en el seminario! ¡Que nos conocemos todos desde que éramos niños de teta, hombre! Con nosotros no tienes que hacerte la monja, que todos sabemos las historias de los otros —intervino de repente el notario, que era el más callado y no había abierto la boca hasta ese momento.

Los ojos del cura estuvieron a punto de salirse de las órbitas, mientras miraba a Guillem y al notario alternativamente, como si quisiera señalarle a este último que no estaban solos.

Mientras los ancianos se reían otra vez entró Rosa, que venía desde el patio trasero. La hermana de Guillem vivía con su madre y con su hija en una casa pegada a la del abuelo y con la que compartía el patio. Aunque los cinco vivieran separados por una pared, en realidad era como si viviera todos juntos.

—Pero ¿qué juerga se traen estos hombres tan pronto? —dijo nada más poner el pie en la casa—. Yo venía para llevar a Guillem al aeropuerto, pero me parece que me sentaré aquí con vosotros, creo que voy a divertirme mucho más.

—Nada de juerga —dijo el notario, que se llamaba Jeroni—, hemos venido para un tema muy serio. La sobrina de Martina ha decidido aceptar la herencia y llegará mañana o pasado.

—¿La acepta? —saltó el abuelo.

—¿Viene? —dijo don Cosme muy asombrado.

—¿Os lo dije o no? —preguntó el cura con un dedo levantado.

Rosa y Guillem no sabían de qué estaban hablando los ancianos; don Miquel se dio cuenta de ello y procedió a informarlos.

—Martina Salom, antes de morir, decidió que tenía que conseguir que la hija de Llorenç, el Americano, se instalara en Petra. Sabéis quién es, ¿verdad?

Los dos hermanos asintieron. Habían oído hablar de ella en muchas ocasiones y sabían que la habían conocido cuando visitó el pueblo, era de su misma edad. Aunque no hubieran tenido noticias suyas nunca más, en un pueblo pequeño como el suyo, esas cosas nunca se olvidaban.

—Sí, decía que yo ya era demasiado viejo para seguir ejerciendo —apuntilló don Cosme en tono enfadado.

—Por eso le dejó cuanto tenía, que no es poco, a condición de que se instalara en el pueblo, como mínimo, cinco meses. Creía que con eso le bastaría para que se enamorara de Petra y se quedara a vivir aquí para siempre.

—Pues, aunque venga, no creo que sea para instalarse aquí definitivamente —dijo Guillem en tono cáustico—. Este pueblo es demasiado pequeño para la gente que está acostumbrada a la ciudad, y más si es grande. ¿De qué parte de Estados Unidos decís que viene?

—De Nueva York. —Se apresuró a contestar el notario.

Guillem rio con acritud.

—Nuria tardó menos de un año en decidir que no quería quedarse, y eso que en teoría ya estaba enamorada del pueblo cuando vinimos de Barcelona —dijo, mascando la amargura que le causaba recordarlo—. Y de mí —añadió en voz baja, no obstante, todos pudieron oírle.

—Ni tiempo me dio a casaros —dijo el cura moviendo la cabeza con pesar.

—No pienses más en eso, es agua pasada —aseveró el abuelo pisando las palabras de don Gabriel—, esa chica no era para ti y listo.

Rosa lo miró con tristeza, ya hacía cuatro años que la novia de su hermano lo había dejado. Se había ido, en teoría para darse un descanso, y no habían vuelto a saber de ella.

—El abuelo tiene razón, no tienes que dedicarle ni un pensamiento más. Sobre todo, esta semana que vas a verte con tus colegas y pasarlo bien. Además, estás guapísimo con esta camisa y este pantalón. Seguro que en el congreso ligas, menos mal que me tienes a mí para asesorarte —le dijo mientras se reía—. ¿Te acuerdas de cómo te he dicho que combinan las cosas?

—No creo que vaya a ser tan difícil, pesada —le contestó, volviendo del mundo en el que parecía refugiarse cuando hablaba de Nuria—. Si solo me has puesto vaqueros y camisas. Creo que podré apañármelas sin ti.

Aparte de ser su hermana, Rosa era su mejor amiga. Habían nacido con media hora de diferencia, y ya desde muy pequeños, para regocijo de sus padres, fueron inseparables. Eran todo lo diferentes que pueden ser dos personas, pero se completaban y se adoraban.

En esos momentos, la puerta del patio trasero volvió a abrirse y entró Bárbara, la hija de Rosa, todavía iba en pijama y traía cara de sueño. Parecía tener un nido de pájaros sobre la cabeza de tan alborotado que llevaba el pelo. Era morena, como su madre y su tío, y a pesar de solo tener seis años, tenía un carácter fuerte como el de su abuelo.

—Buenos días —dijo con la mejor de sus sonrisas al ver a tanta gente—, la abuela me ha dicho que venga a despedirme de ti, tío. ¿Qué vas a traerme de Madrid?

—Bárbara, eso no se pregunta —la riñó su madre—. Y a ti, no se te ocurra traerle nada, no se lo merece, por deslenguada.

Guillem guiño un ojo a su sobrina y la cogió en brazos.

—¿Qué te gustaría más: un oso, un caballo?

—¡Un oso, un oso! —exclamó la niña entusiasmada.

—¡Vamos, Guillem, otro peluche no! Dentro de nada no la podré meter en la cama. La tienes demasiado mimada.

Guillem se dirigió hacia el patio con la niña en brazos.

—Bueno, ya veremos —dijo mientras le daba un beso y la estrechaba entre sus brazos—. Tendré que pensar cómo puedo tener contentas a mis dos mujeres. Ahora, acompáñame a despedirme de la abuelita.

Salió al patio y se dirigió a casa de su madre. La encontró en la cocina, con la misma cara de sueño de la niña y preparando el desayuno para ellas dos.

—¿Por qué os habéis levantado tan pronto? Ya nos despedimos ayer, no hacía falta, mamá.

—Me apetecía verte antes de que te marcharas, además, ya no teníamos sueño, ¿verdad, Bárbara?

Guillem se acercó y la besó en la cabeza, era bajita y algo rechoncha. Ninguno de sus hijos se parecía a ella. Los dos habían heredado los rasgos de su padre, eran altos y morenos, muy delgados. Guillem, además, había heredado su mentón fuerte y su sentido del humor irónico, al que conseguía mantener bajo control la mayoría del tiempo, pero que salía a relucir en los momentos más inoportunos.

—Solo me voy dos días, mamá, no te darás cuenta y estaré aquí de nuevo.

—¡Ay, hijo! —exclamó ella llorosa—. Es que desde que murió tu padre me he vuelto un poco boba. Cualquier tontería hace que me preocupe más de lo normal. No me lo tengas en cuenta, ¿vale?

—Vale, mamá —le dijo al tiempo que volvía a besarla.

La niña intentó estrechar entre sus brazos a su tío y a su abuela al mismo tiempo, y también los llenó de besos.

Rosa entró desde el patio y los encontró allí abrazados.

—¡Por Dios! ¡Mira que sois sentimentales! ¡Chicas! —dijo, enfatizando mucho la a—, que el miércoles al mediodía ya lo tendremos de regreso, no seáis pesadas. Y tú, Guillem, ven conmigo a ver al escuadrón de la tercera edad, que no sé qué quieren decirnos.

—¿El escuadrón de la tercera edad ya está en casa del abuelo? ¿Tan pronto?

—Sí, mamá, no sé qué lío se traen con la sobrina americana de Martina Salom —contestó Guillem.

—¿Va a venir? —preguntó la madre intrigada.

—Ah, ¿tú también sabes de qué va el tema? —preguntó la hija.

—Bueno, algo oí que decía el abuelo.

En esos momentos don Cosme se asomó por la puerta del patio.

—Guillem, Rosa, ¿venís o qué?

—¡Ya voy! —exclamó él. Volvió a besar a su madre y se dirigió hacia la casa que compartía con su abuelo, acompañado por su hermana.

Los cuatro hombres los miraron con seriedad. Fue su abuelo el que habló.

—Martina dejó una serie de cláusulas que la chica, Joana se llama, debe cumplir para poder cobrar la herencia. Una es que debe integrarse en la vida del pueblo y que nosotros cuatro debemos asegurarnos de que eso suceda. Como podéis comprender, ya estamos algo mayores para estas tonterías, hemos decidido que seáis vosotros quienes se encarguen, seguro que lo haréis mucho mejor que nosotros. También hemos pensado que algo de ayuda por parte de vuestros amigos, no os iría mal.

—Pedro es primo segundo suyo, seguro que os echará un cable —añadió don Gabriel.

La cara que puso Guillem fue un poema, don Miquel le tocó una mano al cura para que no metiera más la pata.

—Ya os he dicho que no creo que vaya a quedarse más que el tiempo justo para cobrar lo que sea que le hayan dejado, ¿para qué vamos a perder el tiempo con ella?

—Aunque Cosme crea que todavía puede encargarse de la salud de la gente del pueblo y los alrededores, todos nos damos cuenta de que no es así, menos él —dijo el notario.

—Aún no me he muerto, puedo oírte a la perfección, Jeroni. He cuidado de la salud de este pueblo durante más de cincuenta años y estoy seguro de que puedo hacerlo durante al menos diez

más —respondió furioso el médico.

—Sí, Cosme, lo que tú digas. Pero que una médica joven se instalara en el pueblo, nos iría de maravilla —atajó el abuelo—. Creo que ambos os dais cuenta de que os necesitamos para que a la chica Petra le parezca más atractivo, ¿nos ayudaréis?

—No sé cómo podríamos hacer que esa tal Joana se integre en la vida del pueblo, pero se puede intentar, no está mal ver caras nuevas de tanto en tanto. ¿Sabéis si es guapa, al menos?

—Si se parece a su abuela, preciosa —contestó su abuelo con cara ensoñadora.

Guillem negó con la cabeza mientras sonreía. Su abuelo tenía debilidad por las mujeres. Estaba seguro de que, si no estuviese en silla de ruedas, su madre, su hermana y él tendría que avergonzarse de verlo corretear tras una y otra. Se acercó a él y le dio un beso, después se dirigió hacia su habitación para recoger la maleta.

—Tengo que parar en el pub y quería pasar por el banco antes de irme —le dijo a su hermana nada más entrar en el coche.

—No creo que Jaume haya abierto todavía.

—Jaume tiene que darme una lista de discos que quiere que le busque en Madrid, nos espera allí —contestó Guillem, con ansiedad creciente.

—No te preocupes, hombre, que no vas a llegar tarde al aeropuerto. Ve tú al banco y mientras yo me paro a ver a Jaume.

«A Rosa siempre parece que le basta el tiempo para todo, no sé cómo puede ser tan tranquila», se dijo Guillem mientras se dirigía a grandes zancadas a la sucursal del banco. Le apetecía mucho viajar a Madrid y ver a sus colegas, pero al paso que llevaban estaba seguro de que iba a perder el vuelo.

## Capítulo 7

Joana se encontraba en el avión rumbo a Madrid, donde tendría que pasar la noche, para continuar viaje hacia Mallorca a la mañana siguiente.

Hasta que no se había iniciado el vuelo, no había conseguido relajarse. Desde que Mónica cogiera las riendas de aquella locura, la tarde anterior en la agencia de viajes, no había podido ni respirar. Su partida hacia Mallorca se había convertido en una carrera contrarreloj en la que no había tenido ni cinco minutos para pensar si lo que estaba haciendo era sensato, o incluso correcto.

Mónica había llamado a Matt desde la agencia para informarle de que pasaría el resto del día y gran parte de la noche con Joana, porque quería ayudarle a hacer las maletas.

—¿Qué va a poner en las maletas? —había preguntado él en tono asombrado.

—¿Tú qué crees? ¡Ropa, libros, cremas...! ¡Lo que se suele poner en ellas!

—Solo lo digo porque, si vais a necesitar más de seis horas para hacerlas, ¡irán bien cargaditas!

—¡No seas bobo! —contestó ella, riéndole la gracia—. Tengo que ayudarla a hacer muchas cosas antes.

Una vez que tuvieron los billetes de los vuelos en las manos se dirigieron al gabinete de abogados Herbert & Herbert, donde encontraron al señor López de pura casualidad porque, según dijo, por norma general salía mucho más pronto de la oficina.

Llamaron al notario en Mallorca, donde eran las once de la noche. El pobre hombre, al que habían sacado de la cama como había proclamado furioso, les informó de que las llaves de la casa las tenía una vecina, que además era prima del padre de Joana, quien esperaría a la chica fuera la hora que fuera cuando esta llegara.

Cuando Joana había estado en el despacho por la mañana, no habían profundizado en las cláusulas del testamento de su tía, lo que hicieron en ese momento.

—En cuanto a la casa, puede disponer de ella y de todo lo que en contiene, ya que, de hecho, se considera que es suyo hasta que deje de cumplir alguna de las cláusulas —dijo el abogado mientras consultaba los papeles que le habían mandado desde la isla—. En cuanto al dinero del banco, tendrá una asignación mensual que le entregará el notario, entre los días 1 y 5 de cada mes. Con respecto a los animales, no puede venderlos ni deshacerse de ellos hasta que esté usted en plena posesión de la herencia.

En este punto, Joana se alteró mucho y se levantó de la butaca en la que estaba sentada, dispuesta a mandarlo todo a paseo otra vez.

—No tiene que preocuparse por ese aspecto —puntualizó entonces López—, tenga en cuenta que su tía tenía noventa y un años cuando murió y que, según palabras del notario, «Hace tiempo

que quien cuida de los animales es un payés que también le tiene arrendada una de las fincas».

—Pues ¡que siga cuidando de ellas y tú te despreocupas! —dijo Mónica, que hasta ese momento no había podido meter baza y no podía aguantar ni un minuto más con la boca cerrada.

Joana resopló, pero no contestó.

—¿Podemos seguir? —preguntó el abogado.

—¡Podemos seguir! —dijo Mónica.

—La comisión que designó la señora Salom para comprobar que usted realmente se integra en la vida del pueblo está compuesta por el señor Escalas, que es el notario con el que hemos tenido contacto; el señor Mayol, que es el médico del pueblo; el señor Ginart, que es el veterinario, este último podrá delegar en su nieto ya que él sale muy poco de su casa, y finalmente, por el Cura don Gabriel Pol.

—¡Esto es un despropósito y una locura! —gritó Joana, furiosa.

Al instante, Mónica se dirigió al abogado y le pidió que las dejara a solas.

—A ver, Joana, ¡relájate! Esto ya lo habíamos hablado. Ya sabíamos de la existencia de esta comisión, como también habíamos decidido que te olvidarías de ellos. Parece mentira que seas tan resolutiva dentro de la sala de urgencias y ahora te pongas tan nerviosa por una gente que ni conoces, ni te importa.

—Mónica, para ti es muy fácil decir eso, seré yo quien vivirá allí, sola, y con esa gente vigilándome, ¡a saber de qué forma!

—Pero tú tienes que ir a lo tuyo, ¡pasa de ellos! ¡Si a ti lo que de verdad te interesa es relajarte en la isla de la calma! —enfaticó—. Si lo llego a saber, no me hubiera quedado embarazada, ojalá pudiese ir contigo. Yo lo veo muy claro, ¿por qué a ti te cuesta tanto?

—¡Joder, Mónica! ¡Ni que tuvieras interés en que yo me fuera!

—Joana, ¡mi único interés aquí eres tú! Quiero que estés bien, que disfrutes de unas vacaciones que, por otra parte, tienes más que merecidas. Pero si quieres, podemos organizar el viaje a otro sitio...

—¡Olvidalo! Ahora ya tengo los billetes. Lo que pasa es que la situación me pone un poco de los nervios. Todo esto parece una comedia del absurdo —resopló—. Será mejor que hagamos entrar a este hombre.

Después de volver, el señor López ya no añadió mucho más. Los componentes de la comisión la ayudarían a integrarse en la vida del pueblo y después evaluarían, se reunirían y decidirían si las condiciones se cumplían o no.

—Como ya le dije antes, si no se cumplen las condiciones, la herencia pasará a formar parte de la parroquia.

—¿Quiere decir que el cura este que usted ha mencionado, el que forma parte de la comisión, es el que recibirá la herencia si no hago lo que la tía ha estipulado en su testamento?

—Bueno, en principio él solo la administrará, es la parroquia quien va a recibirla.

—Y ¿puede ser juez y parte al mismo tiempo? —preguntó ella asombrada.

—Como ya le he dicho esta mañana —continuó López, sin inmutarse—, creo que este testamento podría ser fácilmente impugnado y...

—Mire, señor López, ahora ya tengo los pasajes para ir a Mallorca, ya estoy metida en este lío hasta el cuello. Iré a la isla de donde provenía mi padre y veré que rumbo toma todo este asunto, si después hay algo que impugnar, ya lo hablaremos a mi regreso.

Así las cosas, ella y Mónica fueron a su apartamento e hicieron las maletas. Metieron, sobre todo, ropa de verano: un bañador algo pasado de moda, ya que Joana hacía años que no se metía

en una piscina, ni mucho menos en el mar; sandalias y algo de ropa más abrigada.

—Oye, que me voy al Mediterráneo, no al Caribe —le dijo a su amiga, cuando esta se mostró reticente a que añadiera al equipaje ropa de invierno—. Además, mi padre siempre decía que en el pueblo había muchas cosas que no se podían conseguir, para eso había que desplazarse hasta la capital, Palma, o algo así creo recordar —añadió pensativa—. Solo falta que acabe pillando una neumonía por ir en bañador todo el día.

Mónica miró a Joana entrecerrando los ojos, para hacerle entender que no le había gustado nada ese comentario, pero luego lo pensó mejor y le dijo:

—¡Es una gran idea! Paseándote todo el día en bañador y enseñando tus grandes atributos, seguro que se lanzan todos a por ti.

Joana le sacó la lengua, como si fuera una niña pequeña, y se rieron con ganas las dos al imaginar la situación.

Aunque a Matt le hubiera parecido que toda la tarde y parte de la noche era mucho tiempo, a ellas dos no les sobró ni un minuto. Joana llegó al aeropuerto con el tiempo justo para facturar las maletas y dirigirse a su puerta de embarque. En esos momentos, algo más tranquila, dudaba seriamente de que su decisión de salir corriendo hacia Mallorca hubiera sido la más acertada.

«¡Más bien ha sido la decisión de Mónica! —se repetía—. Ahora ya está. A lo hecho, pecho», se dijo, intentando resignarse.

Decidió dejar de atormentarse por algo que ya estaba encaminado y se puso a pensar qué podría hacer en Madrid el tiempo que tendría que pasar allí. Pensó que salir a callejear un rato podía ser una buena opción, así que resolvió que lo mejor en esos momentos sería dormir un poco. Se acomodó en su asiento y poco después se quedó profundamente dormida.

## Capítulo 8

Guillem llegó al Senator Barajas, hotel donde debía celebrarse la convención de veterinaria, un día antes de que lo hicieran el resto de sus compañeros. Quería aprovechar y pasearse un poco por la ciudad, pero se encontró con que, en contra de lo que había esperado, el hotel estaba muy cerca del aeropuerto y, por lo tanto, lejos del centro de Madrid. No se amilanó por eso, era todavía pronto cuando dejó las maletas en su habitación, pidió un taxi que lo llevó hasta la Puerta de Alcalá, y pasó el día entre el Paseo del Prado y el parque de El Retiro. Aprovechó para visitar el Museo del Prado, en el que no había entrado más que una vez, estando de viaje de estudios con su clase del instituto, y comió el tan aclamado bocata de calamares de rigor. Consiguió comprar casi todos los discos de la lista que le había dado su amigo Jaume, el dueño del pub donde solían pasar el tiempo, y se sintió muy satisfecho por ello. Sobre las siete de la tarde ya estaba de vuelta en el hotel y, después de ducharse, decidió tomar una copa en el bar antes de dirigirse al comedor para cenar.

\*\*\*

Cuando Joana vio dónde estaba situado el Senator Barajas se preguntó si su intención de pasearse por Madrid se vería frustrada. Mientras el recepcionista copiaba sus datos, ella le preguntó:

—¿Cuánto tardaré si quiero ir hasta el centro de la ciudad desde aquí?

—¡Oh, no está demasiado lejos! Si coge un taxi, en poco más de media hora se encontrará allí. ¿Quiere que se lo pida?

Joana miró su reloj de pulsera y se dio cuenta de que no le valía la pena, ya había anochecido y perdería una hora solo en los desplazamientos. Decidió que se quedaría en el hotel. Seguro que habría alguna otra ocasión para visitar Madrid con más calma.

—¡No se preocupe! Muchas gracias.

El recepcionista terminó de registrarla y, con una gran sonrisa, le entregó las llaves de su habitación y le indicó a un botones que la acompañara.

Después de darse una ducha, se dirigió hacia el bar del hotel, había decidido que podía entretenerse con su pasatiempo favorito. Sin proponérselo, se había aficionado a observar a las personas que la rodeaban e intentar averiguar si tendrían que acudir a urgencias a todo correr por alguna afección. Lo peor era que nunca llegaba a saber si había acertado o no en su diagnóstico, pero se decía a sí misma que cada uno pasaba su tiempo como quería, o como podía.

Una vez en el salón eligió una mesa desde donde poder observar a la gente sin ser demasiado descarada. Pidió una Coca-Cola y se fijó primero en un señor de unos setenta años, que estaba sentado pero, aun así, su respiración era trabajosa; su peso superaba en treinta kilos, al menos, lo

deseable para su constitución y estatura. A parte de eso, estaba fumando un puro y sostenía en la mano lo que parecía un whisky con hielo.

«En menos de un año, infarto agudo de miocardio que necesitará una operación a corazón abierto para hacerle un bypass», dijo para sí Joana.

Después dirigió su atención a una mujer que estaba sentada en una de las pequeñas butacas que poblaban el bar, su postura rígida la hacía parecer muy incómoda. Su piel tenía, para un ojo avezado, un color levemente amarillento; se rascaba con disimulo ahora una pierna, ahora un brazo.

«Inflamación hepática, probables niveles altos de bilirrubina en sangre, ¿debería decirle que no se demore en acudir a un médico?», se preguntó Joana, como ya lo había hecho en otras ocasiones en que se había entretenido con ese juego.

Sin buscarlo, sus ojos se posaron en un chico alto, joven, sentado al otro lado de la sala. Su postura era relajada, el tobillo de la pierna derecha apoyado sobre la pierna izquierda. Era moreno y el pelo algo rizado, que llevaba un poco largo, le caía casi hasta las orejas. Tenía el mentón fuerte y la leve sombra de barba le cubría el rostro. Joana no pudo imaginar que ninguna enfermedad pudiera aquejarlo, no obstante, no podía dejar de contemplarlo, era dueño de un magnetismo que la tenía atrapada por completo. Tras pasar un buen rato mirándolo fijamente, se dio cuenta de que él le sonreía y levantaba la copa que tenía en la mano a modo de brindis. Joana bajó la vista de inmediato al sentirse sorprendida observándolo de forma tan obvia, no obstante, se rehízo enseguida y brindó a su vez con su vaso y, aunque a partir de ese momento intentó fijarse en los otros clientes, sus ojos volvían a él de forma irremediable. Cada vez que lo miraba, él le devolvía la mirada; lo hacía de una forma casi tímida, pero al mismo tiempo sin dejar de sonreír. Joana se sentía más turbada de lo que se había sentido en años. Le parecía guapo y, aunque su belleza no era la que marcaban los cánones, no estaba exenta de un toque salvaje que hacía que a ella se le encendiera la sangre. Pensó que no estaría mal poder conocerle y ver dónde les llevaba la noche, al fin y al cabo, estaba sola en un país que tenía fama de estar habitado por gente de sangre caliente.

«Eso no deja de ser un tópico, ¿no será que buscas una excusa para tener una noche de sexo saludable?», se reconvino.

\*\*\*

Guillem había visto a la chica entrar en el bar, sentarse en un sitio apartado y pedir una bebida. No había podido dejar de fijarse en ella. Era alta y esbelta, con un busto generoso; si bien la ropa que llevaba era informal y no destacaba demasiado sus curvas, él las había podido adivinar a la perfección. También la había visto observar a algunas personas como si quisiera adivinar qué secretos ocultaban; cuando le llegó el turno a él, se dio cuenta de que le gustaba que lo mirase tan intensamente. Así que, sin pensarlo demasiado, había levantado la copa en un brindis que ella no había dudado en devolverle. Aunque sabía que no se atrevería a abordarla, el cruce de sonrisas y miradas le estaba gustando más de lo que se hubiera imaginado.

«Chico, estás en Madrid, nadie te conoce y probablemente no verás a esa mujer nunca más en la vida, lánzate a por ella y ya veremos qué pasa», se sermoneó.

En el momento en que creía que había reunido la valentía suficiente para acercarse a ella, uno de los camareros del bar lo abordó.

—Caballero, ¿es usted Guillem Ginart? —le preguntó.

—Sí, soy yo, ¿qué desea? —contestó no sin cierto asombro en la voz.

—Tiene usted una llamada. Si es tan amable de acompañarme —añadió, mostrándole el camino.

Guillem se levantó de la pequeña butaca y siguió al camarero lamentándose por haber perdido la oportunidad de acercarse a la chica de las miraditas. Se giró hacia ella de nuevo para observarla una última vez y se dio cuenta de que hablaba con un empleado del hotel.

\*\*\*

—¡Siento mucho molestarla, doctora Brunet, pero ha sucedido algo! ¿Le importaría compartir su mesa a la hora de la cena? Acabamos de tener una entrada importante de clientes debido a unos retrasos en el aeropuerto y me temo que el salón está lleno.

—¡No hay problema! —contestó Joana, en tono amable—. No tengo inconveniente.

El *maître* le sonrió y le pidió que lo acompañara. Antes de salir del bar, dirigió unas palabras a uno de los camareros a las que ella no prestó atención, estaba intentando localizar al chico con el que hasta hacía unos segundos había intercambiado miradas, pero no lo consiguió.

«Vaya, parece que visitar la ciudad no va a ser lo único que tendré que posponer hoy», se lamentó para sí.

Después, el *maître* volvió a ocuparse de ella y la condujo hasta el comedor, donde le señaló una mesa en la que una chica la esperaba con cara sonriente.

## Capítulo 9

En cuanto Joana se sentó, la chica que ya ocupaba la mesa alargó la mano para presentarse.

—¡Hola, soy Virginia! —le dijo con una gran sonrisa en los labios—. Creo que vamos a cenar juntas.

—Sorry, I don't speak Spanish![2] —contestó Joana, que no pudo más que sonreír a su vez y darle la mano para estrechársela.

—No te preocupes por eso, no tengo problema en hablar inglés —dijo Virginia usando la lengua materna de Joana.

Tras las presentaciones, pidieron la cena. Su compañera era una chica muy habladora y fue quien llevó el peso de la conversación. Resultó que era azafata y conocía medio mundo. Era franca y extrovertida, a Joana le cayó bien de inmediato y se alegró de haber tenido que compartir mesa con ella.

—¿Has estado antes en este hotel? En la planta alta tiene un pub que me encanta. Podemos ir, si quieres, después de cenar y tomarnos unas copas —le dijo Virginia después de haber dado buena cuenta de una ensalada.

—¡Uf! No sé, estoy algo cansada —contestó, vacilante, Joana.

—Solo un ratito, mujer, nos vamos a divertir.

—Bueno, de todas formas, no creo que el *jet lag* me deje dormir demasiado. Quizás sí —contestó al fin.

El sitio en el que se había sentado Joana le permitía ver la puerta de entrada al comedor y no pasó mucho tiempo antes de que el chico del bar la atravesara. El *maître* lo precedía y le señaló una mesa donde ya estaba sentado otro cliente. Por el saludo que se dedicaron ambos jóvenes Joana intuyó que se tenían afecto y que quizás llevaran un tiempo sin verse. Él no podía verla a ella, pero Joana percibía muy bien su perfil. Enseguida se dio cuenta de que tenía la nariz algo aguileña, un rasgo que a ella le encantaba. Cuanto más lo miraba, más le gustaba aquel chico, y más ganas tenía de seguir mirándolo. Su actitud llamó la atención de Virginia.

—¿A quién has visto? —le preguntó con desparpajo— ¿Prefieres cambiar de mesa?

Joana se puso a reír.

—No, ¡qué va! Es que en el bar he coincidido con un chico y ahora lo he vuelto a ver, solo lo estaba observando porque me parece muy atractivo —dijo, animada. Al instante se dio cuenta de que el vino de la cena la había desinhibido bastante. Por norma general no solía hablar de manera tan abierta con alguien que acababa de conocer.

«No importa —se dijo—. No creo que vuelva a ver a Virginia nunca más».

La chica se giró en la silla sin disimular su interés.

—¿Te refieres al chico de la camisa a cuadros? Creo que no lo conozco, ni tampoco al que está

sentado con él. ¿Quieres que los invitemos a venir con nosotras al pub? Te dejo el camino libre con tu conocido del bar, a mí me gusta más su amigo.

Joana se rio, no podía creer que Virginia hablara en serio, por lo que su asombro fue mayúsculo cuando la azafata se levantó de la silla y se dirigió hacia la mesa donde estaban sentados los dos jóvenes. Cuando empezó a hablar con ellos, Joana no sabía dónde esconderse, aunque no se movió porque no le parecía adecuado meterse debajo la mesa. Tres pares de ojos se fijaron en ella en cuanto Virginia la señaló, en ese momento hubiera querido poder fundirse, hasta que vio la sonrisa que le dedicaba el chico del bar. Sintió cómo esa sonrisa la calentaba por dentro y, sin pensarlo, cogió la copa de vino y la levantó en un brindis, como había hecho él un rato antes; él se rio y cogió su copa de la mesa para responder a su gesto. En esos momentos, Virginia venía hacia ella con cara de emoción.

—Los tenemos en el bote —dijo nada más sentarse—. Esta noche no dormiré sola ninguna de las dos. —Y se echó a reír.

Joana, que hasta eso momento había creído que ya no se espantaba por casi nada, quedó algo cortada, sobre todo cuando se dio cuenta de que el chico del bar se volvía con frecuencia para sonreírle.

—Desde luego, si buscamos en el diccionario la palabra «atrevida», lo más seguro es que una de las definiciones sea: «Virginia» —dijo riéndose y tomando otro sorbo del excelente vino que habían bebido en abundancia con la cena.

La aludida sacó la lengua a la vez que le guiñaba un ojo.

—¿Verdad? —añadió, pícaro—. No te habrá molestado, ¿no?

—Más que molestar, me ha sorprendido tu audacia. Creo que yo no hubiera sido capaz de hacer algo así.

—Mira, Joana —dijo Virginia con una inesperada seriedad—, hace unos años hubo un problema en el avión en el que viajaba y un poco más y no lo cuento. Eso me sirvió para ver la luz y descubrir dos verdades que para mí se convirtieron en ley. Primero —mostró el pulgar para reforzar sus palabras—: Cuando te levantas de la cama no sabes si ese día será el último de tu vida, por tanto, no debes dejar de hacer nada que te apetezca de verdad, quizás la mañana siguiente no llegue nunca; y segundo —dijo mostrando el dedo índice—: si en cualquier momento puedo morir, prefiero hacerlo con una sonrisa de satisfacción en los labios. Desde entonces no le temo a nada, ni siquiera a la muerte, porque no he dejado de hacer lo que me apetece en cada momento, aunque eso sea algo tan inusual como invitar a un hombre a pasar la noche conmigo. —Le guiño un ojo de nuevo y añadió—: Y menos eso, que, si lo piensas, es algo que cumple con las dos premisas, y que en el noventa y nueve por ciento de ocasiones me deja con cara de satisfacción.

Joana se echó a reír, estaba acostumbrada a mirar a la muerte a la cara a diario en el trabajo y quizás eso había hecho que la banalizara hasta que sus padres murieron. Desde entonces se había limitado a considerarla una compañera constante, pero en realidad no la percibía como algo que pudiera sucederle a ella en cualquier momento. Por eso, la manera en que la asumía Virginia le pareció chispeante y para nada descabellada.

—Brindo por morir satisfecha —dijo alzando su copa.

—Y yo brindo por la igualdad real entre hombres y mujeres —contestó Virginia riéndose.

—Tienes razón, ¿por qué siempre tienen que ser ellos los que lleven la iniciativa? —preguntó Joana mientras se imaginaba a sí misma proponiéndole al chico del bar que pasara la noche con ella. Le molestó ser consciente de que no le entrara en la cabeza algo así.

—Espero que cuando entremos en el siglo XXI, gracias a Dios porque solo quedan ocho años para eso —dijo mirando al cielo—, ya sea cosa del pasado, pero ahora mismo a la gente le sigues pareciendo una desvergonzada cuando eres tú la que se lo propone a un chico. De todas formas, ya te he dicho lo poco que eso me importa, ¿no?

Las dos se pusieron a reír, y solo pararon cuando oyeron una voz profunda que preguntaba:

—Contadnos eso tan divertido, nosotros también queremos reírnos.

Era uno de los chicos el que hablaba, el que Virginia había elegido para sí. La miraba con ojos penetrantes que hicieron pensar a Joana que Virginia y él ni siquiera llegarían al pub.

—Soy Óscar —dijo presentándose—. Y él es Guillem.

—Ella es Joana —señaló Virginia en inglés—. ¿Habláis inglés?

—*Of course!* —contestó Óscar, al tiempo que se sentaba. Desprendía una confianza en sí mismo envidiable.

Guillem también se sentó, no contestó a la pregunta, se limitó a mirar a Joana y sonreír. Joana estaba algo nerviosa, esperaba que Guillem hablara inglés, pero si no lo hacía estaba decidida a hacerse entender como fuera. En esos momentos lo miraba esperando que dijera algo, pero él parecía no haber escuchado la pregunta.

—¿Me has preguntado algo? —se aventuró a decir cuando se dio cuenta de que Joana no era la única que lo miraba expectante.

—Virginia pregunta si hablas inglés —le dijo Óscar, asombrado de que Guillem no la hubiera oído.

—Sí, sí, claro —contestó aclarándose la garganta—. Estaba distraído.

—¡Me hago una ligera idea de quién ha sido la que te ha robado la atención! —añadió Óscar en español, cuando se dio cuenta de que Guillem miraba a Joana con cara de embobado.

Virginia emitió una risita cómplice y miró a Guillem con ternura.

—¿Qué pasa?, ¿qué he hecho ahora para que os riais de mí? —preguntó Guillem algo mosqueado.

—Venga, chicos, vamos a hablar en inglés que Joana no entiende el español. ¿Hace mucho que os conocéis? ¿A qué habéis venido a Madrid? —dijo Virginia que no quería que el ánimo decayera.

Guillem y Óscar se pusieron a reír a la vez al ver el ímpetu de Virginia.

—Nos conocimos en la universidad —contestó Óscar, sin perder la sonrisa—, aunque, desde que acabamos la carrera, coincidimos muy poco.

—¿Queréis que vayamos al pub un rato? —preguntó Virginia que se mostraba acalorada por la mirada que Óscar le acababa de regalar y que parecía haber olvidado ya su otra pregunta.

Los otros tres se miraron y alzaron los hombros casi al unísono, lo que les provocó un nuevo ataque de risa.

Joana se lo estaba pasando muy bien, y cada vez estaba más convencida de que no debía dejar pasar la oportunidad de sacar provecho a la noche. Por lo que sabía del pueblo de su padre, podía estar habitado únicamente por personas mayores de setenta años y no tener una ocasión como la que se le presentaba en esos momentos, en semanas. Con esa perspectiva en mente y las palabras de Virginia aún resonando en su cabeza, decidió que si Guillem no se le insinuaba lo haría ella.

## Capítulo 10

En el pub, Virginia y Óscar se enfrascaron en una conversación en voz baja que dejó fuera a los otros dos. Joana y Guillem estaban sentados muy cerca uno del otro, y aunque no paraban de mirarse, ninguno de los dos sabía qué decir para iniciar una charla que pudiera resultar interesante.

«Joder, Joana —se recriminó a sí misma—, la timidez nunca ha figurado entre tus defectos. ¿Quieres hacer el favor de lanzarte a por él de una vez?»

En esos momentos empezó a sonar una canción lenta a través de los altavoces del pub. Había una pista de baile y, aunque estaba desierta, Joana se dio cuenta de que se le acababa de presentar la oportunidad que había estado esperando. Sin pararse a pensar ni un minuto más, y con el corazón en un puño, dijo:

—¿Quieres...

—Podríamos... —Empezó a hablar Guillem al mismo tiempo que ella, dejando a Joana con su pregunta a medias.

Los dos se pusieron a reír. Ella hizo una señal con la mano para que él acabara primero su frase.

—Me preguntaba si te apetecería bailar —dijo él, sin dejar de mirarla a los ojos.

Joana sonrió y dijo que sí con un gesto de la cabeza.

—Eso mismo quería preguntarte yo.

Guillem la cogió de la mano mientras se ponían en pie.

—¡Vamos! —dijo con un murmullo ronco.

Se situaron en mitad de la pista sin reparar en si nadie se fijaba en ellos o no. Guillem la cogió por la cintura y Joana le pasó los brazos alrededor del cuello. Al principio se encontraban algo incómodos y había una distancia considerable entre ellos, pero la música y el leve balanceo de ambos al bailar hizo que se relajaran y se acercaran cada vez más uno al otro.

La música terminó, pero ellos no pararon de bailar, con las frentes unidas, hundiéndose por momentos en los ojos que tenían enfrente. La siguiente canción empezó y Guillem se puso a cantarla muy bajito con la voz cada vez más enronquecida.

—¿La conoces? —preguntó Joana.

—Sí —contestó él apenas en un susurro.

—¿Qué dice? —preguntó de nuevo, en un intento de desviar la atención de su corazón, que latía cada vez más desbocado.

Él soltó el aire de golpe.

—No sé si sabría traducirla.

—Inténtalo.

—Dice... —Guillem se acercó más a ella y empezó a susurrarle al oído—:

*Tú montada en mí...  
Yo, montura hostil...  
Tú me abrazas con los pies,  
y yo lamo el arnés...*

Joana, al notar que él acercaba su cuerpo al de ella aún más, se había excitado muchísimo, pero al descifrar el significado de las palabras que Guillem derramaba como miel líquida en su oreja, sintió cómo la sangre se le incendiaba en las venas abrasándolo todo a su paso. Empezó a respirar de forma acelerada y, al notar que a él también le costaba coger aire, supo que la noche iba a ser ardiente.

Enredó los dedos en el pelo de la nuca de Guillem, notó al instante cómo se estremecía e intensificó las caricias que le prodigaba. Los ojos de Guillem se volvieron todavía más penetrantes y Joana notó cómo las manos de él, que hasta ese instante habían estado apoyadas en su cintura, ascendían por los costados de su torso, llegando hasta casi los pechos, y volvían a bajar, dejándola huérfana de la caricia que había anhelado en ese momento. Sin embargo, no se detuvieron en su cintura, siguieron bajando y llegaron hasta justo debajo de sus nalgas, donde se entretuvieron apenas unos segundos para volver a iniciar el camino ascendente.

El cuerpo de Joana temblaba de expectación, quería decir algo, pero solo consiguió emitir un profundo suspiro. Los labios de ambos estaban tan cerca que casi se rozaban, y Guillem acusó ese suspiro y también tembló levemente. Se alejó unos centímetros de ella y la miró. No hizo falta que ninguno hablara, los ojos de Guillem lo decían todo.

Se separaron un poco, casi nada, lo mínimo para poder caminar. Llegaron hasta la mesa que todavía ocupaban Virginia y Óscar para recoger sus cosas y se despidieron de ellos sin prestar demasiada atención a nada que no fueran las partes de sus cuerpos que se rozaban.

Fuera del pub, Joana llamó al ascensor y se volvió para mirar a aquel hombre que, con tan poco, había conseguido enardecerla tanto. Guillem tenía las pupilas dilatadas y respiraba como si hubiese corrido varios kilómetros; sus ojos no paraban de desplazarse, ávidos, por la cara de Joana, parándose con frecuencia en sus labios. El ascensor se abrió en ese momento y él casi la empujó al interior. Ni siquiera esperó a que se cerraran de nuevo las puertas, la apoyó contra el panel de mandos y se reclinó sobre ella, atrapando sus labios en un beso lleno de ansia, pero suave, hambriento pero delicado.

Joana ni se lo pensó, respondió a ese beso con intensidad, atacando y retrocediendo con la lengua al ritmo que él marcaba. Se agarró a su camisa y le rodeó con una pierna para tirar de él con fuerza hacia sí. Notó el gemido de Guillem en su boca justo antes de que él la cogiera por las nalgas y la izara haciendo que sus pelvis se unieran y que Joana pensara que nunca le había molestado tanto la ropa.

La erección de Guillem presionaba sobre su pubis y tuvo que separarse de sus labios para coger aire. Le puso las manos a ambos lados de la cara y lo miró a los ojos mientras él seguía empujándola contra la pared del ascensor, como si quisiera incrustarla en el panel de madera. Joana entreabrió los labios de nuevo para respirar y él aprovechó la ocasión para besarla, metiéndole la lengua una y otra vez en la boca, devorándola en cada embestida al mismo tiempo que la empujaba con las caderas.

De repente, Joana sintió que el ascensor se ponía en movimiento y volvió a ella algo de su

cordura olvidada. Con esfuerzo, bajó la pierna al suelo y soltó los labios de Guillem a regañadientes. Él la miró con asombro por su cambio de actitud, hasta que también fue consciente de que se movían.

—Alguien ha llamado el ascensor. —Consiguió articular ella al fin, a lo que Guillem solo pudo asentir con la cabeza.

Si antes él la había devorado con los labios, ahora lo hacía con la mirada.

—¿Vendrás a mi habitación? —le preguntó, sin soltarla todavía.

Esta vez fue Joana la que solo pudo asentir con la cabeza, sin conseguir que las palabras fueran más allá de su garganta.

El ascensor perdió velocidad y ellos hicieron un esfuerzo inútil por recomponer su aspecto. Guillem la cogió de la mano y, en cuanto la puerta se abrió, salieron al pasillo corriendo, sin saber ni en qué piso se encontraban. La señora que esperaba ante el ascensor los miró con sorpresa, pero en cuanto se dio cuenta de lo que pasaba se dibujó en su cara una sonrisa cómplice que ellos ya no pudieron ver, porque se dirigían veloces hacia la escalera.

Bajaron los tres pisos que los separaban de la planta de Guillem a trompicones, parándose en los rellanos para devorarse las bocas y llegar con las manos donde sus lenguas querían posarse.

Delante de la habitación de Guillem, mientras el intentaba encajar la llave en la cerradura, Joana, que estaba pegada a su espalda, le puso las manos sobre el pecho buscando sus pezones. Al encontrarlos, se los pellizcó, ocasionado en él una sacudida que la dejó a ella anonadada por la intensidad, y a él temblando de anticipación.

En cuanto consiguió abrir, avanzaron apenas unos metros hacia el interior del cuarto, cuando Guillem se volvió y, en el mismo movimiento fluido, atrapó a Joana entre él y la puerta que ella acababa de cerrar. Le metió las manos por debajo de la camisa de seda y sus dedos se dirigieron sin dudarlos a los pechos de la chica, pensaba devolverle la caricia aumentada un millón de veces.

No conseguía entender qué había hecho Joana con él, pero lo tenía expectante y excitado como no lo estaba desde hacía mucho tiempo. Guillem no era de los que salían en busca de sexo casual todos los fines de semana, como hacían algunos de sus amigos, pero esa noche estaba más allá del deseo, no podía pensar en otra cosa que no fuera poseer a Joana de todas las formas posibles desde que habían empezado a tocarse en la pista de baile. Susurrarle la canción de Mecano a la oreja, cuando ella le había pedido que se la tradujera, lo había puesto al límite. O eso creía él, hasta que entraron en el ascensor. Joana lo había hecho temblar de pies a cabeza y tenía la impresión de que eso se repetiría una y otra vez.

Empezó a tocar sus pezones erectos por encima del sujetador mientras le buscaba la boca con voracidad, oyó el gemido de Joana al mismo tiempo que lo sintió en la boca e intensificó la fricción mientras le acariciaba los labios con la lengua, con la esperanza de no tener que dejar ni un centímetro de ella sin lamer.

Joana empujó a Guillem con suavidad para alejarlo un poco de ella, antes de que él pudiera darse cuenta de lo que pasaba, estiró con fuerza de su camisa sacándosela de los pantalones, cogió cada faldón con una mano y tiró hacia los lados haciendo que saltaran varios de los botones. Guillem la ayudó con el resto y su pecho quedó descubierto, una leve capa de vello negro cubría sus músculos. Joana se relamió interiormente mientras lo observaba, Guillem era delgado, aunque fibroso, y ella, sin dudarlos, apoyó las manos en sus pectorales y las movió hacia la cinturilla del pantalón. Con habilidad, desabrochó los botones del vaquero y, sin abrirlo más que un poquito, paseó la palma de la mano sobre su erección. El pene de Guillem palpó contra ella y eso la hizo sentirse poderosa y atrevida. Se arrodilló ante él, logrando que Guillem se estremeciera, un

sonido ronco salió de la garganta del chico mientras que una sonrisa pícaro acudió a los labios de Joana. Sacó la lengua y la paseó sobre la tela del slip, al mismo tiempo, colocó las manos de nuevo en su cintura; le bajó los pantalones y los calzoncillos de una vez, tirando de ellos con fuerza mientras lo miraba fijamente a los ojos.

Guillem se sentía más excitado que nunca, estaba desnudo mientras ella seguía completamente vestida. Se sentía expuesto, algo que nunca había experimentado, y la sensación de verse observado por ella lo enardeció tanto que estuvo a punto de eyacular en aquel mismo instante. Tuvo que obligarse a respirar muy despacio para no ponerse en evidencia.

Decidió que ya era hora de pasar a formar parte activa del juego otra vez. Cogió a Joana por los brazos y la levantó al tiempo que la pegaba a él. Volvió a besarla intentando transmitirle todo el deseo que sentía en esos instantes, le pareció que lo había conseguido cuando notó que ella temblaba de nuevo. Sin perder el tiempo, la desnudó tan deprisa como ella lo había desnudado a él y la empujó hacia la cama. Se tumbó sobre ella y le atrapó los brazos detrás de la cabeza. Sin dejar de besarla, se movió rozando de forma insistente su pene contra su sexo mojado. Joana empezó a gemir y a elevar las caderas invitándolo a entrar sin pensar, excitada como estaba, que necesitaban un profiláctico.

Guillem llevaba a sus espaldas mucho tiempo de abstinencia y estaba seguro de que iba a quedar como un pardillo si no empezaba a calmarse y a imaginar torrentes de agua helada. Eso hizo que bajara el ritmo, lo que le dio tiempo a pensar en que debían protegerse.

—Espera —dijo con la voz entrecortada—. Necesitaremos un preservativo, ¡o varios! No te muevas, voy a por ellos.

A los pocos segundos volvía con una ristra de condones en la mano que provocó que Joana tuviese un ataque de risa.

—¿Te parecen pocos? —preguntó Guillem mientras los miraba con fijeza.

—Creo que, si los usamos todos, mañana no podremos caminar, ni tú ni yo —contestó sin poder dejar de reír.

Guillem los dejó sobre la mesilla de noche y se tumbó al lado de Joana.

—Siento haber estropeado el momento. —Joana lo miraba fijamente e intentaba no reírse—. Es solo que, cuando te he visto salir del baño con «todo eso», me ha entrado algo de pánico. —No pudo evitar que se adueñaran de ella las carcajadas de nuevo.

—Bueno, a lo mejor lo he estropeado yo yendo a buscarlos, pero creo que la protección es importante. Además, nos veo capaces de retomarlo justo en el punto donde estábamos.

Se colocó encima de ella de nuevo y Joana dejó de reírse de inmediato. Guillem adoptó la postura exacta en la que estaban antes de la interrupción y, pegando los labios a los de Joana, dijo:

—Creo que más o menos íbamos por aquí.

Movió las caderas con lentitud para que su pene entrara otra vez en contacto con la sensibilizada zona entre las piernas de Joana. Ella empezó a gemir y a contonearse en respuesta. El chico soltó los labios de Joana con renuencia para mirarla a los ojos.

—¡Oh, Joana, me gustas muchísimo! ¡Quiero estar dentro de ti ya!

—¡Pues no sé a qué estás esperando! —dijo ella elevando apenas la voz.

Guillem separó sus cuerpos lo mínimo para poder colocarse el profiláctico; no bien lo hubo hecho, se introdujo en ella con un movimiento rápido y seco que los hizo gritar y los dejó sin aliento a ambos.

Soltó los brazos a Joana y le cogió la cara entre las manos, sin moverse todavía, disfrutando del dulce calor de su interior. La miró de nuevo como si deseara grabar sus rasgos en su mente.

—Eres preciosa. No puedo dejar de mirarte.

Empezó a moverse en una cadencia lenta y muy excitante que hizo que Joana se pusiera a suspirar de placer, él notaba cómo ella salía a su encuentro con cada embestida y deseaba que ese momento se alargara durante toda la noche.

Joana sentía que estaba a punto de tener un orgasmo como no lo tenía desde hacía tiempo, notaba cómo empezaban a tensarse los músculos de las piernas como preludio de la explosión que sin duda llegaría. Guillem se movía de una forma tan deliciosa que no la dejaba pensar en nada que no fuera él en su interior. Buscó sus labios con avidez y esa vez fue ella quien lo penetró con la lengua; su cuerpo no podía estarse quieto y se elevaba de la cama cada vez que él la penetraba.

«Ahí está —pensó— ya viene».

—Guillem —dijo—, no pares ahora, no me sueltes.

Él renovó la intensidad de la penetración llevándola a la cumbre en pocos instantes, sin dejar de besarla ni un segundo.

En el momento culminante, Joana abrió los ojos como platos y grito desenfrenada, aferrándose a él con brazos y piernas, suplicando para que lo hiciera durar un poco más, porque estaba teniendo uno de los mejores orgasmos de su vida.

Notó cómo Guillem se crispaba, sintió sus espasmos muy dentro de ella, y le oyó susurrar su nombre cerca de su oído, se dio cuenta de que iba a llegar al clímax de nuevo y volvió a aferrarse a Guillem como si quisiera fundirse con él.

## Capítulo 11

Guillem estaba despierto mientras Joana dormía muy pegada a él. Todavía no se creía que la noche anterior hubiera resultado tan redonda. Joana, además de guapa, había sido muy creativa en la cama. A él no le gustaban demasiado los rollos de una noche, porque muchas veces le había costado que la cosa saliera bien a la primera, siempre solía fallar algo; pero, con Joana, todo había sido diferente desde el primer momento. El sexo había sido delicioso, y la compañía, inmejorable. No podía evitar tener dibujada en la cara una sonrisa enorme.

Disfrutaba tocando la piel desnuda de Joana y se dedicaba a dibujar arabescos en su espalda cuando de repente la chica se movió, inquieta. En seguida se despertó sobresaltada, mirando hacia todos lados como si no pudiera ubicarse, Guillem la vio volverse hacia él y enseguida se dio cuenta de que su presencia a su lado la había alarmado. En un abrir y cerrar de ojos, la sintió relajarse.

—¡Uf, qué susto me acabo de llevar! —dijo con la voz somnolienta, mientras se acomodaba de a su lado.

Se apretujó contra él buscando su contacto y le puso la mano sobre el pecho.

—Parecía que no sabías dónde estabas —le contestó él, al tiempo que la besaba.

—Es que no tenía ni idea —corroboró Joana, asintiendo con la cabeza—. ¿Qué hora es?

—Hace un rato que lo he mirado y eran las seis —le contestó Guillem.

—¡¿La seis?! —preguntó Joana gritando—. Por Dios, a las siete tengo que estar en la recepción para salir hacia el aeropuerto, mi vuelo sale a las ocho.

Saltó de la cama como si esta fuera de espinas y empezó a vestirse de forma apresurada.

Guillem se sintió algo frustrado, había esperado poder tener algo más de sexo por la mañana, pero estaba claro que no iba a ser así. Se levantó de la cama y la ayudó a buscar las prendas que habían dejado esparcidas por la habitación hacía solo unas horas.

Una vez vestida, Joana se acercó a él y le besó en los labios con suavidad.

—He pasado una noche maravillosa. Me encantaría tener un rato más para poder repetir, otra vez —dijo con picardía—. Siento no quedarme uno o dos días más, si hubiera sabido que esto iba a pasar, hubiera programado este viaje de otra manera.

—Pues cambia tus planes y quédate —dijo él, esperanzado.

—Imposible —dijo Joana simulando hacer un puchero—. Me están esperando, no puedo retrasar el viaje, aunque me gustaría mucho, de verdad.

—Pues supongo que esto es la despedida, ¿no?

—Sí, ya no debería estar aquí; si quiero ducharme, debo darme prisa.

Guillem le dio un beso profundo y largo, volvían a estar como al inicio de la noche, él desnudo y ella vestida, y notó como se endurecía de nuevo con rapidez. Sintió que Joana reía contra sus

labios.

—De verdad que lo siento mucho, de verdad, de verdad —exclamó—, pero tengo que marcharme ya.

Él no quiso decirle adiós, así que se limitó a mirarla mientras abría apenas la puerta y salía por ella; justo antes de desaparecer, Joana se volvió una última vez, y se despidió de él con la mano mientras le sonreía.

Guillem se pasó ambas manos por la cara, como si quisiera cerciorarse de que todo ese lío había sido real y no un sueño muy vívido. Suspirando, se dirigió hacia la ducha, tenía por delante una jornada repleta de conferencias que, si solo unos días antes le habían parecido bastante interesantes, en esos momentos se le antojaban aburridas e insulsas.

\*\*\*

Apenas dos horas más tarde Joana se encontraba de nuevo en un avión, después de haber corrido como una loca para poder cogerlo, pensando en lo que había sucedido la noche anterior.

«Parece como si eso se estuviera convirtiendo en una costumbre», pensó irónica.

Guillem había sido un amante excelente, atento a sus necesidades y muy generoso. Tras ese primer encuentro apresurado, y aún no satisfechos el uno del otro y casi sin haber recuperado el aliento, sus manos y sus bocas se habían vuelto a buscar como si fuera la primera vez, y se recrearon en darse placer mutuamente. Incluso perdió la cuenta de cuántas veces la había llevado al orgasmo. Agotada y satisfecha, se sentía como nueva después de las horas de sexo que había compartido con él. Solo una pequeña nube ensombrecía su estado de ánimo, y era por no haber cambiado sus planes.

«Hubiesen sido un par de días interesantes de haberte quedado, pero ya no hay nada que puedas hacer. Ahí has estado un poco lenta de reflejos», se reprendió.

Apenas había dormido nada en las últimas cuarenta y ocho horas, así que se acomodó en el asiento y cerró los ojos.

«Otra cosa que estoy convirtiendo en costumbre», pensó antes de quedarse profundamente dormida.

El impacto de las ruedas contra la pista de aterrizaje la despertó de golpe y de nuevo pasaron unos instantes antes de que lograra adivinar dónde se encontraba, aunque el impacto fue doblemente duro porque esta vez no la rodeaban los brazos de Guillem.

«¡Ups! ¿Cómo puede ser que lo echas de menos si no has pasado ni un día entero con él?». Decidió que era porque se acababa de despertar y no le dio más importancia, pero su ánimo no mejoró ni mientras atravesaba la pista para llegar a la terminal, ni mientras recogía sus maletas de la cinta transportadora, ni tampoco cuando se dirigía a la parada de taxis. Bufó, indignada consigo misma, por no poder sacarse a Guillem de la cabeza y porque su ausencia le provocara tal vacío.

«No vas a volverte a Madrid, ni siquiera sabes cómo se apellida y no sabes qué piensa él de ti». Sin acabar la frase se contestó a sí misma. «Pues esta mañana parecía muy interesado en que me quedara, ¿no crees?»

Su diálogo interior terminó abruptamente cuando llegó junto al primero de los coches que formaban la fila de taxis, primero fue por el jaleo de meter las maletas en el coche y después por la imposibilidad que tuvo para comunicarse con el taxista, que no entendía el inglés ni el mallorquín oxidado de Joana. Por suerte, la única palabra importante, Petra, la entendió y se

pusieron en marcha enseguida.

La dificultad que tuvo para comunicarse con el taxista la llevó a pensar si eso sería igual con todo el mundo. López, el abogado, le había dicho que las llaves de su casa las tendría una prima de su padre. Suponía que la mujer entendía el mallorquín, si no era así tendría un problema importante de relación. Le dio por reír al imaginarse la situación.

«Mira que si has renunciado a dos días fantásticos de sexo y llegas a un sitio donde nadie te entiende y tienes que comunicarte por signos...». Vio que el taxista la observaba alucinado por el retrovisor. Intentó calmarse pero, por lo que podía ver, el cansancio y el nerviosismo acumulados habían salido a flote en forma de carcajadas imparables. «Peor sería que te hubiese dado por llorar», intentó consolarse. Inmediatamente se respondió a sí misma con una pregunta: «¿Llorar? Y ¿puede saberse cuándo has llorado tú por algo tan nimio?». «¿Nimio? No creo que llegar a un sitio donde no conoces a nadie, donde quizás ni te entiendan ni te quieran, sea un problema nimio». «Te has enfrentado a cosas peores, no es el momento de ponerse nerviosa. Cálmate y, por Dios, deja de reír que el taxista te está mirando como si estuvieras loca».

Cuando su ataque de hilaridad se calmó un poco, se secó las lágrimas que le había provocado la risa; respiró hondo varias veces e intentó relajarse y dejar la mente en blanco. No mucho tiempo después entraron en un pueblo y el taxista pronunció una única palabra: Petra.

El hombre la dejó ante la casa más vieja que Joana había visto en su vida.

«No, vieja no, antigua», se dijo.

Se notaba que había vivido mejores tiempos, pero no era decrepita. Tenía su encanto, aunque necesitaba algunos cuidados. La fachada estaba presidida por una puerta de madera maciza acabada en arco, y en el piso superior, dos ventanucos que parecían ojos, no la perdían de vista. En algunas partes el enlucido había desaparecido dejando a la vista las grandes piedras que formaban la pared.

La casa estaba pegada a otra muy parecida de la que en esos momentos salía una mujer mayor y un chico de su edad. Ambos la miraron con gran interés, la mujer se llevó las manos a la boca y se echó a llorar; el joven se volvió hacia ella y la reprendió con suavidad:

—¡Vamos, mamá, no llores! —le dijo.

—¡Esto no es llorar! —exclamó la aludida que, en menos que canta un gallo, avanzó hacia Joana y la abrazó con fuerza.

Joana, que en principio se sintió muy cohibida por tal muestra de afecto, enseguida se dio cuenta de que esos brazos amorosos le transmitían la tranquilidad por la que había suspirado en el taxi. Por primera vez en mucho tiempo se sentía como si hubiera llegado a casa.

—¡Mamá! Deja de apretar a la pobre Joana, ¿no ves que no la dejas ni respirar?

En cuanto la chica oyó su nombre pronunciado en mallorquín, Juana, y no como lo hacían en inglés, Johana, un leve temblor de emoción la sacudió de la cabeza a los pies y no pudo evitar que las lágrimas también rodaran por sus mejillas.

—Joaneta, y ahora, ¿por qué lloras? —preguntó la mujer, alejándola un poco de sí con cara preocupada.

—¡Ay! Es que desde que murió mi padre no había vuelto a escuchar mi nombre pronunciado de la manera que lo hacía él.

—¡No te preocupes por eso! Te llamaremos como tú quieras, pero no llores, mujer.

—No —exclamó Joana con énfasis—, si es que me encanta, solo que me he emocionado un poquito.

Ambos la miraron entre sorprendidos y aliviados. Aunque no conocían de nada a aquella

extranjera que acababa de entrar en sus vidas, querían que se sintiera bien con ellos; que se diera cuenta de que su padre había sido un hombre querido por la familia y que, a pesar de la distancia, nunca lo habían olvidado.

Al fin Joana paró de llorar y, haciendo un gran esfuerzo, se soltó de los brazos de la que suponía que era la prima de su padre.

—¡Hola! —dijo, intentando empezar como si no hubiera pasado nada—. Soy Joana Brunet, aunque supongo que ya os habíais dado cuenta de ello.

Ambos desconocidos se echaron a reír.

—Por supuesto que te hemos reconocido —aclaró la mujer—, eres igualita a tú abuela Joana, y si eso no hubiese bastado, tu acento te hubiese delatado.

—Ah —exclamó Joana entre avergonzada y triste—. Es que hacía mucho que no practicaba, seguro que se os hace difícil entenderme.

—¡Qué va! —dijeron aquellos dos al unísono—. Hablas el mallorquín perfectamente, aunque el acento está ahí, a mí me parece de lo más adorable —puntualizó la mujer.

—Por cierto, antes de que pienses que somos unos maleducados —dijo el chico—, yo soy Pedro, y ella es Bel, mi madre. Tu padre y ella eran primos.

Joana la miró intentando encontrar en ella algún rasgo familiar que le pudiera recordar a su padre, pero fue en vano. Bel no se parecía en nada a Llorenç; mientras que él había sido alto y muy moreno, ella era bajita y algo rechoncha, su tez pálida hacía juego con sus ojos azules y su pelo claro. Su hijo, por el contrario, debía rozar el metro noventa, era moreno.

«Sin embargo, sí que se parece en algo a su madre, ambos tienen esa sonrisa tan agradable», se dijo Joana.

Al ver que Joana la miraba fijamente, la mujer pareció intuir lo que pasaba y se rio.

—No, tu padre y yo no nos parecíamos en absoluto, ni siquiera de niños. Los dos salimos a la rama paterna, y las que eran hermanas eran nuestras madres. Venga, vamos a entrar en la casa, seguro que tienes ganas de verla.

Joana exhibió una sonrisa que le ocupó casi toda la cara. Eso era algo que no hacía muy a menudo, pero esa gente había conseguido llegarle al alma con el cariño espontáneo que le habían demostrado, y esa sensación de haber llegado a casa que había sentido nada más conocerlos persistía, llenándola de una alegría burbujeante. Además, notaba como poco a poco era capaz de hablar con mayor fluidez aquel idioma que había tenido aparcado durante tantos años, al mismo tiempo el corazón le dolía al escuchar aquella cadencia que ella solo podía asociar a la voz de su queridísimo padre.

Bel y Pedro la guiaron al interior de la casa, para ello la mujer abrió la puerta con una gran llave de hierro que después le entregó a Joana.

—La llave de tu nueva casa —le dijo con ceremonia—. Procura no perderla, que no hay copias, es tan antigua que ni sé dónde tendrías que ir para hacer una.

Joana se sintió un poco impactada por el peso de aquella enorme llave en su mano, nunca había visto nada igual. Cogiendo aire, intentó prepararse para las sorpresas que aún estaban por llegar y que supuso que no serían pocas.

Tras las grandes puertas de madera que había visto nada más bajar del taxi, había otras de cristal y, tras ellas, un gran recibidor.

—La casa tiene muchos años porque ya era de los padres de tu tía —dijo Bel—, pero Martina la tenía muy bien cuidada y al día. Los muebles están muy «vividos» por decirlo de alguna manera, aunque bien tratados. De todas formas, si quieres cambiar algo, en el pueblo hay una

tienda de muebles, pequeñita, eso sí.

Joana lo miraba todo con ojos curiosos, la casa le pareció más antigua que vieja y no se podía decir de los muebles que se encontraran en mal estado, al contrario, algunos, aunque gastados, incluso estaban relucientes.

La casa no estaba embaldosada, el suelo era igual que aquel que su novio decorador había querido que ella pusiera en su piso de Manhattan.

«¿Cómo se llamaba ese material del que siempre hablaba? ¡Ah, sí! microcemento», se dijo. Él le había dicho que era toda una novedad en Europa y que en Estado Unidos casi no se conocía. «La tía de papá era una mujer extravagante, mira que poner algo tan moderno en una casa tan antigua», pensó Joana.

—¿Cuándo instaló este suelo la tía Martina? Yo creía que este material era algo muy moderno y no demasiado conocido —preguntó sin mirar a nadie en concreto.

Pedro y Bel se miraron con cara de extrañeza.

—¿El suelo? ¿Moderno? —dijo al fin Bel—. Si debe de tener los mismos años que la casa. Hacía mucho tiempo que le decíamos a Martina que tenía que embaldosarla, pero esta era la única mejora que se negó a hacer; manías de gente mayor, supongo.

Joana la miró como si hablara chino, no entendía nada de nada, supuso que todavía le costaba comprender todo lo que decían por no haber usado la lengua de su padre durante tanto tiempo.

—No, mamá, Joana debe referirse al microcemento. Es un material muy nuevo que se está poniendo de moda y que en realidad se parece mucho al solado de toda la vida, porque viene a ser algo similar, aunque más reforzado y reluciente.

Joana estuvo segura de que se había perdido algún fragmento de la conversación, nunca en la vida había oído esa palabra, solado, y aunque desde que había empezado a hablar con Pedro y Bel había escuchado muchas que tenía oxidadas o incluso desconocía, había podido captarlas por el contexto, pero en esos momentos la conversación se le escapaba.

Cuando Pedro vio la cara que ponía Joana, le sonrió y le dijo:

—El solado es este tipo de suelo que ves aquí. Se hacía con cal y una grava rojiza típica de las islas, ya verás que en algunas zonas de la casa hay agujeros en el suelo y otras están llenas de parches.

—¡Ya tenía que salir el arquitecto! Más que agujeros, son «agujeritos», algunas piedrecillas que se han movido —intervino Bel en un intento de defender la casa o, a lo mejor, a Martina.

—Ostras, pues como decía mi padre, «No hay moda que no vuelva...ni vista que lo resista».

—Creo que ese refrán no es así —dijo Pedro extrañado.

—Puede ser, mi padre era especialista en inventar refranes y adaptarlos a lo que él quería decir.

Pedro le sonrió y Joana lo comparó de inmediato con Guillem, aunque Pedro no era nada feo, le gustaba mucho más el chico que había conocido en Madrid la noche anterior.

«Y al que nunca volverás a ver», se dijo con algo de añoranza.

La entrada, que era muy grande, estaba amueblada con una cómoda antigua, sobre ella había una jofaina y un pichel de aspecto algo desportillado. A la derecha, una pequeña habitación que parecía una despensa, y a la izquierda, la cocina. Joana y Bel entraron en ella. Los estantes, que no tenían puertas, estaban muy ordenados; mostraban las ollas, los platos y los vasos colocados unos sobre otros según su medida. En la parte inferior, unas cortinillas ocultaban de la vista un cubo de basura, unas botellas de detergente y algunas ollas más. Una mesa pegada a la pared con cuatro sillas completaba el cuadro.

—¿La tía no tenía cafetera? —preguntó Joana al notar su ausencia.

—Sí, allí la tienes —le señaló Bel.

Joana miró la cafetera italiana que Bel le mostraba y arrugó el ceño.

—Yo más bien me refería a una eléctrica, no sé si sabré usar esa.

—¡Uy! no te preocupes —contestó la mujer—. Aprenderás.

Joana dudó que aquel aparato pudiese producir los litros de café que ella bebía al día, pero se abstuvo de decirlo; tampoco le pasó por alto que no había microondas.

«Estas vacaciones conseguirán lo que tu madre no consiguió en veintiocho años, que aprendas a cocinar», se dijo.

Salieron de la cocina y, atravesando un arco que había al fondo de la entrada, llegaron a la sala. Estaba construida de igual manera que la entrada, con una puerta a la derecha, otra a la izquierda y unas cristalerías en la pared de enfrente, que daban a un patio repleto de plantas. Estaba decorada de forma muy austera con un sofá y dos butacas que rodeaban una mesa con brasero.

Bel condujo a Joana a la habitación de la izquierda.

—Hemos preparado esta habitación para ti porque es la más grande —le explicó mientras Pedro entraba las maletas—. El único problema es que tiene el baño dentro, quiero decir que si alguien quiere ir al lavabo tiene que entrar en tu habitación, pero es que hace solo dos años tendrías que haber salido al patio y usar el escusado.

Joana elevó las cejas. «¿Todavía existían los escusados hace dos años?», se preguntó incrédula.

—No te preocupes, está perfecto —exclamó Joana, al ver que se habían preocupado tanto por ella que no tendría ni que hacerse la cama.

—Si quieres podemos arreglar la otra habitación, puedes hacerte un estudio, o una consulta —dijo Bel con entusiasmo—. Bueno, quizás me meto donde no me llaman. Mejor me callo.

Joana la miró con espanto.

«¿Una consulta?». Esperaba que esa gente no creyera que ella pensaba instalarse de forma definitiva en Petra. «De hecho, eso es exactamente lo que creen que haré. Que he venido para pasar aquí cinco meses y que en ese tiempo me habré “integrado en la vida del pueblo” y ya no querré irme jamás», se comentó a sí misma. «Pues ¿sabes qué te digo? Que de momento yo no los sacaré de su error, ya veremos más adelante». Pensó que tenía que dejar de tener esas conversaciones consigo misma si no quería volverse medio loca.

—Tranquila, de momento creo que la casa está perfecta tal como está. No me parece que vaya a tener muchas visitas.

—Bueno, eso lo veremos, en el pueblo hay mucha gente que tiene ganas de conocerte. Sé de más de uno que se pasará por aquí con cualquier excusa absurda solo para poder decir que ya ha visto a la hija de Llorenç, el Americano —se rio Pedro.

—Ni lo escuches —intervino Bel al ver la cara de auténtico pavor que había puesto Joana—. Nadie te molestará si tú no quieres, ya lo verás.

Joana no lo tenía tan claro, le parecía que Pedro hablaba muy en serio.

—He dejado para el final lo que creo que te tiene más preocupada. —Bel se dirigió hacia la puerta que daba al patio mientras decía estas palabras—, pero no tienes por qué estarlo, Baltasar es muy bueno y no va a darte ningún problema.

—¿Baltasar?

A Bel le bailaba una sonrisa en la boca y Joana pensó que eso no auguraba nada bueno.

—Creía que el notario te habría informado de que tienes que hacerte cargo de un burro.

Joana cogió aire con ansiedad.

—Algo me habían dicho, pero la verdad es que esperaba que no fuera más que una broma pesada. Nunca he cuidado de ningún animal, ni siquiera he tenido un perro. Es más, nunca he visto un burro de cerca.

La chica se daba cuenta de que había empezado a hiperventilar, así que intentó normalizar su respiración para que sus familiares no la tomaran por una demente.

—No te preocupes, en serio, casi ni te enterarás de que está ahí. Además, Pedro y yo podemos venir a echarte una mano, ya verás que al final le tendrás tanto cariño que no podrás estar sin él.

Joana estaba segura de que eso no le iba a suceder nunca en la vida, pero no quiso decirlo en voz alta, no quería parecer una cobarde.

Bel ya se había adentrado en el patio, que era muy grande y estaba repleto de macetas con multitud de plantas sembradas, así que, sin pensárselo más, Joana la siguió intentando parecer lo más serena posible.

Al final del gran espacio, una construcción alargada de paredes muy finas la esperaba, su interior estaba en penumbra y al fondo pudo distinguir una figura cuadrúpeda que comía tranquilamente.

El burro se puso a rebuznar en cuanto intuyó la presencia de humanos a los que conocía; a Joana le pareció que estaba reclamando su atención. Pedro se acercó al animal mientras sonreía y le rascó el hocico.

—Baltasar es muy bueno y cariñoso, ¿Verdad, Balti? —Mientras decía esto, acariciaba al animal con cariño—. No te va a dar demasiado trabajo. Solo debes mantener limpia el área del comedero. La paja del granero debe arreglarse un día sí y otro no, pero como Martina no podía encargarse de eso, hace tiempo que viene a limpiar un chico del pueblo. Tiene una llave de aquella puerta. —Señaló un portalón de madera que le había pasado desapercibido a Joana cuando se habían acercado hasta allí—. Viene muy temprano, así que no te enterarás de su presencia más que cuando quiera cobrar. También se encarga de sacarlo a pasear de vez en cuando, Balti ya está muy mayor y la verdad es que no lo necesita tanto como antes. Eso sí, no es nada amigo del agua, así que tendrás que cepillarlo todos los días. —Cuando vio la cara que ponía Joana, se apresuró a añadir—: Te va a encantar, ya lo verás, es muy relajante y, en contra de que lo que la gente piensa, los burros son muy cariñosos y les gusta mucho el contacto humano.

Joana seguía con el gesto serio sin acabarse de creer que pudiera cuidar de un asno, si casi ni sabía cuidar de sí misma. Apenas había cocinado nunca y siempre llevaba una coleta para no tener que peinarse. ¿Cómo pretendía Pedro que ella cepillara a aquel pobre animal todos los días?

—Ven, acércate. —Pedro tenía un cepillo en la mano y se lo ofrecía con una sonrisa.

—No estoy segura de que eso sea lo más apropiado —tartamudeó.

—Claro que sí, no seas cobarde, acércate. Ya verás que es algo muy fácil y como lo harás bien a la primera.

Bel, que no había dicho nada desde hacía un rato, le sonrió para que cogiera confianza y se acercara al fin.

—Venga, cuanto antes lo intentes, antes te darás cuenta de que no hay para tanto.

Joana se acercó a Pedro y cogió el cepillo que le ofrecía, empezó a pasarlo por el corto pelo del burro, pero manteniendo con el animal una distancia considerable.

—No te morderá, ni tampoco te coceará. Tú háblale, verás como os iréis relajando los dos.

Joana miró a Pedro con las cejas levantadas, pero el hombre hizo caso omiso de su cara de pánico y le indicó con las manos que se acercara a Baltasar. La chica obedeció y se aproximó un poco al animal, pero sin rozarlo siquiera. Despacio, levantó la mano en la que sostenía el cepillo

y peinó con ella al burro. Dio un bote hacia atrás cuando Baltasar movió la cabeza con energía. Pedro se acercó a ella riendo y le sujetó la mano para ayudarla.

—No tienes que asustarte, te aseguro que él tiene más miedo que tú. Tienes que cepillarlo con energía, pero sin hacerle daño. A los burros les gusta acicalarse entre ellos, pero el pobre Balti está solo y por eso se pone muy contento cuando alguien se ocupa de él.

Empezaron a hacer pasadas largas sobre el pelaje del asno y, sin que Joana se diera cuenta, Pedro la fue acercando hacia el animal. Baltasar se fue relajando de forma paulatina y, por raro que pudiera parecerle, Joana también lo hizo. Al cabo de poco tiempo, Pedro le soltó la mano y la chica se dio cuenta de que estaba disfrutando como una enana del contacto con Baltasar.

Se volvió, como una niña orgullosa que muestra al mundo lo que ha aprendido a hacer, y se encontró con la sonrisa beatífica de Bel, que la miraba entusiasmada.

Al cabo de media hora estaban de vuelta en el interior de la casa, los tres se veían mucho más relajados y muy alegres.

—Ahora te tomas tu tiempo para instalarte con comodidad y después vienes a casa a comer con nosotros —le dijo la prima de su padre.

Joana pensó que Bel ya se había preocupado demasiado por ella y que no quería ser una carga, además, no estaba acostumbrada a ser tratada con tanta familiaridad por gente que apenas conocía.

—No quiero ser una molestia...

Bel no la dejó terminar la frase.

—¿Cómo vas a ser una molestia? Además, tienes que conocer a mi madre. Aunque algunos ratos esté ausente, todavía conserva bastante la lucidez. ¡Buf! —exclamó mirando el reloj—. Ya la he dejado bastante tiempo a solas. Debería ir a ver qué hace. Hazme caso, tú instálate y luego vienes a casa a comer.

Dicho esto, salió sin mirar atrás.

Joana se volvió hacia Pedro, él estaba con las manos en alto en forma de disculpa.

—Mi madre es así —dijo—, un torbellino imparable. Da órdenes a todos, así que no pienses que serás la excepción. Y puedes dar gracias, ¡que hoy se ha moderado bastante!

La cara de Joana fue un poema y Pedro se puso a reír.

—Iré a deshacer la maleta antes de que vuelva y me riña, entonces.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Pedro.

—No, qué va. Creo que me las apañaré bastante bien sola.

—Vale, pues yo me iré un rato al despacho a trabajar. Nos vemos a la hora de la comida, ¿vale? Y no te agobies por el estado de la casa. No tiene goteras y las paredes son tan gruesas que hacen que sea fácil de calentar. En cuanto a los muebles y tal, no tengas miedo de ponerlos a tu gusto. Nadie se ofenderá si tiras ese viejo sofá y pones uno más cómodo.

—En cuanto a eso... —No estaba segura de querer sincerarse todavía, pero en parte le parecía mal mentir a alguien que se había portado tan bien con ella—. No creo que haga muchos cambios. No sé si sería adecuado.

—¡Claro que será adecuado! De momento deshaz las maletas, y ve a conocer a mi abuela. Esta tarde o mañana ya miraremos las mejoras que puedes hacer para sentirte más cómoda. Tu tía era una buena mujer, pero estaba acostumbrada al modo de vida del campo, y para ella una cama cómoda o un sofá en el que pasarse horas no eran sus prioridades.

Joana cabeceó afirmativamente, al tiempo que un sentimiento de culpabilidad la invadía. Empezaba a sentirse incómoda haciendo creer a sus familiares que se quedaría en el pueblo cuando en realidad no pensaba hacerlo.

## Capítulo 12

A Joana no le llevó demasiado tiempo deshacer las maletas, repartió sus cosas entre un armario y una cómoda que pensó que tenían aspecto de haber pertenecido a la tatarabuela de su tía. Se dio cuenta de que el baño era la parte más moderna de la casa y agradeció al cielo que así fuera; por lo demás, no estaba mal, lo único malo que se podía decir de ella era que era austera y antigua, pero estaba muy limpia y saltaba a la vista que todo estaba muy bien conservado.

Hizo una lista mental de las cosas que le gustaría comprar, la encabezaban la cafetera y el microondas, pero después de sentarse en la cama, pensó que no vendría mal cambiar también el colchón.

«No sé si vale la pena, no voy a quedarme tanto tiempo aquí».

También se dio cuenta de que la casa no tenía teléfono.

«Eso sí que va a ser un problema, si Mónica y Patrick no saben de mí, igual les da un infarto». «¡Patrick!, Dios, ni siquiera sabe que me he ido, tengo que llamarlo y darle un número de teléfono para que pueda contactar conmigo si me necesitan en el hospital». Tendría que hablar con Bel para preguntarle si ella tenía y si la autorizaba a dar su número por si alguno de sus amigos necesitaba localizara para lo que fuera.

No eran más que las doce y media de la mañana, pero no había comido nada desde el desayuno apresurado del aeropuerto, y la nevera de la casa estaba tan vacía como la suya propia de Nueva York, así que decidió dirigirse a casa de la prima de su padre.

La puerta de madera que daba a la calle, muy similar a la de la casa de su tía, estaba abierta de par en par. Tras ella también había una cristalera; un rayo de sol, en el que se podían apreciar motitas de polvo revoloteando, la atravesaba e iluminaba la entrada a la casa.

«Si no fuera porque los muebles son más modernos, sería idéntica a la mía», se dijo. «¿La tuya?, querrás decir la de la tía», se contestó de inmediato. «*Whatever!*[3]», refunfuñó alejando esos pensamientos de su cabeza con un aspaviento de la mano.

En cuanto Bel oyó que la puerta de la calle se abría, acudió a ver quién entraba mientras se secaba las manos con un trapo de cocina.

—Joana, ¡qué bien que ya hayas llegado!, podrás tomar un vermut antes de comer. Entra, pasa a la cocina, mi madre está ansiosa por conocerte.

Joana sonrió, le encantaba la espontaneidad de la mujer, se sentía a gusto y tranquila en su compañía, como si fuera alguien a quien conocía desde siempre.

La cocina era algo más grande que la suya; al fondo, una puerta daba a un pequeño salón, donde una mujer anciana dormitaba sentada en una mecedora. Era muy menuda, llevaba un vestido azul marino repleto de diminutas florecitas de colores, el pelo blanco lo tenía sujeto en un moño bajo. Estaba dormitando y se sobresaltó al oír a su hija que le gritaba.

—¡Mamá!, ya está aquí Joana, ¿no tenías tantas ganas de conocerla?

La anciana se despertó sobresaltada.

—Bel, no me grites, te he dicho un millón de veces que no estoy sorda. Vaya manía os ha dado a todos de tratarme como si fuera una vieja —dijo, apuntando a su hija con un dedo huesudo.

Después pareció desconcertada al preguntar:

—Joana, ¿qué Joana?

—A veces se desorienta un poco, pero es que ya es muy mayor —la disculpó Bel.

En cuanto los ojos de la mujer se posaron en Joana se le llenaron de lágrimas.

—Joaneta, al fin has venido a buscarme —exclamó con voz esperanzada, al tiempo que alargaba los brazos hacia su sobrina nieta.

Joana frunció el ceño y miró a Bel sin entender nada.

—Creo que te está confundiendo con tu abuela. —Los ojos de Bel también estaban acuosos al decir esto.

Joana se agachó al lado de la mecedora y cogió la mano de su tía con cariño.

—Sí, yo soy Joana, pero soy la hija de Llorenç, no su madre. —dijo, no sin cierta emoción en la voz.

—Ya sé quién eres —respondió la mujer bastante seca, para añadir a continuación casi con un ladrido—: ¿Tú también piensas tratarme como a una vieja? ¿Crees que no reconocería a mi propia hermana?

La chica abrió los ojos como platos ante tal cambio de actitud.

—¡Mamá! —exclamó Bel avergonzada al oír la voz airada de su madre.

—¿Tú no estabas haciendo la comida? ¡Pues hala, sigue con lo tuyo y deja que la chica y yo nos conozcamos mejor!

Bel la miró con cara de enfado, luego elevó los brazos al cielo y Joana pudo oírla murmurar: «Me pregunto que habré hecho para merecer tal castigo», mientras se iba. Joana miró de nuevo a la anciana.

«¿Qué le vamos a hacer?», se dijo medio muerta de risa.

La mujer la observó todavía un rato más antes de hablar.

—Eres igual que mi hermana Joana, menos por el culo, ella lo tenía mucho más grande.

Joana no podía salir de su asombro.

«¿Ancianita frágil?, vaya déspota —pensó asombrada—. «Cualquiera se lo hubiese imaginado, ¡sí parecía un pajarito durmiendo al sol cuando he entrado!».

—Me halaga cuando dice que me parezco a mi abuela —contestó, sin embargo, más por cortesía que otra cosa.

—Así que eres médico, como tu padre.

—Así es.

—Tu abuela siempre supo que tu padre no volvería de América, aunque él dijera lo contrario al principio. Nunca se lo recriminó, nunca lo hizo sentir culpable por ello. Al contrario, lo animó a que llevara su vida. Yo no hubiera sido capaz de hacer algo así, soy mucho más egoísta, pero, cada uno quiere a los suyos a su manera. Me pregunto si tú serás cómo ella y tomarás las decisiones adecuadas cuando sea el caso, o serás cómo Llorenç, que se fue para no volver —le dijo con voz no exenta de rabia.

Joana, que se estaba poniendo nerviosa ante la brusquedad con la que le hablaba la mujer, pensó en contestarle de manera cortante, pero respiró hondo tratando de tranquilizarse y decidió darle una respuesta evasiva.

—Mi padre me habló siempre con mucha añoranza del pueblo de su infancia y de la gente a la que quería y recordaba —dicho esto, dio la conversación por acabada y añadió—: Voy a ver si puedo ayudar a Bel en la cocina.

—Ve, y piensa en lo que te he dicho —apuntó la mujer al tiempo que la despedía con la mano.

Joana se fue hacia la cocina en busca de la prima de su padre, pensando qué habría querido decir la anciana con eso de tomar las decisiones adecuadas. Encontró a Bel ante los fogones, seguía murmurando cosas sobre la suerte que le había tocado y negando con la cabeza.

—Espero que mi madre no te haya molestado, es una mujer muy autoritaria, siempre lo ha sido, pero nos quiere a su manera —le dijo a Joana cuando oyó que esta se paraba a su lado.

—¡Oh, no te preocupes! No me ha molestado, solo me ha sorprendido la vitalidad que tiene.

—Sí, algunos días pienso que nos va a enterrar a todos.

Ambas se pusieron a reír.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Joana a la mujer.

—Pues podrías poner la mesa, si quieres. Ahí están los vasos —dijo señalando una alacena—, y ahí, los cubiertos...

Sus explicaciones se vieron interrumpidas por unos ruidos procedentes de la parte delantera de la casa, que indicaban que alguien estaba entrando.

—Me pregunto quién será a estas horas —exclamó Bel—. No es Pedro, él no arma tanto escándalo.

La mujer se dirigió hacia el recibidor y Joana fue tras ella.

—Lo que nos faltaba —le dijo Bel a Joana en voz baja—. Me temo que hoy no es tu día, creo que esta cuadrilla viene buscándote a ti —añadió.

Los que había entrado haciendo tanto ruido eran cuatro señores mayores, uno de ellos en silla de ruedas, que las miraban expectantes desde la puerta. Bel se adelantó.

—¿Qué los trae por aquí, señores? —preguntó, sin dirigirse a nadie en concreto.

—¡Ejem! —exclamó uno de ellos—. Hemos venido a ver a Joana, pero al encontrar la casa de Martina cerrada, hemos imaginado que estaría aquí.

—O que quizás no había llegado aún —exclamó otro.

Formaban un cuadro variopinto, del primero al último tenían un porte elegante, y la miraban todos, excepto uno, con cara amable.

—Hola, creo que a quien buscan es a mí —dijo la chica mientras acortaba la distancia que los separaba.

—No puedes negar que seas la nieta de Joana —dijo el que estaba en la silla de ruedas, antes de que la chica pudiera decirles siquiera su nombre—. Eres tan guapa como ella cuando era joven.

Joana se sintió halagada por la galantería y le sonrió a aquel hombre que la miraba con los ojos chispeantes.

—Hola, Joana —dijo uno de ellos adelantándose y tendiéndole la mano para saludarla—. Soy Jeroni Escalas, el notario. Habrás sabido de mí a través de tus abogados.

Joana se adelantó a su vez y también le tendió la mano.

—Sí —dijo—, mis abogados me hablaron de usted, y también del médico, del veterinario y del cura, si no lo recuerdo mal —dijo con algo de retintín. Ya había adivinado que eran esos hombres los que formaban la comitiva que había ido a recibirla.

Ellos se revolviéron, incómodos, ante la afirmación de la chica; el notario volvió a hablar.

—Sí, en efecto, somos nosotros cuatro. No teníamos intención de incomodarte, solo queríamos

asegurarnos de que habías llegado bien y de que no habías tenido problemas para instalarte en la casa.

—Pues ya ven que así ha sido —contestó ella—. Bel y Pedro han sido muy amables conmigo.

—Todo el pueblo será amable contigo —afirmó el señor en la silla de ruedas—. Tu familia siempre ha sido conocida y querida por todos. Ya verás qué bien te sentirás entre nosotros. ¿Estás casada?

La pregunta sorprendió a Joana por lo directa y, por el suspiro exasperado que oyó a su espalda, supuso que también había desconcertado a Bel.

—¡Pero bueno! —exclamó la mujer, airada, antes de que le diera tiempo a Joana a decir nada—. Don Miquel, me deja usted perpleja. ¿A qué viene ahora esa pregunta?

—¡No, no! —dijo el hombre, azorado—. Pero es que estaba pensando la pareja tan bonita que harían ella y mi nieto...

No pudo terminar la frase porque todo el mundo empezó a hablar al unísono.

—¡Anda, que tú también...! —lo recriminó uno.

—¡Es que esto no es normal! —creyó entender que decía Bel.

—¿Pero a qué hemos venido aquí: a conocer a la chica o a hacer de casamenteras? Miquel, es que tú cuando ves unas faldas pierdes el norte, macho —apuntilló otro.

—¿Sera posible el tío? Que yo también tengo nietos...

La puerta de la calle volvió a abrirse, Pedro entró en la casa con cara anonadada.

—Señores, señores, ¿qué pasa aquí? —exclamó, al oír el alboroto que se había formado.

Todos quisieron contestar a la vez, atropellándose unos a otros para hablar.

—¡Basta! Por favor, de uno en uno, que no me estoy enterando de un pimiento.

Todos se callaron de golpe y la risa cristalina de Joana pudo oírse con claridad. Pedro la miró y, aunque no sabía qué había podido pasar, pudo hacerse una ligera idea. Su madre tenía cara de indignada, aunque Joana seguía riéndose sin parar, no parecía ofendida por lo que hubiera sido que había provocado la algarabía que se había encontrado al llegar.

Don Miquel intentó dar su versión de los hechos, pero los otros tres, al darse cuenta, empezaron a hablar de nuevo al mismo tiempo.

—¡Silencio! —dijo Pedro imponiéndose por encima de las otras voces—. Vale más que solo hable uno, sería usted tan amable, don Jeroni —añadió, señalándolo.

—No ha pasado nada, en realidad —dijo el hombre, algo avergonzado por su comportamiento y el de sus compañeros—. Hemos venido a conocer a Joana y...

—Miquel no se ha podido morder la lengua y ha intentado ligar con ella —dijo con aspereza el hombre que había mirado a Joana en un silencio osco desde su llegada.

Pedro elevó las cejas con sorpresa, justo antes de que la caja de truenos volviera a abrirse y las recriminaciones volaran entre los hombres entre gritos airados. Pedro se acercó a Joana, que de forma sorprendente había podido parar de reírse, negando con la cabeza y con las manos levantadas en forma de disculpa silenciosa.

—Don Jeroni —La voz de Bel se impuso, de repente, por sobre todas las demás—. No se preocupe por la chica, nosotros nos ocuparemos de ella. Creo que será mejor que se vayan a sus casas. Joana lo visitará a usted dentro de unos días, cuando esté más ubicada.

Se dirigió a ellos y fue empujándolos hacia la puerta sin prisa, pero sin pausa. Don Gabriel, el cura, se hizo cargo de la silla de ruedas, ocupándose de reñir a don Miquel mientras lo empujaba. Cuando ya estaba junto a la puerta, el notario se volvió para dirigirse a Joana de nuevo.

—Siento mucho todo este lío, a veces creo que empezamos a chochar un poco. Espero que

sepas disculparnos, y no te olvides de visitarme si quieres que te aclare cualquier cosa —dicho esto, se dio la vuelta y salió tras los demás.

En cuanto estuvieron todos fuera, pudieron oír cómo se ponían a discutir a gritos de nuevo. Joana y Pedro volvieron a estallar en carcajadas, mientras Bel entraba renegando en la cocina.

—¡Siempre están igual! —la oyeron exclamar—. Nunca en la vida he visto que pudieran tener una conversación con nadie sin montar un espectáculo como este.

Y siguió renegando durante un buen rato mientras Joana y Pedro se partían de la risa aún de pie en el recibidor de la casa.

## Capítulo 13

Después de comer, Joana se ofreció para ayudar a Bel a limpiar los platos, pero ella se negó.

—Id al pub a tomar un café —les dijo a ella y a su hijo—, así conocerás a los amigos de Pedro, seguro que te llevarás bien con ellos. Son de tu edad, más o menos.

—Sí, vamos —dijo Pedro levantándose de la silla, y a continuación, se despezó.

Joana iba a declinar la invitación, pero ni siquiera tuvo tiempo de quejarse, Pedro la empujó fuera de la cocina hacia la entrada.

—¡Hasta luego, mamá! ¡Hasta luego, abuela! —dijo él mientras se iban.

—Portaros bien —oyeron decir a la abuela, autoritaria como siempre.

Joana y Pedro salieron a la calle, riéndose.

—Piensa que todos seguimos teniendo diez años y que ella nos tiene que dirigir. Yo no lo llevo mal, porque no me la tomo en serio, pero mi madre se enfada mucho a veces —dijo a modo de disculpa.

—Sí, la verdad es que es una mujer de armas tomar —contestó Joana sonriendo.

—¡Venga, vamos al pub, que ya debe de estar allí todo el mundo! Y, como ya te he dicho esta mañana, quien más, quien menos, arde en deseos de conocerte.

Joana abrió los ojos desmesuradamente, ser el foco de atención no le gustaba demasiado si no se encontraba en su salsa y, sin duda, no había estado menos en su salsa en toda su vida.

—Está justo aquí al lado, así que no cogemos el coche para que vayas familiarizándote con las calles del pueblo.

Fueron dando un paseo; aunque el sol le calentaba la espalda a Joana, una suave brisa fría desmentía el calor. Atravesaron varias calles rectas, las casas eran en su mayoría de dos tipos: o con fachadas de piedra, muy parecidas a las de su tía; o encaladas en blanco. Todas tenían persianas y la mayoría eran verdes o marrones; aunque también se podían distinguir aquí y allá algunas de otros colores. Casi todas tenían una sola planta, a lo sumo dos. Apenas sí se cruzaron con una o dos personas, que saludaron a Pedro con la cabeza, sin decir siquiera media palabra.

Pedro se dio cuenta de que Joana lo miraba todo con detenimiento, como si quisiera guardar cada una de las casas en su memoria, o como si buscara en ellas algo que le pudiera recordar haber pasado alguna vez por allí.

—¿Te acuerdas de algo? —le preguntó.

—¿Si me acuerdo de algo? ¿Quieres decir de cuando estuve aquí de niña?

—Sí, a eso me refiero.

—La verdad es que lo intento, pero no hay manera. Lo único que recuerdo es haber pensado que mi abuelita vivía lejísimos y que todos me hablaban como lo hacía mi padre. A partir de ahí, los únicos recuerdos que me quedan son las historias que me repitieron hasta la saciedad mis padres:

que meterme en el mar había sido algo casi imposible, que la abuelita me llevó a misa con un vestido blanco lleno de puntillas y se enfadó con mi padre porque no quiso acompañarnos, que jugaba en el patio con tierra y agua hasta que no me quedaba ni un trozo de piel sin manchar... —dijo con aire triste—. No son más que recuerdos fabricados, son solo las cosas que ellos vivieron y los hicieron más o menos felices, yo apenas tenía cuatro años.

—Pues yo me acuerdo de ti —dijo Pedro muy serio—. Recuerdo ese vestido de puntillas y que en la iglesia no estuviste ni un rato quieta. Recuerdo que nos reíamos mucho, aunque no sé de qué, y que mi abuela me dio un pescozón para que me callara.

Joana lo miró sorprendida.

—¿Sí? —Sonrió—. Bueno, siento haber sido la causa de ese dolor. Si te sirve de consuelo, esa ha sido la única vez que he estado en un oficio religioso, sea del tipo que sea, y para mi desgracia no te recuerdo en absoluto.

Pedro se rio ante su azoro.

—No pasa nada, ten en cuenta que durante el tiempo que estuviste aquí debiste de conocer a un montón de gente, en cambio, para mí, tú eras una novedad... Una prima segunda venida de América, nada menos. Creabas la misma expectación que estás creando ahora...

—Pedro —lo interrumpió la chica—, me hace sentir un pelín incómoda que repitas eso una y otra vez. Creo que prefiero volver a casa, no quiero que me examinen como a un bicho raro.

La risa de Pedro la sorprendió por lo estruendosa.

—No te preocupes, nunca nos hemos comido a nadie por mucha expectación que haya provocado su llegada. Solo debes tener en cuenta que este es un pueblo pequeño, donde las noticias corren como la pólvora, y ya todo el mundo se habrá enterado de que has llegado; que tu familia, bueno la nuestra en general, ha vivido en el pueblo durante generaciones, todos nos conocen y quiero pensar que somos una familia querida y respetada. Es normal que la gente quiera verte: los más mayores, porque conocieron a tus abuelos y hasta a nuestros bisabuelos; los de la edad de mi madre, porque admiran a tu padre, que se fue tan lejos y triunfó haciendo lo que le gustaba; y los de nuestra edad... Pues, porque seguramente estamos cansados de ver siempre las mismas caras. —De nuevo se rio.

Girando en una esquina se toparon con un hombre que, en cuanto los vio, se dirigió hacia ellos sin pensarlo dos veces.

—Pero, Pedro, qué bien acompañado vas. No será esta, acaso, la hija de Llorenç, el Americano.

—Sí que lo es —contestó el chico, al tiempo que le dirigía una sonrisa torcida a Joana.

—Hola —dijo la aludida, sonriendo.

—No lo puede negar, es idéntica a su abuela Joana, más alta, pero igual que ella —dijo mirándola, aunque dirigiéndose a Pedro—. Yo era muy amigo de tu padre cuando éramos críos; claro que, después, él prefirió estudiar y yo era muy zoquete. Creo que hasta somos parientes. Soy Toni, el herrero —le dijo, esta vez sí, a Joana—. ¿Vais al pub?

—Sí, íbamos a tomar un café —contestó Pedro, mirando de nuevo a la chica para asegurarse de que estaba bien.

—Pues tenéis que pararos en el Centro, los chicos ya habrán empezado la partida de *truc*, pero seguro que harán un alto para conocerte.

Pedro miró de nuevo a Joana pidiéndole permiso y ella, muy a su pesar, asintió con la cabeza.

Se dirigieron a un bar, muy cerca de donde se encontraban, con sillas y mesas que parecían sacadas de una revista de muebles de los años 20; estaban ajadas, pero, como en casa de su tía, se

veían limpias y bien cuidadas. Tenía unas ventanas grandes, que daban a la calle, abiertas de par en par. En la fachada, un gran cartel con letras desteñidas anunciaba: «Bar Centro».

Nada más poner un pie en el local, Joana se arrepintió de haber accedido a ir. Todos sus ocupantes, menos la mujer que se encontraba tras la barra, eran hombres; y todos, sin excepción levantaron la cabeza al oírlos entrar. El humo de los cigarrillos que fumaban formaba una nube espesa que flotaba sobre sus cabezas, calándolo todo con su olor penetrante. Tras haberles echado un vistazo a los recién llegados, los hombres volvieron a concentrarse en sus asuntos. Ellos tres se dirigieron hacia una mesa donde cuatro hombres jugaban a cartas.

—Aquí os traigo a la americana —anunció el herrero—. A ver si os portáis bien y no la asustáis.

—Buenas tardes a todos —saludó la chica con timidez.

Los cuatro la miraron de nuevo con los ojos entrecerrados.

—Pues sí que ha tenido una hija bonita el Americano, con lo feo que era el tío —dijo uno.

—Su mujer era bien guapa ¿No os acordáis del verano que vinieron e hizo furor con el bikini aquel que llevaba?

—Y tú —contestó la mujer, que había salido de detrás de la barra y había llegado hasta ellos sin que la oyeran— ¿cuándo pudiste verla en bañador? Si en el pueblo no había dónde lucirlo.

—Bueno —balbuceó el otro—, me lo contaría alguien que fue con ellos a la playa; no la vio casi nadie, pero todos sabíamos que Llorenç se había traído a una artista de América.

Pedro se llevó la mano a los ojos al tiempo que negaba con la cabeza, Joana lo oyó murmurar algo acerca de lo brutos que eran.

—Soy Práxedes —dijo la mujer, aproximándose a Joana para darle un beso en cada mejilla—. Conocía muy bien a tu padre, nuestras abuelas eran hermanas y vivían muy cerca una de la otra, así que de pequeños jugábamos muchas veces juntos —suspiró—. ¡Cómo pasa el tiempo! Me parece que lo que te estoy contando sucedió ayer, y ya han pasado más de cincuenta años.

—Práxedes —dijo uno de los hombres de la mesa en tono recriminatorio y moviendo la cabeza—, no quieras quitarte años, que de eso ya hace más de sesenta.

La mujer le dio un cachete y los demás se rieron de él.

—Cuidadito con lo que dices, que sigo siendo tu hermana mayor —lo riñó ella y, aunque el tono era admonitorio, se lo decía sonriendo.

—¡Bah! Dieciséis meses mayor y siempre se ha creído con el derecho de mangonearme. Yo, lo único que no me explico —añadió al cabo de unos segundos, dirigiéndose a Joana—, es cómo pudo pasar tu padre tantos años sin jugar al *truc*, ¡anda que no le gustaba ni nada!

—¡Y cómo nos desplumaba el cabrón! —dijo el que había hablado del bikini de su madre, en tono melancólico.

—A todos menos al herrero, que siempre hacía pareja con él —dijo el hermano de Práxedes, y dirigiéndose a Toni, dijo—: ¡Que tú no has ganado ni sin querer desde que no tienes a Llorenç!

Toni, el herrero, refunfuñó por lo bajo, y los demás se burlaron de él.

—¿Y cuando íbamos a las verbenas de Muro? Siempre se las arreglaba para bailar con las más guapas. ¡Menuda labia tenía el tío, se las llevaba de calle!

—¿Te acuerdas de aquella vez que nos pillaron nadando en pelotas en el *safareig*[4]? Ya no éramos tan niños, y en el pueblo se armó una gorda, tan gorda, que el cura nos montó un escándalo de tente y no te menees, y tu padre —dijo mirando a Joana con ternura— no sé qué milonga le contó, pero nos salvó de rezar más avemarías que las que rezaría todo un convento de monjas en un año.

—Hombre, la beata que nos pilló fue corriendo a acusarnos a don Andrés, el cura, ¿qué querías? No le debía haber visto la polla a un hombre en toda su vida —contestó otro, en tono grosero.

Todos se pusieron a reír.

Joana se sintió fascinada por lo que intuía que eran lazos, más allá de los familiares, que unían a la gente del pueblo de su padre. Ella, que no estaba acostumbrada a relacionarse con sus vecinos, se encontraba en esos momentos rodeada de gente que le contaba cosas de su historia, si no personal, familiar; que la conducían a través de memorias muy suyas, aunque por completo desconocidas. Podía imaginarse a su padre jugando a las cartas, sentado en esa misma mesa que ahora ocupaban aquellos cuatro hombres que le hablaban de él, que se le parecían tanto y que al mismo tiempo eran del todo diferentes. Notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas por la emoción. Pedro se dio cuenta de ello y la empujó con suavidad hacia la puerta.

—Ya está bien, viejos verdes, se lo voy a contar todo a vuestras mujeres en cuanto las vea. Dejad en paz a la pobre chica, va a pensar que en este pueblo somos unos trogloditas.

—¡Mira lo que dice el tío! —contestó uno de ellos—. Lo que pasa es que la quieres toda para ti, que nos conocemos bien.

Los otros se pusieron a reír, Pedro contestó desde la puerta con una sonrisa ladeada:

—Piensa el ladrón que son todos de su condición.

Ya desde fuera ambos pudieron oír otra salva de risas.

El pub estaba solo dos casas más allá del bar y, al traspasar la puerta, se repitió lo que había sucedido en el Centro: los ocupantes del local levantaron las cabezas para ver quién había entrado y, al reconocer a Pedro, dos chicas y un chico, sentados en una mesa del fondo, levantaron la mano al unísono para llamar su atención.

Los muebles aquí eran modernos, la iluminación era menos diáfana, pero, al igual que en el bar, una nube de humo sobrevolaba a los ocupantes del pub.

Antes de llegar a la mesa en la que los estaban esperando, salió un chico desde detrás de la barra y se dirigió a ellos con una gran sonrisa.

—Tú debes de ser Joana. —Y, sin más, se le acercó para darle un par de besos.

Joana se envaró un poco y, sin saber muy bien qué hacer, se dejó besar.

—Soy Jaume —añadió el chico, sonriendo—, creo que nuestras bisabuelas eran hermanas, así que somos familia.

—Jaume es el hijo de Práxedes —aclaró Pedro—, la mujer que has conocido en el Centro.

—¡Ah! —exclamó Joana—, sí, me ha dicho algo sobre que su abuela y la abuela de mi padre eran hermanas.

—¿Os habéis parado en el Centro? —bufó Jaume—. Menudo marrón.

—Sí, la panda del herrero y tu tío la han avasallado un poco con batallitas de cuando eran jóvenes, pero Joana los ha toreado bastante bien.

La chica elevó las cejas, sorprendida.

—Si no he dicho ni media palabra, lo han dicho todo ellos.

—Y es lo mejor que podías hacer —añadió Jaume—. Y menos mal que no te han empezado a contar historias de la puta mili, mi tío es muy aficionado a eso.

—¿La puta mili?

—La mili —explicó Pedro— es el servicio militar obligatorio. Si su tío hubiese empezado con eso... Todavía estaríamos allí, escuchándolo.

Desde la mesa volvieron a hacerles señas para que se acercaran y los tres se dirigieron hacia

allí. Pedro hizo las presentaciones

—Estas son Rosa y Polita, y él es Pepo, bueno, en realidad se llama José, pero se quedó en Pepo cuando íbamos al cole.

—Ya ves —contestó el aludido mientras se acercaba y le plantaba un beso en cada mejilla—. Y solo porque mi caja de rotuladores era de la marca Pepo y no Carioca como las tuyas.

—Que desde siempre has sido el raro —se mofó de él Jaume—. Y no le busques más vueltas, chaval.

—Hola —dijo Joana con una gran sonrisa en la cara, no sabía por qué, pero se sintió muy a gusto en compañía de esa gente que no había visto nunca pero que, en cambio, parecía saber de ella tan bien—, estoy encantada de conoceros, Pedro no para de hablar de vosotros.

Los cuatro rostros se giraron en pos de Pedro con expresiones de extrañeza.

—No le he contado nada bueno, por supuesto — dijo el aludido con una media sonrisa.

Las chicas se acercaron y también la besaron, lo que llevó a Joana a pensar que aquello debía ser una costumbre de Petra, porque desde que había llegado al pueblo la había besado más gente diferente que en toda su vida. No era que sus padres no le dieran besos, pero en su medio no era habitual que lo hiciera alguien fuera del círculo familiar.

—¿Cómo ha ido el viaje? ¿Estás muy cansada? —le preguntó Rosa en cuanto se sentaron.

—Muy bien, y la verdad es que no estoy tan cansada como esperaba estarlo —contestó Joana. Pensar en cómo había pasado la noche anterior y por qué no había descansado como se suponía que debía haberlo hecho, le puso el vello de los brazos de punta y la golpeó una punzada de excitación que la hizo sonreír.

Jaume, que se había quedado de pie, se dio la vuelta al oír que alguien lo llamaba.

—¿Un cortado para ti, Chino?

Pedro asintió con la cabeza.

—¿Y para ti, Joana?

—Yo tomaré un café largo.

—Un cortado y un americano, entonces, ¡marchando! —dijo mientras se iba a atender a los otros clientes.

—Por lo que veo, sois aficionados a los apodos, me he fijado que a Toni todos lo llamaban Herrero y, a mi padre, el Americano.

—Pues tú, de momento, eres la hija del Americano o la Americana, pero como vas a pasar un tiempo por aquí, seguro que te ganas uno propio.

—Son cosas de los pueblos, ¿no ves que nos apellidamos todos igual? Si no fuera por los apodos no sabríamos quién es quién. Por ejemplo, yo, sin ir más lejos, tengo tres primos y los tres se llaman Jaume Perelló, como yo —dijo Jaume que ya volvía con los cafés y una copa para él—. A mí me llaman Rata, solo porque siempre llevaba bocadillo de queso al cole...

Los demás se pusieron a reír.

—Y por más cosas, chaval, lo que pasa es que ahora no te quieres acordar —le espetó Pepo.

Joana se dedicó a escuchar durante un rato las pullas que se tiraban sus nuevos conocidos. Aunque había sido reticente a acompañar a Pedro al pub, en ese momento se alegraba mucho de haberlo hecho; persistía en ella la sensación que había tenido al conocer a Bel y a Pedro, la de haber llegado a un sitio al que pertenecía, la de sentirse acompañada, y eso era algo que no sentía desde que sus padres murieron. Joana pensó que quizás era injusta para con Mónica, que siempre tenía sus puertas abiertas para ella y, aunque la quería como a una hermana, la sensación que sentía al estar con ella no era la misma que sentía en compañía de todos estos desconocidos. Aquí

el sentimiento era de pertenencia, lo que la alegraba y la alarmaba a partes iguales.

«¿Cómo es posible que te sientas así? Los acabas de conocer», se recriminó.

—Joana —dijo Pepo sacándola de su ensimismamiento—, ¿te acuerdas de que cuando vinisteis tú y tus padres fuimos juntos a pie hasta la ermita?

—Lo siento, no recuerdo casi nada de cuando estuve aquí. ¿Así que a ti también te conocía de antes?

—Creo que nos conociste a todos —dijo Polita—. Viniste a mi fiesta de cumpleaños.

Joana levantó las cejas con asombro. No recordaba nada de una fiesta, ni de haber ido de excursión y, mucho menos, de haber jugado con niños de su edad.

—Yo tampoco lo recuerdo —dijo Rosa, extrañada.

—Pues tu hermano y tú también estabais, tengo fotos de la fiesta que lo demuestran, mañana las traigo, o esta noche, si volvemos a quedar. —Mirando el reloj, dijo—: Me tengo que ir a trabajar, que si no llegaré tarde.

Le dio un beso suave en los labios a Pepo y se levantó del banco de madera en el que estaba sentada.

—¿Nos vemos un rato después de cenar, entonces?

—Yo vendré un poco más tarde, en cuanto meta a Bárbara en la cama —dijo Rosa, echando una mirada de soslayo a Pedro, que le devolvió la mirada durante una décima de segundo, solo el tiempo suficiente para que Joana se diera cuenta de que entre los dos había habido algún tipo de comunicación. Nadie más pareció percatarse de ello.

—Yo también debería pensar en marcharme —dijo Pedro—, ¿crees que encontrarás el camino a casa? —le preguntó a Joana.

La chica asintió con la cabeza.

—*Sure, don't worry...*

Estaba tan relajada que ni siquiera se dio cuenta de que había hablado en inglés hasta que vio que los demás la miraban sonrientes.

—Esto... seguro... —repitió, cambiando de lengua, algo avergonzada.

—Yo tengo la tarde libre y pensaba acercarme hasta Manacor, a comprar ropa para la niña, ¿te apetece venir con nosotras?

—Si quieres comprar una cafetera o un microondas, a lo mejor podrías ir con ellas, no creo que yo pueda acompañarte antes del sábado, y mi madre no conduce —dijo Pedro para animarla a que fuera de compras.

Joana no sabía qué decir, aunque no tenía mucho que hacer en su casa, debería que haber llamado a Mónica y a Patrick hacía ya un buen rato.

«Seguramente tengo tiempo de hacer ambas cosas. La verdad es que me apetece ir de compras», se dijo.

—De acuerdo —contestó sin pensarlo más—, pero debería hacer un par de llamadas antes. Mis amigos todavía no saben que he llegado bien.

## Capítulo 14

Joana estaba esperando a que Rosa fuera a buscarla, ya había llamado a los Estados Unidos y las dos conversaciones que había mantenido habían resultado muy diferentes.

Patrick no se había enfadado, pero tampoco había estado contento de que su pupila se hubiera marchado tan lejos.

—¿Cómo se te ha ocurrido irte a Mallorca? —le había preguntado con un reproche patente en la voz.

—¡Si fuiste tú quien me sugirió que me fuera de vacaciones! —le había contestado ella, airada.

—Sí, pero no pensaba que te marcharías a la otra punta del mundo, a un pueblo perdido en medio de la nada. ¿Cuándo piensas volver?

—Tengo un billete abierto, puedo regresar en el momento que quiera. Yo tampoco pensaba marcharme, las cosas han surgido así, ya te he explicado lo de la herencia y tampoco es que tuviera nada mejor que hacer en Nueva York. Si hay novedades en el hospital, llámame y cogeré ese vuelo de inmediato.

—Pero si me has dicho que ni siquiera tienes teléfono.

—Si se alarga mi estancia aquí pediré que me instalen uno, mientras tanto, puedes llamar al número que te he dado, es de mis vecinos y se ocuparán de darme el recado —le repitió Joana.

—Está bien, no entiendo tu comportamiento desde hace unos días, no pareces la misma. Primero renuncias al puesto de trabajo que tanto te había costado conseguir y acto seguido te marchas a España sin decírselo a nadie. No te reconozco, Joana.

La chica bufó al recordar la conversación. Había pasado dos días fenomenales y no se arrepentía en absoluto de haberse marchado de Nueva York. En ese momento se dio cuenta de que apenas había pensado en el disgusto que había tenido al constatar que Black se quedaba con la jefatura que ella tanto había anhelado y eso, para ella, era un gran logro, se dijo.

La conversación con Mónica había sido harina de otro costal. Su amiga se había alegrado muchísimo por cómo le habían ido las cosas hasta el momento.

—¿Así que la gente te ha recibido como si te hubiesen visto la semana pasada y no una sola vez en la vida? —le preguntó, entusiasmadísima, su amiga—. Y los tíos, ¿alguno potable a la vista?

—Creo que están todos comprometidos —le contestó Mónica—. Menos el dueño del pub. Pero no es mi tipo, lleva el pelo largo hasta media espalda.

«Y eso que no he podido explicarle lo que pasó con Guillem en Madrid», se dijo al recordarlo.

No había querido contárselo por si Bel, que no andaba lejos, podía entenderla. Pero no le habían faltado las ganas. Cada vez que se acordaba de lo ocurrido en el hotel de Madrid se le ponía cara de felicidad y, aunque no se arrepentía de haberse marchado, seguía lamentándose por no haber podido tener las dos cosas: sexo de lujo con un hombre que aparte de estar bueno era

amable y generoso; y llegar a un lugar donde la habían recibido con tanto cariño.

La insistente bocina de un coche la sacó de sus cavilaciones. Salió a la calle; frente a su casa, una sonriente Rosa la esperaba en el interior de un coche amarillo chillón. En la parte de atrás iba sentada una niña.

«Su hija», pensó Joana, se fijó en ella mientras entraba en el coche.

—¡Hola, Rosa! Y ¿tú cómo te llamas? —preguntó dirigiéndose a la niña.

—Bárbara —respondió la niña casi en un susurro.

—¡Uy, que se hace la tímida! —dijo la madre con retintín—. Que no te engañe este aspecto de formalita que tiene ahora —añadió con una gran sonrisa, dirigiéndose a la recién llegada—. Es un monstruito que no para de hablar y hacer preguntas, es solo que la primera toma de contacto le resulta difícil. En cuanto te coja confianza, estás perdida.

—¡Mamá! —la recriminó la niña—. Estoy aquí, te he oído.

—Si lo he dicho para que me oyeras —contestó la madre mirándola con adoración. Pero Bárbara estaba de brazos cruzados y ponía unos morros que le llegaban al suelo. Una risa cristalina salió de la garganta de Rosa mientras ponía el coche en marcha.

Joana estaba un poco desubicada, miraba a la madre y a la hija alternativamente, tratando de entender qué acababa de pasar. A los pocos segundos la niña descruzó los brazos mientras bufaba.

—No te enfades, cielo, lo que es verdad, es verdad; y tú hablas hasta por los codos, como yo misma. Vale más que te acostumbres a que te lo digan porque lo oirás millones de veces en esta vida —añadió, mientras enfilaban la calle principal del pueblo.

—¡Vale! —contestó la niña aún enfadada—. Pero no hace falta que se lo cuentes a todo el mundo.

Rosa se rio de nuevo.

—De acuerdo —aceptó la madre—. A partir de ahora solo se lo diré a la gente que no te conozca.

—¡Mamá! —volvió a quejarse Bárbara.

Al fin Joana se dio cuenta de que la «pelea» que mantenían madre e hija era muy divertida, y de nuevo se sintió muy a gusto a pesar de estar en un ambiente tan diferente al que ella estaba acostumbrada.

—Tengo que agradecerte que me hayas invitado a ir con vosotras hasta Manacor, la verdad es que me irá bien hacer algo de compra...

—No tienes que agradecerme nada —la cortó Rosa—, tenía ganas de conocerte mejor, y para eso necesitaba pasar más tiempo contigo. En el pub me has parecido muy buena gente, así que, como no solo lo he hecho por tu interés, no hay por qué dar las gracias.

«Desde luego, no se anda por las ramas», pensó Joana mientras asentía, cortada y sin saber qué decir ante tal afirmación.

—Ya me he enterado de que te han visitado los de la cuadrilla de la tercera edad, y de que a mi abuelo le ha faltado el tiempo para querer liarte con mi hermano —añadió a continuación Rosa, sin apenas haber cogido aire.

Joana se rio, no sabía qué más podía hacer. La visita de los cuatro ancianos, aunque ella y Pedro la hubieran tomado a risa, había sido una situación incómoda.

—¿Así que el de la silla de ruedas es tu abuelo?

—Sí —contestó Rosa mientras le guiñaba un ojo—. Y, por lo visto, la ha armado buena. Los otros le han estado recriminando que te piropeará desde entonces.

—¿Qué es pi...*piropear*? —preguntó Bárbara en aquel momento.

—¡Piropear! —exclamó la madre, diciéndolo con claridad para que la niña entendiera bien la palabra.

—Piropear —repitió Bárbara—. Vale, pero ¿qué es?

—Es que te digan que eres guapa, que te halaguen —contestó la madre mientras la miraba a través del espejo retrovisor.

—¡Hala! ¿El abuelo te ha dicho que eres guapa? Pero si es muy viejecito, ya no puede tener novia —añadió la niña, con toda la seriedad posible mientras negaba con la cabeza.

Rosa elevó las cejas y le puso cara a Joana de: «¿Ves lo que te decía?»

—Te he visto, mamá.

Las dos mujeres se pusieron a reír con complicidad.

Rosa condujo unos minutos en silencio y Joana aprovechó para mirar el paisaje a su alrededor. Abundaban los campos sembrados, en unos había árboles que le parecieron almendros, y en otros, empezaban a asomar brotes verdes de cultivos que no reconoció.

—¿Por qué llamáis a tu abuelo y a sus amigos «el escuadrón de la tercera edad»? —preguntó al cabo de un rato, más para romper el silencio que otra cosa.

Rosa echó un vistazo a Bárbara a través del espejo retrovisor y se dio cuenta de que se había quedado dormida.

—Siempre han estado juntos —contestó al fin—, incluso fueron los cuatro a estudiar a Barcelona. Nunca se han separado y los llamaban El escuadrón ya desde jóvenes; puedo imaginar por qué, aunque no esté segura de ello —le dijo, mientras le guiñaba un ojo—. Lo de la tercera edad ha sido solo un añadido lógico.

—Esa sí que es una amistad que perdura en el tiempo —susurró Joana.

—Mi padre solía mofarse de mi abuelo dando gracias al cielo de que el notario no hubiese tenido hijas porque, en caso contrario, le hubiesen concertado el matrimonio nada más nacer.

—¿En serio? ¿Crees que lo hubiesen obligado a casarse? Yo creía que eso ya no pasaba.

—¡No lo dudes, menudos son! —exclamó enfática, Rosa—. Bueno —dijo a continuación, tras pensarlo un poco—, a lo mejor no los hubieran obligado, pero que habrían hecho todo lo posible por unir las dos familias, tenlo por seguro.

Rosa apartó por un segundo los ojos de la carretera para posarlos en Joana.

—¿Sabes que piensan hacer lo que sea necesario para que te quedes en Petra?

Joana la miró sin decir nada.

—Me parecía justo advertirte porque esos cuatro, aunque sean tan mayores, suelen salirse siempre con la suya; y ahora se han empeñado en que te quedes a ejercer de médico en el pueblo. Todos menos don Cosme, claro, que cree que aún está muy capacitado para cuidar de todos nosotros, al menos, durante cuarenta años más —dijo al tiempo que se echaba a reír.

Joana no sabía qué contestar ante tal afirmación. El comentario que le había hecho Bel esa misma mañana sobre poner una consulta ya la había puesto en alerta, aunque no había pensado más en ello en todo el día.

—No...no... —Las palabras se le atoraron en la garganta, no tanto por el asombro como por el hecho de que, aunque no quería mentir, no podía decir la verdad, que no era otra que no se quedaría en el pueblo el tiempo suficiente como para poner una consulta—. Aunque tengo licencia para ejercer de médico en España, no sé cómo funciona aquí la sanidad, ni lo que tengo que hacer para abrir una consulta... —consiguió decir al fin.

—Eso no creo que sea un gran problema. Quiero decir, que ese tipo de papeleo tiene que ser fácil de arreglar. Eso de obtener la licencia tiene que ser lo más difícil, pero si tú ya lo tienes

hecho...

—Sí, mi padre se empeñó en que convalidara el título, «Para que puedas trabajar en España si un día lo necesitas», me solía decir. Yo pensaba que nunca me serviría de nada, pero lo convalidé solo para darle el gusto —dijo, rememorando la conversación que había tenido con su padre casi diez años atrás—. Además —agregó algo a la defensiva después de una pausa larga—, en el New York Presbyterian, hay gente que espera que me reincorpore a mi trabajo algún día.

—¿Has cogido una excedencia? —preguntó Rosa.

—Algo así —concedió Joana, mordiéndose el labio inferior.

Joana se daba cuenta de que solo una fina línea la separaba de mentir como una bellaca. Esa no era su intención, no después de lo bien que la habían acogido; al mismo tiempo, le parecía que reconocer ante Rosa que se había aprovechado de la situación para disfrutar de unos días de vacaciones no iba a dejarla en muy buen lugar—. ¿Ese pueblo de ahí es Manacor? —preguntó, esperando desviar la atención de su nueva amiga.

—Sí, es Manacor —contestó la otra—. Cariño, despierta, que ya estamos llegando —añadió, dirigiéndose a Bárbara con voz cantarina.

Joana se dio cuenta de que la explicación que le había dado a Rosa no la había satisfecho y pensó que seguramente volvería a interrogarla más pronto que tarde. No parecía alguien que se conformara con una explicación a medias.

## Capítulo 15

Guillem y Óscar estaban en el bar del hotel. La mayoría de sus compañeros ya habían abandonado Madrid, el próximo en hacerlo iba a ser Óscar, así que consideraban aquello como la despedida.

—Todo lo bueno se acaba —suspiró, alzando su copa.

—Y que lo digas. Pero a mí me encanta la rutina; estoy contento de volver a casa, ya echo de menos a la niña. Bueno, los echo de menos a todos, pero en especial a ella.

—La quieres mucho, ¿eh?

—Muchísimo. No sé cómo algo tan pequeño puede meterse tan adentro, aquí en el pecho.

—Nunca dejarás de ser el sentimental, nostálgico y enamorado que se escondía en su habitación para mirar las fotos de su familia cuando nos conocimos en el colegio mayor.

Guillem se rio.

—Ya sabes lo que dicen. —Guiñó un ojo a su amigo—: Genio y figura hasta la sepultura.

—Pues el otro día no te vi nada sentimental con la chica a la que conociste. Se ve que al final algo se te ha pegado de tanto juntarte conmigo.

La risa de Guillem en esta ocasión fue estentórea, tanto que algunos de los ocupantes de las mesas vecinas se giraron para ver qué pasaba.

—¿Qué iba a hacer? No iba a verla nunca más, y me gustaba demasiado para dejar pasar la ocasión. Aunque ese no sea mi *modus operandi* habitual, una vez al año...

Esta vez fue Óscar quien se rio con fuerza.

—Hazme caso, Guillem, eso conviene hacerlo más de una vez al año.

Guillem negó con la cabeza, pero la sonrisa que exhibía en la cara desmentía el reproche que quería imprimirle a su gesto. De repente su gesto se hizo mucho más serio y añadió:

—No he podido fijarme en nadie desde que Nuria se marchó. —Dio un trago a su bebida.

—Tampoco es que lo hayas intentado, por lo que sé.

—¿Y eso cómo se hace? Sabes que yo estaba muy enamorado, mucho más que ella de mí —dijo con tristeza—. De todas formas, he estado pensando que es hora de intentarlo de nuevo. Tengo que pasar página. Es una lástima que no haya coincidido con Joana en Mallorca, hubiera sido la candidata ideal para ocupar el vacío que dejó Nuria.

—¿Ves lo que decía? Nunca cambiarás, deberías pensar que has pasado una noche estupenda y nada más; en cambio, tú te comes la cabeza pensando que ojalá te la hubieras encontrado en Mallorca. Y aunque lo de Nuria fue muy fuerte, pienso que tienes razón y que es hora de pasar página.

—Prefiero no pensar en ello, la verdad. ¿A qué hora sale tu avión? —preguntó para cambiar de tema.

—En dos horas. Debería empezar a marcharme ya.

—¿Vendrás este verano a pasar unos días a casa? Ya sabes que mi madre te espera con los brazos abiertos.

—Todavía no lo sé. Dependerá de cómo evolucione la mía. La maldita esclerosis múltiple es muy cabrona, y los últimos brotes han sido muy fuertes. No se termina de recuperar de uno y ya se ve aquejada por otro.

—Cuánto lo siento, Óscar. ¿Sigue sin querer que la visiten? Me gustaría verla.

—No, no te gustaría, te lo aseguro. Y ella lo prefiere: aunque esté prácticamente inválida, tiene la cabeza muy lúcida y detesta que nadie la vea en ese estado. Ya sabes lo presumida que era.

Guillem notó cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. A veces odiaba emocionarse tan fácilmente, pero en esa ocasión no disimuló. Óscar lo conocía bien y sabía cuánto cariño le tenía a su madre, que lo había tratado con cariño cada vez que había estado en su casa en sus años de estudiante.

—Dale un beso muy fuerte de mi parte, y dile que si no voy es por respetar su voluntad, no porque no me muera de ganas de abrazarla y estar a vuestro lado.

—Ya lo sabe, no te preocupes. Tú también da muchos recuerdos a tu familia de mi parte y, si puedo, no dudes de que este verano estaré ahí como un clavo. A ver si consigo ligarme a tu hermana de una vez por todas.

La cara de Guillem se ensombreció, pero solo hasta que se dio cuenta de que su amigo le tomaba el pelo. Óscar era un mujeriego empedernido, no le había conocido una pareja en la vida y para nada querría que un tipo como él se acercara a su hermana, ni en un radio de doscientos kilómetros. Óscar se rio al ver la reacción de Guillem, precisamente la misma que él había buscado, y se puso en pie. Guillem lo imitó y se dieron un abrazo.

—Cuídate, y cuida de tu familia, que es una maravilla. —Óscar parecía emocionado y Guillem lo achacó a la enfermedad de su madre.

—Lo haré, y tú acuérdate de darle recuerdos a tu madre de mi parte.

Óscar asintió y ambos se dirigieron hacia el *hall* del hotel, donde un botones fue a buscar la maleta de Óscar mientras ellos volvían a despedirse.

Cuando su amigo se hubo marchado, Guillem fue al comedor para cenar. El *maitre* lo condujo hasta la mesa que dos noches atrás habían ocupado Joana y su amiga, «¿cómo se llamaba?», pensó por unos instantes, pero como no se acordaba, se centró en el recuerdo de Joana. No pudo dejar de pensar en ella durante la toda la cena, en lo poco que sabía de esa mujer y en lo mucho que había disfrutado a su lado.

Ya de camino a la habitación, cuando entró en el ascensor, una sonrisa acudió a sus labios y sintió un leve tirón en la entepierna al recordar su desenfreno en ese mismo sitio solo dos noches atrás.

Abrió la puerta de su cuarto con cara de satisfacción y se dirigió de cabeza al baño; quería darse una ducha antes de meterse en la cama. Dejó la llave sobre la mesita de noche y reparó en la ristra de preservativos que aún estaban sobre ella. Él y Joana habían utilizado unos cuantos, y pensar eso le arrancó otra sonrisa satisfecha.

Él no solía ligar cuando salía de marcha; la facilidad que tenía su amigo Jaume, o incluso el desparpajo de Óscar, le eran ajenos. Siempre había sido más bien tímido, además, no solían gustarle los «aquí te pillo, aquí te mato». Él era más de conocer a las chicas antes de meterse en la cama con ellas, pero lo que había sucedido con Joana había valido mucho la pena, pensó, no por primera vez.

Se quitó la ropa y de nuevo lo asaltaron los recuerdos de la noche pasada con Joana; ella desnudándolo a toda prisa, el roce de la ropa contra su piel, las voluptuosas curvas de la chica. Volvió a excitarse de inmediato. Esta vez el tirón en su pelvis fue mucho más exagerado de lo que había sido en el ascensor; aunque remitió un poco cuando sus pies entraron en contacto con las frías baldosas de la ducha, no pensaba dejar que se viniera abajo con tanta facilidad. Abrió el grifo del agua caliente y dejó que esta se deslizara por su cuerpo, encendiéndolo aún más. Con delicadeza se sujetó el pene con una mano mientras con la otra se apoyaba en las baldosas de la pared. Durante unos minutos se dedicó solo a sentir el agua resbalando por su piel, pero, a medida que las imágenes de aquella noche acudían a su mente, no pudo evitar empezar a mover su mano arriba y abajo por su endurecido miembro. Leves gemidos empezaron a brotar de sus labios mientras incrementaba la intensidad de sus caricias. Fogonazos difusos de la cara de Joana, su risa, su concentración, su éxtasis hicieron que los músculos de sus piernas se pusieran en tensión mientras se acercaba de forma acelerada a su propio clímax. El orgasmo le sobrevino de repente, con una intensidad que le hizo temblar de la cabeza a los pies mientras un grito mudo escapaba de su garganta.

A medida que su respiración se normalizaba, una sonrisa canalla se dibujó en su cara. Se sentía feliz, complacido. Sabía que los recuerdos de esa escapada a Madrid harían que aflorara a sus labios esa misma sonrisa durante mucho tiempo y se sentía pletórico por ello.

## Capítulo 16

Era miércoles y Joana ya llevaba en Petra tres días, aunque había estado tan ocupada que le parecía que había llegado al pueblo mucho antes. Tenía ganas de hablar con Mónica, pero no quería telefonarla de nuevo desde casa de Bel porque le parecía que eso era abusar de su hospitalidad, además de que no se atrevería a contar algunas cosas desde ese teléfono, no fuese que la entendieran.

El lunes, al volver de Manacor, la había llamado desde la cabina que había en la plaza Fray Junípero Serra, porque la conversación con Rosa sobre la cuadrilla de la tercera edad y la pretensión de los ancianos de que ella se quedara en el pueblo a ejercer de médico la había dejado en algo parecido al estado de *shock*.

—A ver, ¿no habíamos quedado en que no le contarías a nadie que solo te estás tomando unas vacaciones y que no piensas quedarte en Mallorca de forma permanente? —le había preguntado Mónica en tono admonitorio.

—Ya lo sé, pero todos me están tratando tan bien que me parece una traición, Mónica. Puedo ser muchas cosas, pero no me tengo por mentirosa.

—No te digo que mientas, solo que obvies la verdad.

—Para mí eso viene a ser lo mismo.

—Pues no lo es —había zanjado Mónica—. Haz el favor de divertirte y pasar de todo lo demás. No te compliques la vida y disfruta.

Y a eso se había dedicado los dos días siguientes. Nadie le había vuelto a hablar del tema de la consulta y ella se había cuidado de no sacarlo a colación.

Aun así, sentía que debía escribirle a Mónica para que pudiera ver el pueblo desde su propia perspectiva y que entendiera por qué, tras solo tres días en él, se sentía tan unida a su gente.

Queridísima Mónica:

No sabes lo contenta que estoy de que me convencieras para que viniera a Mallorca. Llevo aquí solo tres días y parece como si la gente me conociera de toda la vida. Aunque el lunes hablamos dos veces por teléfono, todavía hay muchas cosas que desconoces; he pensado que si las ponía por escrito me sería más fácil explicarte cómo me siento.

Ya te conté lo bien que me recibieron Bel, la prima de mi padre, y Pedro, su hijo. Son una gente maravillosa que me hace sentir como un marinero que ha llegado a puerto después de mucho tiempo viajando sin rumbo. Viven en una casa pegada a la mía. La madre de Bel, que es hermana de mi abuela (y que tiene más de noventa años), vive con ellos y es de armas tomar; cada vez que habla hace que los demás nos quedemos callados como momias. Los ancianos de este pueblo, o al menos con los que he tratado, son vitales y están acostumbrados a mandar, parece que no se hacen a la idea de que los más jóvenes les han tomado el relevo y, de hecho, creo que no lo llevan demasiado bien.

Esta mañana he visitado al notario en su casa. Ayer me mandó a llamar, ¿te lo puedes creer? Como no tengo

teléfono, mandó a su bisnieta, una niña de no más de siete u ocho años, para que me diera el recado de que él me esperaría en su casa esta mañana a las nueve en punto. Así que, hacia ahí me he dirigido después de desayunar. El hombre me estaba esperando en su despacho. Cuando me he sentado ante él, me he sentido igual que en la escuela si alguna vez me llamaban al despacho del director.

Me ha explicado otra vez las condiciones del testamento de la tía Petra y ha remarcado varias veces que se espera que me integre en la vida del pueblo, pero no ha mencionado el tema de la consulta, y yo, por supuesto, tampoco. ¿Te parece que era eso lo que la tía Martina quería conseguir con este disparatado testamento? Si es así, me pregunto por qué no lo incluiría también, total, puestos a escribir absurdecas... Después de soltarme la charla, don Jeroni me ha dado «la asignación mensual» en un sobre. Es muchísimo dinero y he querido rechazarlo, porque no lo necesito; la vida aquí no me parece cara, además, con el cambio de moneda salgo ganando bastante. ¿Querrás creer que me ha obligado a aceptarlo? Me ha dicho que eso era parte de lo estipulado y que su obligación no era otra que cumplir las últimas voluntades de Petra a pies juntillas. Antes de irme, me ha pedido disculpas por su comportamiento del lunes, y el de sus amigos, ha dicho que *cree* que empiezan a chochear.

En mi excursión a Manacor, además de llevarme el sobresalto por la conversación que tuve con Rosa, compré una cafetera y un microondas, porque la casa de mi tía no tenía; también traje comida para un regimiento. Supongo que alguna noche tendré que hacer de anfitriona para Pedro y Bel, porque ellos me han invitado ya varias veces a comer o a cenar.

¿Qué más? Bueno, acerca de la casa. Es antigua, pero está muy bien cuidada. Creo que cambiaré el colchón, aunque solo me quede aquí quince días; me parece que si no lo hago me va a destrozar la espalda (es incluso peor que los de las camas de las guardias del New York Presbyterian), ¡está lleno de bultos! Esta mañana, después de ir al notario, me he parado en la tienda de muebles que hay en el pueblo y me han dicho que pasado mañana podría tener uno nuevo si lo quisiera. ¿Sabes qué? Ahora mismo acabo de decidir que no lo pensaré ni un minuto más. Cuando lleve tu carta al buzón, iré a pagar el dichoso colchón para que me lo traigan lo antes posible.

Lo que más me gusta de la casa que me ha dejado mi tía es el jardín trasero, está lleno de plantas que empiezan a florecer, es una maravilla. He sacado la mesa de la cocina aquí afuera y, mientras te escribo, estoy sentada a ella contemplando toda esta belleza; la verdad es que no echo de menos los humos ni las prisas de Nueva York. Aquí vivo a otra velocidad, parece que la gente no tiene nunca prisa, y como yo, en realidad, no tengo nada que hacer, pues me lo tomo con calma.

¿Te acuerdas de que el señor López nos habló de unos animales que tenía mi tía? Sí, de esos por los que no tenía que preocuparme; pues el burro vive conmigo. ¡Como lo lees! Estoy cuidando de un burro que se llama Baltasar, Balti para los amigos, ¡yo!, que por no tener no he tenido ni perro). Bueno, en realidad solo me ocupo de cepillarlo y darle mimos. Creo que empieza a acostumbrarse a mí, y yo a él. Hace un rato he ido a verlo e incluso ha parecido que me sonreía. ¿Te parece que me estoy volviendo un poco loca?

Por aquí no hace tanto calor como pensábamos, pero tampoco hace tanto frío como en casa. Sinceramente, con los buenos días de los que he disfrutado, entiendo que la gente quiera venir a la isla de vacaciones. No he visitado ninguna playa y tampoco tengo planes para hacerlo en un futuro próximo, todos opinan que todavía hace demasiado fresco para ir a nadar, pero a mí no me importaría, creo que la temperatura es agradable. Lo que pasa es que no están acostumbrados al frío. Desde que he llegado, el sol ha salido todos los días. Creo que, si no me hubiese puesto crema protectora, me habría quemado la nariz solo de ir por la calle.

Estoy practicando mucho la lengua de mi padre y ya me defiendo muy bien. Los problemas surgen cuando alguien me habla en español o si quiero estar al día de las noticias; los periódicos son también en español y apenas conozco algunas palabras que he aprendido durante estos días.

No he tenido tiempo de aburrirme, como pensé que haría, y apenas he podido empezar el libro de Noah Gordon que insististe en que metiera en la maleta, el de *El médico*, aunque lo que he leído me ha gustado mucho. ¿Que qué hago para no aburrirme? Pues voy al pub. Resulta que Pedro me ha presentado a sus amigos y son muy divertidos, me río un montón con ellos y con sus anécdotas. Ya te he hablado de Pedro; Rosa es la chica con la que fui a Manacor. No sé si te conté que tiene una niña, Bárbara, que tiene seis o siete años y que habla como una persona mayor. Después están: Jaume, que es el dueño del pub, el que te dije que no era mi tipo; José, al que llaman Pepo, y su mujer, Polita.

La semana que viene van a ir a un concierto y me han invitado a ir con ellos, pero todavía no sé qué voy a hacer. Cuando les dije que nunca había ido a uno alucinaron un poco. Les expliqué que siempre he estado centrada en mis estudios y en mi carrera, y desde entonces se empeñan todavía más en que vaya; dicen que

ahora que estoy aquí tengo que aprender a relajarme. Cuando les mencioné que, además, las aglomeraciones de gente no me gustan, insistieron en que en cualquier transporte público de Nueva York se debe de juntar más gente que en el concierto de Mecano de la semana que viene. ¿No te suena ese grupo? Mecano a mí me suena un montón, pero no recuerdo haber escuchado nada suyo. Además, cantan en español y no voy a entender las canciones, pero eso mis nuevos amigos también lo han rebatido diciendo que ellos escuchan muchas canciones en inglés de las que no conocen la letra y que les gustan igualmente.

No he salido demasiado en grupo desde la universidad, ya lo sabes, y ni siquiera entonces salíamos demasiado tú y yo ¿Crees que éramos unas raritas? Yo no, pienso que lo hacíamos porque sabíamos que, para ser las mejores, había que trabajar duro, y eso fue lo que hicimos, pero ahora, echando la vista atrás, me pregunto si en realidad valió la pena perdernos tantas cosas. Al menos tú no te lo has perdido todo, pero yo... ¿De qué me habrá servido esforzarme tanto? Cuando vuelva, tendré que empezar desde cero en cualquier otro hospital y demostrar lo que valgo. Vista desde aquí, esa perspectiva no me apetece nada de nada. De verdad, espero que la Junta recapacite y me llame dentro de poco, porque sí no... ¡Uf! Me estoy poniendo melodramática y sabes cuánto lo odio.

Creo que por ahora tienes un resumen bastante detallado de mi situación. Te llamaré si tengo cualquier novedad, ¿vale?

Un beso para Matt, otro para los niños y uno especialmente grande para ti.

Te quiere,

JOANA

PD: Se me olvidaba decirte que aquí la gente pronuncia mi nombre como lo hacía papá, y cada vez que alguien me llama me emociono. La primera vez incluso lloré. ¿Puedes creerlo? Estoy muy feliz de haber venido, en serio, gracias por casi obligarme.

¡Por cierto! El domingo, en el hotel de Madrid, conocí a un chico impresionante y... pasé una noche maravillosa con él. Y no, no pienso darte más detalles, eso queda para mí y mi recuerdo. Solo añadiré que disfruté tanto del tiempo que estuve con él que incluso consideré quedarme en Madrid y no viajar a Mallorca, pero no lo hice, eso ya lo sabes. Si no te lo conté cuando hablamos por teléfono fue porque no quería que alguien pudiera entenderme, así que no te enfades.

XXXOOO».

Joana relejó varias veces lo que había escrito, decidió que le gustaba cómo había quedado la carta y cogió su monedero para acercarse hasta el estanco y comprar sellos para mandarla, como le habían explicado que debía hacer.

Mientras iba por la calle, reflexionó sobre el porqué de haber mencionado su aventura con Guillem en último lugar.

«Está claro que lo has hecho para que parezca que no le das demasiada importancia —se dijo—, pero también ha sido para que Mónica acabe de leer la carta; si lo hubieses puesto en primer lugar, ya no habría leído nada más. Habría llamado a todos los teléfonos de la isla hasta localizarte.» Una risa maliciosa escapó de su garganta y unos niños que jugaban al fútbol en la calle pararon para mirarla, lo que hizo que se reprimiera un poco.

También había obviado decirle que ese mediodía llegaría al pueblo el hermano de Rosa, al que todos llamaban Sioux, porque estaba segura de que Mónica la llamaría de inmediato al teléfono de Bel, solo para informarse de si el tal Sioux estaba disponible o si era guapo, a pesar de que le hubiera dicho que ese teléfono era solo para usar en caso de emergencia.

«¿Por qué lo llamarán Sioux?», se preguntó Joana, que no acababa de entender la manía de la gente del pueblo de poner apodos a todo el mundo.

## Capítulo 17

Rosa había ido a buscar a su hermano al aeropuerto. Mientras esperaba a que Guillem saliera con la maleta, no podía dejar morderse las uñas porque sabía que a él no le gustaría la encerrona que le tenía preparada. Les había sugerido a los chicos que organizaran una comida de bienvenida. Jaume, Polita y Pepo se habían apuntado de inmediato.

«A esos tres no hay que darles ninguna excusa para montar un sarao —pensó mientras una sonrisa aparecía en su cara—. Incluso Joana está entusiasmada, y no conoce a mi hermano. Al único que no le ha parecido bien ha sido a Pedro, porque sabe cómo se va a poner Guillem».

Suspiró mientras se acordaba de la conversación que habían tenido ella y Pedro el día anterior.

—Pedro, esto ya pasa de castaño oscuro, en algún momento Guillem y tú tendréis que poder estar en la misma habitación sin enfrentamientos, porque yo no pienso renunciar a ti y no podría renunciar a él. Si cuando él llegue estás en la mesa con los demás, no le quedará más remedio que aguantarse.

—¡O no! —la había interrumpido Pedro—. No sería la primera vez que se levanta y se va si yo entro en el pub.

—Pues eso es lo que no le pienso consentir mañana. Si hace falta le haré chantaje, pero se tragará su orgullo como que me llamo Rosa.

—No creo que esa sea la manera.

—Y, entonces, ¿cuál es? ¿Esperamos a casarnos para decirle que estamos saliendo? Estoy harta de tener que esconderme, quiero que todo el mundo sepa que estamos juntos, que nos queremos.

—¡No pensarás decirselo mañana! —La cara de Pedro había denotado verdadero espanto.

—¡Claro que no! No seas bobo —le había contestado mientras le daba un beso suave en los labios—. Pero mañana será vuestro primer acercamiento, lo demás vendrá con el tiempo.

—Cuando se entere de lo nuestro, se va a enfadar muchísimo, haya habido acercamiento o no lo haya habido. Me odia. No me extrañaría que dejara de hablarte a ti también. Todavía estás a tiempo de replantearte si quieres seguir conmigo —había susurrado mientras apoyaba su frente en la suya.

—Ahora sí que hablas como un tonto. Con lo que me costó que me pidieras que saliera contigo, ¿piensas que ahora te dejaré marchar?

Al final lo había convencido, igual que convencería a su hermano. Fuera como fuera esos dos iban a estar sentados juntos a la misma mesa.

—Hola, hermanita. —La voz de Guillem sacó a Rosa de sus cavilaciones—. Qué feliz estoy de volver a casa, cada vez que me bajo del avión en Mallorca me entran ganas de besar el suelo, como si fuera el Papa.

—¡Qué idiota eres! —Lo abrazó mientras se reía—. ¡Ni que hubieses estado fuera un mes!

—¡Uf! Ha sido todo tan intenso que me ha parecido mucho más que un mes.

—¡Ya será menos! ¿Qué cuenta Óscar?

—Nada nuevo, se ríe de mí, como siempre. Pero cualquier día de estos, uno de sus ligues lo cazaré y será mi turno de reírme de él. —Se frotó las manos maquiavélicamente y puso cara de villano—. Y por Petra, ¿qué tal?

—¿Aparte del revuelo por la llegada de la hija del americano? Nada, también todo igual que siempre.

—Así que se ha montado una buena con esa chica, ¿eh?

—¡Y tanto! El lunes me la llevé de compras a Manacor y se hizo muy amiga de Bárbara.

Guillem se detuvo en seco y sus cejas se elevaron hasta casi rozarle el nacimiento del pelo.

—¿Te la llevaste de compras? —preguntó algo chocado.

—Sí. A la niña se le ha quedado pequeña toda la ropa y Joana necesitaba cosas para la casa y comida, así que aprovechamos para ir juntas.

—No eres bruja ni nada. Seguro que lo hiciste para poder sonsacarle a tus anchas.

—Es un verdadero encanto, se ha metido en el bolsillo a los chicos. —Rosa estaba dispuesta a llevar la conversación hacia donde ella quería, así que continuó—: Les ha ayudado a preparar una comida de bienvenida en tu honor sin conocerte siquiera, ¿a que es un amor?

—¿Una comida de bienvenida? ¿Cuándo? ¿Hoy?

—Sí, hoy. ¡Ah, y por cierto! Que sepas que la cuadrilla de la tercera edad fue a visitarla y que el abuelo aprovechó para decirle a Joana que le parecía que tú y ella haríais una pareja maravillosa.

Guillem frenó en seco.

—¡No me jodas! Dime que no es verdad.

—Y tan verdad —se rio ella ante la cara que había puesto su hermano.

Casi habían llegado al coche y Rosa le lanzó las llaves a Guillem.

—¿Conduces tú?

—Lo mato. ¡Es que lo voy a matar! —dijo, mientras con un movimiento mecánico cogía las llaves en el aire.

Se metieron en el coche. Guillem puso el motor en marcha y la risa de su hermana, que se lo estaba pasando bomba a su costa, iba subiendo de tono. Entretanto, él no podía dejar de negar con la cabeza.

—Ya deberías conocerlo, hombre, no sé por qué te extrañas tanto. —Rosa tuvo que secarse una lágrima antes de hablar.

Ninguno de los dos volvió a decir nada mientras salían del parking del aeropuerto, oyó que Rosa inspiraba con fuerza intentando parar de reír. Cuando ya enfilaban por la Vía de Cintura en dirección a la autopista que conducía a Manacor, Rosa dijo:

—Espero que tengas hambre, porque conociendo a esos habrán preparado comida para un regimiento.

—¿Lo de la comida es en serio? Es que estoy muy cansado y me apetecía llegar a casa pronto.

—No te la puedes perder, además, tienes que comprobar por ti mismo si la hija del americano y tú hacéis tan buena pareja, como dijo el abuelo. ¡Mira, no se me había ocurrido! —exclamó de repente—. Esa sí que sería una forma de conseguir que se quedara a vivir en Petra. —Y rompió a reír de nuevo sin poder parar.

—A ti no se te habrá ocurrido, pero me apuesto a que los de La cuadrilla ya lo han pensado.

A Rosa le dio otro ataque de hilaridad que consiguió que Guillem se contagiara de la risa de su

hermana, aunque en realidad no le hiciera demasiada gracia la situación, no podía dejar de reír.

Una hora más tarde entraban en el pueblo

—Me imagino que la comida esa será en el pub, ¿no? —Se dio cuenta de que su hermana se había puesto seria de repente y se preguntó qué la habría hecho cambiar de humor.

—Sí, en el pub. —Vio que en realidad no tenía la atención puesta en él, luego añadió—: Oye, Guillem, cuando lleguemos, me gustaría que te comportaras como es debido.

—¿Por qué dices eso? Como si yo no me portara siempre como es debido. —Intentó bromear, pero se dio cuenta de que Rosa seguía seria. Una certeza empezó a abrirse paso en su mente—. Pedro estará en la comida, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —contestó Rosa secamente.

—No pienso entrar —dijo Guillem con enfado.

—¡Oh, sí que entrarás! Y te portarás con corrección.

—¡No entraré!

—¡Sí que entrarás! Si quieres llevarte a tu sobrina cuando vayas a hacer alguna visita a domicilio, entrarás.

—¿Me estás chantajeando con la niña? —bufó Guillem.

A Bárbara le encantaba ir con su tío en sus, ya escasas, visitas domiciliarias. Guillem visitaba las vaquerías que aún se mantenían al pie del cañón, pero eran muchas menos que las que había cuando habían ejercido su padre o su abuelo. Disfrutaba de llevarse a su sobrina tanto como ella disfrutaba de ir con él y era un acontecimiento que ambos ansiaban y preparaban con antelación.

—No me gusta la idea, pero es la única que se me ocurre para hacerte entrar en razón. Todos queremos que lo perdones de una vez por todas. Hoy sería una ocasión maravillosa para que demostraras que has madurado y has dejado atrás el pasado.

—Mira, paso de pelearme contigo, yo no pienso entrar. Si tú quieres ir, por mí bien, pero a mí no me harás comulgar con tus ideas.

—Vale, no entres, pero serás tú quien se lo tenga que explicar a Bárbara cuando se quede en casa llorando.

—No serás capaz de hacerle eso a la niña.

—Tú ponme a prueba. —Rosa cerró los ojos hasta que fueron solo dos rendijas.

Guillem, que ya había parado frente al pub, dio tal tirón al freno de mano que casi lo arrancó. No podía creer que su hermana le estuviera haciendo chantaje.

«Arrieros somos y en el camino nos encontraremos», se dijo. Esa mano la había ganado ella, pero ya se vería quién ganaba la partida.

Mientras se bajaba del coche, aún tuvo coraje de decirle:

—No pienso dirigirle la palabra.

—Vale, como quieras. Quédate tranquilo que cuando lleguemos a casa te cambio los pañales —le dijo con la voz cargada de sarcasmo.

Guillem se pasó las manos por la cara. Su hermanita se las iba a pagar, eso estaba tan claro como que por la mañana salía el sol. Se dirigió a la parte trasera del coche para coger la bolsa con los discos que Jaume le había pedido que buscara en Madrid. Con el encargo en la mano, y la rabia saliéndole por todos los poros, se encaminó hacia el pub.

Los chicos vieron entrar a Rosa en tromba en el bar. Venía hecha una furia, no se calmó a medida que se acercaba a ellos y, en cuanto estuvo lo suficientemente cerca, le cogió el vaso a Polita de las manos y se bebió su contenido de un trago.

—Empieza la fiesta —masculló ante el asombro de casi todos.

Joana estaba sentada al lado de Pedro y preguntó cerca de su oído:

—¿Por qué está tan enfadada Rosa? ¿Esto es normal?

Pedro se revolvió en su asiento, como si se preparara para salir corriendo a la primera de cambio.

—Habrá discutido con su hermano. Casi nunca se pelean y, cuando lo hacen, lo lleva fatal.

—¡Ups! A ver si lo de la comida no ha sido buena idea —dijo, aún muy cerca de su oído.

—Tú no te preocupes, no va contra ti. El problema lo tiene conmigo.

—¿Contigo?

—Sí, tenía que habértelo contado por si preferías no estar aquí cuando él llegara: ahora ya no lo puedo remediar. Ahí viene —dijo, casi temblando por el nerviosismo.

A Joana el pelo le había caído en cascada sobre la cara al acercarse a hablar con Pedro, se lo colocó detrás de la oreja mientras se enderezaba en el asiento. No se explicaba ese comportamiento tan infantil entre personas adultas. Con una elevación de hombros dio un trago a la Coca-Cola que tenía en la mano y se volvió hacia el recién llegado.

\*\*\*

Guillem entró en el pub donde todos lo esperaban, su gesto ceñudo no presagiaba nada bueno. Si intentó relajarlo fue por sus amigos, que no por su hermana y mucho menos por Pedro.

«Ahí está, sentado como si nada, será mamón el tío. No me puedo creer que Rosa me obligue a estar con él en la misma mesa —se dijo—. Esa que está a su lado debe ser la tal Joana, pues no se ha dado prisa ni nada en agenciársela, no podría estar más cerca de él ni aunque quisiera».

Sentada de forma relajada, con una pierna debajo de su cuerpo y la otra balanceándose en el aire, tan cerca de su examigo como le era posible, había una chica a la que Guillem no podía verle la cara, su melena suelta le caía en forma de cortina ante el rostro. De repente, en un movimiento mil veces repetido por todas las mujeres del mundo, se acomodó el molesto pelo tras una oreja, lo que hizo que a Guillem se le parara el corazón y se quedara anclado en el sitio donde se encontraba. El chico vio cómo ella levantaba la vista despacio y se giraba en su dirección en lo que le pareció una escena a cámara lenta.

## Capítulo 18

Joana clavó la vista en Guillem y se quedó sin aliento. Depositó el vaso sobre la mesa de forma precipitada, con tan mala suerte que lo volcó, salpicando a los que estaban más cerca de ella. Todos la miraron entre espantados y sorprendidos.

Como si la hubieran pinchado con una aguja, se levantó de un brinco del banco en el que estaba sentada al tiempo que murmuraba una disculpa. No podía quitar los ojos de Guillem, que también la miraba como si ella fuera una aparición. Incluso le pareció que él sacudía la cabeza con rapidez para comprobar que sus ojos no lo engañaban. El golpeteo que Joana empezó a sentir en el pecho no le dejó lugar a dudas: el Sioux, el chico del que le habían estado hablando sus nuevos amigos mientras él estaba de viaje, no era otro que el Guillem que ella había conocido en Madrid. Una sonrisa ilusionada le iluminó el rostro mientras él se acercaba a ella.

A Guillem el corazón le había crecido tanto en el pecho que amenazaba con salirse por la boca. Se acercó a Joana en dos zancadas y la cogió por las manos.

—*Joana, what are you doing here?* —le preguntó casi en un susurro.

De repente, algo encajó en su mente. El nombre de Joana podía pronunciarse de forma diferente según el idioma en que uno hablase, pensó. Su Joana y la Joana que había causado tanto revuelo en el pueblo eran la misma.

—*And you, what are you doing here?*

—¿Por qué están hablando en inglés? —preguntó Jaume, que acababa de acercarse a la mesa que ocupaban sus amigos con un vaso largo en la mano.

—¡Y yo que sé! —contestó Pepo elevando los hombros—. Parece que ya se conocían. Eso, o Guillem ha entrado a saco a ligársela.

Polita le dio un codazo en las costillas.

—¡Ay! —masculló su marido—. Ve con cuidado, me has hecho daño.

—Callaos —susurró Polita, que seguía absorta la conversación de aquellos dos como si estuviera viendo una película en el cine.

—Guillem, esta es Joana. —Rosa se acercó para presentarlos—. Pero por lo que veo ya os conocéis.

—Nos conocimos en Madrid —dijeron los dos al unísono en mallorquín.

—¿En Madrid? ¿Cuándo?

—Eh...esto...

Guillem y Joana carraspearon al unísono mientras desviaban los ojos hacia el suelo. Rosa y el resto del grupo los miraban esperando una respuesta que no llegaba.

—Nos alojamos en el mismo hotel. —A Guillem le salió una especie de gallo, Joana pensó que

por el nerviosismo y acudió en su ayuda.

—Había *overbooking* y nos sentaron a la misma mesa para cenar. —Notó cómo Guillem le apretaba levemente la mano para agradecersele. Vio que Polita y Rosa cruzaban una mirada cómplice; aunque ninguna dijo nada, ambas sonrieron.

—Nunca hubiese podido imaginar que Joana, que ella, que tú, que tú... que fueras médico — dijo, mirándola entusiasmado.

Joana abrió mucho los ojos para instarlo a callar. Rosa se fijó primero en uno y luego en otro y, con cara de niña que no ha roto un plato en su vida, dijo:

—Me gustaría saber de qué estuvisteis hablando durante la cena para que no saliera a relucir que Joana era médico...

—Yo qué sé. Además, aunque lo hubiese sabido, ¿por qué tenía que pensar que ella era la médica que venía a Petra? Estuvimos hablando en inglés. Esta... —Guillem chasqueó los dedos mientras hacía un esfuerzo por recordar—. ¿Cómo se llamaba la chica que cenó contigo?

Joana le propinó un pisotón; desde luego aquel chico era un poco inútil a la hora de disimular. Estaba convencida de que todos, sin excepción, se habían dado cuenta de que ellos dos en Madrid, de cenar juntos, nada de nada. Por el rabillo del ojo captó que Rosa intentaba disimular la risa y prefirió no mirar qué hacían los demás por no descubrir en sus caras la misma sonrisa que lucía la melliza de Guillem.

Jaume no había cerrado el pub, así que tenía que andar atendiendo a la gente que entraba y salía. Tras un rato ausente, regresó.

—Chicos, lo mejor sería que comiéramos ya. La gente va a empezar a venir para tomar el café y, si no nos ponemos a ello, ni siquiera podré sentarme un rato con vosotros.

Todos se afanaron en ocupar sus sitios. Pedro se sentó al lado de Rosa, dejando a Guillem el lugar en el que había estado hasta ese momento. Joana puso los ojos en blanco y bufó. Eso empezaba a oler a complot, pensó.

No se había atrevido a mirar a Guillem de nuevo, y él, que ya no le sostenía las manos, pero que seguía lo suficientemente cerca de ella como para que pudiera notar su calor, no se movía. Levantó la vista y le pareció que estaba turbado. Aparentemente, al final, se había dado cuenta de que había hablado más de lo debido. Resopló, agobiado, y Joana, al verlo, le sonrió y elevó los hombros para darle a entender que no había pasado nada tan grave. Él le devolvió la sonrisa; de inmediato se puso en acción, se movió para dejar que se sentara y él lo hizo a su lado.

La miraba y abrió la boca varias veces, como si fuera a iniciar una conversación, pero no supiera qué podía decir para no volver a meter la pata.

—¿Has tenido un buen vuelo?

—Sí, sí, excelente.

Durante unos segundos se contemplaron, maravillados por la increíble coincidencia de la que habían sido víctimas, y volvieron a sonreírse, ajenos a las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor.

—Así que tú eres el veterinario. Tu hermana no ha parado de hablar de ti, bueno, ni ninguno de los demás. Se ve que estáis todos muy unidos...

—Sí, nos conocemos desde que éramos unos críos. Íbamos todos juntos al colegio.

—Pues parece ser que yo también os conozco a vosotros desde que éramos todos muy pequeños. Por lo visto, en mi única visita al pueblo fui al cumpleaños de Polita.

La cara de Guillem se iluminó.

—Ostras, no me acordaba de eso, pero ahora que lo dices... Creo que incluso hay algunas

fotos.

Joana sonrió.

—Sí, las he visto. Pero tu hermana insiste en que no se acuerda de nada, a pesar de salir en alguna de ellas.

—Eso es porque tiene memoria de pez.

—¡Oye! —La aludida demostró estar muy pendiente de la conversación que estaban manteniendo y Joana se puso roja al instante.

Ni ella ni Guillem contestaron al comentario de Rosa, y empezaron a comer en silencio. Guillem miraba en dirección a Joana, sonreía y negaba con la cabeza, como si no pudiera acabar de creerse que fuera a ella a quien tenía a su lado.

Cuando se lo contase a Mónica, alucinaría, seguro. Conociéndola como la conocía sabía que le diría (mejor dicho, le gritaría al borde de la histeria) que ese segundo encuentro era cosa del destino y la machacaría diciendo que se tirase al cuello de Guillem sin dudarlo.

Se le erizó la piel solo de pensar en pasar otra noche con él. Las miradas divertidas que les estaban lanzando sus amigos le hicieron sospechar que Guillem no se liaba con nadie tan fácilmente como había hecho con ella.

«Si no es eso, no puedo imaginarme qué les hace tanta gracia», se dijo.

Le encantaba ese hombre y sabía que ella le gustaba a él. Decidió en ese instante que no se quedaría con las ganas de repetir. Si hacía falta, lo sometería a acoso y derribo; nunca había sido tímida para eso. Sí, pensó, las vacaciones en Mallorca iban a ser memorables si conseguía que Guillem jugase al juego que ella estaba empezando a idear para él.

## Capítulo 19

Guillem se había metido en la cama, pero no podía dormir. No dejaba de pensar en Joana, en lo extraordinario del hecho de haberla encontrado en el pub, sentada con sus amigos. Y en lo mucho que le gustaba.

Después de comer, todos se habían ido a trabajar y los habían dejado solos. No se había sentido tan cómodo con Joana como lo había estado en Madrid, no porque ella no pusiera de su parte, sino porque él no podía pensar en otra cosa que no fuera volver a besarle cada centímetro de piel como había hecho en el hotel, y eso no le dejaba encontrar un tema de conversación adecuado.

—Mi hermana me ha comentado que fuisteis de compras a Manacor —había dicho, intentando apartar su mente de los derroteros que estaba tomando.

—Sí, fue muy amable por su parte invitarme a ir. Y Bárbara es un auténtico amor, se comportó como una mujercita.

—Creo que pasa demasiado tiempo con mi madre, se le han pegado algunas de sus expresiones.

—Es una cría maravillosa, me encantó pasar la tarde con ellas.

Guillem no podía dejar de mirarla. Joana le gustaba demasiado, seguramente sería mejor que se alejase de ella, porque se temía que ese cosquilleo que sentía en el pecho cada vez que pensaba en ella no anunciaba nada bueno. Debería ser como sus amigos y lanzarse a por todas sin pensar en el mañana, de hecho, eso mismo era lo que había pasado en Madrid, pero sabía demasiado bien que, si se enrollaba con Joana de nuevo, ese vértigo que notaba en la boca del estómago iría *in crescendo*. Y si algo tenía asimilado, era que no podía entregar su corazón a alguien que no pensara quedarse en Mallorca. Lo había aprendido a palos cuando Nuria se había marchado, ofendida porque él no corriera tras ella. Él siempre había pensado que volvería, pero en lugar de eso... Decidió levantarse y mirar qué podía encontrar en la cocina para comer y así evitar que su mente siguiera por esos caminos llenos de trampas que le ponía su corazón.

Bufó con fuerza al tiempo que abría la nevera; no vio nada que le apeteciera y volvió a cerrarla. Dio dos vueltas a la mesa de la cocina, llegó hasta el baño, se remojó la cara, y de vuelta a la cocina; pero sus pensamientos seguían prendidos en Joana.

Se dirigió hacia la sala de estar, pensando que a lo mejor la televisión lo distraería un rato. Tras poner en marcha el aparato con el volumen apenas audible para no despertar a su abuelo, se sentó en una de las butacas floreadas que había comprado su abuela unos años antes de morir, pero estaba muy incómodo. Se levantó y se acomodó en la mecedora, al lado de la ventana, pero tenía frío. Chasqueó la lengua.

«Macho, será mejor que te metas en la cama de una vez e intentes dormir, que si no...».

El timbre del teléfono lo sacó de golpe de sus cavilaciones. El sobresalto que se llevó hizo que el corazón se saltara un latido para después estrujárselo como con un puño de hierro.

Se dirigió hacia el aparato en dos zancadas al tiempo que oía a su abuelo gritar desde la habitación:

—Menudo susto, ¿quién puede ser a estas horas?

—Estoy aquí, abuelo; no te muevas que ya lo cojo yo —respondió justo antes de descolgar—. Diga.

Nada.

—¡Oiga! ¿Quién es?

El silencio le respondió de nuevo desde el otro extremo de la línea.

—Estas no son horas de gastar bromas —gritó al aparato, todavía presa de la angustia que lo había invadido al oírlo sonar.

Cuando ya estaba decidido a colgar, le pareció escuchar un leve balbuceo.

—¿Quién es? —repitió.

—Guillem, soy Cosme. —Al chico le costó reconocer la voz del médico.

—Don Cosme, ¿se encuentra bien? —preguntó, arrepintiéndose de haber hablado con tanta rudeza segundos antes.

—No. —De nuevo silencio en la línea.

—No se mueva, ahora mismo voy.

Colgó el teléfono y se dirigió hacia su habitación para ponerse unos pantalones.

—Es don Cosme. Algo le pasa, voy a ver qué tiene —gritó por encima de su hombro hacia la habitación de su abuelo. Lo oyó mascullar improperios, pero no se entretuvo para saber qué decía y salió por la puerta de la calle en dirección a la casa del médico, que se encontraba a dos manzanas de la suya.

Las persianas estaban cerradas, pero él sabía, como el resto de las habitantes de Petra, que el médico nunca echaba la llave, así que sin pensarlo tiró de ellas y entró en tromba en la casa.

Halló a don Cosme tirado en el suelo y se mortificó preguntándose si habría llegado demasiado tarde.

—¡Don Cosme, don Cosme! —gritó al tiempo que se arrodillaba a su lado.

El médico tenía la cara congestionada; con la mano derecha hecha una garra intentaba sujetarse el pecho por encima del corazón.

—Es un infarto —dijo el anciano, no sin un esfuerzo sobrehumano—. Tienes que llevarme a Son Dureta.

El ayuntamiento tenía una ambulancia, así como un coche fúnebre; varios voluntarios se ocupaban de conducirlos cuando era necesario, y uno de ellos era Guillem.

El chico se levantó del suelo sin decir palabra, colgó el teléfono, que estaba en el suelo, y, tras descolgar de nuevo, marcó el teléfono de casa de su madre. Después de solo un timbrazo, Rosa descolgó.

—Rosa, ¡ven para acá enseguida! —le dijo Guillem casi sin esperar a que la chica tuviera tiempo de decir nada. Ya había supuesto que su abuelo la habría despertado y que era ella quien contestaba—. Trae las llaves de la ambulancia y avisa a Joana, creo que la vamos a necesitar.

Antes de que hubiera colgado oyó a don Cosme hablar.

—No necesito para nada a esa jovencuela, solo necesito que tú conduzcas la ambulancia y me lleves al hospital.

—Don Cosme, no hable, no se mueva —le contestó Guillem que veía el esfuerzo que le había costado al anciano pronunciar esas palabras.

Guillem estaba muy nervioso, no sabía qué podía hacer por el médico. Cuando había conducido

la ambulancia, siempre lo había tenido a él al lado para darle instrucciones, pero estaba claro que en esos momentos no podía hacerlo. A Guillem le pareció que se le iba la vida solo con intentar coger aire; esperaba que su hermana se diera prisa y que trajera con ella a Joana.

Si la situación del médico lo había puesto nervioso, solo de pensar que Joana entraría por la puerta de la calle en unos minutos lo acababa de atacar.

«No puedes pensar en eso ahora. Don Cosme es lo primero, y no tu entrepierna», se dijo.

Cogió una almohada del sofá y se la puso al hombre bajo la cabeza para que estuviera algo más cómodo. Los segundos pasaban como si fueran horas y el chico se sentía inútil, allí arrodillado junto al médico y sin saber qué más podía hacer por él.

Al cabo de lo que le parecieron lustros, la puerta se abrió con estrépito y entraron por ella Joana y Pedro. No vivían lejos, y Guillem supuso que no se habrían entretenido en coger el coche: se notaba por su respiración entrecortada que venían corriendo. Pedro iba en pijama y Joana se había puesto unos vaqueros y una camiseta algo raída; Guillem imaginó que la usaba para dormir. Traía una bolsa un poco más grande que un neceser en una mano.

La chica se arrodilló al lado del anciano. Estaba seria, se la veía concentrada. Le tomó el pulso con la mano derecha al tiempo que con un rápido movimiento de la izquierda abría el pequeño maletín que había portado con ella. De él extrajo un fonendoscopio y empezó a auscultar al médico.

—¿Ha tomado algo para el dolor? —le preguntó, mientras apoyaba la campana del aparato de forma mecánica sobre el pecho del hombre.

—Dos cafinitrinas —contestó él, no sin esfuerzo.

—De acuerdo, voy a darle dos aspirinas infantiles —dijo mientras sacaba un paquetito con medicación de la bolsa.

—¿Aspirina infantil? —refunfuñó el médico.

—Sí. Como seguro que usted ya sabe, es un excelente antiagregante plaquetario y se usa en la fase aguda del infarto, no solo en el tratamiento posterior.

—Los jóvenes pensáis que lo sabéis todo —masculló el médico, con lo que Joana aprovechó para meterle las dos pequeñas pastillas en la boca.

El anciano la miró con mala cara, pero tragó lo que ella le había dado.

Joana sacó del pequeño maletín otro aparato y con él le midió la tensión. En esos momentos entró Rosa corriendo; alargó la mano para entregarle las llaves a Guillem, que se había puesto en pie.

—He ido a buscar la ambulancia, he pensado que sería más rápido si la traía hasta aquí que si tenías que ir a buscarla tú a las cocheras del ayuntamiento.

—¿Tenéis bombona de oxígeno en esa ambulancia? —preguntó Joana sin levantar la vista del enfermo—. Si es así, la necesitamos con urgencia.

Guillem, tras asentir levemente con la cabeza, salió disparado a buscar lo que Joana le había pedido. Antes de atravesar la puerta de la calle tuvo tiempo de oír a don Cosme, que decía:

—¡Es la negra que está sujeta a la pared!

El chico sabía lo que era una bombona de oxígeno, él también las utilizaba a menudo, pero siempre dejaba que el médico diera las instrucciones que creyera precisas, no se las rebatía. Sabía que todavía lo consideraba un chiquillo que necesitaba ser guiado, y por eso no le prestaba atención a que le aleccionara todo el tiempo. Esperaba que Joana también tuviera esa deferencia con don Cosme, aunque luego hiciera lo que ella considerara más adecuado.

«Si no lo hace así, al pobre le dará otro infarto solo de pensar que no se cumple su voluntad»,

pensó.

Cogió la bombona que le habían pedido y la bajó junto con una maleta de plástico en la que había mascarillas, porque sabía que también las necesitarían.

En cuanto entró, Joana se puso en pie y lo ayudó a dejar la bombona en el suelo.

—¿Quién va a conducir la ambulancia? —preguntó al ver que solo estaban ellos en la sala de la casa.

—Yo —contestó Guillem—. La conduzco muchas veces, pero siempre suele acompañarme don Cosme.

—Hoy también lo hará, aunque como enfermo. Trae la camilla, tenemos que darnos prisa en llegar a un hospital. Aparte del oxígeno y un betabloqueante para bajarle la tensión arterial, no podemos darle nada más. La rapidez con que lo llevemos a una clínica donde puedan administrarle medicación endovenosa será lo que lo salve.

Al cabo de pocos minutos lo habían tumbado en la camilla entre los cuatro. Parecía que el hombre respiraba un poco mejor gracias al oxígeno, pero, por la cara que ponía Joana, Guillem pensó que aún no podían cantar victoria.

—¿Cómo lo ves? —le preguntó en voz baja para que él médico no pudiera oírles.

—No tan bien como me gustaría. He hecho cuanto podía por él con los medios de los que disponemos fuera del hospital. Parece que ha mejorado levemente, pero no estaré tranquila hasta que lo haya dejado en las manos adecuadas.

Entre Guillem y Pedro metieron la camilla en la ambulancia. Joana entró y se sentó al lado del médico enfermo. El vehículo era bajo y alargado, como un coche fúnebre, no era posible ponerse en pie en su interior. La médica encontró un pequeño asiento desde donde podía seguir controlando a don Cosme y se sentó en él.

—No hace falta que vengas con nosotros —Guillem oyó que le decía el médico a Joana con voz fatigada.

—No podría quedarme aquí y saber que usted va solo en la ambulancia en este estado. No se preocupe, he pasado muchas noches en vela junto a mis enfermos, no será la primera vez ni la última.

El hombre agitó una mano con dificultad.

—Haz lo que quieras, pero si ha llegado mi hora, de nada servirá que estés ahí sentada de cualquier manera.

—¿Usted se hubiese quedado si se hubiese encontrado en mi misma situación?

Él negó muy despacio.

—Pues entonces descanse, no hable más y deje que yo me ocupe de todo durante el traslado. Si lo que yo hago es lo mismo que usted hubiera hecho, no debo estar tan equivocada, ¿no cree?

Mientras cerraba la puerta trasera de la ambulancia, Guillem no oyó que el médico contestara a Joana. Lo había visto muy pálido, aunque le parecía que la capa de sudor que recubría su cuerpo cuando él había llegado a su casa había desaparecido.

—¿Todo bien ahí atrás? —preguntó en cuanto se hubo sentado tras el volante.

—Sí, sin problema.

—No tardaremos nada en llegar. A estas horas hay poco tráfico y estaremos en el hospital en un santiamén.

Llegaron al Hospital Son Dureta en menos de una hora. Rosa, o Pedro, ya habían llamado diciendo que la ambulancia se dirigía hacia allí, por lo que los estaban esperando y entraron con rapidez a la zona de boxes. Una vez que don Cosme estuvo en una de las camillas de la sala de

urgencias, Guillem se dirigió hacia la ambulancia para dejarla en orden y esperar a Joana.

Guillem rememoró el instante en que ella había entrado en casa del médico. Su seguridad y su serenidad le habían transmitido tranquilidad de inmediato, aportándole una paz que creía perdida por completo.

Ella se había desenvuelto de maravilla con don Cosme y lo había tratado con profesionalidad, al tiempo que con deferencia. Guillem se sentía agradecido por eso; aunque el viejo médico fuera un cascarrabias, él lo quería mucho. Siendo como era tan amigo de su abuelo, había crecido viéndolos juntos todos los días; además de que era él quien lo había curado cuando había estado enfermo. Lo había admirado tanto que a punto estuvo de estudiar Medicina en lugar de Veterinaria. Solo la adoración que sentía por su padre y su abuelo, y los recuerdos que atesoraba de haberlos acompañado arriba y abajo para cuidar de los animales de sus vecinos, lo había hecho cambiar de idea.

\*\*\*

Ya casi amanecía cuando Joana salió por la puerta que daba acceso a urgencias. Guillem la contempló a su antojo; tenía un caminar dinámico que hacía que la cola de caballo que llevaba oscilara hacia los lados. La vista de Guillem bajó por su cuello, fino pero fuerte, y siguió descendiendo hacia los pechos plenos, que recordaba a la perfección. Sus ojos se abrieron como platos y sintió un tirón en la entrepierna. La coleta de Joana no era lo único que oscilaba de forma vigorosa. Por lo visto, con las prisas, no había tenido tiempo de ponerse sujetador, y la camiseta que llevaba se lo dejaba claro a Guillem, quien, por mucho que lo intentó, ya no pudo desviar la mirada de los senos de Joana hasta que ella entró en el coche.

—¿Cómo está? —preguntó, intentando evitar los pensamientos que lo acuciaban.

—Sobrevivirá. Pero han tenido que llevárselo a la UCI. Deberíamos ir a descansar un rato, me gustaría volver para ver cómo evoluciona.

—Muchas gracias por haberlo tratado tan bien.

—¿Qué te hace pensar que podía hacerlo de otra manera?

—Él no ha sido tan amable contigo...

—No se encontraba bien, es normal. Un infarto duele muchísimo, no creo que yo hubiese sido más educada. Además, no es el primer anciano con el que trato.

Se la veía cansada, pero, aun así, le estaba dedicando su preciosa sonrisa, y Guillem no pudo dejar de mirarla durante un buen rato. ¿Qué era aquello que veía en sus ojos?, ¿deseo? Desvió la vista. Puso la ambulancia en marcha y, antes de salir del aparcamiento, se volvió hacia ella, que lo seguía mirando con intensidad.

Notó que su corazón palpitaba, se sentía nervioso como un chiquillo y sabía con certeza que esa mujer le volvería loco de una manera que ni se atrevía a sospechar.

## Capítulo 20

Guillem estaba agotado cuando llegaron al pueblo; llevaba varias noches sin dormir de forma adecuada y la falta de sueño le empezaba a pasar factura.

Enfiló la calle de Joana y ya desde lejos pudo distinguir a su abuelo y los dos integrantes que quedaban de la cuadrilla. Los pobres debían de estar preocupadísimos, se dijo, pero no le hacía ninguna gracia encontrarlos allí; tenía otros planes. Quería quedarse un rato más con Joana y ver si podían «descansar» juntos.

Joana bajó del coche y, con una sonrisa radiante, los encaró.

—Tranquilos, señores, don Cosme saldrá de esta.

—¡Gracias a Dios! —apostilló el cura.

—Y al buen hacer de Joana —contestó Guillem, que en esos momentos cerraba la puerta de la ambulancia.

—No dudo que Joana sea una buena médica, pero si Cosme sigue vivo es solo porque Dios Nuestro Señor ha considerado que aún no era su hora.

Guillem iba a contestar de nuevo cuando se dio cuenta de que su abuelo le hacía señas para que se callara.

—¿Cómo está? —preguntó el notario—. No nos mientas, Joaneta, sabremos aceptar las malas noticias con estoicismo.

—De verdad, está bien. Va a tener que quedarse varios días en la UCI para que puedan tenerlo mejor controlado, pero después pasará a planta y podrán ir todos a visitarlo. Creo que aún le quedan muchos más años de darnos la vara.

—Pedro dijo que habías sido una flecha. Que Cosme obedeció a la primera y sin rechistar todo lo que le ordenaste y que nunca lo había visto someterse a la voluntad de nadie como hizo contigo.

Joana rio.

—No será para tanto. Él sabía que lo que yo le pedía que hiciera era lo adecuado y por eso obedecía, por nada más.

—No le has dado ninguna oportunidad. Lo has tratado con mano dura y, a la vez, dulce. Al hombre se le caía la baba por ti, ¡a pesar de estar fatal! —dijo Guillem mientras los ancianos cabeceaban con interés.

Joana abrió la gran puerta de madera de su casa y, aunque no los invitó, todos la siguieron al interior.

—¿Alguien quiere un café? —preguntó.

Guillem notó que estaba algo tensa, pero lo achacó al cansancio y a la intromisión en su casa.

—Sí.

—Muchas gracias, querida.

—Un café nos iría muy bien a todos —afirmó don Miquel, frotándose las manos.

—Abuelo, tú no puedes beber café. ¿Quieres ser el próximo en visitar el hospital?

—Vamos, Guillem, no me marques tanto, que portarse mal a escondidas es lo mejor que hay.

—Pero si yo estoy aquí, no es a escondidas.

—Pero ni tú ni yo le vamos a decir nada a tu madre, con lo cual, será un secreto.

Joana ya había entrado en la cocina y Guillem la siguió para echarle una mano.

—No tenías que haberlos dejado entrar.

Joana elevó las cejas.

—¿En serio? Pues no sé cómo habría podido impedirlo.

—Con estos hay que ir con mano de hierro. Si ellos son caraduras, tú tienes que serlo más.

Joana le sonrió de medio lado, pícara, mientras ponía un filtro a la cafetera y le echaba café.

Guillem se rio.

—Bueno, quizás si les das de ese café, no volverán a colarse nunca en tu casa.

—¿De cuál?

—De ese aguachirri que estás preparando.

—La cafetera es nueva, pero hace un café buenísimo. ¿Qué problema hay?

—Pues que eso —dijo señalando el brebaje que estaba preparando Joana en la cafetera de goteo—, por aquí, solo lo beben los extranjeros.

—Es el café que yo preparo; si no les gusta, pueden acercarse al bar de la plaza. Ese expreso que prepara Jaume no hay quién se lo beba.

Guillem rio de nuevo y alargó la mano hacia la cafetera italiana que estaba sobre la estantería, detrás de Joana. Ella no se apartó y Guillem pudo oler su perfume, mezclado con el olor de la noche pasada en vela. Paseó la nariz por su cuello y la cogió por las caderas acercándola a él. Notó cómo Joana se estremecía y volvió a rozarle la piel mientras aspiraba su olor.

Oyeron unos pasos que se acercaban a la puerta y se separaron rápido, no sin echarse una mirada que dejaba claras las intenciones de ambos de acabar lo que acababan de empezar.

—¿Necesitáis ayuda, chicos? —preguntó el cura entrando en la cocina.

—No, no se preocupe, ahora mismo saco esto. ¿Por qué no se acomodan ustedes en los sofás de la sala?

—Gabriel —oyeron que llamaba el notario desde la entrada—. Deja que los jóvenes preparen el café y no los molestes, hombre. Que eres como el perro del hortelano que, ni come, ni deja comer...

El cura gruñó varios improperios, pero no salió de la cocina hasta que no lo hicieron también ellos. A Guillem eso le hizo gracia, conocía bien al cura y sabía lo anticuado que era; en cambio a Joana se la veía un poco molesta a tenor de los golpes que daba con las tacitas y las cucharitas sobre la bandeja que estaba preparando.

En la sala, el notario se había sentado en una de las butacas y la silla de su abuelo estaba encarada hacia la mesa camilla. Se había colocado los faldones sobre las piernas, como solía hacer en su casa.

—Te vas a encargar de la consulta —aseveró el notario, y Guillem pensó que ese hombre siempre era muy directo, nada de paños calientes.

—Don Cosme me lo ha pedido —contestó Joana con cautela. Guillem notó cómo el aire se expandía en la habitación; los tres ancianos habían estado conteniendo la respiración—. Pero le he dicho que no puedo. Estoy esperando que me llamen desde Nueva York para reincorporarme a mi trabajo. No voy a quedarme mucho tiempo en el pueblo, quince días quizás, a lo sumo, tres

semanas.

Mientras a Guillem se le escapaba sin poder evitarlo todo el aire de los pulmones, los ancianos se pusieron a hablar a la vez, como era su costumbre.

—¿Cómo que quince días?

—El testamento habla de cinco meses, no de quince días.

—¿Quince días? Si con eso no tenemos ni para empezar...

Las palabras se atropellaban y los hombres, medio incorporados, interpelaban a la pobre chica que, de todas formas, no cambió su expresión ni lo más mínimo.

Levantó las manos para hacerlos callar y dijo:

—Es cierto que no he sido del todo franca con ustedes. Tampoco es que pretendiera engañarlos, nada más lejos de mi intención después de cómo se han portado todos conmigo. Pero desde el principio sabía que no podía quedarme tanto tiempo. Solo vine para pasar una temporada y recuperar una parte de mi pasado. Y, ya que me estoy sincerando, también porque necesitaba un descanso de mi vida en Nueva York.

A Guillem no le gustó nada esa confesión. Mucho menos que a cualquiera de los tres octogenarios que miraban a Joana decepcionados.

«Ya me parecía a mí que aquí había gato encerrado —se dijo—, ¿Por qué querría una neoyorkina instalarse en Petra?»

—Vamos a ver. —El notario se impuso a la algarabía que se estaba formando de nuevo—. Ahora vamos a arreglar lo más urgente y ya nos ocuparemos de lo demás llegado el caso. Cosme te ha pedido que te encargues de su consulta, ¿no es cierto?

—Sí, así es, pero ya le he dicho...

—¡Chis! —la interrumpió—. Pues haznos el favor y quédate hasta que encontremos a alguien que sí pueda y quiera hacerse cargo de sus pacientes. No pretenderás que el pueblo esté sin médico hasta que eso suceda, ¿no?

—Ya veo lo que quiere decirme, don Jeroni, pero tiene que entender que en cualquier momento pueden reclamarme desde mi hospital...

—Te entiendo, te entiendo, hija, más de lo que crees. Pero pienso que eres tú quien debería intentar ponerse en nuestro lugar. Dame al menos unos días; lo hablaré con el alcalde, que es sobrino mío. Abre hoy la consulta de Cosme y mañana ya veremos qué pasa.

Joana resopló. Guillem vio cómo cedía ante la presión del notario y supo que se ocuparía de los enfermos del pueblo. Una luz de esperanza se abrió paso en su mente.

—¡Está bien! Me haré cargo de los pacientes de don Cosme hasta que encuentren a otro médico.

Los ancianos empezaron a darle las gracias con efusividad.

—Pero...pero... —Levantó las manos para que se callaran—. En cuanto me llamen de Nueva York, me iré. Hayáis o no hayáis encontrado a alguien para sustituirme.

Guillem se quedó a cuadros. ¡Después de todo pensaba irse! Y entonces, lo de la cocina, ¿qué había sido? Le gustaba a Joana, eso podía verlo. Minutos antes la había sentido bien dispuesta a seguir con lo que habían tenido en Madrid... Tenía que alejarse de Joana cuanto antes, decidió, sin perder tiempo. Si después de pasar con ella menos de veinticuatro horas ya sentía que se estaba quedando colgado por ella, ¿qué pasaría si seguía a su lado? Se levantó del reposabrazos en el que se había sentado y empezó a despedirse.

—Tengo que devolver la ambulancia a las cocheras del ayuntamiento. Y hace tres días que tengo mi consulta cerrada. Es hora de que me vaya.

La mirada de extrañeza que le echó Joana hizo tambalear su decisión; parecía que le

recriminase que cambiara de opinión con tanta rapidez; al fin y al cabo, no había pasado ni un cuarto de hora desde su acercamiento en la cocina. Pero él tenía claro que era lo mejor para su pobre corazón. No podía quedarse a tontear con ella, porque eso solo haría que se sintiera atraído por ella más de lo que ya lo hacía, y no quería, no podía ver cómo, de nuevo, la persona que amaba dejaba el pueblo para no regresar a él.

«Tienes que hacer lo que ya habíamos decidido, chaval —se interpeló—. Nada de acercarte a ella. Huye, huye como de la peste y olvídale antes de que se cuele por algún resquicio de esa coraza que creías llevar».

## Capítulo 21

Al día siguiente, a las ocho y media de la mañana, el notario acudió a buscar a Joana a su casa para acompañarla hasta la consulta de don Cosme. No estaba lejos, por lo que fueron andando.

—Cosme tenía una ayudante, una chica a la que él mismo enseñó a poner inyecciones y a hacer algunas curas, pero hace dos o tres años que empezó a perder la cabeza y tuvo que prescindir de ella.

—¿Perder la cabeza?

—Sí, demencia, pobrecita. ¡Tan joven!

—¿Demencia de qué tipo?

—Senil, supongo.

Joana miró al notario extrañada.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Quién, yo?

«Ya verás como la ayudante de don Cosme no va a ser la única con demencia», se dijo mientras hacía un esfuerzo por armarse de paciencia.

—Usted no, don Jeroni, la chica de la que hablamos. ¡La que ayudaba a don Cosme!

—¡Ah! Antonia. Pues tendrá unos setenta y ocho más o menos.

—Pero ¿no ha dicho usted que era una chica?

—Para mí lo es. Le llevo un porrón de años.

—A ver, don Jeroni. —Joana se quedó inmóvil, incapaz de dar un paso más ante la magnitud de la confesión del notario—. Usted y los de la cuadrilla, ¿cuántos años tienen?

—Pues Cosme y yo nacimos en el año seis y Gabriel y Miquel son del siete, así que, cuenta.

Joana, que seguía plantada en el sitio, no podía creerse lo que acababa de oír.

—¿Está diciéndome que don Cosme y usted tienen ochenta y seis años y siguen ejerciendo, los dos?

—Claro, ¿por qué no deberíamos hacerlo si nos sentimos igual de bien que cuando teníamos sesenta y nos encanta lo que hacemos?

Joana no podía salir de su asombro. ¿De qué estaban hechos esos hombres? Ella estaba completamente segura de que cuando tuviera su edad estaría para el arrastre. Con toda probabilidad ni siquiera llegaría a los ochenta y seis con la calidad de vida de la que gozaban los integrantes de la cuadrilla.

—Vamos, chiquilla, no te quedes atrás —la apremió el notario—. Vamos a llegar tarde y nos encontraremos con un montón de gente esperando en la puerta.

Joana movió la cabeza, todavía incapaz de asimilar lo que le acababa de decir don Jeroni y lo siguió sin rechistar.

No había nadie esperando cuando llegaron al edificio que hacía las veces de consultorio médico. Era una construcción cuadrada, con la fachada blanca y la puerta y las ventanas de cristal opaco. Solo una pequeña placa con el nombre y los apellidos del médico indicaba a quién pertenecía aquel espacio que, por otra parte y gracias a su aspecto, no dejaba lugar a dudas.

Don Jeroni abrió la puerta y Joana entró tras él. Las paredes estaban encaladas de blanco y, pegadas a ellas, media docena de sillas permanecían a la espera de ser ocupadas por los pacientes de la mañana.

—Cosme abre dos horas por la mañana y otras dos por la tarde, es tiempo más que suficiente, pero tú puedes poner el horario que quieras, nadie te dirá nada.

—No, no. El horario me parece bien, pero ¿qué sucede con las urgencias?

—¡Uy! El pueblo es pequeño, quien más quien menos sabe dónde está el médico. Si hay una urgencia siempre lo localizan; lo mismo harán contigo, no te preocupes.

«Esto sí que es una guardia continua y no lo que tenía en el NYPH», se dijo Joana con cinismo.

—Encima de aquella mesa hay un dietario donde la gente que quiere que la visiten en su casa se va apuntando. —El notario señaló un escritorio completamente blanco con un libro enorme sobre él, junto a un teléfono y un bote con varios lápices y bolígrafos—. Antes se ocupaba de eso Antonia, pero cuando se jubiló, el zoquete de Cosme no quiso contratar a nadie más, así que la gente tiene que venir, o mandar a alguien, y apuntarse en el libracó para que Cosme los visite en su casa. No obstante, he pensado que, ya que tú no conoces a la gente del pueblo como lo hace Cosme, y ya que no estás familiarizada con nuestras manías, sería conveniente que buscásemos a alguien que pudiera echarte una mano. ¿No crees?

Mientras el notario hablaba, Joana entró en una sala que pensó que debía de ser la consulta propiamente dicha. Había una mesa, una camilla, y en la pared colgaba un título de medicina enmarcado a nombre de don Cosme. La estancia tenía ese olor característico a alcohol que ella siempre asociaba a la pequeña consulta que su padre había tenido en su casa; le traía tantos recuerdos de la infancia que notó cómo los ojos se le llenaban de unas lágrimas que se negó a derramar.

La chica echó un vistazo al instrumental que tenía a su disposición. Había varias cajas de metal con todo lo necesario para poner puntos de sutura, un aparato para mirar la tensión con escala de mercurio, una vitrina repleta de muestras de medicamentos, y un armario que, al abrirlo, reveló varios estantes llenos de tallas de tela para colocar sobre la camilla, y toallas... Aunque no era demasiado, todo estaba pulcramente ordenado y limpio.

—¿Has oído lo que te decía? —El notario había ido tras ella y había continuado hablándole, aunque Joana había dejado de prestarle atención hacía ya unos minutos.

Asintió sin estar segura de a qué estaba diciendo que sí. Estaba embelesada con aquella rudimentaria consulta. Representaba todo un reto para ella trabajar con material tan básico, acostumbrada como estaba a todos los adelantos técnicos del NYPH; nunca había podido resistirse a los retos, sobre todo si venían envueltos de manera tan primorosa.

Oyeron que alguien carraspeaba en la sala de espera y se dirigieron ambos hacia allí.

Un hombre, de unos setenta años, se sujetaba un dedo de la mano izquierda con la mano derecha.

—Vengo a ver a don Cosme —dijo receloso cuando vio al notario y a Joana salir de la consulta.

—Cosme está enfermo, Lluís, pero te atenderá Joana. Estará aquí una temporadita, para ocuparse de los enfermos...

—¿Quién, esta cría? Ya me habían dicho que la hija de Llorenç estaba por aquí, pero yo creía que era más mayor. Además, ¿qué sabrán en América de sacar anzuelos? Iré a ver a Guillem, seguro que él sabrá mejor cómo quitarme a este cabrón...

Joana se adelantó y cogió la mano del tal Lluís con decisión para ver de qué estaba hablando. Tenía un anzuelo del tamaño de una moneda grande clavado en un dedo.

—Creía que esto era para pescar peces, no a hombres desconfiados —le dijo con cierto retintín—. Venga, pase usted a la consulta, que me está dejando el suelo de la sala de espera perdido, y por lo que veo, encima me tocará fregar a mí.

Don Jeroni soltó una risa estentórea y se dirigió hacia la calle.

—Creo que te las arreglarás muy bien, aunque no tengas a nadie en esa mesa para encarrilar a la gente del pueblo. ¡Me gusta tu estilo, Joana, me encanta! —Dicho esto, salió y cerró tras de sí.

El tal Lluís se dirigió al interior de la consulta con algo de reticencia.

—¿Seguro que sabes lo que hay que hacer?

—Por supuesto —contestó ella cogiendo uno de los bisturís que había visto antes en una alacena y enseñándoselo—. Cortamos el dedo desde la segunda falange y listo...

Lluís se apretó el dedo con más fuerza y se alejó dos pasos de ella. Joana se echó a reír.

—Claro que sé lo que hay que hacer. En Nueva York también hay pescadores de caña, ¿sabe? No será el primer anzuelo que saque en mi vida, aunque quizás sí el más grande.

El hombre sonrió apenas. A Joana le pareció que se lo acababa de ganar, aunque no estaba segura del todo. Le señaló la camilla para que se sentara y él obedeció.

Fue abriendo cajones hasta que dio con unas enormes tenazas; siguió buscando y encontró todo lo necesario para realizar la cura. Lo colocó en una mesa auxiliar y se sentó ante Lluís en un taburete con ruedas.

—¿Prefiere tumbarse o sentado estará bien?

—Creo que me quedará sentado.

—Bien, apoye la mano sobre la mesa.

Joana miró el dedo desde distintos ángulos. Después le limpió bien la zona y le puso anestesia. Con las tenazas, y con mucha delicadeza, cortó la parte trasera del anzuelo, en la que todavía quedaba un trocito de sedal.

—Yo sé qué tengo que hacer para quitármelo. No es el primer anzuelo que me clavo ni será el último, pero me da mucho repelús. Siempre he preferido que lo hiciera don Cosme, pero a partir de ahora no querré que me los saque nadie más que tú. Ni me estoy enterando; el médico es mucho más bruto. —Después de un rato de silencio, prosiguió—: Todo el pueblo hablaba de lo buen médico que era tu padre, que por eso estaba en América y no aquí, pero tú tienes unas manos maravillosas. Eso es lo que pienso decirle a todo el que me pregunte.

Joana sonrió sin levantar la cabeza para que Lluís no la viera hacerlo. No era que no la hubieran halagado con anterioridad, pero intuía que en pocas horas la mitad del pueblo sabría de sus «manos maravillosas», y eso sí que era algo a lo que nunca había tenido que enfrentarse.

\*\*\*

La mañana prosiguió entre paciente y paciente. Las dos horas se habían convertido casi en cuatro cuando entró la última mujer que esperaba en la sala adyacente.

—Buenas, doctora —le dijo nada más entrar—. Hace unas semanas que me pica la naturaleza.

Joana la miró de hito en hito.

—¿La naturaleza?

—Sí, la naturaleza —le espetó en tono seco—, la naturaleza.

—La naturaleza —afirmó Joana sin tener ni idea de lo que estaba hablando la buena mujer. En esos momentos alguien tocó a la puerta de la consulta con insistencia. «Salvada por la campana», pensó—. Disculpe, vuelvo enseguida —le dijo a la paciente, que seguía de pie, mientras se dirigía a abrir.

En la sala de espera se encontró con Rosa, que aferraba a Bárbara por los hombros. La niña estaba llorosa y con un brazo acunaba el otro cerca del pecho. Joana salió para atenderlas allí mismo.

—Me he caído cuando salía del cole —se lamentó entre lágrimas.

—Claro, como estos niños solo saben jugar a darse empujones y a hacer el bruto... —contestó Rosa con sequedad.

—Ahora no la riñas por eso, que bastante tiene la pobre —intervino Joana. Se agachó y cogió con delicadeza el brazo que Bárbara protegía con tanto ahínco. Apenas lo tocó y vio la expresión de dolor en la carita de la niña, supo qué sucedía—. Creo que está roto. Tendremos que ir al hospital para que le hagan una radiografía, pero apostarí que tiene una rotura en tallo verde.

—¿Eso qué quiere decir? —Bárbara parecía asustada.

—Nada, que tendrán que ponerte una escayola y que no podrás mojártelo en varias semanas, pero dejará de dolerte enseguida.

—¿No tendré que ducharme y me lo podrán firmar? —La sonrisa que apareció en la carita llena de lágrimas enterneció a Joana.

—Te lo podrá firmar quien tú quieras; lo de ducharte creo que no es negociable. Te tendrás que poner una bolsa para protegerlo y listo.

—Vámonos para Palma, entonces —resopló Rosa.

—Esperadme, solamente me queda un paciente, puedo acompañaros.

—¡Qué va! No es necesario. Además, mi abuelo me ha pedido que lo apunte para que lo visites en casa. ¿Estás aquí desde las nueve?

—Sí, no ha parado de venir gente.

—Tienes que poner un poco de orden —se rio Rosa—. Don Cosme echa a todo el mundo, con cajas destempladas, a las once en punto. Y no vuelve a abrir hasta las cinco. Me parece que la gente se ha aprovechado de ti en tu primer día.

Joana no sabía si sentirse ofendida o echarse a reír como hacía Rosa.

—Lo sabré para la próxima.

Rosa se acercó a la agenda que había sobre la mesa y le echó un vistazo.

—Por lo menos no tienes que ir a visitar a nadie a su casa, aparte de a mi abuelo.

Su amiga se dirigió hacia la puerta, desde donde ya la apremiaba Bárbara.

—Espera. —De repente Joana se acordó de algo—. ¿Dónde, si puede saberse, tenemos la «naturaleza»? Una mujer me ha dicho que le pica.

Rosa se echó a reír de nuevo.

—¿Y no te ha dicho que le picaban los bajos?

—¿Los bajos? ¿A qué te refieres? ¿A los pies?

La risotada de Rosa resonó en toda la sala de estar.

—¡Sí, sobre todo a los pies! —dijo cuando ya se estaba secando las lágrimas—. Se refiere a la vagina o a la zona perineal.

—¿En serio? ¿«Naturaleza»? ¿Por qué?

—Ni idea, pero muchas mujeres mayores lo llaman así.

Joana negó con la cabeza y fue hacia la consulta.

«Y yo que pensaba que ya dominaba la lengua de mi padre... No me queda nada...», se dijo.

\*\*\*

Un cuarto de hora más tarde, Joana cerraba el consultorio y se dirigía hacia la casa del veterinario. Se ilusionó al pensar que quizás se encontraría allí con Guillem. No tenía idea de por qué le emocionaba la perspectiva, pero sentía una especie de encogimiento en el estómago solo de pensar en la posibilidad de encontrarse con él de nuevo. Le encantaba ese hombre y, cada vez que se acordaba de todo lo que habían hecho en Madrid, le apetecía repetir.

Desde que habían vuelto de Palma, el día que don Cosme había sufrido el infarto, apenas había coincidido con él. Le parecía que Guillem la evitaba, pero no entendía por qué. Ella siempre había creído que ningún hombre se negaba a tener una aventura si se la ponían en bandeja. Porque eso era lo único que podía tener con él, una aventura, sexo saludable o como quisiera llamarlo. Nada más. Ella iba a regresar a Nueva York de un momento a otro. Por muy bien que se sintiera en el pueblo, aunque hubiera hecho amigos nada más llegar, o por mucho que le hubiera gustado meterse en la cama de nuevo con Guillem, esas no eran razones suficientes como para dejar de lado el sueño de su vida.

No, Patrick no tardaría demasiado en llamarla diciéndole que los de la junta la reclamaban en el hospital y ella tendría que partir, dejar todo eso atrás, seguir con su vida en Nueva York. Pero no le impedía pasar sus buenos momentos junto a Guillem mientras siguiera en Petra. Tenía que hacérselo entender de alguna manera. Sabía que él iba a colaborar, lo único que necesitaba era que comprendiera...

Tan ensimismada iba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que ya había llegado a la casa del veterinario hasta que estuvo justo enfrente de la entrada. Cogió aire con fuerza y se dispuso a tocar al timbre. Antes de poder hacerlo, la vidriera de la entrada se abrió y don Miquel la invitó a pasar.

—Rosa y la niña ya se han ido hacia Palma. Menos mal que han hablado contigo; esa cabezota de mi nieta se empeñaba en decir que Bárbara no tenía nada en el brazo porque podía pasarlo por encima de la cabeza. Pasa, pasa, no te quedes ahí afuera.

—Gracias. Venía a verlo a usted. Me ha dicho Rosa que necesitaba de mis servicios.

—¿Yo? —Se señaló el pecho, mientras iba avanzando con la silla de ruedas hacia la sala de estar.

—Sí, ¿no le ha dicho que quería que viniera a visitarlo?

—Claro, pero para hablar un ratito, no porque necesitara nada del médico.

Joana cabeceó asintiendo.

—¿Y de qué quiere hablar conmigo, don Miquel?

—De lo que sea; Cosme viene todos los días a pasar un rato aquí y charlar después de la consulta de la mañana, y pensaba que tú podrías hacer lo mismo.

La carcajada de Joana retumbó por toda la casa en el mismo momento que la puerta de entrada se abría.

—¿Abuelo? —La voz de Guillem se oyó claramente desde donde ellos estaban, y el corazón de

Joana pareció necesitar unos segundos de más para dar el siguiente latido.

—Ven, hijo, estamos en la salita.

Guillem asomó la cabeza, cauteloso, después lo siguió el resto del cuerpo. Joana lo miró de arriba a abajo sin perder detalle y se relamió por dentro. Él evitó mirarla a la cara, parecía incómodo. ¿Por qué solo con verlo se ponía cardíaca si él apenas le prestaba atención?

—Joana ha venido a verme —dijo don Miquel, ante lo cual la chica alzó las cejas—. Pensaba invitarla a comer. ¿Te parece bien?

—Puedes hacer lo que quieras, abuelo, estás en tu casa. Y seguro que a mi madre no le importa en absoluto. Yo no voy a poder quedarme; tengo un montón de trabajo atrasado y me he comido un bocadillo para no tener que parar a mediodía.

La cara que puso don Miquel le reveló a Joana que ella no era la única que creía que Guillem se acababa de inventar lo del bocadillo sobre la marcha.

—Ah, pues entonces nada, ve y cumple con tus obligaciones, ya disfrutaré yo de la compañía de Joana y de tu madre. Me basto y me sobro para entretener a dos mujeres de bandera como ellas.

Joana vio cómo Guillem se pinzaba la nariz con los dedos índice y pulgar al tiempo que negaba con la cabeza, y sonrió. Se notaba que quería estrangular a su abuelo, pero que se abstenía incluso de hacer comentario alguno.

—Vete, vete. ¿Qué haces ahí como un pasmarote? El trabajo no va a hacerse solo. Ah, y de paso, avisa a tu madre de que Joana se quedará a comer con nosotros, ¿quieres?

Guillem se despidió con la mano, sin pronunciar palabra, y, en cuanto salió, a Joana le pareció que iba renegando y echando pestes contra su abuelo.

## Capítulo 22

Al cabo de unos días, Joana se dirigía hacia el pub después de haber comido en casa de Bel, inmersa en sus pensamientos. Desde que había accedido a hacerse cargo de la consulta de don Cosme no había tenido que cocinar ni una sola vez. Continuamente había alguien dispuesto a invitarla a comer o a cenar. Casi siempre era Bel la que conseguía que fuera a su casa, pero también había acudido a casa de don Jeroni, e incluso había cenado con el cura una noche. Se daba cuenta de que el pueblo entero estaba conspirando para que no se marchara y no sabía si eso le hacía gracia, le daba pena o la cabreaba.

Seguía sin tener noticias de Guillem, y eso que se había acercado a su casa en dos ocasiones más, una para visitar a su abuelo de nuevo, como este le había pedido que hiciera, y otra para ver cómo seguía Bárbara; esa no había sido más que una excusa para hacerse la encontradiza, pero el chico no había estado en casa ninguna de las dos veces. Parecía que las obligaciones de ambos los tenían secuestrados o que trabajaban en diferentes horarios, cosa que le hubiera parecido de lo más normal en su anterior vida; pero en Petra, siempre veía a la misma gente, o al menos casi a la misma, ¿por qué no coincidía con él, entonces?

Esa pregunta rondaba su cabeza cuando abrió la puerta del pub. En la mesa del fondo del bar de Jaume, como siempre, estaban sentados sus amigos. Pedro se había adelantado a ella después de comer, y en esos momentos se encontraba muy pegado a Rosa diciéndole algo al oído. Joana intuía que entre esos dos había algo, pero no entendía por qué no era de dominio público. Los demás hacían como que no se daban cuenta, pero Joana sospechaba que estaban tan al corriente como ella de esa relación. Se encogió de hombros, diciéndose una vez más que no era asunto suyo, y se encaminó hacia ellos.

—Hola, chicos.

—Hola, doctora

—No me llaméis así, por favor. Solo falta que empecéis a tratarme todos de usted, como hace la gente que viene a la consulta.

Jaume se acercaba con su café americano. Ya no hacía falta ni que se lo pidiera; él se lo preparaba cada día, nada más verla entrar por la puerta.

—Son cosas de pueblo, ya te acostumbrarás —le dijo—. El médico, el farmacéutico, el cura, el cabo de la guardia civil... No te queda más remedio que aceptar que tú ahora perteneces a los poderes fácticos de Petra.

Joana cogió la taza que le ofrecía y no dijo nada.

—¿Qué tal con los pacientes? —preguntó Polita.

—Bien. La mayoría tiende a explicarme lo que les daba don Cosme para sus dolencias cuando iban a verlo, y se extrañan cuando les receto algo distinto, pero de momento solo uno se ha negado

a que lo atendiera yo. Dijo que él no pensaba enseñarle sus partes a una mujer, que hasta ahí habíamos llegado.

—¡Parrito! —exclamaron todos a la vez mientras rompían en carcajadas.

—No te lo tomes como algo personal —le dijo Rosa con dulzura—. Ese hombre es muy de campo, y además le falta un agua de abril.

—Pero pensar eso es un poco tercermundista, ¿no os parece?

—Parrito no debe de diferenciarse mucho de otras personas alrededor del mundo, esas que siguen viviendo en el siglo XIX, cerrados a todo lo que provenga del exterior o que sea parecido al progreso. No creo que haya salido del pueblo en la vida, ni siquiera creo que haya visto el mar.

Joana miró a Pepo, que era quien había hablado, con cara de alucinada.

—Si el mar está a menos de veinte kilómetros. ¿Qué me estás diciendo, que no se ha alejado ni esa distancia del pueblo?

—Ni menos —contestó Polita—. Si me dijeran que no ha llegado más allá del campo de fútbol, me lo creería. Es la excepción, pero no creas que no encontrarías a otros parecidos a él en otros pueblos. Quizás en los de costa no tanto, porque están influidos por los turistas que llegan todos los años, pero los de interior...

—No le digáis eso a la chica, que va a creer que somos todos unos paletos —intervino Jaume.

En ese momento la puerta del pub se abrió de nuevo y entró Guillem. En cuanto los vio los saludó, pero se quedó parado en la entrada, como si no se atreviera a acercarse. Joana no pudo dejar de notar cómo Pedro se separaba de Rosa y cómo los demás disimulaban. Finalmente, Guillem se pasó la mano por el pelo, resopló y se aproximó a ellos.

—Esta tarde tengo que ir a Palma a por algunas cosas, ¿alguien necesita que le traiga algo de la ciudad?

—Pues podrías acercarte a recoger las entradas para el concierto del sábado. Por cierto, Joana, llamé para reservar una para ti también.

—Pero si ya os dije que nunca había oído a ese grupo, ¿cómo se llama?

—Mecano —contestó Guillem con los dientes apretados.

—¡Ese! —¿Era ella o le parecía que a Guillem no le gustaba que fuera a ir al concierto con ellos?—. Me aburriré y seré una carga para vosotros si me aburro.

—¿Qué vas a ser una carga! —Se elevaron las voces de algunos de ellos, pero no la de Guillem, que seguía con cara de haber tragado un vaso entero de aceite de ricino.

—Además, ahora ya está pedida, nos la van a cobrar igual. Tienes que venir y punto —dijo Jaume—. Voy a buscar el dinero.

—Vamos haciendo una hucha: cada semana ponemos algo de pasta para poder ir a los conciertos, o a donde sea que cobren entrada, que nos apetezca sin tener que desembolsarlo de golpe. Es como un bote común —le explicó Rosa.

—Yo debería poner mi parte...

—No seas boba; esta vez invitamos nosotros, ya lo habíamos hablado. A partir de la semana que viene metes tu parte y listo.

—Yo no sé... —empezó a decir, pero se calló, había repetido tantas veces que no pensaba quedarse demasiado tiempo en Petra que le molestaba oírlo hasta a ella misma—. Está bien, la próxima vez que haya que hacer una aportación me lo decís, que yo quiero colaborar.

—Vale, ¿nada más? —preguntó Guillem en cuanto Jaume le entregó el dinero.

—Por mí, no.

—Yo no necesito nada.

Los chicos hablaban atropellándose para darle a entender que podía marcharse.

—Yo... quizás... —Joana había hablado por hablar; en realidad no necesitaba nada que no pudiera adquirir en el pueblo, pero quería pasar un poco más de tiempo con Guillem y en el día a día no había encontrado la fórmula—. Lo que se dice «necesitar», no necesito nada, pero me gustaría visitar Palma.

Guillem volvió a pasarse la mano por el pelo y resoplar.

—Lo siento, Joana, tengo intención de ir y volver sin entretenerme. Hoy no puedo llevarte a hacer turismo. Mejor otro día, ¿de acuerdo? —se lo dijo seguido, sin apenas mirarla.

—Ah... Bueno, no pasa nada... La próxima vez será.

—Si no te has ido antes —oyó que decía Guillem entre dientes, aunque pensó que no lo había escuchado bien. Se quedó mirando cómo se alejaba hacia la puerta entre extrañada y decepcionada, pero no dijo nada.

—Sioux —gritó Rosa cuando él ya estaba llegando a la calle, y se levantó para ir tras él.

—¿Por qué lo llamáis Sioux? —preguntó Joana a nadie en concreto, mirando todavía la puerta por la que habían desaparecido los dos hermanos.

—Fue don Gabriel —contestó Polita—. Lo riñó en catequesis porque nunca se estaba quieto. Le dijo: «Ya está bien de hacer el indio». Y así se quedó, con Sioux.

Los que quedaban en la mesa sonrieron al recordarlo, y Joana sintió, como ya le había pasado en varias ocasiones desde que estaba en el pueblo, una especie de envidia. Pensó que le encantaría pertenecer a un grupo así. Gente que se conocía de toda la vida, que se quería y que sabía lo que pensaban y sentían los demás.

Rosa volvió canturreando, y cuando llegó a la mesa, Polita y Pepo se levantaron anunciando que tenían que irse a trabajar. Pedro no tardó en seguirlos y Jaume atendió a unos chicos jóvenes que entraron en ese momento en el pub.

—¿Tú crees que tu hermano me rehúye? —preguntó de repente Joana, sin pensar demasiado qué preguntaba ni a quién.

—¿Mi hermano? —Joana se dio cuenta de que Rosa había repetido la pregunta solo para poder ganar tiempo para pensar.

—Sí, Guillem, Sioux, tu hermano...

—Ya, sé a quién te refieres, pero no sabría qué contestarte.

Joana carraspeó. ¿De verdad quería mantener esa conversación con Rosa? Si bien era cierto que esa chica era a la que se sentía más unida de todo el grupo, Guillem era su hermano. ¿Por qué tendría que contarle, precisamente a ella, lo que pasaba por la mente de su mellizo? Se arrepentía de haber sacado el tema. Hizo amago de levantarse del banco en el que estaba sentada.

—Joana, espera. —Rosa la retuvo poniéndole una mano sobre el antebrazo—. No creo que Guillem tenga nada en tu contra. Es solo... No sé cómo explicarlo, o mejor dicho, quizás debería ser él quien te lo explicara; pero dejémoslo en que no le gusta la idea de que vayas a irte, que no te quedes a vivir en Petra. —Levantó las cejas, como si las pocas palabras que había pronunciado fueran suficientes.

—Todos sois muy amables conmigo a pesar de que sabéis que pronto me iré. No entiendo por qué a él tiene que molestarle.

En la cara de Rosa se dibujó una sonrisa descarada.

—Eso es precisamente lo que creo que deberías hablar con él.

—¿Cómo? Si te digo que creo que me está evitando. —De repente, una idea se abrió camino en su mente—. ¿Dónde se supone que debería dejarle un aviso si quisiera que visitara a uno de sus

pacientes?

La sonrisa, esta vez cómplice, de Rosa le ocupó toda la cara.

\*\*\*

Joana no solía salir a correr con asiduidad, al menos no cuando estaba en Nueva York; las guardias largas se lo impedían. Pero desde que estaba en Petra había aprovechado casi todos los días para hacerlo. Solía salir sobre las siete, y a las ocho estaba de regreso en su casa. Ese día se encontró con que alguien la esperaba de pie frente a la puerta con un maletín enorme en la mano.

—Buenos días —le dijo mientras estiraba los cuádriceps.

—No sabía que te gustara el *footing* —le dijo Guillem a modo de saludo.

—Desde que estoy en el pueblo salgo a correr casi todos los días. El buen tiempo y estar tan cerca de la naturaleza hacen que me apetezca. ¿Tú no practicas ningún deporte?

—Sí, jugamos al fútbol al menos una vez a la semana, pero correr por correr, no es lo mío.

—Pues deberías probarlo, es muy...estimulante.

Notó cómo Guillem dirigía la mirada al suelo, evitando fijarse en las posturas que ella adoptaba para estirar los músculos.

—¿Qué le pasa a Baltasar? —preguntó—. Mi madre me ha dicho que querías que le echara un vistazo.

—Sí, pasa. —Joana abrió la puerta y le invitó a entrar—. No sé qué le sucede, pero ayer me fijé en que no apoyaba un pie en el suelo.

Guillem frunció el ceño mientras atravesaba la casa y abrió la puerta del patio para dirigirse a la cuadra. Se notaba que no era la primera vez que acudía a ver al burro.

Joana pasó por el baño, no tenía tiempo de arreglarse ni un poco, pero no había esperado que él se presentara tan temprano en su casa. Su plan de seducción se estaba yendo al garete antes incluso de empezar.

Cuando llegó al establo se encontró con Guillem agachado, observando con atención una de las patas delanteras de Baltasar.

—¿Qué pata era la que no apoyaba? No le he visto nada en ninguna. ¿Estás segura de que no lo hacía para descansar? A veces los burros y los caballos levantan las patas alternativamente para aliviar el peso sobre ellas. No siempre se tumban a dormir.

Joana se agachó a su lado, tan cerca de él que sus piernas se rozaban. Lo miró a los ojos y vio cómo las pupilas de Guillem se dilataban. Eso la animó.

—Pues ahora no me acuerdo, pero creo que era una de las traseras.

Guillem soltó con cuidado la pezuña de Baltasar para que el animal volviera a apoyarla en el suelo. Se incorporó despacio, sin perder la conexión que los ojos de ambos habían establecido. A Joana le pareció que su expresión se envaraba levemente.

—Creo que Baltasar está bien, no me parece que le suceda nada. De todas formas, está muy mayor. Si ves que se repite, avísame de nuevo, ¿de acuerdo?

Se desprendió de su mirada y cogió su maletín, dispuesto a marcharse; ni siquiera lo había abierto. Joana, que seguía agachada, se dio un último aviso:

«Este se te escapa. Ponte en pie y haz algo de una puñetera vez».

—¿Por qué me rehúyes? —«Así, a la yugular. Si no lo tenías acojonado, ahora seguro que lo estará», se sermoneó.

Guillem se pasó la mano libre por el pelo, un gesto que ya había observado que hacía cuando estaba agobiado.

—No te rehúyo. Pero es que tengo mucho trabajo. He tenido la consulta cerrada muchos días y las visitas a las granjas se me están acumulando. De todas formas, tú también has estado ocupada con la consulta de don Cosme. ¿No tendrías ya que estar ahí?

Hablaba mirando a un sitio y otro, evitando siempre sus ojos.

—Y lo estaría, pero no esperaba la visita del veterinario tan temprano —contestó con un poco más de sequedad de la que pretendía.

—Pues nada, será mejor que cada uno vuelva a lo suyo. Ya nos veremos en el pub.

En cuanto Guillem salió, Baltasar se puso a rebuznar, reclamando la atención de su nueva dueña. Joana se aferró al cuello del animal y apoyó su frente en la cabeza del burro.

—Joder, si el otro día parecía más que dispuesto. ¿Qué habré hecho mal? ¿Tú lo sabes, Balti? —le preguntó separando un poco la cabeza y mirándolo a sus profundos ojos color chocolate.

El burro movió las orejas, asintió con la cabeza y se puso a rebuznar de nuevo.

—Será lo que tú dices, pero voy a tener que buscarme un intérprete porque no entiendo tus rebuznos, ni su comportamiento.

## Capítulo 23

El sábado del concierto llegó más deprisa de lo que Joana había imaginado. Trabajar en la consulta de don Cosme no tenía nada que ver con el rol que había desempeñado durante los doce últimos años en Nueva York, pero ese cambio de aires le parecía estimulante, a la vez que mucho más agotador de lo que había creído posible.

Al ser la única médica del pueblo, los pacientes la iban a buscar no solo a la consulta, sino también a su casa a cualquier hora del día o de la noche. Si bien era cierto que la dejaban dormir a no ser que se tratase de una verdadera urgencia, había algunos pacientes que no tenían muy claro el concepto de «verdadera urgencia».

El médico seguía ingresado, y ella se había desplazado al menos dos veces al hospital de Palma para visitarlo y seguir de cerca su evolución. Don Cosme la había interrogado en cada ocasión sobre el funcionamiento de su consulta y había insistido en hacerse cargo de ella una vez restablecido.

—Eso ya lo veremos, don Cosme —le había contestado de forma afable—. Don Jeroni está buscando a alguien que pueda sustituirlo en cuanto yo tenga que marcharme.

—No lo entiendo —había dicho él con patente consternación cada una de las veces que habían tratado el tema—. Si esto no ha sido nada. En quince o veinte días estaré repuesto y me podré hacer cargo de todo...

—Bueno, ahora lo que tiene que hacer es restablecerse y, entonces, ya se verá. No quiera usted correr antes que andar, hombre.

Sonreía al recordarlo, mientras se arreglaba para ir, primero a cenar, y después al concierto con sus nuevos amigos.

Oyó que un claxon la llamaba de forma insistente desde la calle y se apresuró a salir. Dio un tirón a la aldaba para cerrar la puerta de madera y se aseguró de que el letrero que Pedro le había sugerido que colgara no se caería en toda la noche.

—¿Qué es ese testamento que has dejado escrito en la puerta? —le preguntó su primo en cuanto ella tomó asiento a su lado.

—¿Pues qué quieres que sea? He escrito una nota, como tú me has sugerido. Dice que esta noche no estoy disponible y que si alguien necesita un médico se dirija a Manacor o a Vilafranca.

Pedro se rio.

—Veo que te estás acostumbrando al sistema súper moderno de comunicación del pueblo.

Joana bufó y le dio un golpecito en el brazo.

—No me gusta nada dejar una nota colgada para que cualquier ladrón que pase por aquí sepa que no hay nadie en la casa y que puede entrar y llevarse lo que le apetezca...

Esta vez la risa de Pedro reverberó en todo el coche.

—Pero si tú debes de ser la única persona de Petra que cierra la puerta con llave al salir. Cualquier ladrón que se precie lo intentará en otro sitio antes que tener que forzar tu casa.

Joana negó con la cabeza, pero ni siquiera se dignó a contestar a la pulla que le había lanzado Pedro; en cambio, dijo:

—¿Dónde está Rosa?

Su primo se envaró.

—Se ha ido con su hermano. Y Polita y Pepo van a llevar a Jaume, que cuando se ve libre del pub bebe como un cosaco y no se le puede dejar conducir. Nos encontraremos en el restaurante con ellos.

—Habrías preferido que fuera contigo, ¿verdad?

Pedro apartó la vista de la carretera por un instante y la miró receloso.

—¿Por qué piensas eso?

—Hombre, no es que disimuléis demasiado, que digamos.

—No habrás hablado de esto con Guillem, ¿no?

—¿Con Guillem? —preguntó Joana, que se había dado cuenta del tono de aprensión que destilaban las palabras de Pedro—. No me habla más que lo necesario, no sé cómo podría haber tratado el tema con él. ¿Por qué no queréis que sepa que estáis juntos?

—¿Por qué no te habla? No es su estilo. ¿Ha habido algo entre vosotros?

Joana carraspeó. El comentario de Pedro la había incomodado de tal manera que ni siquiera había notado que el chico quería cambiar de tema. Su primo volvió a retirar los ojos de la carretera para posarlos en ella.

—¿Y bien?

—No creo que sea asunto tuyo. —Se revolvió en el asiento.

La risa franca de Pedro llenó de nuevo el interior del coche.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Joder, y después la fama de cotillas la tenemos las mujeres. ¿No te acabo de decir que no es asunto tuyo? Además, has cambiado de tema. ¿Qué problema tienes tú con Guillem? ¿Por qué no quieres que sepa que sales con su hermana? Que, por otra parte, si no lo sabe, debe de ser el único del pueblo...

—Digamos que no le haría ninguna gracia saber que Rosa y yo salimos. Es más, tengo el presentimiento de que querrá verme muerto cuando lo sepa. Aunque, ahora que lo pienso, si no me saltó a la yugular el día que volvió de Madrid fue porque se quedó embobado nada más verte allí, con nosotros. Así que en Madrid sucedió algo, ¿eh? —Le dio un codazo sin separar las manos del volante.

Joana lo miró con cierta hostilidad.

—¿Qué parte de «no es asunto tuyo» es la que no has entendido?

—*Quid pro quo, Clarice.*

—¡Cállate! Qué miedo me dio esa película, no sé cómo podéis estar todos tan obsesionados con ella.

—*El silencio de los corderos* es buenísima, no puedes negarlo. Estoy seguro de que a Jodie Foster y a Anthony Hopkins les van a dar el Oscar este año, y la peli en sí se va a llevar un montón más, ya lo verás. —Tras un brevísimo silencio anunció—: Ya hemos llegado. No le comentes nada a Guillem, ¿vale? No sé cuándo ni cómo lo haremos, pero queremos decírselo Rosa y yo.

—¿Pero por qué crees que se va a enfadar hasta el punto de querer matarte?

—Ya te lo contaré en otro momento. Ahora salgamos ahí y hagamos como si no hubiéramos mantenido nunca esta conversación.

Joana profirió un sonoro suspiro mientras bajaba del coche. En esos momentos le parecía entender la parte no tan agradable de que todo el mundo supiera los secretos de los demás.

\*\*\*

Fueron los primeros en llegar al restaurante, después lo hicieron Polita, Pepo y Jaume. Solo quedaban dos sitios vacíos en la mesa, los dos bastante lejos de ella. Guillem y Rosa llegaron al fin y tomaron asiento. Guillem parecía tenso, Joana lo observó: le parecía que estaba nervioso; no paraba de moverse, igual que si tuviera millones de hormigas recorriéndole la piel. Guillem miró hacia ella, como si hubiera notado sus ojos clavados en él, y Joana se apresuró a volverse en otra dirección; no obstante, se sintió pillada en falta. Ese chico le ponía muchísimo, y no podía dejar de estar pendiente de todo lo que hacía.

«Lo que necesitas es echarle un buen polvo, o dos, como los de Madrid, y esa obsesión con él se habrá acabado. ¡Anda que tú y yo no nos conocemos!», se reprendió.

Ninguno de los dos hizo nada para hablar con el otro mientras cenaban, pero no cesaron en su juego de miradas fugaces ni un solo minuto. Cada vez que eso sucedía, quedaban prendidos en el otro durante unos segundos, hasta que, de forma invariable, alguno desviaba la vista.

Pedro le dio un codazo:

—Tendrás que contarme lo que pasó en Madrid, porque yo no me creo que entre vosotros dos no haya habido nada. No te quita la vista de encima, lo tienes fascinado.

Joana se giró hacia su primo como si tuviera un resorte y lo amenazó con el cuchillo.

—¡Cállate! —le dijo en voz muy baja—. ¿Quieres que los demás te oigan?

—¿Cuando dices los demás, a quién te refieres? Porque creo que todos se han fijado en cómo te mira Guillem y lo nervioso que está.

El pisotón que le propinó Joana casi lo deja cojo de por vida; el grito que pegó el pobre hizo que los ocupantes de la mitad de las mesas del restaurante los estudiaran intrigados. Guillem también se detuvo a observarlos con los ojos entrecerrados, como si calibrara si tenía que levantarse a terminar la faena, y Joana estuvo casi segura de que había oído su conversación.

Sobre las once de la noche aparcaron en las cercanías del pabellón de deportes de Muro. Habían decidido llegar con tiempo de sobra para no tener que aparcar en el quinto pino. Aun así, tuvieron que caminar un rato. Joana ralentizó el paso para darle la oportunidad de acercarse si lo deseaba, y aunque se dio cuenta de que Guillem también caminaba más despacio, en ningún momento se puso a su altura. Su frustración iba en aumento; empezaba a estar un poco harta de ir tras él como una quinceañera salida, así que decidió pasar del chico por completo. A algunos hombres no les gustaba sentirse objetos de deseo. ¿Sería Guillem de esos? En Madrid no se lo había parecido, pero ¿y si era por eso por lo que la rehuía? Igual lo que necesitaba era su propio espacio y ella lo estaba agobiando. Pensar en eso la hizo reafirmarse en su decisión de alejarse.

Las puertas del pabellón se abrieron y, una vez que pudieron traspasarlas, los siete se dirigieron hacia el bar. Las bebidas corrieron a cuenta del bote común, como había pasado con las entradas, y Joana, que hacía muchos años que no se dejaba invitar por nadie, se sintió bastante incómoda. Jaume, con un cubata en la mano y la melena al viento, se acercó a ella y le rodeó los hombros con el brazo libre.

Por el rabillo del ojo le pareció ver que Guillem se envaraba tras ese gesto cariñoso y se felicitó para sus adentros; tal vez lo que necesitaba era ponerlo un poquito celoso...

—No quiero oír ni una palabra más acerca del dinero; eres nuestra invitada, no tienes derecho a decir ni mu. Además, si de verdad piensas irte tan pronto, no es que vayas a salirnos demasiado cara. —Aunque al principio le costó desentenderse de lo que hacía Guillem, cuando logró concentrarse en lo que Jaume le estaba diciendo, notó que arrastraba un poco las palabras

—¿Tú cuánto has bebido ya? —le preguntó mirándolo con ojo crítico.

—Y ni se te ocurra ponerte en plan médico. Por un día que tengo libre y puedo desmadrarme...

No le contestó mientras se desasía de su abrazo. Pedro había dicho que bebía mucho cuando no estaba trabajando y él ahora repetía lo mismo, pero ella se había dado cuenta de que en el pub muchas veces no estaba tan sobrio como aparentaba, sobre todo por las noches. Decidió que aquel no era el momento, pero que era un tema del que tenía que hablar con Jaume. Era muy joven para convertirse en un alcohólico, y aunque ella solo iba a ser la médica del pueblo durante unas semanas, era su deber velar por la salud de todos, más por la de aquellos a los que consideraba sus amigos.

Rosa se acercó a ella.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan callada?

—Nada, pensaba en cosas del trabajo. Nunca he sabido dejar aparcados los temas médicos demasiado tiempo, y menos ahora que conozco a mis pacientes más de lo que le conviene a mi salud mental.

Rosa siguió la mirada de Joana hasta Jaume y se volvió hacia ella con la boca torcida.

—No te amargues ahora por eso, tendrás tiempo de hablar con él...

—Me parece que me lees con demasiada facilidad, Rosa, siempre adivinas lo que estoy pensando.

—Algunos dicen que soy muy intuitiva; yo pienso que solo soy una cotilla de escándalo.

Joana se rio y dio un trago a su cubata.

—Don Jeroni cree que quizás me vendría bien que alguien me echara una mano en la consulta. ¿Qué te parece si hablamos de ello el lunes, con más calma?

Rosa no contestó, dio un trago a su bebida y miró a su amiga.

—Podría ser interesante. Pero de momento estoy contenta con el trabajo que tengo...

En ese momento Polita se acercó a las chicas, interrumpiendo su conversación, y las apremió:

—Venga, vamos a ponernos en primera fila. No tardarán en salir y quiero ver de cerca a José María; ese hombre me vuelve loca. —Se había colocado tras ellas y las empujaba hacia el escenario.

Joana no pudo dejar de fijarse en cómo los chicos las seguían de cerca, parecían sus guardianes, y no supo cómo sentirse frente al instinto protector que les había sobrevenido a los cuatro de repente. Vio con satisfacción que Guillem se había convertido en su guardaespaldas personal y que no se separaba de ella en ningún momento más que unos metros. La invadió una refrescante efervescencia y la sensación de que cada vez se rompía un poco más el muro que Guillem había alzado entre ambos de forma tan inexplicable.

El concierto no tardó en empezar. Sobre las tablas, una chica, que Polita le había dicho que se llamaba Ana Torroja, y que llevaba el pelo muy corto, cantaba y bailaba al compás de una música pegadiza, y Joana no tardó en saltar como hacían los demás, dejándose llevar por la emoción de su primer concierto en vivo, aunque no entendiese ni una sola palabra de la letra.

—Míralo, está buenísimo —le gritó Polita entre salto y salto, señalando al chico que tocaba el

bajo.

Joana solo pudo asentir y sonreír ante la emoción que reflejaba la cara de su amiga, aunque también pudo ver claramente la mueca de hastío que se le dibujaba a Pepo al ver a su mujer tan emocionada.

La primera canción acabó, y el tal José María se situó tras un piano. Una canción mucho más lenta empezó a sonar, y al escuchar los primeros acordes el estómago de Joana se volvió del revés. Buscó con la vista a Guillem entre toda la gente que la rodeaba, pero no lo encontró. No se había separado de ella en toda la noche y ¿tenía que desaparecer precisamente en ese momento? De repente notó que unas manos la agarraban por la cintura y oyó una voz en su oído que le decía:

—Lo he intentado, Joana, pero no puedo. No puedo alejarme de ti. —Joana sintió cómo sus órganos internos se licuaban cuando Guillem empezó a traducirle la canción que estaban interpretando sobre el escenario, como había hecho en Madrid solo quince días atrás—:

*Tú montada en mí...  
Yo, montura hostil...  
Tú me abrazas con los pies  
y yo lamo el arnés....*

Acercó su espalda al tórax de Guillem para poder notar el contacto de todo su cuerpo; quería más que sus manos en la cintura, quería notar su pecho en la espalda y quería saber si estaba tan excitado como ella. De repente sintió el aire demasiado frío tras de sí; él se había ido, no estaba, y la había dejado totalmente excitada y descolocada. Lo buscó ansiosa, pero había tanta gente a su alrededor empujándola hacia el escenario que empezó a ponerse nerviosa. De repente, lo descubrió entre la multitud. Estaba gesticulando y diciéndole algo a Pepo. El marido de Polita sonreía y le daba unos golpes en el brazo a Guillem, y después él se dirigió de nuevo hacia ella sonriéndole de manera pícaro.

—Vamos. —Alargó la mano para coger la suya y se las apañó para sacarla de allí.

—¿A dónde me llevas?

—A tu casa. Yo vivo con mi abuelo; no creo que te sientas cómoda con él en la habitación de al lado.

—¿Y qué te hace pensar que te invitaré a ir a mi casa? —preguntó, parándose de golpe y obligándolo a que tirara de su brazo.

Guillem dejó de forcejear y se puso frente a ella. Le rozó la nariz con la suya mientras tiraba de Joana hacia sí.

—Te has pasado la semana intentando que lo hiciera, y yo me las he visto y me las he deseado para poder huir de ti, ¿y ahora, que al fin he caído, me dices que no quieres invitarme a pasar la noche contigo?

Joana se mordió el interior de los carrillos para no sonreír, aunque notaba cómo la alegría y la excitación se le escapaban en forma de chiribitas a través de los ojos.

—Me parece que te lo tienes muy creído. —Se soltó de su abrazo, pero, no obstante, se dirigió hacia el lugar donde habían aparcado los coches esperando que él la siguiera.

Mucho antes de llegar, le dio alcance y la cogió por la cintura desde atrás. Se acercó a su oreja y le susurró con voz ronca:

—No creas que harás conmigo todo lo que quieras, como sucedió en Madrid. Hoy me voy a desquitar, me he estado volviendo loco toda la noche solo de pensar en qué pasaría cuando la

Torroja empezara a cantar esa dichosa canción. Tendrás que satisfacer todas mis fantasías, y te aseguro que en quince días has conseguido que alcancen cotas memorables.

A Joana se le escapó un sonoro jadeo a la vez que cada centímetro de su piel se erizaba de excitación.

Guillem le mordió con suavidad el lóbulo de la oreja y consiguió que las piernas le flaquearan. Levantó los brazos por encima de su cabeza y se aferró al pelo de él, que no dejaba de torturarla con mordiscos y lametazos en el cuello y los hombros.

—Estamos en medio de la calle —consiguió articular entre suspiros excitados.

—Pues camina hacia el coche.

—No sé si las piernas podrán sostenerme.

—No te preocupes, no te dejaré caer.

Llegaron al coche a trompicones, y una vez allí, Guillem le dio la vuelta y la aplastó contra la puerta. La besó con fuerza y le metió la lengua en la boca sin apenas pedirle permiso; la devoró con ansia al tiempo que ella se aferraba a su pelo, a sus hombros, a su ancha espalda.

Joana sintió la erección de Guillem en su vientre y se puso de puntillas para que le rozara el lugar exacto donde deseaba notarlo. Estaba muy excitado, y a ella no le bastó con el contacto amortiguado por los vaqueros de ambos: quiso percibir esa dureza con sus propios dedos, así que, con pasmosa destreza, desabrochó el primer botón de los pantalones de él e introdujo la mano hasta llegar a la misma base de su pene. La turgencia del miembro masculino, que vibró levemente al contacto, la maravilló. Sintió sus jadeos entrecortados en el interior de la boca y se volvió más atrevida. Atrapó con delicadeza los testículos de Guillem y notó que a quién le fallaban las piernas en esa ocasión era a él.

—Seguimos estando en la calle —le dijo con la voz tomada por la excitación de sentirse tan poderosa.

—Y no llegaremos mucho más lejos si no dejas de tocarme.

—¿Cómo? ¿Así? —Joana imprimió algo más de fuerza a su caricia y Guillem se retorció contra ella.

—Justo así —susurró él apenas.

—Bueno, pues si no te gusta... —Empezó a retirar la mano, pero Guillem se la agarró por la muñeca impidiendo que la sacara del todo.

—Me vuelves loco —ronroneó aplastándola de nuevo sobre la carrocería del coche.

Joana lo miró a los ojos en la penumbra y vio la pasión derramándose a borbotones de ellos. Sacó la mano con lentitud de entre ambos y cogió a Guillem del cuello, acercándolo a su boca.

—Veremos las fantasías de quién se hacen realidad esta noche.

## Capítulo 24

Guillem veía cómo la luz de la mañana se iba colando por entre los resquicios de las persianas de la habitación. Apenas había conseguido dormir media hora durante la noche; la cercanía de Joana lo alteraba de tal manera que el corazón seguía repiqueteándole desbocado en el pecho, aunque hubiera pasado varias horas sin moverse.

La chica dormía plácidamente de espaldas a él, que la tenía aferrada por la cintura de manera que no pudiera alejarse demasiado. Con el dedo pulgar dibujaba pequeños círculos en su piel desnuda mientras pensaba en qué iba a ser de él, de ellos, a partir de esos momentos.

Joana se revolvió a su lado y se despertó de golpe. Se sentó sobre la cama de un salto y observó la habitación con pánico durante unos instantes, como ya había hecho en Madrid, hasta que el reconocimiento brilló en sus ojos.

«Pues como siempre se despierte así, no debe de ganar para sobresaltos», pensó.

Joana se volvió hacia Guillem, que se había incorporado al mismo tiempo que ella, con una gran sonrisa en los labios, y después estiró los brazos hacia el cielo. La sábana que la había estado tapando se escurrió, dejando al descubierto sus deseables pechos, y él no pudo evitar deleitarse en la magnífica visión que suponían. Joana bajó los brazos y le rodeó el cuello con ellos. Frotó la nariz contra la suya en un gesto íntimo, pero se alejó de él cuando pretendió besarla.

—Deja que me lave los dientes primero.

Guillem la miró de soslayo e intentó besarla de nuevo, pillarla desprevenida, pero ella se escurrió de entre las sábanas en dirección al lavabo, con una risa cristalina brotándole de la garganta, desnuda por completo. El tirón que sintió Guillem en la entrepierna vino a decirle lo que ya sabía, que nunca tendría suficiente de ella y de su cuerpo color canela.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —preguntó Joana desde la puerta del baño. Verla allí de pie, con el pelo revuelto y el cepillo de dientes en la boca, provocó en Guillem un intenso sentimiento de intimidad que lo acobardó.

Joana no se quedaría en Petra; se había repetido millones de veces que no debía olvidar ese hecho. Después de cada uno de sus poco sutiles ataques había tenido que sermonearse para no acercarse a esa chica más de lo estrictamente necesario, y en cambio, en esos momentos, ahí estaba, compartiendo una escena tan personal con ella y deseando que se repitiera cada maldita mañana de lo que quedara de vida.

—Creo que yo debería marcharme. —Empezó a retirar las sábanas y buscó con la vista su ropa, que la noche anterior habían dejado desperdigada sobre los muebles.

Joana lo miró extrañada.

—¿Marcharte? ¿Por qué? Antes de salir de la cama me ha parecido notar que tu amiguito no

había agotado las ganas de fiesta —dijo dibujando una sonrisa pícaro en su cara mientras le señalaba la entrepierna con el cepillo. Se volvió, se limpió la boca con rapidez y se acercó a la cama antes de que Guillem hubiese podido salir de ella.

Cuando Joana se sentó a horcajadas sobre él, supo que estaba perdido por completo.

—No puedo quedarme, Joana. No quiero enamorarme de ti y empiezo a sentir algo que se parece demasiado a estarlo...

—Por eso me rehuías. —El mohín de Joana le cortó la respiración.

—Sí, por eso lo hacía.

—Pues no te enamores. —Elevó los hombros en un gesto gracioso. Como si esa sencilla sentencia aclarara todo lo que podía haber entre ellos.

—Así de fácil, no te enamores. ¿Acaso tú puedes decidir de quién te enamoras y de quién no?

—Ostras, Guillem, no voy a estar en el pueblo el tiempo suficiente para que lo que sientas por mí pase de la más simple atracción.

—No puedes saberlo. Te acabo de decir que yo siento algo más que una simple atracción por ti. Aun así, ¿cómo crees que me quedaría cuando tú te marcharas? En el hipotético caso, claro, de que me enamorase de ti.

—De acuerdo, no puedo saberlo, pero lo que sí sé es que somos adultos capaces de priorizar. Para mí lo primero es volver a Nueva York en cuanto me llamen desde el NYPH. Sabiendo eso, ¿de qué podría servir que nos enamoráramos?

—¿De verdad quieres hacerme creer que eres tan racional?

—¿Racional? ¿A qué viene eso?

—¿No piensas que el corazón puede interferir en tus planes? ¿De verdad crees que, si tú decides que no te vas a enamorar, no vas a hacerlo? —Guillem habló un poco más alto de lo que había pretendido.

—Yo no he dicho que no vaya a hacerlo, solo insinúo que, en el hipotético caso de que me enamorara de ti, sabré priorizar. Desde hace muchos años mi mayor aspiración es ser jefa de urgencias del hospital que me ha visto crecer como médico. No permitiré que un tonto enamoramiento me cierre el camino para llegar a ese puesto.

Guillem prefirió no abrir la boca ante tal afirmación. Cogió a Joana por las caderas con la firme intención de quitársela de encima y salir de la cama. No quería ser un muñeco en sus manos; por mucho que le gustase, él quería algo más que un polvo por diversión.

Joana afianzó bien los pies en las corvas de sus rodillas y no consiguió moverla ni un centímetro; en cambio, volvió a pasar los brazos alrededor de su cuello y enredó los dedos en su pelo con dulzura, mientras se acercaba hasta él para mantener sus frentes unidas.

—Me he pasado de vehemente, ya lo sé. Me sucede siempre que hablo de mi gran sueño. Mi amiga Mónica, que me conoce desde hace siglos, tampoco me entiende; no sé por qué lo deseo tanto, simplemente es algo que quiero hacer desde que tengo uso de razón. Mi padre fue jefe del servicio de urgencias del NYPH antes de que le ofrecieran la cátedra en Harvard, y a mí siempre me pareció lo máximo a lo que aspirar. Desde que él y mi madre murieron, me he obsesionado mucho más con este tema porque sé que él hubiese estado muy orgulloso.

Guillem la miró a los ojos; seguía con las manos en sus caderas, pero había dejado de intentar moverla. Suspiró con fuerza. Cada vez se sentía más perdido, estaba a poca distancia de llegar a un punto de no retorno. Si no conseguía irse ahora, ya nunca lo conseguiría. Ella le estaba explicando con claridad que iba a marcharse y él no podía creer que hubiese encontrado de nuevo el amor para perderlo tan pronto.

—No he querido ofenderte —prosiguió Joana—, no he querido decir que enamorarme de ti fuera algo tonto. Pero te he estado observando: tú no abandonarías nunca Petra, en el hipotético caso de que te enamoraras de mí —entrecomilló sus palabras con los dedos—, ni yo me atrevería a pedirte que lo hicieras. Y yo estaría loca si me quedara aquí, si renunciara al sueño de mi vida por ti o por cualquier otro. No tardaría mucho en sentirme desgraciada y culparte por ello. Seguro que tú no querrías una pareja así, ¿verdad?

—Ya he pasado por todo esto antes, Joana. Y no creo que sea capaz de soportarlo de nuevo, en el hipotético caso de que estuviera enamorado —enfaticó sus palabras—. Por eso quiero alejarme de ti cuanto antes.

—¿Qué pasó? —Joana se movió de encima de Guillem y lo obligó a echarse en la cama. Después se acomodó en su costado, dispuesta a escuchar lo que él quisiera contarle.

Guillem entrelazó los dedos con los de ella. No estaba seguro de querer relatarle su historia; se sentía penoso y no quería despertar en ella sentimientos de lástima.

—Venga, cuéntamelo, ¿vas a dejarme con la intriga cuando yo te he abierto mi corazón y he quedado como una verdadera arpía sin sentimientos?

Él se rio por lo bajo.

—Tienes razón, no puedo quedar peor que tú.

Ella tiró con fuerza de los pelillos que recubrían su pecho, arrancándole varios de ellos, lo que hizo que Guillem se lamentara y le diera un azote en el culo.

—Estate quieta —le ordenó.

—Pues si no quieres que te deshoje como a una margarita, empieza a contar esa historia de amor trágica que se mastica en el aire.

Guillem volvió a darle un cachete mientras sonreía con tristeza y ella se acercó más a él.

—Tienes razón en eso de que no podría dejar Petra —empezó—. Si te sirve de consuelo, Óscar tampoco entendía qué pasaba por mi cabeza cuando le decía eso de: «Sa Roqueta estira». Nunca había podido pasar más de tres semanas o cuatro sin venir al pueblo hasta que conocí a Nuria. Me enamoré de ella hasta las trancas y parecía que ella también estaba loca por mí. Cuando acabamos la carrera le dieron una beca de investigación en la facultad de químicas y me pidió que nos quedáramos una temporada en Barcelona, que nos fuésemos a vivir juntos, a ver qué tal se nos daba. —Calló durante unos instantes y volvió a fijar la mirada en sus dedos, entrelazados con los de Joana.

—¿Y...?

—Déjame pensar, ¡te veo un poco ansiosa! —bromeó

Ella volvió a amenazarlo cogiendo varios pelillos entre los dedos índice y pulgar mientras en su cara dibujaba una mirada maquiavélica.

Guillem se rio y la besó en el pelo.

—Mi padre era el único veterinario de Petra; hacía poco que mi abuelo había tenido el accidente que lo dejó en silla de ruedas.

—¿Fue un accidente? No tenía claro a qué se debía su postración, pero creía que era cosa de la edad.

—No, fue un accidente. Mi abuelo solía ir a todos lados en su Vespa y un día un camión lo arrolló y lo dejó parapléjico. Mi padre, que hacía tiempo que trabajaba con él, tuvo que hacerse cargo de la consulta solo. Aunque tenía muchísimo trabajo, me animó a que me quedara en Barcelona si ese era mi deseo. Pero al poco tiempo sufrió una angina de pecho que lo dejó muy debilitado. Yo me mudé enseguida a Petra y Nuria vino conmigo. Parecía que le costaba adaptarse

al pueblo. No era como tú, que has congeniado con la gente; a ella le costaba mucho entender nuestra mentalidad. Un día me dijo que quería ir a visitar a sus padres, así que hizo la maleta; yo la acompañé al aeropuerto y no me di cuenta de que se había llevado todas sus cosas hasta que no estuve de regreso en casa.

Suspiró, se estaban acercando a la parte más triste del relato, pero, aunque hubiese podido interrumpirse en ese punto de la historia, le apetecía que Joana conociese el resto para que pudiera hacerse una mejor idea de la magnitud del golpe que él había recibido.

—Me preparé para ir tras ella y aclarar la situación, pero el mismo día que tenía que coger el avión hacia Barcelona mi padre sufrió una recaída. Esa vez se trató de un infarto, y su corazón, que ya estaba muy débil tras la angina, no lo soportó. Murió al cabo de dos días.

—Cuánto lo siento, Guillem.

Él volvió a besarle la coronilla.

—Ya hace unos años de eso. El dolor cada vez es más soportable, aunque nunca desaparezca del todo.

—Sí, ya lo sé, a mí me sucede lo mismo. Aún me cuesta hablar del accidente de mis padres sin que se me empañen los ojos.

Permanecieron un rato en silencio, cada uno presa de sus propios recuerdos. Después de un profundo suspiro, Guillem prosiguió:

—Nuria me llamó para darme el pésame y preguntarme si iría o no a verla para hablar de lo que queríamos hacer con nuestra relación.

Joana frunció el ceño.

—¿Ni siquiera vino a verte ella a ti?

—No, no lo hizo. Supongo que, en el fondo, ambos sabíamos que yo no volvería a marcharme de casa, al fin y al cabo, ahora tenía una consulta de la que hacerme cargo. Además de que mi madre se quedaba sin fuente de ingresos si yo la cerraba, ocuparme de la salud de los animales del pueblo junto a mi padre y a mi abuelo era lo que yo deseaba desde hacía muchos años. Así, nuestra «relación» se convirtió en una lucha por ver quién cedía y lo dejaba todo por el otro.

Joana lo miró con los ojos muy abiertos.

—Ninguno de los dos lo hizo, y como no quisiera tener que pasar otra vez por lo mismo, en el hipotético caso de que me enamore, claro, prefería mantenerme alejado de ti.

—Y entonces, ¿por qué no lo has hecho?

—He decidido que será lo que tenga que ser.

Soltó a Joana y se frotó la cara con ambas manos.

—¡Ah! —añadió como si tal cosa, pero sin destaparse la cara—. Unos meses después me llamó para decirme que se había acostado con otro y que la experiencia no solo le había parecido maravillosa, sino que además se alegraba mucho de haberle puesto fin a lo nuestro.

—Maldita hija de la gran p...

La palabrota quedó amortiguada por un estruendo de golpes en la puerta de la calle. Parecía como si alguien se hubiese propuesto echarla abajo y estuviera a punto de conseguirlo.

Joana dio un salto de la cama y empezó a vestirse mientras se dirigía hacia la entrada.

—Doctora —Guillem percibió claramente la voz de Andreu, el municipal—, siento molestarla tan temprano un domingo por la mañana, pero es que mi mujer se ha puesto de parto. No sé si vamos a llegar a tiempo al hospital.

Terminó de ponerse el pantalón y salió de la habitación. No pudo más que reírse hacia dentro cuando vio la cara que se le quedó a Andreu al verlo salir del interior de la casa con la camisa a

medio abrochar.

—Voy a por la ambulancia —anunció antes de que nadie pudiera decir ni media palabra.

## Capítulo 25

La mujer de Andreu, el municipal, (Silvia, creyó recordar que se llamaba), estaba enorme, tanto que Guillem temió que la camilla cediera bajo su peso. Después la miró mejor y se dio cuenta de que lo único descomunal era la barriga; los brazos y las piernas eran apenas unos palillos adosados a su vientre a punto de explotar.

—Ya estábamos llegando a Vilafranca cuando me ha hecho volver. Está segura de que no hay tiempo de ir hasta Palma —le explicaba el marido a Joana.

—Este quiere salir antes de hora. Con la niña todo fue muy diferente, pero este tiene prisa por llegar —dijo Silvia entre jadeos.

—¿Es un niño?

—Sí, en la última ecografía les pareció que lo era, aunque no estamos seguros.

—¿De cuántas semanas estás?

Joana le levantó la falda a la mujer en el momento en que él cerraba la portezuela. Estaba de rodillas a un lado de la camilla, en una posición que tenía que ser incómoda de narices. Se había hecho una coleta y dirigía la situación con tanta serenidad como había hecho noches atrás, durante el infarto de don Cosme.

—No tengo muy claro lo de las semanas, según mis cálculos ayer cumplí ocho meses.

—Eso serían treinta y seis.

Desde la parte delantera de la ambulancia, Guillem pudo oír el gemido bajo, pero intenso, que salía de la garganta de Silvia y se estremeció de la cabeza a los pies. La puerta del copiloto se abrió y Andreu se asomó por ella.

—¿Puedo ir con vosotros? Estoy tan nervioso que no creo que pueda conducir.

—Claro, hombre, siéntate, que nos vamos ya.

Andreu se sentó. Realmente estaba hecho un manojito de nervios, respiraba casi tan deprisa como su mujer y, cada vez que ella gemía de dolor, otro lamento idéntico escapaba de su garganta.

—Aguanta, cariño —dijo al tiempo que se volvía para asomarse por la ventanita que separaba los dos habitáculos—. Ahora Guillem pondrá la sirena y en nada estaremos en Palma, ya lo verás.

Guillem pensó que no le gustaría nada de nada encontrarse en su situación. Si tenían suerte, no encontrarían demasiado tráfico; era domingo y todavía era muy temprano; eso lo animó un poco y se relajó, aun así, decidió poner en marcha las sirenas, como había predicho Andreu. Al poco rato se dio cuenta de que era absurdo llevarlas puestas y las quitó. El nerviosismo de su copiloto accidental se le estaba aferrando a la piel y lo hacía sentirse inquieto, sin saber muy bien a qué atenerse.

Al cabo de menos de diez minutos, la voz de Joana le llegó clara desde la parte trasera.

—No te preocupes, si tienes ganas de empujar, empuja. El niño no es prematuro, puedes tenerlo

perfectamente en la ambulancia sin que le pase nada.

—¿Cómo? Ni se te ocurra empujar —se oyó chillar a sí mismo—. ¡No puedes tener a ese crío en mi ambulancia! —Acto seguido apretó el acelerador a fondo.

Nunca le había preocupado demasiado si la ambulancia se ensuciaba o no, pero por algún motivo que no alcanzaba a entender en esos momentos, Silvia, o Susana, o como quiera que se llamara la mujer de Andreu, no podía parir en su ambulancia y dejarlo todo hecho un asco.

—Guillem, para en el arcén.

—¿Que haga qué?

—Ya ha dilatado casi ocho centímetros, necesita ponerse en cuclillas o de rodillas para poder empujar con más comodidad, y con el traqueteo de la ambulancia no puede. ¡Para! —le pidió a través del ventanuco de la pared separadora.

—No me digas que va a tener al niño en la ambulancia, que me va a dar algo, Joana, en serio... Dile que apriete las piernas, o lo que sea, pero que lo retenga dentro. ¡Por favor! Los lamentos de la gente me ponen malo.

—¿Cómo puedes ser el conductor de la ambulancia si te impresionan los gritos? —se mofó Joana.

—Porque soy un voluntario forzoso —masculló entre dientes—. Lo arreglaron entre el abuelo y don Cosme sin siquiera consultármelo. ¡No tuve opción! Ahora no es el momento más adecuado para ponerme a explicarlo, creo. —Se dio cuenta de que Joana ya había vuelto a su puesto junto a la embarazada y de que ya no lo escuchaba. Miró al padre de la criatura, que tenía cara de circunstancias, y volvió a dar gas a la pobre ambulancia.

—Me da igual que te dé grima, o miedo, o que no puedas tolerarlo. ¡Tienes que parar la ambulancia ya! —repitió Joana desde atrás.

Se escuchó un gemido mucho más fuerte y vehemente que los anteriores.

—¡Ya está aquí! —gritó Silvia—. No voy a llegar a Palma.

Joana intentó tranquilizarla como pudo mientras Guillem buscaba un buen sitio para aparcar a un lado de la carretera.

Guillem y Andreu bajaron del coche y corrieron a la parte trasera. No eran de ninguna ayuda, no había nadie más en el pequeño habitáculo de la ambulancia, pero ninguno de los dos podía quedarse sentado en la cabina sin hacer nada.

La altura del vehículo no era suficiente para que Silvia pudiera ponerse en pie, así que Joana la ayudó a que se colocara en cuclillas sobre la camilla; aun así, su cabeza tocaba la parte alta del vehículo.

—Agárrate ahí —dijo la médica señalando una barra metálica que atravesaba el techo.

Con la siguiente contracción, el grito de Silvia fue mucho más fuerte.

—¡No voy a poder! —dijo con desesperación.

—Claro que podrás. Nosotros estamos aquí para echarte una mano y todo irá muy bien. Respira hondo y, cuando notes la próxima contracción, empuja con todas tus fuerzas. ¿Te acuerdas de cómo lo hiciste con tu otro hijo?

—Me pusieron la epidural, no tenía este dolor insoportable —chilló Silvia, que estaba poniéndose histérica por momentos.

—No puedes respirar tan deprisa, Silvia, debes calmarte. Mírame y respira cuando yo lo haga, ¿de acuerdo?

La mujer asintió, nada convencida, y empezó a respirar un poco más despacio, a la misma velocidad que lo hacía Joana.

—Lo estás haciendo muy bien —le susurró Joana a Silvia. Esta asintió de nuevo, más relajada ahora que se encontraba en un momento entre contracción y contracción—. Ya verás como pasará pronto. En cuanto tengas a tu hijo en brazos te olvidarás del dolor.

—¡Dios mío! Me va a dar algo como la pobre siga padeciendo de esta manera.

—No hay tiempo para eso —le gritó Joana— ¿Tienes toallas o telas de repuesto?

—Ahí, en ese cajón. —Señaló una pequeña caja adosada a la pared de la ambulancia.

Joana lo abrió y sacó todas las telas que había en su interior.

El gemido empezó suave, pero fue adquiriendo fuerza a medida que el dolor se incrementaba, hasta que derivó en un chillido agudo y potente.

—¡Ahora, empuja! —gritó Joana a su vez.

Guillem vio por el rabillo del ojo cómo Andreu se apoyaba en la ambulancia y se llevaba la mano a la frente. Estaba blanco como la leche y parecía a punto de perder la consciencia.

—Joana —la llamó—. Andreu... —dijo con voz temblorosa mientras lo señalaba.

—Cállate, Guillem, ahora no me molestes. Necesito estar concentrada en lo que hago. No tengo tanta experiencia en partos como desearía ahora mismo. ¡Ocúpate tú de Andreu!

—¿Que me ocupe yo de él? —se quejó mientras se dirigía al municipal, que había ido resbalando por el costado de la ambulancia hasta quedar sentado en el suelo—. Si lo que yo necesito es que alguien se ocupe de mí.

Se sentó al lado del padre y empezó a abanicarlo con un trozo de cartón que recogió del arcén. Daba aire primero a Andreu y después un poco a sí mismo, mientras negaba con la cabeza.

—Yo mañana mismo dimito. No conduzco la ambulancia ni un día más. Me cago en el día que consentí hacer de chófer...

Siguió murmurando improperios y dándose aire más a él que a Andreu hasta que una queja potente, por completo diferente a los anteriores, rompió el silencio de la carretera.

El llanto del niño pareció reavivar a los dos hombres, que se pusieron en pie inmediatamente para acudir a la puerta de la ambulancia, que seguía abierta.

—Sí que es un niño, Silvia, y a primera vista parece que está genial —exclamó Joana eufórica.

La médica estaba envolviendo en una de las telas a un pequeño bulto rojo y llorón. Se lo entregó al padre mientras ayudaba a la madre a tumbarse de nuevo en la camilla.

—Ahora tenemos un ratito hasta que empiece el expulsivo de la placenta. Así que, sin prisa, pero sin pausa, deberíamos dirigirnos hacia el hospital.

Silvia estaba mucho más calmada; en su cara se adivinaba el cansancio tras el esfuerzo. En cuanto estuvo acostada en la camilla, Joana volvió a coger al niño de los brazos del padre y lo colocó en los de la madre.

—Aquí tienes a tu hijo. —Se le notaba orgullo y emoción en la voz, pensó Guillem. Estaba casi tan sudorosa como Silvia y respiraba de manera agitada—. Creo que Andreu puede subir e ir a tu lado hasta Palma.

Andreu y Silvia miraban a su hijo con verdadera adoración, como si esa bola sucia de sangre fuera lo más hermoso que hubieran tenido el placer de echarse a la cara en toda su vida.

Con destreza, Joana retiró la mayor parte de telas sucias de debajo de Silvia y la dejó tumbada sobre las que se habían manchado menos. Aun así, a Guillem, la escena que tenía ante los ojos le parecía, cuanto menos, dantesca.

—Venga, valiente, ya te ayudaré a limpiar todo este estropicio cuando lleguemos después a Petra. ¿Crees que podrás llevarnos a los cinco hasta Palma sin contratiempos?

## Capítulo 26

Guillem iba recobrando la serenidad mientras esperaba, por segunda vez en menos de quince días, a Joana en la entrada para ambulancias de Son Dureta. Le gustaba mucho, muchísimo.

«Más de lo que me gustó Nuria al principio», se dijo.

No podía dejar de pensar en ella ni un solo momento. Le parecía que la situación que acababan de vivir los había acercado al otro de una manera única. Su forma de resolver los problemas, su amabilidad no exenta de firmeza y la fuerza que desprendía lo tenían noqueado. Se sentía cada vez más unido a ella y eso lo llenaba de confusión. No debía enamorarse, pero no sabía cómo podía evitar hacerlo.

Sabía que cuando Joana se fuera, se quedaría hecho polvo, pero al mismo tiempo sabía que no podría separarse de ella mientras siguiera en Petra.

Le constaba que no era el único que estaba encantado con Joana. Últimamente el nombre de la médica aparecía en multitud de conversaciones, y la mayoría no hacía otra cosa que alabarla tanto a nivel personal como a nivel profesional. Siempre había algún que otro descontento, no era de extrañar; uno nunca podía gustar a todos.

Joana salió al cabo de un buen rato, haciendo que el corazón se le acelerase en el pecho. No podía dejar de mirarla, aunque iba hecha un adefesio; Guillem no se había dado cuenta hasta ese momento, pero llevaba la ropa llena de sangre seca. ¿Cómo había podido mancharse tanto? Parecía salir de una película de terror.

—La madre y el niño están estupendamente. —Una gran sonrisa de satisfacción iluminaba su cara—. Y el padre va tomando color, ya no parece un fantasma. A ti también te veo mucho mejor, por cierto.

—Puedes reírte cuanto quieras, pero no me gustan nada estas situaciones.

—Cualquiera diría que no has visto un parto en tu vida. ¿Qué pasa, no sangran los animales a los que tratas?

—Vale, vale, ya veo que vienes dispuesta a hacer leña del árbol caído. El problema no es la sangre, lo que me pone muy nervioso es oír a la gente quejarse y gritar, y si eso viene acompañado de cantidades ingentes de sangre en mi pobre ambulancia, ya lo acabamos de rematar. Los animales, por norma general, no chillan ni se cagan en todos los santos del cielo para dar a luz.

Joana rio. Tenía una risa cantarina que enloquecía a Guillem. Pensó que le encantaría ser capaz de hacerla reír siempre de esa manera.

Elevó un hombro a modo de disculpa y puso la ambulancia en marcha.

—Sabes que en cuanto los orgullosos padres vuelvan al pueblo estaremos en boca de todos, ¿verdad?

Joana se volvió hacia él con el espanto dibujado en su bello rostro, pero enseguida suavizó la

mirada que le dirigía y sonrió.

—¿A ti te molesta que hablen?

—¿A mí? No, hace años que dejé de importarme. En un pueblo tan pequeño las «proezas» de todos se cantan a los cuatro vientos. Hay cosas mucho peores sobre las que chismorrear; lo del veterinario que se acuesta con la médica no me parece tan mal. —Le apoyó una mano sobre una pierna con mucho cuidado de evitar las manchas de sangre que cubrían su pantalón vaquero—. Además, seguro que pasará pronto a un segundo plano, la desbancarán enseguida noticias más succulentas. Siempre es así.

—Pues a mí tampoco. De todas maneras, creo que he sido un tema recurrente de conversación en las últimas semanas.

Se quedaron un rato callados, después ella prosiguió:

—Nunca me he sentido tan unida a la gente como desde que estoy en Petra. Quiero decir que en Nueva York ni siquiera conocía a los vecinos del apartamento de enfrente; aquí, en cambio, creo que ya conozco a todo el mundo. O al menos a la mayoría. Algunos de los pacientes que han venido a la consulta ni siquiera tenían nada importante; me parece que venían más que nada para conocerme y saber de mí. Y no te creas que no me he enterado de muchas historias succulentas en el poco tiempo que hace que estoy en la consulta.

Guillem se rio.

—Si has dejado que la gente te cuente sus penas en la consulta, pronto se convertirá en un confesionario. Don Cosme te va a matar; él, que echaba a las cotillas más deprisa que corriendo...

—No digas eso, la gente lo adora. Creo que empiezo a entender su renuencia a dejar de ejercer. ¡Ostras! Teníamos que haber aprovechado y acercarnos a verlo, ¡no tenemos ninguna consideración!

—No creo que pasearse por el hospital con las pintas que llevas sea lo suyo.

Joana se miró la ropa.

—La verdad es que me he puesto bonita...

—Nunca en la vida he visto a don Cosme ensuciarse de sangre, y no creo que lo haya visto llevar bata jamás. Polita nació el día de la final del mundial de fútbol del 62, y en cuanto la puso en brazos de la madre, se dirigió derecho a la puerta. «¿Ni siquiera va a echarle un vistazo a la niña, don Cosme?», cuentan que le preguntó la abuela. Él contestó: «Niñas como esa nacen todos los días, en cambio, la final del mundial solo puedo disfrutarla una vez cada cuatro años». Y salió sin mirar atrás.

—¿Y no se le echaron a la yugular? —dijo Joana entre risas.

—¡Qué va! Estos de la cuadrilla no sé cómo lo hacen, pero tienen encandilado a todo el pueblo.

—¿Y por qué decidieron que tú tenías que conducir la ambulancia?

—Esa es otra historia interesante. El ayuntamiento compró la ambulancia y el coche fúnebre, a la vez, en los años setenta. Mi abuelo fue el primer conductor de los dos, y si pasas un poco más de tiempo con él, seguro que te contará que Ana Ferrer fue quien tuvo el triste privilegio de estrenar ambos coches. Primero la llevó en ambulancia a Son Dureta y al día siguiente fue a recogerla con el coche fúnebre. Es una de sus batallitas más memorables. Después, mi padre fue su sucesor, y a mí ni siquiera me lo preguntaron. Me tocó y ya está. —Se encogió de hombros—. De todas formas, no me queda demasiado tiempo al frente de la ambulancia. Es de las últimas que quedan en la isla como ella. Los ayuntamientos ya no son los propietarios, si no que han surgido empresas que prestan el servicio por toda Mallorca. Las nuevas ambulancias son vehículos más cómodos, en los que uno puede estar de pie. No creo que tarden mucho en darle el retiro. Lástima

que no vaya a suceder lo mismo con el coche fúnebre.

—Sí, la verdad es que cuando la vi por primera vez me pareció una reliquia del pasado, pero, aunque te parezca difícil creerlo, me parece que le estoy tomando cariño.

Entraron en el pueblo muy poco tiempo después y se dirigieron a las cocheras del ayuntamiento para limpiar la ambulancia.

—Aún no hemos decidido qué vamos a hacer hoy. Podríamos ir a tomar el sol a la playa.

—¿A la playa? Pero si aún hace mucho frío para eso.

—¿Qué va a hacer frío? Si luce un sol espectacular. En Nueva York había nevado varios días antes de que yo saliera hacia aquí. Para mí el día es fantástico para ir a nadar.

—¡Porque eres medio guiri! Aquí no vamos a la playa hasta bien entrado mayo, o quizás a principios de junio, ¿pero en marzo? ¿Estás loca o qué?

Joana se reía ante la cara de chiste que ponía Guillem, y él exageraba todavía más sus gestos para que no dejara de hacerlo. ¡Cómo le gustaba esa mujer y qué maravillado estaba de su sola presencia! Ojalá pudiera hacer algo para que se quedara con él para siempre, pensó con algo de tristeza.

Se hicieron con los útiles de limpieza y abrieron la puerta trasera de la ambulancia de par en par. Mientras Guillem bajaba la camilla para poder limpiarla mejor, oyeron una voz procedente de la calle:

—¡Doctora, doctora!

—Te buscan a ti, me temo.

Joana adoptó su rol de médico y se dirigió a la entrada de las cocheras.

—La abuela se ha caído y no sé si se ha roto la pierna; dice que no la puede apoyar —oyó Guillem cómo le decía una chica de unos quince años, que reconoció como nieta del panadero; aunque no sabía cómo se llamaba, conocía bien a su familia.

—Creo que tendrás que limpiar la ambulancia tú solo.

—Claro, ve a ver qué tiene Antonia.

—¿Antonia, qué Antonia?

—La abuela de esa jovencita se llama Antonia. No te preocupes, si sigues un tiempo por aquí vas a conocer los nombres de todos los habitantes del pueblo. —Le guiñó un ojo—. De momento, aquí me tienes para echarte una mano.

Joana se dirigió deprisa hacia la puerta de la calle y Guillem la volvió a llamar:

—Quizás deberías ir a cambiarte de ropa. Igual a la mujer le da un soponcio si te ve con esa facha. Creerá que eres una carnicera y que vas a su casa dispuesta a cortarle esa pierna que le duele.

Joana le sacó la lengua, pero en cuanto salió oyó cómo le decía a la joven que la esperaba:

—En cinco minutos estoy en vuestra casa, déjame pasar primero por la mía a cambiarme de ropa, he tenido una urgencia y no quiero matar a tu abuela de un susto presentándome con estas pintas...

—Si quiere, la acompaño a su casa, así no tendré que explicarle dónde está la de mi abuela y llegaremos antes.

—Hecho, vamos para allá.

Las voces de ambas llegaban cada vez más amortiguadas hasta Guillem, que resopló cuando se vio ante el tremendo trabajo de tener que limpiar la ambulancia él solito.

\*\*\*

Tres cuartos de hora más tarde, Joana aún no había regresado, así que decidió ir a su casa para cambiarse de ropa y ver cómo estaba su familia.

Al abrir la puerta de la calle le llegó la voz clara de su abuelo:

—Pues ya no sé qué más podemos hacer para convencerla de que se quede...

—Por lo que a mí me han dicho, tu nieto bien que hace méritos. Esta mañana, cuando Andreu, el municipal, ha ido a buscarla para que los llevara al hospital, Guillem estaba en su casa a medio vestir.

Al oír eso elevó las cejas. Pues sí que habían corrido deprisa las noticias esa mañana; habían tardado menos en llegar al pueblo que él y la propia Joana.

—Vaya pandilla de verduleras estáis hechos —les recriminó entrando en la sala por sorpresa y consiguiendo que su abuelo, el cura y el notario dieran un bote en sus sillas.

—¡Mira, por ahí llega el aludido! —exclamó el notario.

—Hijo mío, te pedimos que te implicaras en el bienestar de Joana, pero ¿crees que era necesario implicarse tanto? —Don Gabriel, el cura, se mostraba enfadado.

—Así me gusta, muchacho, tú deja el pabellón bien alto. —Su abuelo, en cambio, actuaba como si él mismo se hubiera apuntado un tanto.

—Sí, tú encima dale alas. ¿Para esto me he preocupado yo, durante más de cincuenta años, por la salud espiritual del pueblo? ¿Para que los jóvenes duerman con quien quieran y cuando quieran? ¡Qué barbaridad! —El cura sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente con él.

—¡Basta ya! —se impuso el notario—. A ver, Guillem, vamos a lo que nos interesa de verdad: ¿Joana se queda o no se queda?

Guillem levantó las manos en son de paz.

—Dice que no, que ella espera que la llamen desde Nueva York y que, cuando eso suceda, se irá. No creo que nadie pueda convencerla de que no lo haga.

—¿Ves lo que te decía? Lo único que conseguiremos es que pervierta a nuestra juventud. Mejor haríamos si la mandáramos para su casa y...

—¡Cállate, Gabriel! —lo atajó don Jeroni—. Eso no es lo que hay que hacer. Lo que necesitamos es poner más empeño en que se quede. Todo el mundo habla maravillas de ella, de lo atenta y lo eficiente que es, de lo bien que trata a los enfermos y de las explicaciones fáciles de entender que acompañan a sus tratamientos. Cosme ya está muy mayor, tanto como nosotros tres. —Se señaló a sí mismo y a los otros dos ancianos.

—Yo no estoy mayor —se quejó el cura.

—¡Sí lo estás! Mayor y desfasado —lo corrigió el abuelo de Guillem—. Porque hoy en día todo el mundo duerme con quien quiere y tú no tienes por qué meterte...

El cura empezó a contradecir a don Miguel y el notario no pudo abstenerse de meterse también en la conversación, con lo cual, en menos de un minuto, estaban todos hablando a gritos y al mismo tiempo. Guillem se pinzó el puente de la nariz con el pulgar y el índice y negó con la cabeza. Esos hombres eran imposibles, no se podía tener una conversación tranquila con ellos ni para atrás.

Decidió pasar de los tres y se dirigió hacia el cuarto de baño para darse una ducha. Después iría a casa de Joana a ver si podían desayunar, porque entre una cosa y otra, no había habido ni tiempo para eso.

Cuando salió del baño, el médico y el cura se habían ido y su abuelo parecía dormitar, así que intentó no hacer demasiado ruido para no molestarlo; cuando pasó por su lado, el hombre abrió un ojo.

—¿Tú cómo estarás cuando ella se vaya, hijo? Eso es lo único que me preocupa. Sé lo mal que lo pasaste cuando se fue Nuria y no querría verte padecer de nuevo. Todo hubiese sido muy diferente de no haber sufrido ese maldito accidente. Si yo hubiese podido trabajar...

—¡Abuelo! —exclamó Guillem con la voz cargada de cariño—. Tú no tuviste la culpa de nada. De todas formas, yo no me hubiera ido tras Nuria. Mi vida está aquí y eso lo sabes tú tan bien como yo. No estoy hecho para la ciudad. ¿Qué hubiese sido de mí cuidando de perros y gatos mimados durante toda la vida?

El abuelo se rio.

—La chica te agrada, ¿eh? Bueno, cómo no te va a gustar, ¡si me gusta hasta a mí!

—Pero, abuelo, lo tuyo no tiene mérito, a ti te gustan todas —le contestó mientras le daba un apretón en el hombro con la mano y le guiñaba un ojo—. No te preocupes por mí, estaré bien. Al menos ha sido franca y sé a qué atenerme.

Don Miguel asintió varias veces con la cabeza. Tenía los ojos repletos de lágrimas; era algo que le pasaba cada vez más a menudo, pensó Guillem. Se agachó para darle un beso en la frente y después se alejó de él camino a la habitación.

\*\*\*

Llegó a casa de Joana sobre las once y tocó a la puerta. Salió a abrirle con una toalla enroscada en la cabeza, pero vestida de la cabeza a los pies.

—¿Has desayunado? —le preguntó al tiempo que la cogía por la cintura y le pasaba la nariz por el cuello—. Hueles de maravilla, quizás podría desayunarte a ti.

Joana lo empujó levemente, solo para poder mirarlo a la cara.

—No he desayunado, y la verdad es que estoy muerta de hambre. Aunque, si quieres, esta otra glotonería la calmamos después, con el estómago lleno —le dijo muy cerca de la boca sin llegar a besarlo.

Guillem llevó ambas manos hasta el trasero de Joana y la pegó a su entrepierna para que ella pudiera valorar por sí misma qué apetito prefería saciar primero, pero ella no se dejó convencer. Se separó de él, que hizo un puchero como último gesto desesperado, y se dirigió hacia el baño sin prestarle ni la más mínima atención.

—Yo invito —le dijo desde la puerta de la habitación mientras le guiñaba un ojo, después le tiró un beso.

De repente el timbre de la puerta sonó de forma escandalosa e ininterrumpida durante, al menos, diez segundos. Guillem dio un respingo mientras mascullaba para sus adentros:

«¿Hoy no piensan dejarla en paz o qué?».

Abrió la puerta con ímpetu para encontrarse a su hermana, que lucía una sonrisa radiante en el rostro.

—¿Estás loca? Pensaba que era alguien a punto de morir.

Rosa elevó el labio superior, solo una esquinita; era un gesto que repetía muchas veces al día, pero no por ello le parecía menos molesto a su hermano.

—Creía que estabas en casa —le espetó por todo saludo.

—Y yo, que tú no te habrías levantado todavía...

—Venía a buscar a Joana para ir a desayunar y para que me contara qué tal.

—¿Qué tal qué?

—¿Tú qué crees? —le preguntó pícara.

—Creo que se te va la pinza, cada día más.

Joana se incorporó a la conversación en esos momentos.

—No te preocupes, Guillem, no le contaré lo de los tres gatillazos...

Rosa abrió unos ojos como platos y miró con falsa cara de compunción a su mellizo mientras estallaba en carcajadas.

—Joana, ¿en serio tienes que marcharte? No quiero que salgas de nuestras vidas. Eres la mejor cuñada que he tenido nunca, con diferencia.

\*\*\*

Se pararon en el horno a comprar unas ensaimadas, de camino al bar Centro, donde ya los esperaban Pedro, Polita y Pepo. No había ni rastro de Jaume, que seguramente seguiría durmiendo hasta que fuera hora de abrir el pub, después de comer.

—Algún guarro me ha vomitado justo en frente del portal de casa esta mañana —les dijo, por todo saludo, Práxedes, la madre de Jaume—. ¿No sabréis, por casualidad, quién ha podido ser?

Lo primero que pensó Guillem fue que Jaume no había podido llegar al baño de su casa y había vomitado en la acera. «Vaya curda debía de llevar», se dijo. Vio que Pepo fijaba la vista en el suelo y estuvo seguro de que su presentimiento era cierto. En cuanto Práxedes se alejó de la mesa, interrogó a su amigo con la vista.

—Tuve que llevarlo en volandas hasta el coche. Nos paramos varias veces por la carretera para que pudiera vomitar, y cuando ya creía que no podía sacar nada más por esa boquita, vomitó en la acera, justo enfrente de su casa, como ha dicho su madre. Tuve que meterlo en la cama, y os aseguro que ni Polita ni yo nos quedamos nada tranquilos. He pasado la noche en vilo temiendo que se ahogara en su propio vómito —susurró Pepo—. Creo que alguien debería hablar con él. Lo de ayer fue la gota que colma el vaso. El Rata tiene un problema, y me parece que nosotros deberíamos hacer algo...

Práxedes se acercaba con los cafés con leche y Pepo cerró la boca de golpe. Sonrió a la madre de su amigo con aspecto turbado y se puso a remover su café en cuanto lo tuvo enfrente.

Ninguno dijo nada durante un buen rato. No era una conversación que apeteciera a nadie, pero eran conscientes de que debían hablar con su amigo cuanto antes, si no querían que el tema se le fuera por completo de las manos.

—Yo hablaré con él —dijo Joana—, no os preocupéis, solucionaremos eso.

—No te tiene tanta confianza, a lo mejor es un asunto que no le gustará discutir contigo...

—Soy la médica del pueblo, ¿no? Pues déjalo en mis manos. No será el primer borracho con el que trate.

## Capítulo 27

Querida Mónica:

Ya sé que te prometí que te escribiría hace días, pero es que no he tenido ni un minuto libre durante la última semana.

Desde que hablamos el domingo, después del famoso concierto, han pasado tantas cosas que no sé cuál contarte en primer lugar, así que he decidido relatártelas por orden cronológico. ¡Ahí voy!

El lunes a media mañana llamaron a la consulta para avisarme de que iban a darle el alta a don Cosme por la tarde, así que cuando cerré a la una del mediodía, fui a casa de Guillem para preguntarle si me acompañaba (sí, ya sé que quieres más detalles de nuestra «tórrida historia», como te ha dado por llamarla, pero tendrás que esperar. ¡No sé si quiero contarte esas cosas por carta, o si debería contártelas siquiera!). Accedí, por supuesto, así que después de comer nos marchamos hacia Palma. Don Cosme no nos recibió con los brazos abiertos, como hubiera sido de esperar; nos riñó como si fuésemos dos adolescentes, ¿puedes creerlo? Y nosotros, en lugar de defendernos, bajamos la cabeza como si realmente mereciésemos la reprimenda. Después descubrimos que se había enfadado porque en cuanto le comunicaron que le daban el alta, había decidido que no pensaba comer ni un gramo más de la «bazofia» (palabras textuales) sin sal que le daban en el hospital, y pretendía que parasemos a comer en un restaurante muy famoso que hay cerca del pueblo. Ni te cuento cómo se puso cuando vio que pasábamos de largo y nos íbamos directos hacia Petra...

Guillem se despidió de nosotros en casa del médico, el muy granuja se largó y me dejó sola ante el peligro. Pero me desquité por eso más tarde (y, hum, eso tampoco voy a contártelo. Ua, ja, ja, ja). El pobre anciano llegó fatigadísimo a su casa, y ¿quieres creer que aún pretendía que le devolviera las llaves de la consulta? Esa sí que fue una lucha de titanes digna de verse... No, es broma. La cosa fue más o menos así:

Él: Ya no será necesario que te ocupes de la consulta, a partir de mañana mismo volveré a abrirla yo.

Yo: Don Cosme, usted todavía está convaleciente. En mi opinión debería descansar unos días más antes de...

Él: Mira, niña, antes de que tú nacieras, casi antes de que naciera tu padre, yo ya ejercía la medicina hacía mucho tiempo. Sé muy bien lo que me ha pasado y, aunque tú y tus otros colegas novatos del hospital os empeñéis en decir que debo descansar, yo conozco muy bien mis deberes, y uno de ellos es velar por la salud de mis pacientes.

Yo: Ya lo creo que sí. Lo único que pretendía sugerirle era que descansase usted un tiempo más. Mientras, yo vendré todos los días a pasarle el parte de los pacientes y a consultar con usted lo que nos conviene hacer en cada caso. Sobre todo, en los más complicados.

¿A que tengo la mejor mano izquierda de toda la isla? Estaba segura de que estarías tan orgullosa de mí como demuestra tu alboroto. Puedo verte en mi imaginación dando palmas, ¡así que no lo niegues!

El pobre se quedó satisfecho, y la verdad es que ha sido interesante ir a hablar con él de algunas de las consultas que me han hecho los pacientes. Tiene respuestas para todo y, a veces, solo por las dolencias, sin que le dé el nombre del sujeto en cuestión, ya sabe de quién le estoy hablando. Creía que sus conocimientos estarían obsoletos, pero está bastante al día de la mayoría de los tratamientos, y ya me gustaría a mí contar con dos o tres médicos como él cuando esté al mando de la unidad de urgencias del NYPH.

Como predijo Guillem, en pocos días el pueblo entero supo que habíamos pasado la noche juntos, y todo el mundo dio por sentado que iba a quedarme en Petra. Los primeros días me daba mucha rabia que la gente se tomara la libertad de hablar de mí, y no solo a mis espaldas: muchos de los pacientes que venían a la consulta

me daban la enhorabuena, si no me preguntaban directamente cuándo pensábamos casarnos el veterinario y yo... Fue algo demencial, te lo aseguro. Al final, le hice caso a Guillem y dejé de molestarme por lo que la gente decía; a los tres días salió un tema más interesante (algo sobre unos micros en el despacho del alcalde) y la gente dejó de hablar de nosotros tan rápido como había empezado a hacerlo.

A ver, ¿qué más?

¡Uf, esto fue muy fuerte! El payés, el que cuida la finca de mi tía, que está repleta de ovejas, vino a verme. Quería echar cuentas conmigo como solía hacerlo con ella, pero yo no tenía ni idea de lo que me estaba hablando, así que tuve que mandar a llamar al notario para que me echara una mano. Al final lo resolvieron todo entre ellos dos sin que yo tuviera que intervenir, y menos mal. Me había entrado sudor frío solo de pensar que el buen hombre quisiera reclamarme cualquier cosa o que pensara que era hora de que me ocupara yo de las ovejas...

¡Ah, sí! A Silvia le dieron el alta el jueves y, nada más llegar a Petra, vino con Andreu a verme a la consulta. ¡Habían decidido que el niño se llamaría Joan en honor a mí! No sabes cuánto me emocioné. Estuve a punto de echarme a llorar como una boba, de hecho, creo que los ojos se me llenaron de lágrimas, pero aguanté estoicamente. Ya sé que tú hubieras preferido que llorara y demostrara que soy una persona «normal», pero ya conoces mi norma de no mostrar flaqueza ante los que ponen sus vidas en mis manos.

Bueno, creo que por hoy no te cuento nada más. Estoy cansada y tengo ganas de meterme en la cama.

Un beso muy fuerte para ti y otro para Matt y los niños.

JOANA

PD1: Por cierto, Baltasar os envía saludos a todos; quiere decirnos que está muy contento de lo bien que he aprendido a cepillarlos y que le encantan las largas conversaciones unidireccionales que mantenemos.

PD2: ¿De verdad creías que no iba a contarte nada sobre Guillem, o estás leyendo esto antes de haber leído el montón de cosas interesantes que te he escrito? En cualquiera de los dos casos: agárrate, que vienen curvas.

Hemos pasado mucho tiempo juntos (normal que la gente del pueblo murmure sobre nosotros) y te juro que nunca había conocido a alguien como él. Podría enamorarme, si no estuviera segura de que en menos de un mes estaré de regreso en Nueva York... De hecho, creo que un trocito de mi corazón se quedará aquí cuando me vaya, no solo por él, aunque sí la mayor parte. Me consta que podré regresar siempre que quiera, aunque no tenga mi propia casa. Sé de algunos sitios en los que seré bien recibida. Te prometo que lo haré; me encanta el pueblo, me encanta su gente y me encanta Guillem. ¡Cómo me pone! ¡Qué hombre tan apasionado, Mónica, qué bien hace todo lo que hace y qué bien sabe dónde tocarme para que vea el cielo! Ahora entiendo a qué te referías cuando conociste a Matt y decías que no solo era la atracción física, sino la compenetración, y el saber qué quería y esperaba el otro, lo que os unía. En parte te envidio. No sé si encontraré a otro como Guillem en Nueva York y tengo claro que él no vendrá tras de mí cuando me marche. Solo espero que no sea tan duro separarnos como ahora mismo intuyo que lo será.

Es que me doy cuenta de que no solo nos une el interés erótico, hay algo más que no sé cómo definir, algo que me inunda el corazón de alegría cada vez que lo tengo cerca, algo que me hace sentir completa, algo que nunca me había sucedido...

Te quiero, te echo de menos, me encantaría que me dijeras qué piensas... Seguro que ya has dejado de leer para llamarme y hacérmelo saber. ¿Hola, hay alguien ahí?

XXXOOO

## Capítulo 28

Joana y Guillem estaban tomando una copa por la tarde en el pub, comiendo pipas, charlando y robándose algún que otro beso en una de las mesas más apartadas, cuando Jaume apareció con su propia copa en las manos para sentarse con ellos.

—¡Hey, pareja! Sabéis que estáis causando furor en el *ranking* de cotilleos, ¿no? —Arrastraba un poco las palabras.

—Jaume —le dijo con suavidad—, ¿no crees que igual ya has bebido demasiado? ¿Por qué no vienes mañana a mi consulta y hablamos de qué podrías hacer para controlarlo un poco? Te podría hacer una analítica...

—¿Y tú por qué no te metes en tus puñeteros asuntos? —elevó la voz; no había casi nadie en el pub, pero los pocos clientes que se encontraban en el local se volvieron a ver qué pasaba—. Su consulta, dice. Pero si todos sabemos que vas a marcharte en cuanto te llamen de tu querido hospital. Eso si te llaman, claro. A mí no me parece que tengan tantas ganas de que vuelvas; ya hace por lo menos un mes que estás por aquí y de tu famoso trabajo en Nueva York, nada de nada. ¿Por qué te echaron, eh? ¿Por metomentodo?

Guillem no la dejó contestar. Antes de que pudiera abrir la boca se levantó de la mesa y se encaró con Jaume.

—Creo que deberías pensar en cerrar y meterte en la cama. A mí también me parece que por hoy ya has bebido suficiente.

—¡Uy, qué valiente y qué machito se ha puesto! ¿Qué piensas hacerme? ¿Ponerme un ojo morado como hiciste con Pedro? Él ni siquiera se defendió, pero no creas que yo no lo haré.

—¿Quieres cerrar esa boca? Todos nos están mirando y quien más tiene que perder eres tú. —Cogió a su amigo del brazo y lo hizo sentarse. Jaume se tambaleó al tenerse que mover de forma tan brusca y después colocó la cara entre las manos. Guillem se dirigió a los ocupantes de las otras mesas—. Chicos, hoy Jaume va a cerrar más temprano. Os invita a esta copa, pero deberías empezar a marcharos.

Joana se sentía invadida por una rabia que prefirió mantener a raya, porque si la dirigía contra cualquiera de los dos hombres se iba a armar gorda, pensó.

—Pues menos mal que sabías cómo tratar a los borrachos...

—¡Claro que sabía!, ¡que sé! Pero tú te has metido y no me has dejado ni intervenir. —Otra pulla cortante estaba a punto de salir de su boca cuando Guillem la interrumpió.

—Lo siento, es que he creído que iba a ponerse violento y no he podido quedarme callado. Me ha asustado que pudiera hacerte daño —le dijo mirándola con una dulzura que la hizo olvidar su enfado de golpe—. No me pareció que estuviera tan borracho cuando hemos entrado hace un rato.

—Y probablemente no lo estaba, pero le ha bastado beber un poco más y ha rebasado su límite.

—Joder, cómo pesas, Jaume. Tienes que ponerte a dieta.

Jaume balbuceó alguna incongruencia y se dejó llevar por Joana y Guillem hasta su habitación. Vivía en un apartamento anexo a la casa de sus padres y tenía cierta independencia.

—Será mejor que entremos en el bar Centro y avisemos a Práxedes de que se encuentra indispuerto. No entiendo que siendo su madre no se dé cuenta de los pedales que se pilla.

—Hace una negación para protegerse a sí misma del dolor. Lo más seguro es que a nivel subconsciente sí se dé cuenta, pero no lo admite para no tener que aceptarlo.

—Vale, decidido, serás tú quien le diga que Jaume está mal. Te creará porque eres la médica. Me parece que también deberías decirle que le has dado algún calmante y que dormirá toda la noche. Por si se le ocurre ir a verlo.

—Muy bien, ¿tiene algo más que añadir, el señor? —le preguntó elevando una ceja.

—No, creo que eso será suficiente para dejarla tranquila.

—*Really?*

Guillem la miró con una sonrisa torcida.

—No me digas que te vas a enfadar solo porque he puesto un puñado de palabras en tu boca.

—No me voy a enfadar, pero no voy a mentir a la madre de Jaume, y mucho menos si tengo que meterme en el papel de médico. Y ese discurso que has preparado para mí no es más que una sarta de mentiras.

—Está bien, se lo diré yo. ¿O es que prefieres entrar y decirle a la pobre Práxedes que su hijo tiene un problema con la bebida y que lo hemos tenido que meter en la cama?

—Pues quizás eso sería lo más conveniente...

—Pero no es algo que puedas decidir tú. Tendrás que preguntárselo a él cuando esté sobrio, cosa que no sucederá antes de mañana.

Joana miró a Guillem frunciendo el ceño.

—Está bien, pero si mañana no consigo hablar con él cuando esté despejado, tendré que explicárselo a su madre. De todas maneras, tendrá que enterarse.

—Eso será si él quiere ponerle solución al problema que tiene.

—¿Qué te hace pensar que no querrá?

—Trabaja en un bar, aunque quiera, le va a resultar muy difícil. Ya ha intentado dejarlo otras veces y nunca le ha funcionado.

—¿Sabes si ha seguido algún programa del tipo Alcohólicos anónimos? Funcionan muy bien.

—Bueno, aquí hay algo parecido a eso llamado Proyecto Hombre, pero le van a pedir abstinencia.

—Eso es lo que tiene que hacer, abstinencia. A lo mejor tendrá que cambiar de trabajo...

Guillem la interrumpió, levantó la mano y acunó en ella la mejilla de Joana.

—Te repito que eso no es algo que podamos decidir nosotros. Tienes que darle un tiempo para que se haga a la idea. No es seguro que él esté tan convencido de que beber es malo como lo estamos nosotros; al fin y al cabo, él ha crecido en el ambiente de un bar. Hay cosas que ha normalizado. Pero me encanta que te preocupes tanto por su bienestar y su salud.

Joana colocó su mano sobre la de Guillem y lo miró con dulzura.

—Claro que me preocupo por él; por él, y por el resto de vosotros. Sois mi familia, los primeros amigos de verdad que he tenido, quitando a Mónica, claro; ¿cómo podría no hacerlo?

Guillem le rozó el pómulo con el pulgar y después la besó, muy suavemente al principio, penetrándola con la lengua y acercándola a él todo lo posible, después.

—Entra tú a ver a Práxedes, así yo no tendré que mentir —le dijo separándose un poquito de él

—, te invito a cenar para que después podamos terminar este intercambio en un sitio más íntimo.

Él le dio un besito en la nariz y se separó de ella con renuencia.

—Voy tirando para casa, te espero allí.

En cuanto hubo acabado de pronunciar esas palabras sintió como algo le estrujaba el estómago. Quiso creer que era anticipación por lo que sucedería en su casa al cabo de un rato; no se dio cuenta de que estaba atravesando la fase de negación como la madre de Jaume. No quería llevar a su mente consciente el hecho de que se había enamorado como nunca, y que esa sensación de ingravidez y de dicha absoluta era debida a que había entregado su corazón sin querer, sin buscarlo, a un hombre que tendría que abandonar más pronto de lo que prefería imaginar.

\*\*\*

Al día siguiente, cuando Joana acudió a abrir la consulta, se encontró con una sorpresa agri dulce. Se alegró de ver a Polita esperándola, pero parecía muy nerviosa, así que se preocupó por el motivo de la inesperada visita.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a modo de saludo—. ¿Estás bien? ¿Está bien Pepo?

—Sí, sí, los dos nos encontramos bien. Bueno, al menos eso es lo que nos decimos uno al otro.

—Pasa, pasa. Hablaremos en la consulta.

A medida que entraba, Joana iba encendiendo las luces al tiempo que observaba cómo Polita se retorció las manos. No la hizo esperar y la invitó a sentarse en una de las sillas del consultorio; ella se sentó a su lado.

—Dime, ¿qué sucede? Te veo algo alterada, ¿quieres un vaso de agua?

—No, no te preocupes. De verdad que no es nada grave, pero... —Su amiga parecía no encontrar las palabras—. Es que Pepo no estaba muy convencido de que viniera a verte, pero yo le he dicho que ya que tú estabas aquí... Bueno, que consultarte este tema a ti... Eso, que no sería tan difícil como a don Cosme.

—Me estás asustando un poco.

—¡No, no! —Polita sonrió tímidamente, aunque agarró el asa de su bolso tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos—. No hay necesidad de que te asustes. Verás... Pepo y yo...

Joana levantó las cejas invitándola a hablar; cada vez estaba más preocupada por lo que podría ser que les estuviera pasando a sus amigos, su cerebro barajaba mil opciones por segundo y ninguna era halagüeña.

—¡No conseguimos quedarnos embarazados! —dijo, al fin, de corrido y desviando la vista al suelo.

Joana soltó todo el aire que estaba reteniendo.

—¡Ah, eso! —sonrió—. En serio que me habías preocupado.

Polita la miró un poco desencantada y Joana, al darse cuenta, retomó su rol de médico y apartó a un lado el de amiga preocupada.

—¿Os habéis hecho pruebas de fertilidad? —Se levantó de la silla y fue a por el esfigmomanómetro para mirarle la tensión arterial.

—No, aún no. Yo prefería consultar contigo cuáles eran los pasos antes de hacer nada.

—¿Cuánto hace que lo estáis intentando?

Polita agachó la cabeza y susurró:

—Casi dos años. —Parecía que no había terminado de hablar, por lo que Joana no la

interrumpió—. Lo peor es que el sexo ya no es divertido; parece como si lo hiciéramos por obligación, para ver si esta vez será la «vez». Pepo dice que para él no es un problema no tener hijos, pero yo sé que no lo dice de verdad. Le encantan los niños, y yo estoy aterrada por si no puedo dárselos...

Joana la cogió de la mano y la dejó desahogarse sobre su hombro. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Tienes menstruaciones regulares?

—No, nunca las he tenido. Algunas veces tengo la regla durante un mes seguido y luego estoy dos o tres meses sin tenerla. Me harta a comprar test de embarazo, y siempre son negativos.

—Lo primero que haremos será sacarte sangre y ver cómo están tus niveles hormonales. La verdad es que no soy muy experta en el tema, lo mejor sería que visitarais a un ginecólogo, pero puedes ir con la batería de análisis hechos y todo ese tiempo que te ahorras. Por otra parte, las mujeres con los periodos menstruales como el tuyo a veces pueden tener dificultades para concebir, aunque lo peor de la situación es obsesionarse. Mi consejo es que dejéis de pensar en ello. Que dejéis de hacerlo para quedaros embarazados. Ahora estaréis en manos de profesionales, ellos se ocuparán de todo el asunto, y lo único que os tiene que preocupar a vosotros es disfrutar de estar juntos. Sois muy jóvenes, queda tiempo.

Polita se secó las últimas lágrimas que le bañaban la cara y sonrió levemente.

—Sabía que tenía que venir a hablar contigo, sabía que me ayudarías.

La abrazó, y tomó tan por sorpresa a Joana, que al principio no supo reaccionar, pero en seguida le devolvió el abrazo. Antes de separarse del todo de ella, se le ocurrió una idea:

—Túmbate en la camilla, que te voy a explorar... El otro día leí un artículo... —Dejaba las frases a medias mientras pensaba en lo que había estudiado en una revista de ginecología que cayó en sus manos durante una de sus últimas guardias en el NYPH.

Como la consulta carecía de camilla ginecológica, la postura de Polita no era muy cómoda, pero a Joana le bastó para hacerse una idea aproximada de la situación.

—Tienes el útero en retroversión, o al menos es lo que me ha parecido.

—¿Y eso qué significa? —preguntó espantada.

—Nada malo —se rio Joana—. Solo que quizás deberías probar a tener relaciones en posición genupectoral y con penetración posterior. Parece ser que la desviación del útero queda atenuada con esta postura y, además, permite una apertura mayor del cuello uterino.

Polita puso cara de asombro y sus cejas casi le rozaron el nacimiento del pelo.

—Perdona, ¿qué?

Joana dibujó una sonrisa pícaro en su cara y guiñándole un ojo le contestó:

—Pues que deberíais hacerlo en la posición del perrito. —Sonrió, pícaro.

\*\*\*

La mañana pasó rápidamente, y cuando Joana ya se disponía a cerrar el consultorio, vio a Jaume. Llegaba con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos y dando patadas a las piedrecitas que se interponían en su camino.

Cuando estuvo a su altura, levantó la cabeza y la miró con los ojos más tristes que ella recordaba haber visto en mucho tiempo.

—Pasa, no te quedes ahí.

—Gracias.

En cuanto estuvieron dentro de la consulta, Jaume se sentó; estaba abatido y su aspecto no era nada bueno. Joana, por costumbre, le colocó el aparato de tensión alrededor del brazo.

—Siento mucho mi comportamiento de ayer. Sé que ir bebido no es un atenuante en este caso.

—Ir borracho no debería ser nunca un atenuante. ¿Sabías que mis padres murieron porque un conductor que rebasaba con mucho el límite de alcohol en sangre salió de su carril y chocó con ellos? —preguntó con un deje de tristeza y furia reflejada en su voz.

—No tenía ni idea, Joana, lo siento mucho. Yo me moriría si me sucediera algo así.

—Otra razón más para intentar dejarlo, ¿no crees?

—No sé cómo podría dejarlo, Joana, trabajo en un bar que mis padres montaron para mí. No puedo buscarme otro trabajo.

—¿Por qué no?

—¿Qué pensarán?

—¿Quiénes?

—Mis padres. No lo saben, no se han dado cuenta. La gente del pueblo...

—¿Qué más da lo que piensen? Es tu vida, y tú eres quien tiene que luchar para llevarla adelante.

—¿De qué viviré? No sé hacer nada.

—Eso es del todo imposible, estoy segura de que hay un montón de trabajos en los que te desempeñarás genial. Traspasa el pub, eso ya te supondrá un ingreso... No sé, algo encontrarás. Lo más importante es que ya has dado el primer paso, que es reconocer que tienes un problema. Lo siguiente que tienes que hacer es buscar ayuda; yo te puedo recetar alguna medicación que contribuya a sobrellevar el síndrome de abstinencia, pero la medicación no sirve a largo plazo.

—No sé, Joana, puedo volver a intentarlo yo solo...

—Te lo desaconsejo. Estás todo el día metido en un bar, ¿cómo pretendes evitar la tentación, al menos al principio?

—¡Pues tendré que hacerlo! Cuando ha venido Guillem y me ha contado lo de ayer y lo del día del concierto, no podía dar crédito. ¡No me acuerdo de nada! Y yo que estaba tan seguro de que controlaba...

—Me parece que estás escogiendo el camino más difícil, serán días duros.

—Ya lo sé. Lo he intentado antes. Pero esta vez os tengo a mi lado y sé que me ayudaréis si os necesito. He hablado con todos, solo me faltaba pedirte disculpas a ti.

Así que no había acudido a la consulta en busca de consejo, se dijo Joana. Solo había ido para disculparse y a buscar el apoyo de una amiga, y ella se había puesto en plan médico total.

—Claro que te echaremos una mano, y dos, si hace falta, pero el que tiene que estar convencido eres tú.

—Lo estoy. Esta vez será la definitiva, ya lo verás.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Sabes? Quizás tienes razón y podría traspasar el bar. Si les explico a mis padres el motivo, lo entenderán. Nadie me lo había planteado, pero no me parece una idea tan descabellada.

Joana, que se había levantado al mismo tiempo que él y estaba a su lado, le dio un fuerte abrazo.

—Te apoyaremos en lo que sea que decidas. Somos tus amigos, nos tienes para todo lo que necesites. Ya lo sabes.

## Capítulo 29

Los días transcurrían muy deprisa en Petra. Joana estaba mucho más ocupada de lo que hubiera podido imaginar a su llegada al pueblo. Sin darse cuenta, habían pasado más de dos meses y Patrick no la había llamado aún; por lo menos no para pedirle que se reincorporara al NYPH. Sí que se había puesto en contacto con ella en un par de ocasiones para preocuparse por su estado, y Joana lo había llamado otras tantas para hacerle consultas sobre algunos pacientes; en definitiva, no estaban desconectados del todo.

Era domingo y por fin Guillem había accedido a llevarla a la playa. Le había dicho que pasarían allí todo el día, así que Joana había preparado unos cuantos sándwiches y los había puesto en una bolsa junto a una botella de agua y varios refrescos. Estaba revisando que no le faltara nada cuando oyó el claxon del coche llamándola.

—¿A dónde me llevas? —preguntó tras ocupar el asiento del copiloto.

—Ya te lo dije, vamos a la playa.

—Sí, pero ¿a qué playa?

—Tú espera y verás. ¿Te has puesto las zapatillas de deporte? Lo único malo que tiene esta cala es que se hace difícil acceder a ella, aunque a lo mejor es por eso por lo que sigue siendo virgen...

Joana se sentía emocionada; veía a Guillem resplandeciente en su papel de cicerone y notaba cómo la ansiedad le subía por las piernas y se instalaba en su estómago. Hacía muchísimo tiempo que no se sentía tan viva. En su vida en Nueva York no había tenido tiempo para cosas emocionantes, al menos no desde que habían muerto sus padres. Incluso antes, cuando se esforzaba a diario por ser la mejor residente de urgencias del hospital. Sacudió la cabeza para borrar esos pensamientos, no quería acordarse de su vida en Estados Unidos en esos momentos, solo quería disfrutar del día junto a Guillem.

Se habían besado de forma fugaz cuando había subido al coche, pero al poco de salir de Petra, él había soltado una mano del volante y había empezado a acariciar su pierna desnuda, haciendo que se estremeciera de anticipación y placer.

Dejaron atrás varios pueblos, muy parecidos al suyo, todos con sus casas encaladas de blanco y sus persianas de colores alegres, y siguieron por la carretera. La zona residencial a la que llegaron en último lugar estaba llena de grandes chalets. Siguieron por la carretera principal hasta el final de una cuesta muy empinada. Guillem aparcó el vehículo y anunció que habían finalizado el trayecto en coche.

—A partir de aquí, hay que seguir a pie.

Nada más salir del coche el olor a resina de los pinos invadió las fosas nasales de Joana. Eran árboles jóvenes y estaban rodeados de matas y carrizos que se mecían al son del viento.

Empezaron el descenso por una ladera empinada; Guillem iba delante y se volvía continuamente para asegurarse de que no tenía dificultad en seguirlo. Él había cargado con la bolsa de la comida y otra que contenía toallas y algo de ropa de recambio, por lo que ella podía moverse con facilidad.

Al pie de la ladera apareció ante la vista una playa de rocas grises y planas, muy bonita por su cercanía a las montañas, pero nada tan espectacular que mereciera casi una hora de camino en coche, pensó. Vio que Guillem no se detenía y lo siguió. Traspasaron dos rocas grandes, a ambos lados de un caminito estrecho, con cierta dificultad, y el escenario que apareció ante Joana la dejó sin habla.

Una pequeña playa de arena blanquísima los esperaba a los pies de un acantilado de tierra sembrado de más pinos jóvenes. Miró al mar y vio destellos de luz sobre el cristal de las aguas. Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que Guillem la observaba con una sonrisa radiante. Y sintió cómo su corazón vibraba, emocionado.

—Es un lugar maravilloso —dijo, mirando a Guillem y sin poder ocultar el estremecimiento de su voz.

—Lo es, ¿verdad? —contestó él, ensanchando aún más su sonrisa—. Vamos al agua, no puedo esperar a enseñarte el rincón que más me gusta de la playa.

Joana se quitó el pantalón corto y la camiseta y se quedó en bikini. A su espalda oyó cómo Guillem soltaba el aire despacio entre los dientes y no pudo evitar regocijarse de gustarle tanto. Aunque en eso estaban empatados. Se volvió para poder observarlo mientras él se sacaba la camiseta por la cabeza y, como en las otras ocasiones en que lo había visto sin ropa, algo caliente se instaló entre sus muslos. Le encantaba ese hombre, no podía dejar de contemplarlo, extasiada.

Guillem se acercó al agua y se zambulló sin esperar ni un segundo. Emergió unos metros más adelante mientras sacudía la cabeza hacia un lado para que el pelo no le molestara en la cara.

—¡Está helada! —gritó—. Entra sin pensarlo; si no, te costará mucho más.

Joana comprobó el agua con los dedos de los pies y en un principio le pareció que no estaba tan fría como Guillem insinuaba. Se metió con calma y se dio cuenta de que él no había exagerado, y que en nada sentiría aquella agua tan gélida llegando a sus rodillas, a su pelvis, a su ombligo... Contuvo la respiración, intentaba aclimatarse, sin conseguirlo, y daba saltitos para evitar salir corriendo hacia el calor de la arena y el sol.

Guillem la cogió de una mano, obligándola a acercarse a él. La estrechó contra su pecho y la besó. Primero despacio, luego con más intensidad. El frío del agua había desaparecido; en la cabeza de Joana solo quedaba un recuerdo que se desvanecía por momentos, abrasado por el calor que le transmitían los labios de Guillem y sus manos acariciándole la espalda.

La soltó y empezó a nadar hacia la derecha de la diminuta playa; en una de las paredes de la montaña que la rodeaba, el agua había excavado la roca y había abierto una cueva donde se acumulaba también la arena.

Guillem se volvía continuamente para cerciorarse de que Joana lo seguía, pero ella era buena nadadora y el recorrido hasta la cueva le resultó tan fácil como un paseo. El chico se paró y puso los pies en el suelo, sobre el lecho de suave arena. La esperó para estrecharla entre sus brazos en cuanto llegó a su lado. Le cogió la cara entre las manos y la miró con detenimiento, como si quisiera grabarse a fuego en la mente cada poro de su piel.

Acercó sus labios a los de ella sin rozarlos todavía, alargando el momento para hacerlo más intenso. Joana cerró los ojos, expectante; una especie de vértigo se había instalado en su estómago. Deseaba tanto ese contacto que no llegaba, ¡cómo lo deseaba! Guillem la estaba

matando con la espera.

—Estamos solos —le susurró tan cerca de la boca que ella sintió una leve caricia sobre sus labios. Se estremeció desde dentro y se le puso toda la piel de gallina. Abrió los ojos de golpe.

—¿Solos? —Le tembló la voz.

Guillem asintió; seguía mirándola de aquella manera que la hacía agitarse de la cabeza a los pies. Sus ojos reflejaban algo más que sensualidad, le decían sin palabras lo mucho que significaba para él. Él también significaba tanto para ella, tanto... El corazón le palpitó con irregularidad durante varios latidos y supo que ese fallo no era debido a ninguna enfermedad, que era solo amor. El amor que le rebosaba el alma y le atontaba la razón.

No esperó más a que la besara, no podía. Le atrapó el labio inferior con la boca y lo asoló con pequeños mordiscos que a él le hicieron flaquear las piernas. Se adentró en su boca devorándolo todo a su paso. No dejó un rincón sin explorar mientras un calor que nunca había sentido se instalaba en su vientre y en su pecho.

Metió las manos por la cinturilla del bañador de Guillem, bajándoselo hasta más allá de las rodillas, y notó como él suspiraba con fuerza en su boca. Él deslizó las manos desde su cara a su cintura y más abajo para hacer lo mismo con su bikini. Estaban tan cerca que pudo notar su inflamado miembro rozándole el pubis. Guillem se sentó en la arena y la colocó a horcajadas sobre él.

La penetró muy despacio, sin dejar de mirarla a los ojos ni un solo instante. Joana gimió y se sintió plena, como nunca, inundada por todo lo que Guillem y ella se estaban regalando.

Hicieron el amor lentamente, mirándose a los ojos todo el tiempo. Cuando Joana vio que se acercaba al orgasmo se aferró a la espalda de Guillem con fuerza; le daba leves mordiscos en el hombro mientras se acercaba a pasos agigantados hacia el abismo.

Llegaron al clímax casi al mismo tiempo. Aún entre las brumas de su éxtasis, percibió cómo Guillem la sujetaba con fuerza y se convulsionaba bajo ella gritando su nombre.

\*\*\*

Mucho más tarde, estaban tumbados al sol sobre una roca plana que había cerca de la cueva. Joana tenía la cabeza apoyada en el pecho de Guillem. Escuchaba el latido rítmico de su corazón y el batir de las olas; una fresca brisa llegaba desde el mar y tuvo la necesidad de inspirar con fuerza. El aire no le parecía suficiente para alimentar sus pulmones, necesitaba empaparse de todo cuanto había a su alrededor: los sonidos, los olores; quería que todo embriagara sus sentidos para poder fijar ese momento en su memoria y que no se borrara jamás.

—¿Estás bien? —Guillem le pasaba los dedos de una mano por entre el pelo aún húmedo, y con la otra jugaba de forma distraída a dibujarle círculos alrededor del ombligo.

—Nunca he estado mejor —murmuró en respuesta—. Podría pasar el resto de mi vida así.

—¡Pues hazlo! Quédate.

Joana sintió una prensa que le apretaba los pulmones e incluso la tráquea; algo similar a la ansiedad que había sentido ante las pruebas importantes de su vida, aunque en esta ocasión lo percibía como un nerviosismo alborozado que la iba estrujando por dentro. Se incorporó sobre un codo y lo miró a la cara. Quería saber si se lo decía en serio o si estaba bromeando. Vio que tenía los ojos cerrados y que un leve temblor le bailaba en los labios; ella lo atribuyó al nerviosismo. El mismo que no la dejaba hablar a ella.

Guillem abrió un ojo y después el otro. Se incorporó a su lado y la cogió por la cintura, acercándola a él. Tenían las piernas enredadas y las manos unidas. La miró con vehemencia.

—Nada me gusta más que tú. No te vayas, no te separes de mí jamás.

Joana notó las lágrimas formándose en sus ojos y por un momento se asustó. Tenía tantas ganas de decirle que sí, que se quedaría con él, que le dolía la garganta por estar reteniendo las palabras que Guillem quería escuchar. No podía desprender los ojos de los suyos; se sentía tan plena, tan enamorada. Enamorada. La palabra retumbó en su cabeza.

«Joana, te has enamorado. Te has enamorado y te vas a quedar a vivir en Mallorca con el hombre de tu vida. Vas a renunciar al sueño que te ha mantenido despierta durante la última década y vas a hacerlo por él».

—No puedo quedarme. —Sus palabras la sorprendieron incluso a sí misma.

La cara de Guillem se entristeció visiblemente. Agachó la cabeza, decepcionado, y estuvo un buen rato sin decir nada. Al fin, en voz muy baja preguntó:

—¿Y si no te llamaran para que volvieras? ¿Y si ese tal Black lograra hacerlo bien? ¿Qué harías, te quedarías?

—Si no me llaman, sí, me quedaré. —Otra vez se sorprendió al oír su propia voz—. Si pasan los cinco meses que estipula el testamento y no me han llamado, me quedaré.

Guillem la besó durante un buen rato y después la besó un poco más, y ella se dejó hacer. Cuando se separaron, los dos sonreían; sus narices y sus frentes estaban aún pegadas y los labios de ambos se ensanchaban en una sonrisa llena de promesas.

—Te quiero, Joana.

Sintió en sus labios el mismo vértigo que había sentido poco antes en los pulmones y la garganta.

—*I love you, too.*

## Capítulo 30

Ese día Joana estaba comiendo, de nuevo, en casa de Bel. Lo hacía muy a menudo; la prima de su padre la trataba como si fuera su hija, se preocupaba por ella, la cebaba a comida e incluso le ponía la lavadora y le limpiaba la casa. En más de una ocasión la riñó por eso, pero Bel ni siquiera la escuchaba y seguía haciendo lo que le daba la gana.

El almuerzo que les había preparado Bel ese día le parecía delicioso, la combinación del sabor salado de la carne con el dulce de las pasas le parecía sublime. Su tía había llamado al guiso «lomo con col», y como su nombre indicaba, consistía en unos paquetitos hechos con col, en el interior de los cuales había un trozo de lomo de cerdo, pasas, piñones, un pedacito de *sobrassada* y otro de *botifarró*. Joana, que no estaba muy segura de qué era eso exactamente se lo preguntó a Bel:

—Mi padre me hablaba siempre de unos embutidos, los mejores del mundo según él, la *sobrassada* y el *botifarró*, ¿son estos? —remarcó mientras los señalaba.

—Exacto —contestó la mujer— y de verdad que son los mejores, porque los elaboramos nosotros mismos en diciembre. Son totalmente caseros.

—¡Caray! —exclamó Joana. Su padre le había hablado también de la matanza del cerdo, pero a ella nunca le había parecido algo real, siempre pensó que él le tomaba el pelo—. Seguíis haciendo matanza, ¿entonces?

—¡Uy, sí! Y esperemos que no se pierda la tradición —dijo Bel mirando de manera significativa a su hijo—. Los jóvenes piensan que es mejor la *sobrassada* de compra que la casera, pero yo sospecho que lo único que pasa es que no les gusta todo el trabajo que supone llevar a cabo la matanza del cerdo.

—¡Mamá! No empieces otra vez con eso, y más vale que mantengas el tono bajo, que como la abuela se entere de lo que estás diciendo, empezará a quejarse de mí y no acabaremos nunca.

La anciana seguía comiendo sin saber que hablaban de ella y Joana se maravilló ante el contraste entre el aspecto frágil que mostraba en ocasiones y el genio vivo que sacaba en otras.

—Se empeña en decir que no está sorda —susurró Pedro en dirección a Joana—, pero, gracias a Dios, está como una tapia. Si no, no pararía de contradecir todo lo que hablamos y de querer imponer su opinión sobre la de los demás.

—Me di cuenta de eso el día que llegué —dijo Joana sin elevar el tono.

Bel la miró horrorizada y Joana levantó una mano para restarle importancia al asunto.

—¡Es que a veces es tan desagradable! —se justificó la pobre mujer.

—Por mí no te preocupes. No creo que su intención fuera ofenderme. Además, no ha vuelto a sacar el tema cuando hemos hablado.

—Cada vez tiene menos momentos lúcidos, pobrecita. Aunque a lo mejor es lo que nos

conviene; la demencia le ha suavizado el carácter. Si hubiese sido al contrario, ¡uf! No quiero imaginarme la situación.

Pedro y Joana sonrieron ante la turbación de Bel.

El timbre de la calle sonó, y después se oyó la voz cantarina de Rosa desde la entrada.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

—En la cocina —se apresuró a contestar Pedro—. Estamos comiendo.

La cabeza morena de Rosa se asomó por el quicio de la puerta; lucía una gran sonrisa que todos le devolvieron.

—Mira esta, que contenta viene. —La abuela tenía un rictus serio al pronunciar esas palabras—. Y tu hermano, ¿dónde se mete? Antes no había manera de sacarlo de esta casa y ahora ni se le ve el pelo. ¿Se le ha subido a la cabeza eso de ser el veterinario o qué? Esta juventud no respeta nada ni a nadie. Qué poca vergüenza, ¡hacernos de menos de esta manera!

—Mamá, creo que ya es hora de que vayas a echarte la siesta —la atajó Bel, al tiempo que se levantaba para ayudar a su madre. La anciana puso la servilleta sobre la mesa e hizo amago de levantarse, pero no pudo sola. Su hija la cogió por debajo de un brazo y la puso en pie; después, la condujo hacia la salida de la cocina.

—Rosa, pero qué guapa te has puesto —le dijo a la chica cuando pasaron por su lado, sin acordarse, aparentemente, de que solo un minuto antes le había estado lanzando improperios a saco—. Deberías venir más a vernos, Pedro siempre se alegra cuando te ve.

Bel negó con la cabeza y acompañó a su madre hacia su habitación.

—Joana, ¿tú crees de verdad que tiene demencia? A mí me parece que nos toma el pelo a todos y aprovecha para meterse con nosotros sin que haya consecuencias para ella.

La médica rio.

—Probablemente haya un poco de cada cosa en la mente de tu abuela. Pero, por lo que tu madre cuenta, ella nunca ha temido a las represalias. Siempre ha dicho lo que pensaba sin importarle si hería a alguien.

—Sí, en eso tu abuela era tan diferente. La recuerdo como una mujer encantadora que solo tenía palabras educadas para todos. Aunque se murió cuando yo era muy pequeño.

—Pues yo casi no me acuerdo de ella; con el poco contacto que mantuvimos, es normal.

Joana se había entristecido de golpe, pero la entrada de Bel en la cocina la sacó de sus lúgubres pensamientos.

—¡Genio y figura hasta la sepultura! Mi madre no cambiará jamás. Lo siento mucho, Rosa.

—¡Ah! No te preocupes —contestó la chica al tiempo que agitaba la mano para restarle importancia al asunto—. No me ha molestado en absoluto.

—Id a la sala de estar que voy a prepararos un café.

—¡Bel! —la riñó Joana—. Tú has hecho la comida que, por cierto, estaba deliciosa, ¿no puedes sentarte por una vez y que prepare el café otro? —Le echó una mirada significativa a Pedro, que levantó las manos y negó con la cabeza intentando defenderse.

—No, no, no —contestó Bel con vehemencia—. No quiero a nadie en mi cocina. Salid los tres de aquí; idos a hablar a la sala de estar de cosas de gente joven. —Los azuzó con el trapo en dirección a la sala que solía ocupar la abuela y los hizo salir de la cocina entre risas.

—Tienes mucho morro. —Rosa se sentó encima de las rodillas de Pedro mientras lo reñía solo a medias—. Cuando nos vayamos a vivir juntos, no podrás ser tan comodón. Si no te implicas en las cosas de la casa, te echo. ¿Te queda claro?

Se besaron como si Joana no estuviera ahí. Ella sonrió al verlos y se preguntó por milésima vez

qué era eso tan grave que había ocurrido entre Pedro y Guillem para que este no soportara al novio de su hermana. No se atrevía a preguntarlo, ¿y si era una tontería y eso la hacía pensar mal acerca del hombre de su vida? El hombre de su vida. Por primera vez desde que había llegado a Petra pensó en cómo sería quedarse en el pueblo con él y deseó que Black lo hiciera realmente bien, que ella no tuviera que regresar a Nueva York y pudiera quedarse a su lado.

Pedro y Rosa cuchicheaban y se besaban sin prestarle demasiada atención, y ella seguía ensimismada en sus pensamientos cuando oyó un portazo a su espalda. Joana se volvió para descubrir que quien acababa de entrar era Guillem. Estaba muy tenso, los brazos estirados a los lados revelaban dos puños cerrados con fuerza, ¡y su cara!, su cara era una máscara de rabia y tristeza a partes iguales.

—¿Estáis juntos? —Consiguió que sus palabras sonaran más a reproche que a pregunta.

Pedro y Rosa dieron un respingo y se pusieron en pie de golpe. Ninguno de los dos lo miró; su hermana empezó a balbucear pidiendo disculpas que no tenían ninguna pinta de hacer mella en él. Les dirigió una última mirada furiosa antes de girarse hacia Joana con el mismo encono que había mostrado hacia la pareja.

—¡Y tú lo sabías! —La entonación que le dio a esas simples palabras hizo que Joana sintiera un escalofrío, y enseguida supo que no presagiaban nada bueno.

Guillem salió de la sala de estar y se encaminó a grandes zancadas hacia la puerta de la casa. Joana quería seguirlo, pero el cuerpo no le respondía a la orden de ponerse en pie. Cuando al fin se recuperó de la impresión de lo que acababa de suceder, lo siguió; lo alcanzó cuando ya se había subido al coche, que había dejado delante del portal de su casa.

—¡Guillem! —Él ni siquiera miró en su dirección—. Guillem, ¿qué pasa? ¿Por qué te has enfadado? —Llegó hasta el coche y le impidió que cerrara la puerta en el último momento.

Guillem seguía mirando al frente, respiraba de forma alterada mientras apretaba el volante con fuerza.

—No entiendo nada, Guillem, ¿por qué te has puesto así?

—Déjame en paz, Joana —contestó sin alzar la voz—. Tú los has encubierto, me has traicionado tanto como ellos, o más. Ahora solo puedo pensar en eso y en que he perdido la confianza que te tenía. No quiero saber nada de ellos, ni tampoco de ti. Para mí estáis muertos. ¿Me has entendido?

Las palabras le sentaron como un mazazo, no entendía a qué venía ese enfado, como tampoco podía casar la imagen que tenía de Guillem con la de aquel grosero que se encontraba frente a ella. Soltó la puerta del coche y él la cerró con fuerza; aceleró y se marchó sin mirar atrás.

Joana se quedó de pie en la calle, abrazada a sí misma, sin entender qué acababa de suceder. Lo único que sabía era que se trataba de algo malo, muy malo.

Rosa y Pedro llegaron a su lado.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué te ha dicho?

Preguntaron al unísono.

—No tengo ni puñetera idea, pero creo que vosotros dos me lo podréis explicar, ¿no? —dijo en un tono no exento de cierta ira.

—Ven, será mejor que entremos de nuevo.

Joana empezó a caminar hacia la casa con el ánimo abatido y Rosa le pasó un brazo sobre los hombros.

—Este hermano mío, la mayoría de las veces, no es más que un cabezota.

De nuevo instalados en la sala de estar, Pedro y Rosa parecían reacios a empezar su historia. Se miraban el uno al otro, y después a Joana, sin atreverse a hablar.

—¿Pensáis contarme eso tan grave que he estado haciendo para que Guillem me diga que estoy muerta para él? —Se estaba cansando de que aquellos dos le escondieran información; al tiempo que se sentía muy alterada por las terribles palabras que Guillem había tenido para con ella. Esa combinación de furia y hartazgo nunca había sido buena para la tolerancia de Joana con los demás.

—Verás —carraspeó Pedro pidiéndole perdón con mirada—. Guillem es... era mi mejor amigo. Éramos inseparables. Muchas veces, cuando ya era hora de cenar y yo todavía no había aparecido por casa, mi madre iba directamente a casa del veterinario porque sabía que nos encontraría allí a ambos; otras tantas, su madre tenía que venir a buscarlo a él aquí.

—No sabes lo que me molestaba a mí eso —lo interrumpió Rosa—. Mi hermano era mío, y este sinvergüenza se dedicaba a robármelo de forma sistemática. No me hacía ni pizca de gracia. Y ahora, ¡ya ves! —dijo mostrándole sus manos entrelazadas.

—Cuando crecimos, seguimos siendo igual de amigos. Fuimos juntos a Barcelona para estudiar en la universidad; él veterinaria, y yo, arquitectura.

Joana estaba cada vez más confusa, ¿dónde pretendían llegar esos dos con esa historia? Ella quería, mejor dicho, necesitaba que le contaran qué le pasaba a Guillem. Porque había visto la furia y la decepción en sus ojos y eso le había destrozado por dentro.

—Fue Pedro quien le presentó a Nuria, la que después sería la prometida de mi hermano; ella estudiaba químicas, pero una amiga suya iba a la clase de Pedro y, bueno, ya sabes lo que pasa en las fiestas de estudiantes. Todos se relacionan y todos conocen a todos.

—¿Esto tiene que ver con Nuria? —Guillem le había hablado de ella, quizás no pertenecía tanto al pasado como ella había pensado. Quizás...

—Sí, tiene que ver con Nuria. Guillem tenía claro que al acabar la carrera quería instalarse en Petra y trabajar codo con codo con su padre. —Pedro había vuelto a tomar el relevo en la narración.

Con rapidez, Rosa volvió a atajarlo.

—Pero Nuria tenía otros planes: lo convenció para que vivieran un tiempo en Barcelona confiando en que él se olvidaría en algún momento de sus ganas de regresar al pueblo. Ella había venido en dos o tres ocasiones y siempre había dicho que Mallorca le parecía adorable y que le gustaría mucho vivir aquí algún día con Guillem, pero solo la creía mi hermano; todos los demás veíamos que no tenía ninguna intención de instalarse en Petra en un futuro cercano. Después, mi padre sufrió la angina de pecho. Mi abuela ya había muerto y mi abuelo estaba en silla de ruedas. —Tomó una gran bocanada de aire antes de seguir hablando—. Guillem pensó que mi madre tendría que ocuparse de todos y creyó que lo mejor era trasladarse aquí y hacerse cargo de la situación. Ser el hombre de la casa. Me temo que mis circunstancias también lo ayudaron a tomar esa decisión: Bárbara acababa de nacer y yo vivía en Palma con mi exmarido, que, por cierto, solo me gustaba a mí...

Joana decidió interrumpir el monólogo de Rosa; ya sabía lo que venía a continuación, aunque fuera una versión distinta. Lo que le estaban contando no hacía más que reafirmarla en la opinión de que Guillem era un gran hombre, que quería muchísimo a los suyos y que hacía lo que creía correcto para sacarlos adelante, aunque eso significara dejar de lado lo que quería él. No se explicaba cómo ese hombre amable y apasionado que ella creía conocer tan bien se había podido convertir en el energúmeno con el que acababa de chocar solo unos momentos antes. Por otra parte, escuchar que toda la rabia que había destilado contra ella provenía de algo que había

sucedido con su exnovia, le tocaba la fibra sensible, y no de manera agradable, precisamente. ¿Es que todavía sentía algo por ella y por esa razón no podía dejar el pasado en el lugar que le correspondía?

—Perdona, Rosa, pero todo esto ya me lo contó Guillem —dijo con irritación creciente—. Me dijo que Nuria se había marchado un día sin intención de volver, que tu padre había muerto tras sufrir otro infarto y que ella ni siquiera llamó para darle el pésame, después lo hizo para...

—Espera, creo que será mejor que esta parte te la cuente yo —la interrumpió Pedro—. Cuando hacía casi un año que Nuria se había marchado, a mí me salió un trabajo en colaboración con unos antiguos compañeros de clase, por lo que tuve que viajar a Barcelona en varias ocasiones. Una de las chicas con las que trabajaba era la amiga de Nuria, la que nos la había presentado. Un día que terminamos de trabajar muy tarde, Nuria se presentó en el despacho. «Para que salgáis de vuestro encierro», dijo. Nos empujó hacia la puerta y nos llevó a cenar a un restaurante cercano. Yo no había hablado con ella desde que se había marchado de Petra, así que nos sentamos juntos, para ponernos al día. Ya sé que no es excusa, pero bebí muchísimo, ni siquiera recuerdo haber salido del restaurante. A la mañana siguiente me desperté en su cama, desnudo.

—¿Fuiste tú quien se acostó con la novia de Guillem? —preguntó Joana con los ojos muy abiertos.

—¡Se estaban tomando un descanso! —atajó Rosa.

—No estoy orgulloso de ello, tampoco hay nada que justifique lo que hice, aunque ni siquiera puedo recordarlo. Ya sé que eso tampoco es una excusa, pero parece ser que sí, que lo hicimos.

—¡Y ella lo llamó para contárselo! —Las piezas del puzle empezaban a encajar en la cabeza de Joana.

—Le faltó el tiempo a la muy zorra —exclamó Rosa indignada—. Lo único que quería era hacerle tanto daño como el que se suponía que mi hermano le había hecho a ella cuando decidió no seguirla a Barcelona.

—Desde entonces Guillem no quiere ni verme, no me habla y la mayoría de las veces que nos topamos en el pub, se levanta y se va. No quiere saber nada de mí.

Joana se enfureció con Guillem. ¿Cómo podía saber ella que lo estaba traicionando? Lo que es peor, ¿por qué se sentía traicionado si eso había sucedido tantos años atrás?

—Vale, entiendo que ya no seáis amigos, entiendo que esté enfadado y que no le guste que salgas con su hermana, pero todo esto, ¿qué tiene que ver conmigo? —preguntó muy alterada, las lágrimas de rabia asomándose, traicioneras, a sus ojos.

—Yo creo que mi hermano está más decepcionado contigo que enfadado. Verte aquí y darse cuenta de que tú sabías lo nuestro y tampoco se lo habías dicho, no le ha sentado bien.

—¿Y yo qué culpa tengo de eso? —Joana se sentía cada vez más furiosa—. Pedro fue quien me pidió que no le dijera nada. En teoría vosotros teníais que encontrar el momento adecuado para hacerlo. ¿Qué ha pasado con ese plan?

—Lo hemos retrasado tanto que ha pasado lo inevitable.

—¿Pues qué quieres que te diga? —suspiró Rosa—. A mí me ha quitado un peso de encima. Esto que nos ahorramos...

—No digas tonterías; tendremos que hablar con él igualmente, hacerlo entrar en razón. No querrás que pase el resto de su vida enfadado con nosotros dos...

—Lo que yo no entiendo —los cortó Joana—, es que siga enfadado después de tanto tiempo. ¿Acaso aún siente algo por ella? Se supone que eso es el pasado, ¿no?

—Joana, mi hermano está loco por ti, eso no lo dudas ni un segundo.

—La verdad es que su comportamiento de esta tarde me hace dudar que eso sea cierto. Sus palabras me han hecho mucho daño, ¿me ha dicho que estaba muerta para él, joder!

—Está dolido, nunca me ha perdonado, pero gran parte de la culpa es mía. Yo he dejado que su rencor creciera y no he hecho nada para acercarme a él. Cuando Rosa y yo empezamos a salir en serio, tenía que haber hablado claro con Guillem. Explicarle la situación, no mantener lo nuestro en secreto, como hemos estado haciendo.

—No te tortures, Pedro, hace un año se lo hubiese tomado igual de mal que hoy...

En ese momento entró Bel; parecía preocupada.

—Joana, te llaman por teléfono. Por lo que he entendido es Patrick y parece que tiene mucha prisa por hablar contigo.

## Capítulo 31

—Pero lo que no entiendo es que te fueras sin hablar con él. —Mónica la reñía mientras la conducía al coche familiar, que había dejado en el *parking* del aeropuerto.

—No había mucho más que hablar. Me dijo que estaba muerta para él. —Se dio cuenta de que esas palabras no paraban de resonar en su cerebro y que no la dejaban en paz ni un momento—. Patrick me urgía a que regresara. Hice la maleta y me fui. ¿Qué otra cosa podía hacer? No quería fallarle al jefe de nuevo.

—Le habías prometido a Guillem que te quedarías en Mallorca.

—¡Solo si Patrick no me reclamaba!

—Joana, te conozco desde hace muchos años. Si no hubieseis tenido esa absurda pelea, no te habrías largado...

—Si me conocieras tan bien como presumes, sabrías que nada en el mundo haría que renunciara a ese puesto de jefa de urgencias, y mucho menos un hombre que no me ama lo suficiente...

—Mira, no conozco a Guillem...

—No, no lo conoces, y por eso deberías ponerte de mi parte, no de la suya.

Se estaban atropellando una a la otra al hablar y no se dejaban terminar las frases.

Mónica elevó los brazos.

—¿Y ya está? ¿Guillem ha pasado de ser el «hombre de tu vida» a ser el «enemigo público número uno»? No me atrevería a intentar hacerte cambiar de opinión al respecto, porque ya sé que eso es misión imposible, ¡pero que no tienes razón, no la tienes! Lo mínimo era intentar arreglar la situación, ver cómo quedaban las cosas entre vosotros, antes de salir pitando hacia aquí y dejarlo atrás.

—Mónica, las cosas estaban claras desde el principio. Todos sabían que pensaba volver a Nueva York...

—Pero te dijo que te quería...

—Y no era verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Si me hubiese querido de verdad, el hecho de que Nuria y Pedro se acostaran hace años, habría dejado de tener importancia para él. ¿No lo ves? Si se enfadó hasta el punto de decirme esas palabras tan duras es porque sigue enamorado de su novia.

—Su exnovia. Que yo sepa su novia eres tú.

—No soy su novia; teníamos una relación con fecha de caducidad y ha llegado a su fin. Y, por favor, hálbame de otra cosa, no quiero seguir con este tema. Me da jaqueca. —Notó cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Mónica también debió de notarlo porque se paró y la abrazó.

—Encontraremos la manera de aclarar este asunto, ¿me oyes?

—No, Mónica, no hay nada que aclarar. Lo único que quiero hacer es incorporarme al NYPH y que el trabajo me absorba para no tener que pensar más en él. —Su cuerpo se convulsionó por el llanto durante apenas unos minutos. Después inhaló con fuerza y miró a su amiga a la cara—. No podemos seguir hablando de Guillem si quiero olvidarlo, y te aseguro que es lo que más anhelo en estos momentos. Te lo pido por favor, Mónica. Mi aventura mallorquina se ha acabado. Estoy aquí y tengo que volver a ser la Joana de siempre.

Mónica se separó de ella y la miró. Joana odiaba ver la lástima reflejada en su rostro; al fin y al cabo, acababa de conseguir aquello que había deseado, y por lo que había trabajado, desde que tenía uso de razón. ¡Debería mostrarse contenta por ella, no disgustada! Nadie iba a estropearle ese momento, ni Guillem con su rencor absurdo ni Mónica con su compasión; no se lo iba a consentir a ninguno de los dos. Eso lo tenía clarísimo.

—¿Por qué no te ha acompañado Matt? —Desvió el tema de conversación hacia otro más cómodo, al menos para ella.

—¿Quién iba a quedarse con los niños si él venía conmigo?

—Pero si estás enorme. No entiendo cómo te deja conducir.

—¡Que intente impedírmelo! ¿Acaso no recuerdas que fui conduciendo yo misma hasta el NYPH para dar a luz a Billy?

—Claro que lo recuerdo, cómo podría olvidarlo si no paras de presumir de ello. Ahora en serio, ¿cuándo cumples?

—Todavía me faltan cuatro semanas. —Agitó una mano para restarle importancia a la pregunta de su amiga—. Y, si es como Billy y Sam, serán seis. Todos se han retrasado, ¿por qué no habría de hacerlo ella?

—¿Es una niña?

—Parece que sí. No me lo han asegurado al cien por cien, pero parece que esta vez lo hemos logrado.

—¿Ya sabéis cómo vais a llamarla?

—No, Matt me ha prohibido elegir un nombre hasta que la tengamos en brazos, no vaya a ser que haya que buscar el masculino de Melinda...

Joana se echó a reír. Las ocurrencias del marido de Mónica siempre conseguían sacar su mejor humor. Se dio cuenta de que desde que había salido de Petra, dos días antes, ni siquiera había sonreído una sola vez, y volvió a sumirse en la tristeza.

Le parecía que había pasado un siglo desde que Pedro, Rosa y Bel habían intentado por todos los medios que se quedara en Petra.

—Intenta hablar con Guillem antes de marcharte —le había dicho Pedro por activa y por pasiva—. Estoy seguro de que se tragará sus palabras...

—No voy a imponerle mi presencia cuando no la desea, Pedro. Además, todos sabíais que este momento podía llegar y así ha sido.

—¿Ni siquiera te despedirás de él?

—Patrick me ha dicho que me necesitan en Nueva York antes de que termine la semana; además, odio las despedidas, ¿cómo podría decirle adiós a tu abuelo, a don Cosme, o al notario? Estoy segura de que intentarían mil triquiñuelas para que me quedara, y no quiero eso.

—Pero ¿y qué hay de mi hermano?

—Guillem ha dejado claro que no quería hablar nunca más conmigo. Sus deseos se harán realidad más fácilmente de lo que haya podido imaginar.

En ese momento, la perspectiva de que Guillem se enterase de que ella se había marchado

cuando ya estuviera muy lejos hasta le había parecido atractiva; pero ahora que se encontraba a miles de kilómetros de él, su comportamiento se le antojaba como una pataleta de niña pequeña.

«Bueno, a lo hecho, pecho. Estás en Nueva York y tienes que poner orden en un servicio de urgencias que se ha venido abajo. No pienses más en él, en ellos».

## Capítulo 32

Rosa y Pedro entraron en la casa de don Miquel cogidos de la mano. Se daban ánimos uno al otro para enfrentarse al cabezota de Guillem. No sabían si ya se habría enterado de la huida de Joana, porque la médica no había hecho otra cosa que huir; por mucho que ella se hubiera empeñado en repetir aquello de que todos sabían que pensaba marcharse y que no sorprendería a nadie haciéndolo.

Rosa se alegró de no encontrarse al notario, al médico y al cura con su abuelo. Por una vez, cada uno se había quedado en su casa y no se meterían en sus asuntos.

—¿Dónde está Guillem?

—En su habitación, no ha salido desde ayer al mediodía.

—¿No sabe que Joana se ha ido?

—No me he atrevido a decírselo —contestó don Miquel, compungido—. Todavía no entiendo que la dejarais marchar.

—Estaba decidida a hacerlo, nadie la hubiese convencido de que se quedara.

—Ayer, cuando llegó, estaba destrozado. Bel me ha contado lo que sucedió. No me quiero ni imaginar cómo se quedará cuando sepa que Joana se ha ido sin siquiera despedirse.

Rosa apretó con más fuerza la mano de Pedro y notó que él le devolvía el apretón. Oyeron cómo se abría la puerta del cuarto de Guillem y se pusieron en tensión.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Ayer no os quedó suficientemente claro que no quería volver a saber nada de vosotros?

—No puedes dejar de hablar con tu hermana por mí.

Guillem miró a Pedro de hito en hito. Había desaparecido parte de la rabia del día anterior, pero, aun así, no lo miraba de manera amigable.

—No pretenderás que lo olvide todo de golpe y volvamos a ser amigos como si nada hubiera pasado.

—Guillem, ¿quieres madurar de una vez?

—No se trata de madurar, Rosa, se trata de que se acostó con mi prometida.

—Ella se había ido hacía más de un año; además, os estabais tomando un descanso —contestó entre dientes—. Puedo reconocer que Pedro no actuó como es debido, pero nunca has querido escuchar lo que sucedió en realidad...

—No quiero saberlo. Las novias de los amigos son sagradas.

—No era tu novia, ¡os estabais tomando un descanso!

—Como vuelvas a repetir lo del descanso, te pego. No lo he hecho desde que éramos niños, pero en serio que te doy.

—Tú inténtalo —lo retó, acercándose a su hermano.

Pedro se interpuso entre ellos. Miró a Rosa con ternura.

—Hemos venido para intentar hacer las paces con Guillem, no a pelearnos, ¿recuerdas? — Después se dirigió al que había sido su mejor amigo durante la mayor parte de su vida—: Te juro que no hay un momento en que no me arrepienta de haber aceptado ese trabajo en Barcelona. Si yo hubiese sabido lo que iba a suceder, nunca me habría involucrado en ese proyecto. —Guillem fue a hablar, pero Pedro se lo impidió levantando una mano—. Ya sé que no es excusa, pero ni siquiera sé cómo llegué a la cama de Nuria. Y te juro por lo que más quiero, que ahora mismo es tu hermana, que no recuerdo nada absolutamente de lo que sucedió. Si cortándome una pierna pudiese borrar ese episodio de nuestras vidas, me la cortarían. No lo dudaría ni un solo segundo, porque no tenerte a mi lado como amigo ha sido lo peor que me ha pasado jamás. Una pierna sería un precio muy bajo con tal de recuperar tu amistad.

—¿Una pierna? Otra cosa habría que cortarte para compensar tu comportamiento —intervino el abuelo, que, sentado en su silla, había seguido toda la conversación con sumo interés.

Guillem había escuchado a Pedro sin pestañear siquiera. No quería perdonarlo, sin embargo, se daba cuenta de que ya no estaba tan enfadado como cuando Nuria lo había llamado para decirle que Pedro era mucho mejor amante que él. Pasado todo ese tiempo había comprendido que su exnovia solo se había comportado de esa manera para hacerle daño, y hasta empezaba a dudar que hubiese sucedido algo entre Pedro y ella si, como él aseguraba, iba tan borracho que no se acordaba de nada.

Había pasado toda la noche despierto, reflexionando sobre la situación, y había llegado a la conclusión de que la tarde anterior había dramatizado demasiado todo el asunto. Pero no estaba dispuesto a olvidar con tanta facilidad como parecía que pretendían Rosa y Pedro. Oía la disculpa de su examigo, y pensaba en la forma de llegar a un acercamiento con él sin que pareciera que se rendía del todo, cuando escuchó a su abuelo:

—¿Una pierna? Otra cosa habría que cortarte para compensar tu comportamiento.

Miró al anciano con asombro y con una leve sonrisa asomándole a los labios. Después se volvió para ver la cara de su hermana y de Pedro; sus bocas desencajadas por la impresión le arrancaron una carcajada del pecho. No podía parar de reír mientras escuchaba cómo Rosa reñía a su abuelo por haberse metido en una conversación tan seria. Cuando consiguió serenarse, tuvo que secarse una lágrima que le rodaba por la mejilla. Miró a Pedro y, aunque su rabia había desaparecido casi por completo, dijo:

—Sigo sin fiarme de ti. Si te atreves a hacerle daño a mi hermana o a alguien más de mi familia, no te salvarás con un puñetazo y unas palabras de disculpa.

Pedro torció el gesto.

—Y un ostracismo de varios años... —añadió a la lista.

—Tendrás que mudarte de pueblo, chaval. O huir de la isla.

Se mantuvieron la mirada durante unos minutos y, si bien en ella no podía leerse la complicidad que habían mantenido durante tantos años, el odio había desaparecido de los ojos de Guillem.

Dio una palmada y se frotó las manos.

—Supongo que es hora de dejar de hacer el imbécil e ir a disculparme con Joana...

—Eh...

—Esto...

Guillem frunció la nariz ante los balbuceos de Rosa y Pedro.

—Se enfadó muchísimo, ¿eh? Ya me lo imagino. Será mejor que vaya a verla cuanto antes.

Se dirigía hacia la entrada de la casa cuando Pedro se interpuso en su camino. La tristeza que

Guillem leyó en su cara no le gustó nada y lo hizo fruncir el ceño.

—¿Qué sucede? ¿No quiere verme?

—Ayer, justo después de la pelea... —empezó Pedro.

Rosa terminó por él:

—La llamaron del hospital de Nueva York. Se ha ido.

## Capítulo 33

Habían transcurrido diez días desde su llegada a Nueva York y Joana no se sentía nada satisfecha con la labor que estaba llevando a cabo en el servicio de urgencias del NYPH. Notaba que sus compañeros tampoco estaban cómodos con ella. Nadie habría dicho que se conocían desde hacía años y que habían trabajado juntos, afrontando situaciones extremas, con anterioridad.

—Tienes que darte un poco más de tiempo —le decía Sharon, quien casi le había montado una fiesta a su regreso. Pero a Joana le parecía que ella era la única que se alegraba de su vuelta—. Y no te irá mal rebajar unos cuantos puntos el nivel de exigencia y mal humor.

Era consciente de que se había volcado de tal forma en la sala de urgencias que apenas le quedaba tiempo para pensar en nada más. Sabía que no podía permitirse el lujo de rememorar, ni por un instante, los últimos tres meses de su vida, y por suerte había conseguido no hacerlo durante la mayor parte del tiempo. Aun así, no sabía de qué se extrañaban sus compañeros: estaba actuando tal y como siempre lo había hecho en el hospital, aunque ahora todos se empeñaran en decir que se conducía obsesivamente.

Sobre las doce del mediodía, se dirigía a su despacho cuando la asaltó la duda de si Balti estaría aún en su corral y de quién le estaría prodigando los mimos que ella le había regalado con asiduidad. Movi6 la cabeza de un lado a otro para borrar esos pensamientos, que la entristecían tanto, y entr6 en su gabinete. Se encontró con Patrick y el señor Johnson sentados en las butacas que, desde hacía unos meses, alguien había colocado junto a la ventana. Estaban hablando, pero se callaron en cuanto la vieron aparecer.

—Buenos días, señores, ¿qué los trae por aquí? —preguntó con la voz cargada de reticencia.

—Déjame hablar a mí, Glen —pidió Patrick alzando una mano. Después se puso en pie y se dirigió hacia su pupila—. Joana, lo estás haciendo muy bien. Te estás implicando en cuerpo y alma en el servicio de urgencias...

—No creo que hayáis venido los dos hasta aquí para decirme lo bien que lo estoy haciendo —lo cortó—. Si tenéis alguna queja, será mejor que la escupas, si no, tengo mucho trabajo; no puedo desperdiciar mi tiempo en dar palmaditas en tu espalda y en la del señor Johnson mientras vosotros las dais en la mía.

—Joana, no hay quejas del trabajo que estás llevando a cabo, pero sí de cómo estás tratando al personal para que cumpla tus estándares. Varios médicos han amenazado con dejar el servicio si no dejas de comportarte como una esclavista. Estás exigiendo a la gente mucho más de lo que puede darte. No debe tirarse tanto de una cuerda si queremos evitar que se rompa.

—Los que no estén a gusto pueden marcharse cuando quieran. No necesito a pusilánimes que andan quejándose todo el día de lo mucho que tienen que trabajar.

—No podemos, ni queremos, prescindir de todos los médicos que han presentado su dimisión

en los últimos dos días —la interrumpió Johnson airado.

—Pues para mí que el servicio ni siquiera se acerca todavía a lo que era cuando yo me fui hace apenas tres meses...

—Joana, todos esperábamos que tú devolvieras el servicio a su estado anterior, pero no que pretendieras hacerlo en solo unos días. La gente está agotada, tanto médicos como enfermeras. Has impuesto unos turnos infernales y todo el personal está muy disgustado.

—No he pedido a nadie que hiciera más de lo que yo misma he hecho...

—Tú no tienes familia, Joana, puedes pasarte aquí metida el resto de tu vida si te apetece, pero no puedes exigirselo a los demás.

La mirada de odio que Joana lanzó a Johnson en cuanto acabó de pronunciar esas palabras le bastó para que decidiera retirarse.

—Es imposible hablar con ella, Patrick, siempre ha sido así. Por eso yo me oponía a que fuera la jefa. No se puede tener el mejor servicio de urgencias de Nueva York si en él no hay personal. Eso es lo único que conseguiremos con tus exigencias, que nadie quiera trabajar aquí. —Se dirigió hacia la puerta hablando como si Joana no estuviera presente—. Si no la haces entrar en razón puede darse por despedida. Tenemos más candidatos a ocupar su puesto. Ni siquiera fue la primera opción tras el fracaso de Black. —No dio pie a respuesta porque las últimas palabras las dijo desde el pasillo, justo antes de cerrar tras él.

Joana se encaminó furiosa hacia la puerta, pero Patrick la detuvo agarrándola de la muñeca.

—¿Sabes lo que me ha costado que te pusieran a ti al mando? Y ahora pretendes desperdiciar la oportunidad que te han dado llevando al personal al límite. Joana, ¿qué te pasa? Tú no has sido nunca así, tan despótica. Sí, de acuerdo, eras muy exigente contigo misma, pero con los demás te comportabas de forma ecuánime.

—No ha sucedido nada, Patrick. Solo que veo lo bajo que ha caído el servicio y quiero recuperarlo.

—Pues ya te digo que esta no es la manera. Me han pedido que te asesore durante unas semanas. —Joana fue a protestar, pero su mentor se lo impidió—. Ya me habían pedido que lo hiciera con Black y yo me negué. Argüía que lo único que necesitaban era colocarte a ti al frente, y ahora que lo estás han tenido que volver a rogarme que te ayudara. Pensaba que te había enseñado mejor, Joana. —Había un ligero toque de reproche en su voz.

—Patrick, yo...

—Tú nada —le contestó él con severidad—. Te irás a casa a descansar y el lunes tú y yo empezaremos a trabajar codo con codo.

—No puedo, no puedo irme a casa —dijo en voz alta.

«No puedo quedarme a solas con mis pensamientos», añadió, después, para sí.

—Claro que puedes, y lo harás. No pasarás siquiera por el vestuario. —Patrick le colocó el bolso en los brazos y la empujó hacia la puerta—. Por lo que sé, has estado aquí metida desde el día que te nombraron jefa, así que vete. Si no quieres ir a tu casa, me importa un bledo, pero aquí no vuelvas hasta mañana, como mínimo. —Después suavizó muchísimo su tono—. Hazte un favor, Joana. Piensa si esto es lo que realmente quieres hacer o, si por el contrario, solo te aferras al puesto de jefa porque durante años has estado segura de que te pertenecía. Los intereses de las personas cambian, y no hay nada de malo en que eso suceda.

\*\*\*

Cuando bajó del taxi delante de su edificio de apartamentos, se encontró con uno de los porteros de uniforme esperándola en la puerta.

—¡Oh, doctora Brunet! Acabo de llamar a su trabajo para hablar con usted y me han dicho que había salido hacia aquí.

—¿Hay algún problema, Bert?

Conocía a aquel hombre desde que se había ido a vivir a ese edificio nada más acabar la carrera. Hacía años que le había dado un teléfono donde poder localizarla. Una tubería de su baño había reventado, inundando el baño de los vecinos de abajo, y había considerado que era mejor que los porteros supieran cómo encontrarla, por si se daban más situaciones desastrosas como esa.

—No, doctora, ningún problema. Solo que ha venido alguien a buscarla y me ha dicho que era muy importante para él ponerse en contacto con usted. Le he permitido esperarla en el diván de la entrada, pero he preferido salir a avisarla de que tenía una visita por si no estaba interesada...

El corazón de Joana empezó a latir con fuerza en su pecho, y la sensación de estremecimiento que acompañó a ese intenso repiqueteo le viajó por la garganta hasta los labios. Dejó al bueno de Bert con la palabra en la boca y se adentró corriendo en el edificio, mientras el bolso y la fina chaqueta que llevaba puesta resbalaban de sus hombros.

## Capítulo 34

En el diván de la entrada, el hombre que había estado esperando a Joana durante los últimos quince minutos se puso en pie al escuchar unos pasos apresurados que se dirigían hacia él. Se colocó la corbata y cogió con fuerza el asa de la pequeña maleta que acarreaba.

—¿Señor López? —La pregunta desilusionada de Joana no lo tomó por sorpresa.

—Doctora Brunet. —Le alargó la mano para estrechar la suya—. El señor Herbert en persona me ha pedido que viniera para traerle esta carta. Nos la envía el notario de Mallorca, aquel con el que tuvimos contacto en marzo.

—Sé a quién se refiere —contestó Joana con cara compungida.

El hombre carraspeó y siguió con el discurso que había podido ensayar durante la última hora, desde que le habían encargado la misión de entregar en mano esa carta.

—Estaba dentro de un sobre mucho más grande en el que se hallaban las indicaciones sobre cómo debíamos proceder en el caso de querer impugnar el testamento de su tía. También especificaba que quería que este sobre le fuese entregado, así como un acuse de recibo que debe usted firmar. —Abrió su maletín y sacó de él un papel que ofreció a Joana.

A López le pareció que la chica estaba a punto de echarse a llorar, pero se cuidó muy mucho de ofrecerle su apoyo. Ya había pasado por algunas experiencias que acababan en lloros de sus clientes, y odiaba tanto esas situaciones que las rehuía como a la peste.

En cuanto la médica hubo firmado el acuse de recibo, volvió a meterlo en su maletín, le estrechó la mano de nuevo y se despidió, decidido a pedirles a los señores Herbert que no lo obligaran a pasar por este tipo de situaciones si no querían recibir su carta de dimisión.

Joana subió hacia su planta con el ánimo por los suelos. Después del subidón de adrenalina que había sentido al imaginar que era Guillem quien estaba esperándola, encontrarse con el sosaina de López la había dejado en tal estado de abatimiento que no podía ni con su alma. Al salir del ascensor, arrastró los pies hasta su apartamento y abrió la puerta con las lágrimas asomándose a sus ojos.

No se molestó en buscar ninguna bebida en la nevera, sino que se sentó en su incómodo y frío sofá y, tras limpiar las primeras gotas de su llanto, se dispuso a rasgar el abultado envoltorio que le acababa de entregar el señor López.

El teléfono eligió justo ese instante para ponerse a sonar. Joana dejó la carta, sin abrir, sobre el sofá y se levantó con presteza.

—Diga —preguntó con un deje de enfado en la voz.

—Joana, ¿estás bien? —oyó que le preguntaba Mónica.

—Sí, perfectamente.

—¿Estabas llorando?

—Bueno, es que...

—No importa —contestó su amiga después de un fuerte gemido—. Si dices que estás bien, lo que sea que te ha ocurrido me lo cuentas luego. Estoy de parto. Salimos ahora hacia el NYPH. ¿Estarás ahí para acompañarme? Matt ya se ha desmayado cuando he roto aguas. No sé ni cómo llegaremos al hospital. —Otro intenso quejido salió de entre sus labios.

—Más vale que os deis prisa. Si las contracciones son tan seguidas no tenéis demasiado tiempo.

—¿Crees que no lo sé? —chilló histérica.

Joana se apartó el auricular de la oreja y resopló.

—Voy para allá, llegaré antes que tú y te estaremos esperando.

Cogió la carta, las metió en el bolso y se fue corriendo hacia el ascensor.

\*\*\*

El parto había sido mucho más complicado de lo que todos esperaban y la niña, a la que decidieron llamar Lisa, no nació hasta las diez de la noche.

Joana no se movió ni un solo segundo del lado de Mónica, porque su amiga estaba más asustada de lo que se permitía reconocer, y no le soltó la mano en toda la tarde.

Cuando al fin madre e hija se durmieron, ya eran las once, las cuatro de la mañana en Mallorca, calculó Joana, sin poder impedir que ese tipo de pensamientos se colasen continuamente en su cabeza.

Matt se había ido a casa para recoger algunas cosas, echar un vistazo a sus otros dos vástagos y asegurarse de que se estaban portando bien con su canguro. Así que Joana se había quedado al cuidado de las dos chicas, la que era como una hermana para ella y la que a partir de ese día se había convertido en otra de sus sobrinas. Se arrellanó en la butaca cerca de Mónica y decidió a coger la carta que seguía sin abrir en su bolso y a la que no había podido prestar ni un segundo de atención a pesar de que tenía curiosidad por saber qué ponía.

Rasgó el sobre, para encontrarse con que, en el interior, había dos o tres más de menor tamaño, cada uno con su nombre pulcramente escrito con distintas caligrafías. Miró los remitentes un poco más ilusionada que hacía solo unos minutos y su corazón volvió a comprimirse en su pecho al ver el nombre de Guillem en uno de ellos. Con dedos temblorosos y la respiración entrecortada, se dispuso a romper el papel.

Sostuvo la carta de Guillem en las manos durante unos segundos, intentando que no la invadiera el pánico. Y ¿si le decía que se alegraba de que se hubiera ido y que esperaba no verla nunca más en su vida? Dejó de lado esos pensamientos irracionales y rasgó el sobre sintiendo el corazón en la garganta.

Queridísima Joana:

Lo primero que quiero precisar es que, si te estoy escribiendo esta carta en lugar de estar cogiendo un avión para decirte todo lo que siento en persona, es porque Pedro y mi hermana no me han dejado hacerlo.

Cuando supe que te habías marchado sin siquiera despedirte de mí, estuve a punto de pegarles por habértelo consentido. Después, me enfadé muchísimo contigo por haberte ido y, finalmente, me cabreeé lo increíble conmigo mismo por ser tan gilipollas.

Lamento mucho todo lo que te dije fuera de tu casa la última vez que nos vimos, me daría de puñetazos por haberme comportado como un verdadero imbécil contigo. No dudaría ni un segundo en borrar esas escenas de

mi vida si se me diera la oportunidad, aunque creo que sirvió para algo. Que tú te marcharas, y que parte de la culpa fuera mía, sirvió para que me diera un baño de realidad. Ahora sé... No, estoy seguro de que no quiero perderte, de que quiero que sigamos siendo «nosotros» como lo hemos sido estos meses.

Joana, no puedo estar ni un segundo más sin ti. Si tú quieres, estoy dispuesto a irme a vivir a Nueva York. Pasaremos en Petra el tiempo que podamos, pero desde que no estás aquí, conmigo, he empezado a odiar cada rincón del pueblo.

Ahora me doy cuenta de lo egoísta que he sido pretendiendo que tú lo dejaras todo por mí, por estar a mi lado, pero también entiendo que accedieras a quedarte cuando te pedí que lo hicieras, porque yo también lo dejaría todo solo con que me llamaras a tu lado.

Te quiero, Joana, no sabes cuánto. Tenerme conmigo ha sido lo mejor que me ha pasado jamás. Las palabras no son suficientes para expresar todos los sentimientos que mi corazón alberga hacia ti.

No me explico cómo he podido vivir antes sin ti a mi lado, porque cada molécula de mi ser añora tu voz, tu tacto, la fragancia de tu pelo y el fondo de tus ojos para perderme en ellos.

Estaré esperando tu llamada. Si me aceptas, me quedaré para siempre contigo, porque nadie me gusta más que tú y a nadie podré amar tanto en mi vida como te amo a ti.

GUILLEM

PD: No sé tu dirección ni tu teléfono, esa es otra de las razones por las que no estoy ahí ahora mismo, suplicándote de rodillas que me des otra oportunidad.

Joana estrechó la carta contra su pecho: lloraba y reía al mismo tiempo. Percibía la intensidad de cada palabra y las oía repetidas en su cabeza una y mil veces por la voz de Guillem. Se acercó al teléfono para no retrasar ni un minuto más la conversación que tenían pendiente y, justo cuando estaba a punto de rozar el auricular con la mano para poder usarlo, se dio cuenta de que no eran horas de llamar a Mallorca, aunque se muriera de ganas de hacerlo.

Se levantó y fue hasta el baño. El corazón le palpitaba en el pecho y no podía tener los pies parados ni un segundo. Bailoteaba, feliz, mientras se echaba agua fría en la cara y se preparaba para pasar la noche más larga de su vida.

De repente la invadió el abatimiento. ¿Qué haría Guillem en Nueva York? Si ella apenas iba a su apartamento dos veces a la semana, menos, desde que ocupaba el puesto de jefa. Su estilo de vida no tenía nada que ver con el que había llevado en Mallorca y que les había permitido estar juntos a diario. ¿Podría soportar su relación algo así? Él estaría desubicado, solo. Suponía que podría convalidar su título de veterinario, como había hecho ella con el de medicina, pero eso había sido hacía años, y no había sido un trámite rápido, precisamente.

Todas esas ideas daban vueltas dentro de su cabeza, sentía su cerebro como una lavadora a dos mil revoluciones por minuto.

Para tranquilizarse, decidió abrir las otras cartas que habían llegado en el sobre junto con la de Guillem. La que eligió en primer lugar fue la de los de la cuadrilla. Sonrió al ver la letra de los ancianos, picuda y anticuada, que se correspondía a la perfección con sus autores.

Estimada Joaneta:

Petra no es lo mismo desde que se ha ido la mejor médica que hemos tenido nunca. Y Cosme no podrá contradecirme en eso porque él es un médico, no «una» médico.

Aunque entiendo las razones que te indujeron a partir, tengo que decir que no comparto tu decisión.

Has dejado un gran vacío en nuestros corazones al partir con tanta prisa. Todos te tenemos en alta estima en el pueblo; tu buen hacer y tu carisma han conquistado a cada uno de los habitantes de nuestra humilde villa. Estamos desolados por tu ausencia.

Aunque soy yo el que se dirige a ti en esta misiva, los demás están de acuerdo conmigo y rubricarán la misma al final para que veas que no te miento al escribir estas palabras tan sentidas.

Por lo demás, junto a esta carta enviaré instrucciones al bufete de abogados con el que he tenido tratos para que puedan impugnar el testamento de tu tía. De esta manera tendrás siempre un hogar al que volver cuando quieras hacernos una visita. Visita que, por otra parte, estamos ansiosos por recibir.

Sin otro asunto, me despido de ti, deseando que te encuentres bien al recibo de estas líneas.

Besa tu mano,

JERONI ESCALAS, NOTARIO

Querida Joana:

Antes de firmar, yo quiero añadir solo unas palabras. No te perdonaré que nos hayas privado de tu belleza y tus conversaciones amenas a no ser que prometas que vendrás a vernos con regularidad.

Y, si de verdad aceptas que ese zoquete de mi nieto se vaya a vivir contigo, por favor cuida de él, porque es una de las mejores personas que existen en el mundo.

Me despido de ti con inmenso cariño.

Tu nuevo abuelo que te quiere,

MIQUEL GINARD, VETERINARIO

Querida Joana:

No puedo más que rubricar las palabras de mis compañeros y amigos. El pueblo está triste por tu ausencia; aunque yo me encargo de rezar por tu alma todos los días para ayudar a reparar el daño que has ocasionado a ojos de Nuestro Señor.

Dios te proteja y te acompañe,

GABRIEL POL, PRESBITERO

Doctora Brunet:

Tengo que lamentarme de la situación deplorable que ha provocado al dejar al pueblo desprovisto de médico sin comunicarnos su partida y, por consiguiente, no otorgándonos los quince días pertinentes para que pudiésemos sustituirla. Después de los intercambios mantenidos con usted acerca de los pacientes durante los últimos meses, me había hecho una idea diferente de su persona. Si estos endebles están dispuestos a perdonar su falta con tanta facilidad, no es mi caso. Le exijo que vuelva al pueblo sin demora y se incorpore a la consulta. Apelo a su sentido del deber para eso.

Atentamente,

COSME MAYOL, MÉDICO

Si bien Joana había pensado que podría mantenerse ajena a las palabras de esos ancianos adorables, en esos momentos no podía parar de llorar por los sentimientos contradictorios que le habían provocado al leerlas.

Decidió pasar a la siguiente, la que tenía como remitentes a Pedro y Rosa.

Querida Joana:

No te puedes hacer una idea de lo mucho que te echamos de menos todos, en especial Guillem, al que casi hemos tenido que atar para que no saliera en tu busca y te hiciera volver.

Ha pasado unos días muy malos hasta que se ha dado cuenta de que no debía ir tras de ti como un auténtico cavernícola. Menos mal que hemos conseguido hacerlo entrar en razón. Supongo que ya habrás leído su carta, de la que, por supuesto, no conozco los pormenores; lo único que puedo decir es que está totalmente dispuesto a abandonarlo todo por estar a tu lado. Lo sé porque se ha puesto superpesado con ese tema desde que tomó la decisión. Por favor, acéptalo y libranos de esta tortura. En serio, adoro a mi hermano, pero es muy cargante cuando se pone melancólico.

Al fin Pedro y yo hemos podido hacer público lo nuestro; la verdad es que el único que no se había enterado

de nada era Guillem, no sé si porque delante de él íbamos con más cuidado o simplemente era que él no quería darse cuenta de lo que sucedía. Jaume, Polita y Pepo se alegraron muchísimo de no tener que hacer más como que no se percataban de lo que estaba sucediendo.

Bárbara te manda un beso enorme y espera que no te lleves a su tío preferido (como si tuviera otro), pero dice que, si él se va contigo, piensa ir a veros al menos dos veces al año.

Te manda un beso muy fuerte tu amiga, que te quiere (como a una cuñada)

ROSA

Querida prima:

Después de lo que ha escrito Rosa, solo puedo decirte que me alegro mucho de que hayas pasado estos meses entre nosotros. Y que es del todo cierto que no nos acostumbramos a no tenerte cerca, sobre todo mi madre, que se siente como un herrero sin carbón.

Las cosas han cambiado entre Guillem y yo; está esforzándose mucho por aceptarme de nuevo, y creo que te lo debo principalmente a ti. Como dice Rosa, está loco por ti, y estoy seguro de que va a agujerear la silla que ha puesto al lado del teléfono de tanto estar sentado en ella esperando tu llamada.

La abuela no para de preguntar dónde se ha metido su hermana Joana; está segura de que vino a verla y de que se fue sin despedirse, y Balti no para de rebuznar; creo que le gustaba mucho más cómo lo cepillabas tú, el otro día hasta intentó darme una coz. Estoy seguro de que te echa de menos a su manera. Me consta que tenías largas conversaciones con él.

Un beso enorme; esperamos saber pronto de ti. Aunque nos imaginamos que sigues enfadada con Guillem, los demás no tenemos la culpa, y nos habrías podido comunicar que llegaste bien, al menos. No es un reproche, o sí, tómatelo como quieras.

Tu primo, que te quiere,

PEDRO

Joana sonrió. ¿De verdad Guillem estaba pregonando a los cuatro vientos que iría tras ella? No podía sentirse más emocionada. Las horas pasaban demasiado despacio, quería llamar ya, pero seguía siendo de madrugada en Petra, así que, después de echar una ojeada a Mónica y a Lisa y de asegurarse de que dormían, se puso con la cuarta y última carta.

Querida Joana:

Espero que te alegre saber que, desde que te fuiste, no he probado ni una sola gota de alcohol. Me revestí de fuerza y les conté a mis padres el problema que tenía con la bebida, y solo puedo decir que me alegro mucho de haberlo hecho. Me están apoyando en las decisiones difíciles que me toca adoptar a diario, entre ellas, la de alquilar el pub.

Sí, he decidido que voy a hacerlo; tengo algunos ahorros y he pensado estudiar FP el año que viene. Seré el abuelo de la clase de automoción, pero ¡qué cojones!, valdrá la pena intentarlo.

Espero verte pronto y poder darte un abrazo muy fuerte.

JAUME

Queridísima Joana:

No estaba previsto que Pepo y yo escribiésemos nada, solo queríamos limitarnos a firmar todo lo que estos te han dicho ya, pero al final hemos decidido hacerlo porque te queremos contar que ¡¡¡tengo una falta y el predictor, al fin, ha dado positivo!!!

Muchas gracias por haber entrado en nuestras vidas y haberlas cambiado de forma tan positiva. Todos están de acuerdo en que Guillem es el que debe mudarse contigo a Nueva York, pero yo no puedo dejar de ser egoísta y desear que seas tú quien se instale a vivir para siempre entre nosotros.

Un abrazo muy fuerte,

POLITA

Hola

Yo solo añadiré una cosita:

¡Guau, guau, guau!

PEPO

La carcajada de Joana restalló en la habitación, haciendo que Mónica se despertara sobresaltada.

—¿Qué sucede?

—Lo siento, cielo —le contestó Joana en un susurro—. Estaba leyendo algo que me ha hecho reír a carcajadas, no quería despertarte.

—¿La niña?

—Está aquí, a tu lado, duerme como un lirón. El parto la ha dejado agotada.

—¡Pues como a todos, no te joroba! ¿Qué era eso tan gracioso que estabas leyendo? —preguntó todavía con voz soñolienta.

—Una carta.

—¿Una carta?

—Sí.

—¿De quién?

—¿Tú no estabas durmiendo?

—Sí, pero una médica desconsiderada me ha despertado con sus carcajadas y ahora no le quedará más remedio que contarme de quién es esa carta que tanto la hace reír. Porque, además, intuyo que tiene algo que ver con eso que ha hecho que estuvieras llorando cuando te he llamado para pedirte que vinieras para acá echando leches. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas, sabionda.

—¿Es de Guillem?

—Sí, y de otra gente de Petra.

—¿Y qué dice?

Joana bufó, fingiéndose exasperada.

—Vamos, soy una mujer que ha sufrido una experiencia muy dolorosa, tendrías que compadecerte de mí. No es justo que tenga que estar suplicando que me des un poco de información cuando hace unas horas tú me has oído blasfemar como a una auténtica hija de Satán.

—¿Cómo puedes tener tanta verborrea? ¡Acabas de parir, por Dios! Lo normal sería que estuvieras agotada.

—Y lo estoy, pero lo que tú tienes que contar se me antoja mil veces más interesante que echar otra cabezadita.

—Guillem dice que está dispuesto a dejarlo todo y venir a vivir conmigo aquí, a Nueva York.

El suspiro que emitió Joana después de pronunciar esas palabras estaba impregnado de emoción, y Mónica se incorporó en la cama con la boca y los ojos muy abiertos. Después, se tumbó de nuevo con cara de arrepentimiento.

—¿Y? —preguntó en cuanto se hubo recuperado de la punzada de dolor que le había ocasionado el movimiento brusco.

—Pues que no lo veo viviendo aquí, Mónica. No me lo imagino. Podría trabajar en una clínica veterinaria cuando le convalidasen el título, pero no es lo que a él le gusta.

—¿No quieres que venga?

—No es que no quiera, pero me pregunto qué pasará cuando se dé cuenta de que su idea no era tan buena. La pasión se acaba y...

—Quieres dejarte de tonterías y explicar claramente lo que pasa por esa cabecita loca tuya —la interrumpió Mónica con irritación.

—Estaba a punto de llamarlo para decirle que sí, que se viniera a vivir a Nueva York mañana mismo, cuando me he dado cuenta de que era muy tarde y ahora...

—Y ahora ya no estás tan segura de que vivir en Manhattan y trabajar en el NYPH sea lo que más deseas en el mundo, ¿me equivoco?

—¿Por qué me conoces mejor que yo misma?

—¡Porque te quiero más que tú misma! Los sueños cambian, Joana, el tuyo lo ha hecho durante estos meses. Me he dado cuenta a través de cada una de tus cartas y cada una de tus llamadas. Ya no deseas estar al frente del servicio de urgencias de un hospital de renombre; lo que tú anhelas es la vida tranquila de un pueblo junto al hombre de tus sueños y la gente que te adoró desde el momento que pusiste un pie en Petra. Tu comportamiento desde que has vuelto no hace más que corroborar lo que estoy diciendo.

—¿Qué comportamiento?

—¡Oh, vamos, Joana! Todavía conozco a gente en este hospital, aparte de a ti. ¿Te crees que las noticias no me llegan? Además, Patrick me llamó para ver si yo sabía qué te sucedía. Tampoco le había pasado desapercibida tu manera de comportarte y, después de que lo llamaran para que viniera a asesorarte, estaba preocupado.

—¿Y puede saberse por qué no me has contado todo esto antes?

—Decidimos observarte y ver hasta dónde llegabas con todo el asunto. Cuando te he llamado a casa, ya sabía que estabas ahí porque Patrick me lo había dicho.

—Seréis...

—Somos tu familia, Joana, te queremos. Y la única que no se ha percatado de que lo que quiere no se encuentra en Manhattan, ni siquiera en los Estados Unidos, eres tú. Tantas horas de trabajo, tanto exigir a la gente lo inexigible... Puede ser que hayas logrado engañarte a ti misma pero no a Patrick, ni tampoco a mí.

—Entonces, ¿tú... vosotros pensáis que quien debería dejarlo todo e irse a vivir definitivamente a Mallorca soy yo?

—¡Lo que no me explico es qué estás haciendo aquí todavía! Si miras bien en tu interior, verás que es lo que tú deseas también.

## Capítulo 35

—Ya sabía yo que tenía que haber ido a Nueva York para hablar con ella —se quejaba Guillem a su hermana. Desde que el notario le había dicho que las cartas ya habían sido entregadas a Joana, prácticamente no se había movido del lado del teléfono, esperando una llamada que no llegaba.

—¿Quieres hacer el favor de calmarte? Llamaré. Estoy segura.

—Y lo sabes porque te has sacado un título de adivina exprés, ¿no?

Rosa se echó a reír ante la ocurrencia de su hermano.

—Tío, yo no quiero que te vayas. —Bárbara le había estado repitiendo la misma cantinela desde que se había enterado de que tenía intención de mudarse a Estados Unidos—. Yo prefiero que venga Joana a vivir aquí; no te preocupes, que yo le hago un hueco en mi cama. A lo mejor es que le da miedo vivir en esa casa tan vieja ella solita. A mí me lo daría.

Guillem la besó con ternura en la coronilla.

—Cariño, Joana y tío Guillem vendrán a verte a menudo y, además, nosotros podremos visitarlos siempre que quieras. ¡Que eso es todavía mejor! —la consolaba su madre.

—¿Pero por qué no la llamas tú a ella?

—Abuelo, que no tengo su teléfono, que los del bufete de abogados no me lo han querido dar...

—¿Todavía nada? —La voz de Pedro, que estaba entrando por la puerta, lo exasperó aún más.

—No —contestaron varias voces al unísono.

Guillem se mesó el cabello. Necesitaba salir a dar un paseo, pero no quería moverse de su casa, solo por si acaso. Se puso en pie. Fue al lavabo. Volvió. Se sentó de nuevo junto al teléfono.

La puerta de la calle se abrió otra vez y Guillem enterró la cara entre las manos. No quería ver a nadie ni tener que dar más explicaciones. Había sido un presuntuoso al suponer que Joana lo llamaría de inmediato y le rogaría que se fuera con ella a Estados Unidos. No se arrepentía de lo que le decía en la carta, solo se arrepentía de no haber salido tras ella cuando supo que se había marchado. Todo por hacerle caso a su hermana y al bobo de Pedro. Estaba claro que le tenía que haber pedido en persona que pasaran el resto de sus vidas juntos. ¿Una carta? ¿Qué clase de cobarde hacía algo así?

Seguía con la cara entre las manos cuando se percató de que se había hecho el silencio en su casa. ¿Se habrían cansado al fin de torturarlo y se habían marchado al verlo tan agobiado? Se irguió y miró a su alrededor. Desgraciadamente seguían todos allí, pero por alguna razón se habían quedado en silencio. Miraban a un punto a su espalda sin pronunciar palabra.

Se volvió, despacio, para ver qué había podido dejar en silencio a esa jaula de loros tan de repente. Y creyó que estaba desvariando.

Le pareció ver a Joana. La luz de la tarde, que entraba por las vidrieras, lo cegaba y por eso

estaba seguro de que no era ella. Debía de ser alguien que se le parecía, porque ella estaba en Nueva York, ¿no?

La aparición avanzó un paso y él se puso en pie. El corazón se le paró por completo en el pecho, no saltó un latido ni aleteó. Se le detuvo durante los brevísimos instantes que tardó en llegar a su lado y estrecharla tan fuerte contra su pecho que la elevó del suelo.

—Joana, Joana, Joana. —No podía parar de pronunciar su nombre entre beso y beso—. ¡Estás aquí, Joana!

La aparición se desternilló con esa risa que a él lo volvía loco de atar. Y lo abrazó con fuerza con los brazos alrededor del cuello.

—He venido; me pareció que era más correcto que llamar. No me gusta discutir temas importantes por teléfono.

La carcajada que salió del pecho de Guillem inundó la sala y los hizo reír a todos. Cuando consiguió serenarse, se miró en los ojos de su amada Joana. Le rozó la mejilla con el reverso de la mano; no estaba seguro de no estar soñando.

Joana entreabrió los labios y él no esperó que lo invitara de ninguna otra forma. La besó con tanta ternura que notó cómo ella se estremecía de la cabeza a los pies. La miró de nuevo y descubrió un leve rubor que le teñía el rostro.

—Te amo, Joana. Más que a mi vida.

—Y yo a ti, Guillem. No hay nadie que me guste más que tú —le dijo, como él había hecho tantas veces—. Ni nada en el mundo que pueda separarme de ti.

—¿Has venido a buscarme?

—No, he venido a quedarme contigo, si me quieres a tu lado.

Un suspiro colectivo resonó en la casa.

—¡Oh, vamos! —gruñó Guillem—. Creía que ya no estabais ahí. ¿No podéis dejarnos un poco de intimidad?

La risa cantarina de Joana se volvió a derramar en los oídos de todos los presentes.

—Déjalos, alguien tendrá que contar a las demás cotillas del pueblo cómo ha sido el reencuentro...

Guillem, que no podía desviar los ojos de los de Joana, sonrió sobre su boca antes de besarla de nuevo.

—Pues no pueden tardar en llegar los mayores chismosos de Petra, de hecho, me extraña que no estén aquí ya.

—Claro que estamos aquí, pero esto es mejor que una película de Bogart —se oyó la voz del notario a sus espaldas.

Guillem enterró la cara en el cuello de Joana y fingió llorar.

—Mañana mismo os quiero en la sacristía para fijar una fecha para vuestra boda. Que os veo capaces de iros a vivir en pecado. ¡Yo esta vez te caso!

—¡Venga ya, Gabriel! No me seas monja —dijeron los demás integrantes de la cuadrilla a coro.

## Epílogo

### *Unos años más tarde*

Una niña muy rubia, que rondaría los cuatro años, cruzó como una bala las puertas automáticas que separaban la zona de recogida de maletas del *hall* del aeropuerto de Palma.

Joana, con una sonrisa que no le cabía en la cara, la izó en brazos a pesar de lo avanzado de su embarazo y le llenó la cara y el cuello de besos, haciéndola reír a carcajadas.

—Lisa, Lisa. —Mónica salió por la misma puerta que había atravesado su hija solo unos segundos antes con el espanto dibujado en el rostro—. ¡Que sea la última vez, jovencita!

—¡He salido corriendo porque he visto a la tía Joana y la quería abrazar, mamá! —exclamó la chiquilla con su lengua de trapo—. ¿Cuándo vas a escupir al niño que te has tragado? ¿No sabes que solo los ogros comen niños?

Joana miró a su amiga con cara de extrañeza y después a la niña.

—¿Quién te ha dicho que me lo he tragado?

—Billy. —Lisa señaló con la barbilla a su hermano mayor que, en esos momentos, atravesaba la puerta al lado de su padre, quien empujaba un carro repleto de maletas y a su otro hermano, Sam.

Guillem, que hasta ese momento no había pronunciado ni una sola palabra, estalló en carcajadas. Matt llegó a su lado con gesto resignado.

—¿Qué ha dicho ahora la monstruito? —preguntó mientras estrechaba la mano de Guillem.

—Creo que es hora de que tengas una charla de hombre a hombre con tu hijo mayor —contestó, secándose las lágrimas.

Los hijos varones de la pareja agacharon la cabeza esperando la reprimenda.

—En cuanto lleguemos a Petra y estemos solos, os voy a poner los puntos sobre las íes —les riñó Mónica— ¿Cómo se os ocurre meterle esas ideas a la niña en la cabeza? Es que no me puedo despistar ni un momento.

—Pero ¿podré estar contigo cuando lo escupas o no, tía?

—¡Por supuesto que no! —le contestó su madre—. Y tú, déjala en el suelo, que ya te basta con esa barriga que paseas.

Joana abrazó a su amiga riéndose.

—Yo creo que todavía me faltan quince días, al menos.

—Nadie lo diría. Este llega antes de hora, me apostaría algo. —La observó con ojo crítico.

Se encaminaron hacia el *parking* donde habían dejado estacionada la furgoneta de nueve plazas que alquilaban cada vez que venían sus amigos a verlos. Solían pasar al menos quince días con ellos todos los veranos, pero ese año habían atrasado las vacaciones para estar cerca de Joana cuando saliese de cuentas. Patrick y su esposa también habían estado en Petra hacía unos meses.

No venían tan a menudo como Mónica y su familia, pero la distancia no había conseguido que perdieran el contacto.

—¿Por qué no ha venido Bárbara con vosotros? —preguntó Billy, no sin cierta timidez.

—Polita le ha pedido que la ayudara a preparar la fiesta de cumpleaños de Álex. Se ha puesto un poquito celosa con eso de que su madre y Pedro vayan a tener un bebé y nosotros también. Intentamos implicarla en muchas cosas para que no se sienta desplazada, y la verdad es que sentirse útil la ayuda —susurró en dirección a Mónica para que sus hijos no la oyeran. Después se dirigió a Matt y dijo—: Si tú crees que Lisa es un monstruito, espera a ver el cambio que ha hecho el hijo de Pepo y Polita. Desde hace unos meses se ha convertido en un terremoto, no para quieto ni un segundo. Y no podría estar más mimado con tantos tíos todo el día a su alrededor consintiéndolo. ¡Pero es tan mono!

—Son las hormonas las que hablan a través de tu boca, Joana. Si es la mitad de movido que Lisa, no puede ser mono.

—¿La mitad? ¡Al menos el doble! —se quejó Guillem—. Estoy valorando clavar la cuna del niño al suelo, con eso te lo digo todo.

—¡Vamos, hombre, no seas tan exagerado! —lo increpó su mujer.

—¡Wow! ¡Pero qué pasada de furgoneta habéis alquilado este año, ¿no?!

—No tiene nada que ver con el trasto destartado de los otros años, ¿verdad?

—Jaume ha montado un *Rent a car* en Son Serra de Marina. Creo que ha comprado esta furgoneta expresamente para cuando vosotros vengáis.

—¡No! ¿Por qué ha hecho eso? Si nosotros tampoco venimos tan a menudo —exclamó Mónica.

Mientras Matt y Guillem colocaban las maletas en la parte trasera, Joana y Mónica se hacían confianzas al lado de la puerta de la furgoneta y esperaban a que los niños subieran. A pesar de que hablaban más a menudo que cuando Joana vivía en Estados Unidos, tenían muchas cosas de las que ponerse al día.

—¡Mamá! —gritó Billy—. Lisa se ha vuelto a mear encima. ¡Lo que es peor, me ha salpicado todo el pie!

Mónica miró a su hijo con el reproche escrito en la cara. Estaba mintiendo porque Lisa ya estaba sentada en la furgoneta. Cuando iba a abrir la boca, Joana la cortó.

—No te enfades, el pobre tiene razón con eso de que le han salpicado el pie, me temo que he sido yo. ¡He roto aguas!

Guillem apareció corriendo desde la parte de atrás.

—¡Tranquilos, tranquilos! Tengo el número de la ambulancia. Esta vez le tocará a otro limpiar el estropicio.

## Agradecimientos

Esta siempre es, para mí, una de las partes más arduas de la novela. Sobre todo, porque temo olvidarme de alguien y eso no me gustaría en absoluto.

Quiero empezar dando las gracias a Laura Pardo, Josefina Mayol, Raquel Soria, Rosa Ramírez y Marta Moyá. Con ellas paso la mayor parte de mis horas de trabajo en el hospital y, por consiguiente, no les queda más remedio que aguantar que vuelva una y otra vez al tema de «mi novela» durante toda la mañana. (A esta en especial nos ha dado por llamarla la de la americana). Y no solo tengo que agradecerles que me soporten, también que aporten ideas interesantes para que las novelas sean más divertidas. Os quiero, chicas, lo sabéis.

A Érika Gael tengo que darle las gracias por la paciencia infinita que ha tenido conmigo. Estoy segura de que a ninguna otra alumna de su maravilloso: *Taller personalizado de novela romántica* le ha tenido que cambiar tantas veces la hora de la clase, o suspenderla o aplazarla... Ha sido una temporada un poco difícil para mí y estoy segura de que, sin su ayuda, no solo no habría terminado esta novela, sino que también hubiese dejado de escribir. Te debo mucho, Carla, gracias infinitas. (Tengo que decir que no todo ha sido llorar, nos hemos reído un montón juntas y me gusta creer que hemos forjado algo parecido a la amistad, mucho más allá del vínculo profesora/alumna).

No puedo olvidarme de mis amigas de «BdB muere de amor», el grupo de wasap más loco, más cariñoso y en el que se tratan temas tan diversos como desde cuándo debe utilizarse el gerundio y cuándo no hasta la forma obscena que ha adquirido la pasta de galletas que está preparando una de nosotras (Francine, por favor, no te sientas aludida). Sois todas un gran apoyo para mí y os quiero y admiro a todas un millón de toneladas.

A Yolanda González de Regálame Romántica, y Sonia Hernández, por el grupo de Facebook que creamos juntas, y que ahora tenemos un poco abandonado, lo retomaremos chicas, ya lo veréis. Además de por su cariño y su amabilidad.

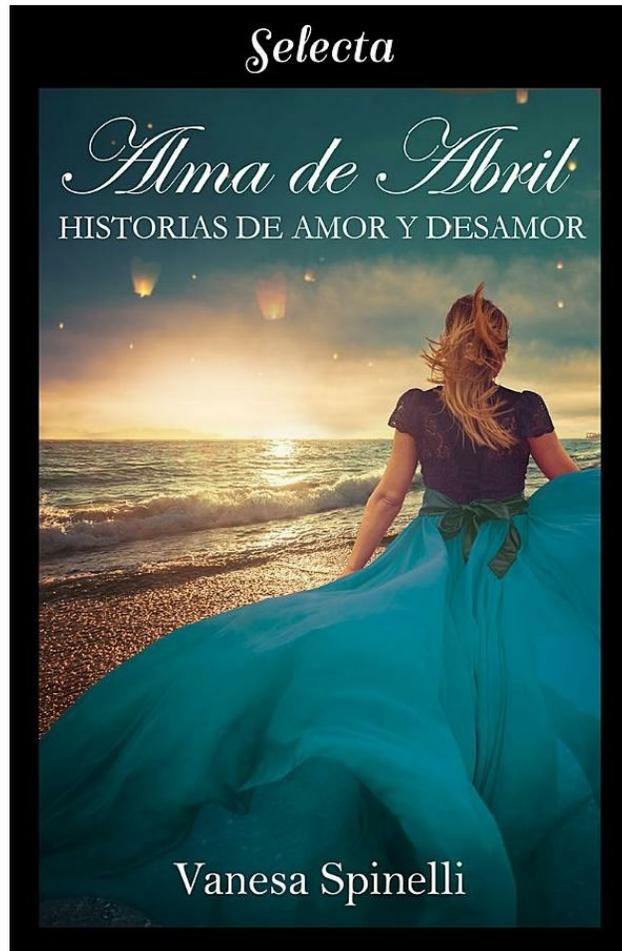
A Nuria Pazos, Dama Beltrán, Noa Xireau, por haberme abierto los brazos y siempre estar ahí cuando necesito un consejo o una ayuda.

A Lola Gude por su paciencia infinita, ya sé que me repito en eso de que soy pesada, pero, aunque queráis, no os podéis imaginar lo *mosca cojonera* que puedo llegar a ser.

No puedo acabar sin mencionar a Bárbara Sansó, porque además de ser mi amiga desde hace algo más de cuarenta años, es una de las mejores personas que conozco. Y encima, es una ilustradora maravillosa. Te prometo que un día escribiremos algo juntas. Tengo más ganas yo que tú.

Por último, y no menos importante a Jeroni, Andreu y Maria, porque me consienten robarles horas de su tiempo para hacer esto que me gusta tanto que es escribir. Y a Apol·lònia Salom, por cuidar de los dos pequeños, cuando Jeroni y yo no estamos, y quererlos tanto.

Si te ha gustado  
*Nadie más que tú*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Alma de Abril*  
de *Vanesa Spinelli*



Deseo turbulento

El avión despegó a las ocho y quince de la noche, el cielo se encontraba despejado y la noche

tranquila parecía envolver los sueños de estos cuatro viajeros. Victoria portaba un pelo pelirrojo y ondulado hasta la cintura. Tenía pecas y su cutis lozano no advertía más de veinticinco años. Leía una revista de espectáculos, frívola, pasatista; pero por alguna extraña razón, le generaba más placer que el abrazo de su novio, Nahuel, al que ya no soportaba, al que complacía por rutina, ¿por comodidad?, ¿para no decepcionar a sus padres?, ¿o para no tener que dar explicaciones a quien no quería? Prefería llevar la escena ficcional de un amor único y profundo, cuando en realidad el rechazo que sentía era visceral. La vida con él se había convertido en una sucesión de acartonados encuentros en restaurantes caros, hoteles lujosos y joyas de Swarovski, que todos los meses acostumbraba a regalarle.

Con cinco asientos de diferencia, Gabriel leía compenetrado y casi frenético una novela de Stephen King, su autor preferido desde los dieciséis años. Ya habían pasado veinte desde que había descubierto *It*. Solía contarle a todo el mundo que había quedado tan atrapado con la historia del payaso que, luego de habérsela devorado en solo una noche, durante veinticuatro horas no pudo conciliar el sueño. Cumplía diez años de casado con Ana, una médica pediatra del Garrahan. Eran felices, o eso creía. Ella todavía le gustaba y eso le hacía pensar que era suficiente para ser feliz. A veces, por el contrario, pensaba que era aburrido compartir la vida con alguien que hacía lo mismo que él. Gabriel era cirujano pediátrico, y se habían conocido una tarde de abril, húmeda y con neblina, en los pasillos de la Facultad de Medicina. Él era Jefe de Trabajos Prácticos de la Cátedra Cirugía General. Los ojos azules y el cuerpo diminuto de Ana no habían pasado desapercibidos para Gabriel, quien apenas la vio pasar no se detuvo hasta averiguar quién era, si tenía novio, si estaba casada, y todo ese tipo de consultas detectivescas que se realizan cuando alguien nos seduce, nos impacta, nos rompe la estructura.

Ana dormía. La azafata, esbelta, con el cabello rubio destellante, perfectamente recogido, y una sonrisa luminosa, se acercó para ofrecerles algo de beber; ninguno de los pasajeros quiso nada. La atmósfera era tan apacible y perfecta que ninguno quería romper con esa burbuja del viaje soñado.

Buzios era el destino más apreciado por los enamorados, y ellos lo sabían.

Mientras Victoria no dejaba de leer, Nahuel tomó con delicadeza su brazo y la acarició despacio. Ella, con elegancia, se corrió y le dijo que tenía sueño. Cerró la revista, tomó la manta de viaje, se tapó y se hizo la dormida. Nahuel parecía no comprender la infinidad de señales que su novia le venía manifestando desde hacía meses. No percibía el rechazo o elegía seguir haciéndose el desentendido. En su ego se afirmaba una y mil veces, pensaba que cualquier mujer desearía estar en el lugar de Victoria, ser la destinataria de todas esas atenciones, regalos y paseos caros. Todo lo que él hacía con ella era suntuoso, oneroso y exagerado. Le obsequiaba vestidos, carteras y perfumes de las marcas más reconocidas. Cuanto más pagaba por un objeto, más amor sentía que le demostraba. Para Victoria era todo lo contrario. Cuanto más pagaba por ella, más despreciada se sentía.

Había pasado una hora y quince minutos desde el despegue. Todo parecía estar en armonía. Gabriel se había quedado dormido con el libro de Stephen King en la mano. Ana seguía dormida. Victoria se hacía la dormida. Nahuel, con los ojos como búho y bien abiertos, no entendía qué pasaba entre Victoria y él.

De repente, el cielo despejado y estrellado se cerró en una tormenta de niebla y lluvia. El avión empezó a moverse. Primero fue imperceptible. Después la intensidad subió. Ana y Gabriel se despertaron exaltados. Victoria comenzó a gritar. Nahuel trataba de calmarla. La voz del piloto que se emitía a través de los parlantes exigía calma y tranquilidad, con el argumento de que todo

estaría bajo control cuando terminaran de atravesar la tormenta.

La fuerza del viento contraatacó con vehemencia y otra vez el avión perdió estabilidad. Victoria volvió a gritar y Nahuel levantó aún más la voz para hacerla callar. Ella empalideció y tuvo que tomar la bolsa para vomitar. Gabriel se quitó el cinturón de seguridad para asistirle. Siempre que una persona cerca de él se sentía mal, le urgía salir a ayudar. Estaba en él, no podía evitarlo. Había presenciado tantos accidentes, tragedias, operaciones, que formaba parte de ese ADN que llevaba en su cuerpo.

La azafata también se acercó y le pidió a los cuatro pasajeros que guardaran la calma, que pronto todo volvería a estar como en el comienzo. Pero la verdad era que nada volvió a estar como al principio.

Apenas Gabriel tomó el pulso de Victoria para saber cómo estaban sus latidos y presión, sintió en su corazón la tersura de esa piel blanca y transparente. Le miró la boca de rosado pálido, carnosa, delineada por un artista. Los bucles que le tapaban suavemente el contorno de su cuello; el perfume que desprendía una mezcla de jazmín y fresias. Se enloqueció. Trató de escudarse en su rol de médico. Le habló a Nahuel presentándose. Le pidió a la azafata que le trajese un vaso de agua. Victoria lo bebió de a sorbos, delicadamente.

Ana contemplaba todo desde su asiento. Sabía que su marido siempre colaboraba en momentos de pánico generalizado y por eso lo había elegido, por eso lo admiraba tanto.

La pericia del piloto logró atravesar ese túnel ventoso y con precipitaciones. El control y la tranquilidad trajeron aires de serenidad para los viajeros. Gabriel seguía al lado de Victoria, escudándose en que esperaba verla recuperada del todo, pero lo único que lo motivaba era poder extender el tiempo en que podría contemplarla. Nahuel no tuvo problema en que Gabriel se sentara al lado de ella. En definitiva, Victoria le venía demostrando su descontento durante todo el vuelo. Ana se volvió a dormir. Nahuel se levantó para ir al *toilette*.

Gabriel y Victoria se quedaron solos unos minutos. Victoria le agradeció lo que había hecho por ella. Los ojos negros, gatunos, se le dilataron y a Gabriel lo estremecieron más que los azules que una vez lo hechizaron bajo la mirada de Ana. Se sonrojaron. Hubiese querido besarla, y no estar casado con Ana, y no recordar que ese viaje era un regalo que él le había hecho a su esposa por los diez años de matrimonio. Victoria sintió la liberación de su deseo en la mirada de Gabriel. Ese era el hombre con el que ella podría compartir el cielo y el infierno. Dejó que se le cayera el bretel de su musculosa, y Gabriel quedó desarmado frente a la desnudez y la aterciopelada piel que sutilmente clamaba su beso, su mordida. Nahuel regresó. Gabriel se incorporó y le dijo que Victoria ya se encontraba bien, con el pulso y la presión normales, pero que le recomendaba que al descender fuese revisada por un médico clínico para asegurarse de que todo marchaba bien.

Gabriel intentó acomodarse nuevamente en su asiento. Ana había vuelto a dormirse. Victoria giró disimuladamente la cabeza para ver a Gabriel. Se miraron más allá de las almas. Los cuerpos latían. El deseo los ataba. La turbulencia había sido superada, pero el alboroto de sus corazones recién comenzaba y no sabían si iban a salir ilesos.

## ¿Puede una herencia cambiar el rumbo de la vida de dos personas que no se conocen de nada?



Joana anhela el puesto de jefa de urgencias del New York Presbyterian Hospital desde que tiene uso de razón. Es una médica ambiciosa y entregada a su trabajo hasta el punto de no tener vida fuera del hospital.

Guillem es veterinario en un pequeño pueblo de Mallorca, donde vive rodeado por su familia y amigos. La tranquilidad y estar cerca de aquellos a los que más quiere son los pilares de su vida.

La casualidad querrá que ambos se encuentren en un hotel de Madrid y compartan una noche de pasión sin ataduras.

Pero el destino es caprichoso y les depara innumerables sorpresas. La primavera traerá para ellos mucho más de lo que nunca hubiesen podido imaginar.

**Maria Ferrer Payeras** nació en Mallorca en 1973. De niña prefería pasar los días metida en su casa con un libro que salir a la calle a jugar. Con el paso del tiempo su pasión por los libros no ha disminuido ni un ápice. Aparte de leer, sus mayores aficiones son hablar sin parar e inventar historias, la mayoría de las veces inverosímiles y exageradas, pero que por lo general se quedan cortas al compararlas con la realidad. Es enfermera, trabaja en el Hospital Son Llàtzer de Palma, y en sus novelas suele aparecer siempre alguien desempeñando esa profesión. En la actualidad vive en Ses Salines, Mallorca, con su marido y sus dos hijos, que son su alegría diaria.

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Maria Ferrer Payeras

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-60-9

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

### Capítulo 6

[1] N. de la A: El truc es un juego de cartas muy extendido en Mallorca, se juega en parejas y se parece al mus en algunas de sus normas.

### Capítulo 9

[2] N de la A.: Perdona, no hablo español.

### Capítulo 12

[3] N. de la A: Whatever significa “lo que sea”, en inglés.

### Capítulo 13

[4] N. de la A: alberca, estanque.

# Índice

Nadie más que tú

Nota de la autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre María Ferrer Payeras

Créditos

Notas